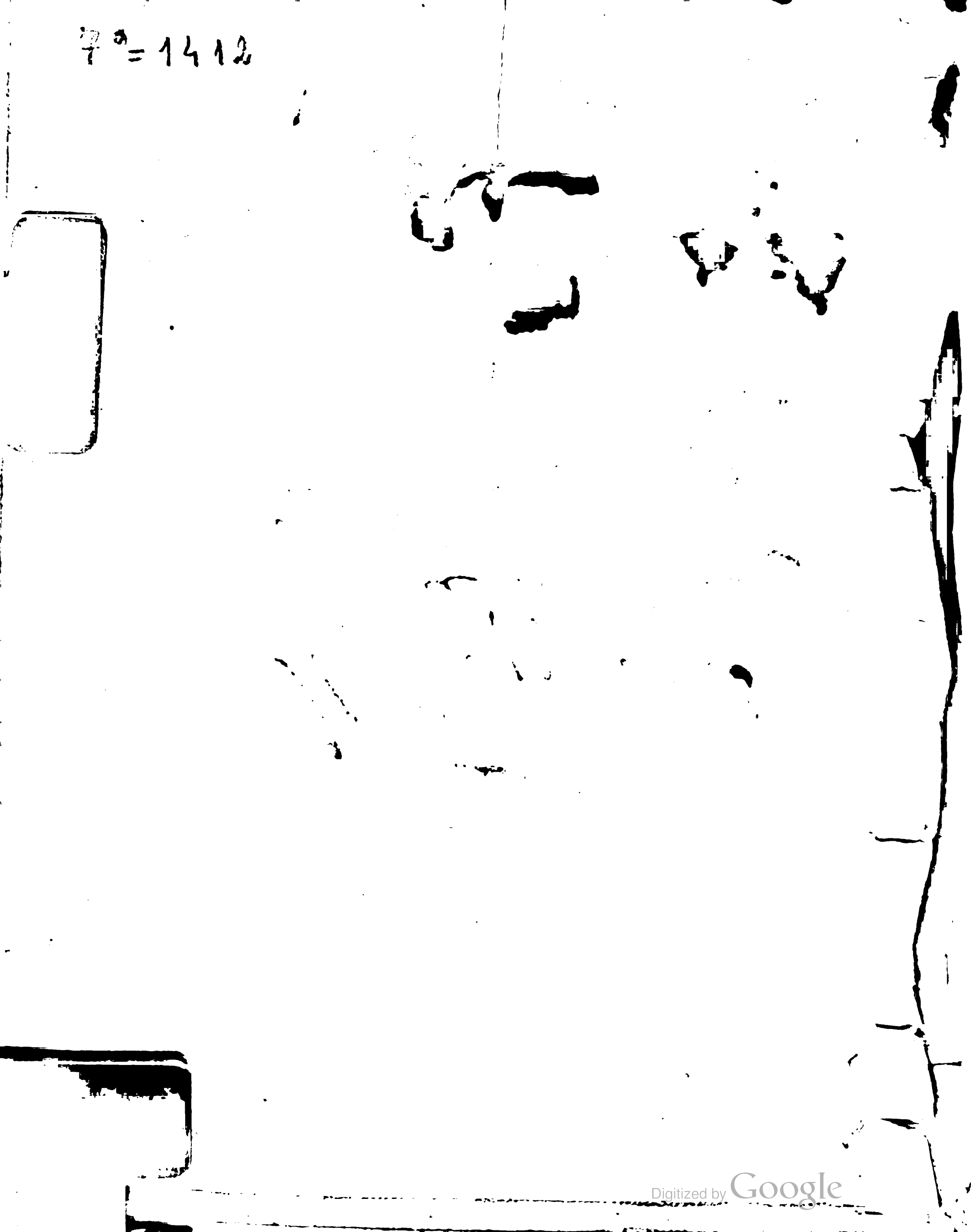




FVNDACION, ORIGEN, PROGRESSOS, Y ESTADO DE EL RELIGIOSO CONVENTO DE LA PVRISSIMA Concepcion Victoria de Monjas descalças de èl Orden de N. P. San Francisco

DE

LA FIDELISSIMA, Y EXEMPLAR CIVDAD de Tortosa.

AL ILLVSTRE SEÑOR FRANCISCO MARTÎ, DOCTOR EN SAcra Theologia, Dignidad, y Canonigo de la Sãta Iglesia de Tortosa, Vicario General, y Official de su Obispado &c.

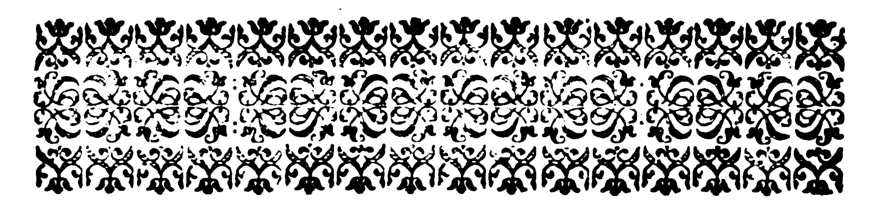
POR EL P. CHRISTOVAL DE BERLANGA de la Compañia de Iesus.

Es de la Prouincia de Aragon.

Con licencia: En Barcelona, en la Imprenta de Martin Gelabert, delante la Retoria de N. Señora del Pino, Año 1695.

✠ DE VVESTROS TRIVMFOS LA GLORIA
ESTE CONVENTO PVBLICA
PVES SV NOMBRE CALIFICA
SER LA *CONCEPCION VICTORIA.*





AL ILLVSTRE SEÑOR FRANCISCO MARTÎ DOTOR EN SACRA Theologia, Examinador Synodal, Canonigo, Paborde Arcidiano de Corbera, Dignidad de la Santa Iglesia Cathedral de Tortosa, Vicario General, y Official de su Obispado.

ILLVSTRE SEÑOR.

ACCIONES ay de èl alvedrio tan por su mesma naturaleza forçosas, que desmintiendo en algun modo la libertad de donde tienen su origen, passan en cierta manera al extremo de necessarias. (1)

Tal es la que executa mi atencion, aunque libre, con tan oculta fuerza, y por tantos titulos constreñida, que sin permitirle voluntariedad al destino, le necessitan à poner en manos de v.md. vn corto reconocimiento en las paginas de este breve volumen. Que, temiendo le rehuse la mucha modestia de v.md, se arroja la osadia convidava de su propria confiança, y dulcemente atraìda de su misma obligacion, à que, sin explorar el animo, ni aguardar licencias de èl beneplacito, consagre à las aras de su dignacion vn reconocido, y obsequioso respeto por tributo de mi veneracion.

(1) *Sunt aliqua, quorum exercitatio libera prudentibus non manet* Seneca.

Y aunque dudoso entre temores, y cuidadoso entre recelos, que fomenta en mi el conocimiento de lo mucho, que à de rehusar este obsequio la gran templanza, y moderacion de v.md. entro con alguna seguridad de que à de quedar vencida la repugnancia, de la efficacia de mis razones; hablando con quien tan bien como v.md. sabe conocer su forçosa, y oculta violencia. (2)

(2) *Nullus sapiens, quem rationis pondus non vicerit* Tul. de of.

No menciono aquellas, que podia alegar, y son tan comunes en semejantes ofrendas, con que previno à v.md. su Nacimiento en su Hidalga ascendencia tan antigua, como conocida en Tortosa, que no necessitava allarse tan autorizada para sus mas calificados lustres. Son estos blasones heredados, que no juzgò el otro Poeta por proprios. (3) Acreditan la persona de v.md. otros meritos, por si mismo, y sin ageno influxo (4) gloriosamente adquiridos; tanto de mayor lucimiento, y esplandor, quanto son mas acreditadas las vistosas luces de los fogosos rayos de esse primer Planeta; por esso, Luminar mayor, (5) Presidente de los astros; porque sin mendigar vislumbres, las engendra en si mesmo la actividad de su ser, por virtud innata de su generosa naturaleza. (6)

Esta aplicò à v.md. en sus primeros años al estudio de las letras llamado de la perspicacia de èl ingenio; à quien huviera sido intolerable ignorar: Por lo que dixo Seneca, que à lo vivo de vn entendimiento le era mas facil morir, que no saber, (7) y aviendo conseguido por si la Beca de Colegial de este Imperial Colegio, è insigne Vniversidad de S. Jorge, rayaron en su Teatro tan admirablemente sublimes los progressos de sus estudios de Filosofia, y Theologia en continuas tareas, que pudo la aplicacion mostrar en acciones de dicipulo comprehensiones de consumado Maestro: alcançando con comun aplauso el grado de Dotor en sacra Theologia; jactandose aquel Illustre Colegio y Vniversidad, con gloriosa y justa vanidad, aver formado por termino de sus fatigas, y desvelos literarios, en su sabia oficina vn hombre (no dixe bien) vn Palas (8) del cerebro de èl Jove dotado de tantas luces de inteligencia; que pudieran alumbrar, y lucir en las primeras Vniversidades de la Europa, y acreditar las mas celebres Cathedrales de nuestra España.

No pudieron estar escondidos tan vistosos rayos de superior doctrina; y ambiciosa de sus medras el Muy Illustre Cabildo de esta Santa Iglesia Cathedral de Tortosa, desseò abraçar en su gremio, y colocar en su lucida esfera los claros resplandores, que avian de fomentar las crecidas luces, y agigantados creditos de tan Illustre Senado; Admitiendo à v.md. aun antes de dexar la Beca de Colegial, para vno de los miembros de aquel bien formado, y religioso cuerpo; dandole la possession de la dignidad canonical de su Insigne Iglesia; trasladandole de aquella casa de la sabiduria, de quien fuè v.md. vna columna, de las siete, que dize el Espiritu Santo la mantienen: (9) convertido ya en lumbrera para colocarle en el candelero de su magestuoso templo. (10)

Llenò luego v.md. las esperanças, que el alto juizio, y discrecion de aquellos Señores Capitulares avia concebido en su admission; y avien-

(3) *Nam genus, & proavos, & quae non fecimus ipsi, vix ea nostra voco* Ovidi. 13. Metam.

(4) *Satius est me meis rebus florere, quam maiorũ opinione.* Tul. in salus.

(5) *Luminare maius, vt praeesset diei* Gen. 1.

(6) *Quia proprijs, & non emendicatis fulgoribus caetera illuminat.* Junilius.

(7) *Tolerabilior poena est non posse vivere, quàm nescire* Senec.

(8) *Pallada quondam cum Patris è capite exilijt.* Apolon. lib. 4. Argon.

(9) *Sapiẽtia edificavit sibi domũ, excidit columnas septem.* Prover. 9.

(10) *Non ponunt eam sub modio, sed super candelabrum* Math. 5. 15.

y aviendo visto logrados sus ricos talentos, tan repetidas vezes, y con tan crecidos aplausos: por las aclamaciones de orador en los desvelos de èl pulpito; y experimentado los fieles progressos, y favorables exitos, que avian conseguido los negocios, que dexaron à los cuidados de su inspeccion, no huvo empleo de lucimiento, que no fiassen de la mucha madurez, discrecion, y Prudencia, que conocieron resplandecer en la persona de v.md.

En la sede vacante pusieron todos la atencion de su cuidado en elegir à v.md. por Vicario General, y Official de èl Obispado; afianzando en su mucha religion, entereza, equidad, justicia, y zelo la visita de las Iglesias Parrochiales de su Diocesi.

Fuè v.md. escogido; como en quien mejor podia librar las obligaciones de su empeño el Muy Illustre Cabildo; para llevar à la Corte de Madrid à devocion de la Serenissima Reyna de España Doña Mariana de Austria, que Dios guarde; de parte de su Insigne Iglesia, la santa Reliquia de la milagrosa Cinta, con que dexò enriquezidas la mesma Virgen las sagradas aras de este dichoso templo, à fin de implorar de tan soberana Madre por este medio, como mas efficaz, el feliz alumbramiento en el proximo parto, que ansiosa, y cuidadosa desseava nuestra España.

Satisfizo la mucha Prudencia, y gravedad de v.md. con ventajas la obligacion, y empeño de su Illustre Cabildo: emprendiendo esta jornada, y admitiendo esta legacia, sin retardarle ni lo dificil de tan larga jornada, asperezas de caminos, ni rigores del tiempo: lo que celebrò por excelente merito para con el Senado Romano el Padre de la Eloquencia en Servio Sulpicio. (11) bolviendo con el testimonio, que diò de su persona el Señor Felipe Quarto (que està en gloria) de quien se supo v.md. merecer las demostraciones de su mayor agrado.

(11) *Itaque illum non vis hiemis, non longitudo itineris, non asperitas viarum retardavit* Cicer. Phil. 9.

Impaciente parece se allava la justicia, querellosa de que no coronassen superiores lauros meritos tan gloriosos. Quando por inopinado, y no prevenido medio; y allandose v.md. ausente de su casa en la Ciudad de Zaragoça por negocios de su Illustre Cabildo, se le vino à las manos con destino superior de la alta disposicion de la divina Providencia, bien ageno de buscarla, la dignidad de èl Arcidianato de Corbera, y Pabordia de esta Santa Iglesia; con que parece acabò sus desassossiegos; viendo condecorada su Persona con tan noble dignidad, y honrosa prebenda; Sin que todos estos calificados merecimientos; lucidos cargos; honrosos officios; superiores dignidades; sin la de Vicario General, y Official, con que mas de treinta años à, emplean los Señores Obispos su mucha discrecion, y experiencia, ayan engreido el animo, ni immutado la modestia, afabilidad, y

corte-



cortesania de vn trato apacible, caritativo, y agradable à quantos an acudido à las aras de su piedad, y tribunal de su justicia; Permaneciendo en aquel encogimiento innato, que me encoge à mi; assi para ofrecer à v.md. con mas despejo esta obra; como para permitirle mas licencia à la pluma retardada, y detenida à violencias de los recelos de no ofender los terminos de tan conocida modestia.

Estas razones son aquellas, que roban el arbitrio de la voluntad; haziendo forçoso el destino de la eleccion, en quien se asseguran las mas soberanas calidades de èl Patrocinio.

Pero Illustre Señor, à mi me assisten otras de mas solidez, y segura efficacia, que aun con mas fuerza me obligan, y necessitan. Dèxo las que deve reconocer mi atencion, que tienen aprisionadas en estrechos laços las acciones de mi alvedrio, y constreñidas à perpetua gratitud: que estas las conoce mejor el que las atributa liberal, que el que las recibe favorecido.

A quien podria yo acudir con mas seguridad? Que patrocinio buscar mas cierto de vnos escritos, cuyo contexto es: la relacion de tantas, y tan memorables acciones, que an sucedido en el religioso Convento de la Concepcion Victoria de Tortosa en diez lustros enteros, que cuenta desde su fundacion, que à la Persona de v.md? No tanto por los relevantes meritos, que (dexando otros muchos) è referido: quanto por los irrefragables testimonios; repetidos favores; multiplicados beneficios, que reconocen dever à v.md. todas, y cada vna de aquellas Señoras Religiosas de esta Santa Comunidad?

Pues aviendo permitido el Sumo Pastor de la Iglesia, con informe de èl Illustre Cabildo; atendiendo à la fatiga de vna puntual residencia de cerca de quarenta años, à sus muchos meritos, edad, y accidentes en la salud, se le señalasse Coadjutor de su Dignidad, Prebenda, Canonicato, que le descansasse, toma, por ocio de su descanso, la empressa de assistir à estas Señoras con aplicacion, y zelo de verdadero Padre en el Señor; y quando las quiebras en la salud, y edad cansada le impiden el exercicio de èl pulpito, admite el trabajo de disponer frequentes platicas espirituales, con que las alienta; prorrumpiendo aun mesmo tiempo las luces del entendimiento con los ardores de la voluntad, con que promueve en aquellas almas la perfeccion de vida, que professan, y observancia regular, à que se obligaron.

Sin omitir repetidas assistencias en lo temporal; logrando frequentes limosnas: effectos de su mucha Caridad, y franqueza; buscandoles con eficacia executiva todo consuelo: con tanta igualdad, que

experimenta, de la superior à la mas humilde, los oficios de su buen zelo: siendo vniversal Padre para el consuelo de todas.

Y es en esto lo mas plausible, y edificativo, que no pocas vezes á ponderado con mucha confussion mi tibieza, el motivo de tanta Caridad, y assistencia: que es, parecer à v.md. que frequentando este santuario, y escuela de virtud; se allan promovidos sus affectos à imitar lo que admira en la mucha religion, y exercicios santos de estas señoras; cuios exemplos, de èl modo que le permite su estado, se propone, para transplantarlos en su alma con gloriosa emulacion de sus santas costumbres, y religioso trato: para disponerse assi à vna buena muerte: cuia memoria es el nivel por donde govierna su devocion los aciertos, ensayandose, y previniendose, segun el consejo de Christo (12) para el lance postrimero, que por terrible temieron las mas fuertes columnas de la Iglesia: y solo aquel sabe correrle con acierto, que es mas continuo en ponderarle.

(12) *Et vos estote parati: quia qua hora non putatis &c.* Luc.12. 40.

Como podria yo ofrecer à otro, y negar à v.md. este exemplar de virtudes; siendo el de donde especula su cuydado, y de donde copia su vigilancia las que adornan su espiritu: tan semejante ya en sus respetos, que podemos dudar qual es el transumpto, y qual el Original.

Tengo, sin estos motivos, el de representar en este corto volumen algunas noticias de la vida exemplar, y religiosas virtudes de èl M. R. P. Maestro Fray Joseph Salvàt de èl sagrado Orden de Predicadores: Varon verdaderamente santo, y lleno de admirables luces de doctrina: à cuya sombra, y educacion se criò v.md. en sus primeros años; de quien confiessa su mucha gratitud, y fiel correspondencia tan apasionado como respetoso discipulo; cuyas liciones nunca borrò de su idea el olvido: apreciandolas con affecto; refiriendolas con veneraciòn, y observandolas con reverentes demonstraciones de cariño. Sacie v.md. su sed; recreando el animo en essa copiosa fuente de christales puros, de virtudes solidas, religiosas, y Evangelicas: donde en otro tiempo beviò las mas acendradas luces de intelligencia; con que quedaron acreditadas la destreza de tan gran maestro, agilidad, y sutileza de tan adelantado dicipulo.

Con esto inferira facilmente su avisado, y perspicaz discurso ser motivos estos, que cada vno de por si, y todos juntos impelen mi encogimiento; y, sin dexar libre la eleccion de mi alvedrio, me necessitan à rogar con toda sumision à v.md. se digne admitir à las sombras (seran para mi estimacion luces) de su proteccion este obsequio de mi rendimiento, con que quede afianzada la buena volundad,

que

que siempre à experimentado mi affecto en tan repetidos favores. Guarde, y prospere el Cielo la Persona de v.md. con las felicidades, que merece, y le deseo. De esta casa de la Compañia de Jesvs de Tortosa, y Octubre à 24. de 1694. Años.

Illustre Señor
B. L. M. de V. M.[d]
Su mas cierto servidor, y
rendido Capellan.

Christoval Berlanga
de la Comp.[a] de Iesus.

APRO-

APROBACION DEL MUY REVERENDO Padre Ignacio March de la Compañia de Iesus, Retor del Imperial Colegio de Nuestra Señora, y S. Tiago de Cordellas.

POr comission del Dotor Francisco Rosal, Vicario General, y Official del Illustrissimo, y Reverendissimo Señor Don Manuel de Alba, meritissimo Obispo de la Excelentissima Ciudad de Barcelona, y del Consejo de su Magestat, &c. Llegò à mis manos vn libro, cuyo tititulo es: *Fundacion, Origen, Progressos &c.* que dà à luz publica el Padre Christoval de Berlanga de la Copañia de Jesus; y aunque al ver el nombre del Author, juzguè ociosa la diligencia de leerle por examen, tuve sin enbargo por muy provechosa, y muy del gusto su licion. Con esta he formado de la heroyca virtud de las señoras Religiosas de la Purissima Concepcion de Tortosa, tan buen concepto, que no rehusarè llamarlas exemplar vivissimo de toda perfeccion: y del libro tan buen juizio, que no le escusó las palabras, que el Dotor Maximo aplicò al de Paulino à su Theodosio: *Librum tuum, quem pro Theodosio Principe prudenter, ornateque compositum transmisisti, libenter legi*; y assi, no aviendo hallado en el proposicion alguna que disuene del armonioso sentir de nuestra Catholica, y Orthodoxa fe, antes bien muy saludable enseñança, tengo por acertado dar la licencia, para que se imprima, y salga à la vtilidad comun. Assi lo siento.

S. Hieron in epist. ad Paulin.

ſiento. En eſte Colegio de Nueſtra Señora, y San Tiago de Cordellas en 14. dias del mes de Enero de 1695.

Ignacio March de la Compañia de Ieſus.

25. Septembris 1694.
Imprimatur
Roſal Vic. Gen. & Offic.

APRO-

APROBACION DEL MUY REVERENDO Padre Francisco Bru de la Compañia de Iesus, Calificador del Santo Officio, Examinador Sinodal en el Obispado de Barcelona, y Cathedratico de Theologia Escolastica en el Colegio de N. Señora de Belen.

DE orden del muy Illustre Señor Don Miguel de Taverner, y Rubî, Dotor en ambos drechos, Arcediano Mayor, y Canonigo de la Sta. Iglesia Metropolitana de Tarragona, del Cõsejo de su Magestad, y su Canciller &c. he visto vn libro cuyo titulo es: *Fundacion, Origen, Progressos &c.* su Author el Padre Christoval de Berlanga de la Compañia de Jesus; y siendo historia, que contiene la fundacion de la Religiosissima casa de nuestra Señora de la Concepciõ de Tortosa: me parece muy digno del Author el trabajo, y muy devida à los meritos de las exemplares hijas de instituto tan sagrado, la immortalidad que solicita à sus memorias la religiosa pluma, que en sus escritos las eterniza. No se contentava Dios, que en Sion se dixesse, y celebrasse su fundacion maravillosa, y su fecundidad admirable: *Numquid Sion dicet homo, & homo natus est in ea, & ipse fundavit eam altissimus?* Sino que quiso, que assi su fundacion, como su fecundidad quedassen escritas para eterna memoria: *Dominus narravit in scripturis populorum.* Que en Tortosa fuesse materia de la veneracion, y aplauso, la Fundacion del Monasterio de la Concepcion, y su exactissima religiosa observãcia, madre de varoniles, y heroycas Hijas, no llenava los

Psal. 86. 5.

Ibid. 6.

meritos de las hijas, la fecundidad de la madre, y lo admirable de su Fundacion. Preciso era, que llegasse à la noticia de los pueblos mas remotos por medio de vna historia, en que se escriviesse la providencia, con que Dios fundò para casa de sus puras delicias, y templo de sus enamoradas victimas essa dichosissima Sion. *Dominus narravit in scripturis populorum.* Y aviendo tomado la pluma el Padre Christoval de Berlanga, ha desempeñado de vna vez dos obligaciones; la de historiador, y la de Jesuita. La de historiador cũpliendo exactamẽte con las leyes mas severas de semejante assumto en la legalidad de las noticias, en la claridad del methodo, en lo proprio de las vozes, y en lo sentencioso, grave, y nada afectado del estilo. La de Jesuita; porque teniẽdo la Cõpañia de Jesus tãta parte en la fundaciõ de tan religiosa casa, y en la espiritual instruccion de sus hijas; pusieron estas atada la Compañia en tantas obligaciones, quãtos creditos dieron con sus virtudes à su espiritual Magisterio; y solo podia ser recompensa condigna à tan gustosa obligaciõ la fama posthuma, con que vn Jesuita eterniza la ardiente llama del divino amor, en que vivieron, y murieron abrasadas tantas, y tan innocentes victimas.

Proper. lib. 4. eleg.

Hæc est fœminei merces extrema triumphi,
Laudat vbi emeritum libera fama rogum.

Era gentil quien dixo, que el vltimo premio del triumpho de vna Muger heroica, era aver merecido à la fama ocuparse todas sus plumas para celebrar las llamas, en que se consagrò: pero hablando en terminos Christianos, corrijo al gentil, y digo:

Hæc

Hæc est fœminei merces non vltima triumphi,
Laudat vbi emeritum libera fama rogum:

No es pequeño, ni despreciable galardon, con que la munificencia del Esposo divino paga los triumfos de sus Esposas, que supieron triumfar del mundo, y de si mesmas aver dado pluma al Padre Christobal de Berlanga, que mejor que las de la fama aya eternizado el fervor, y aliento, con que tantas admirables mugeres se consagraron en las aras de la religion, purissimos holocaustos del divino amor: en cuio sagrado fuego ardieron sus abrazados coraçones. Esto siento del assumpto, del libro, y del Autor, como que no contiene cosa contra nuestra santa fe, buenas costumbres, ni regalias de su Mageſtad la obra que se me ha cometido: antes bien la juzgo digna de la publica luz: salvo &c. Del Colegio de Bellen de la Compañia de Jesus de Barcelona, y Enero 7. de 1695.

Francisco Bru de la Compañia de Iesus.

25. Septembris 1694.
Imprimatur.
Taverner y Rubì Cancellarius.

LICEN-

IOSEPH VIDAL, PROVINCIAL DE LA COMPAÑIA DE IESVS, EN LA PROVINCIA DE ARAGON, por particular comiſſion, que tengo de N. M. R. P. General Thyrſo Gonzales, doy licencia para que ſe imprima vn libro, cuyo titulo es, Fundacion y Origen de èl Religioſo Convento de la Concepcion Victoria de Monjas Deſcalzas del Serafico P. S. Franciſco de la fideliſſima y exemplar Ciudad de Tortoſa, que ha compueſto el P. Chriſtoval Berlanga de la miſma Compañia de Jesvs, el qual ha ſido viſto, y examinado por perſonas graves, y doctas de nueſtra Religion. En teſtimonio de lo qual di eſta firmada de mi nombre, y ſellada con el Sello de mi oficio. En eſta Reſidencia de Tortoſa à 10. de Abril de 1694.

Joſeph Vidal.

ESCRITO

QVE EMBIO AL AVTOR LA REVERENDA MADRE SOR Maria Metilde de San Iuan Bautista, Abadesa de el Convento, Señora de toda Autoridad, vna de las dos primeras, que juntas fueron admitidas en esta santa Comunidad, donde à sido 15. años Vicaria, y 18. Abadesa.

Mi Padre Christoval Berlanga.

CArissimo Padre mio en el Señor. La paz de èl Espiritu Santo assista siempre en nuestros coraçones, y los llene de sus divinos dones, y gracias Amen. Con grande consuelo de mi alma, è leìdo muy de espacio, y con toda atencion estos quadernos, en que con tanta gracia refiere V. Paternidad los sucessos de este Convento de nuestra Madre la Purissima Concepcion Victoria, y me è suspendido no pocas vezes llena de jubilo espiritual dando gracias al Señor, que en mis dias aya visto estos escritos. È suplicado con todas las veras de mi coraçon à su Divina Magestad, abriesse camino, para que se pudiessen imprimir tan excellentes virtudes de tantas Siervas suyas, hijas de nuestra Madre Purissima. Atto siento se halle el Convento tan alcansado: pero confiemos en la providencia de nuestro buen Dios, que ayudarà nuestros deseos. V. Paternidad no repare, y estè cierto, que en quanto ay escrito, en lo que yo puedo alcanzar, no se aparta vn punto de la verdad, y de la mayor parte puedo ser testigo yo por aver passado en mis dias, y lo demàs lo è oìdo dezir à las Madres Fundadoras repetidas vezes, y lo mismo assegura la Madre Maria Ignès de las llagas de Christo, que es la que queda de las Señoras, que bajaron à fundàr este Convento. Digo esto para que V. Paternidad estè fuera del cuidado, con que le he visto en averiguar la verdad al tiempo de escrivir, à que se deve el acierto, y buena disposicion, con que està todo. Quiera el Señor, y nuestra Madre Purissima pagàr à V. Paternidad tanto trabajo, pues nosotras no se lo sabemos estimàr bastantamente. Con todo quedamos siempre con la obligacion de aplicar nuestras oraciones, para que su Divina Magestad llene à V. Paternidad de sus divinos dones. A Dios Padre mio, que guarde à V. Paternidad en su amòr, y gracia los años de mi deseo. De este Convento de V. Paternidad de las descalzas de la Concepcion Victoria de Tortosa. Noviembre 4. de 1694.

Rendida Sierva en Christo de V. P.ᵈ

Q. S. M. B.

Sor Maria Metilde de San Iuan Bautista Abadesa indigna.

PRO-

PROTESTA

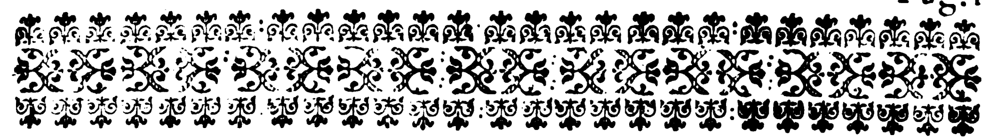
HAziendo, como frequentemente hago, mencion en el discurso de esta Historia de varias personas de conocida virtud, cuyas acciones acontece calificarlas con algunos terminos, epitetos, y frases, que parece quererles atribuir renombres de especial santidad, y veneracion; advierto, no ser en esto mi intento prevenir el Juicio prudente, y cierto de la santa Sede Apostolica. Por tanto; obedeciendo con todo rendimiento al Decreto de N. M. S. P. Vrbano VIII. expedido en 13. de Março de 1625. confirmado en 5. de Julio de 1634. y explicado à 5. de Julio de 1631. protesto, que en los sucessos que refiero, como en los terminos de santo, venerable, y otros semejantes, de que vso algunas vezes calificando acciones, y personas, no quiero, ni es mi intento se les de mas credito, ni autoridad, ni tengan otro sentido aquellos elogios, que el que se deve à vna sencilla relacion, y alabanza humana, falible, y no aprovada, ni calificada por la santa Iglesia Catholica. Y digo: que fides sit penes Autores, ò, Relatores, que por escrito, ò, de palabra me lo an referido. Queriendo se entienda todo en el sentido, que se declara, y manda en el Decreto, confirmacion, y declaracion de la Santidad de èl Papa Vrbano VIII. sugetando como fiel Catholico quanto digo, escrivo, y refiero, con el devido rendimiento à la correccion, y Censura de la Santa Romana Iglesia.

FE DE ERRATAS.

La mas notoria en la pag. 123. colum. 2. al fin donde se equivocò el nombre, y dize Don Gregorio Parcero de Castro, y à de dezir Don Fr. Joseph de Faxeda. Otras ay menores por falta, sobra, ò mutacion de alguna letra, las quales notarà facilmente, quien las lea; las demàs son las siguientes.

Pagina	*Columna,*	*Linea*	*Dize*	*à de dezir.*
22	2	13	apacible	apercebible
42	2	23	Emprendiendo	emprendiò
44	2	22	Nenguno	alguno
61	1	27	præsolvit	persolvit
84	1	19	muoha	mutua
116	1	7	intencion	instruccion
165	2	27	Tortosa	Tarragona
183	2	4	quareinta	quarenta
223	2	10	langrimas	lagrimas
259	2	15	memoria	ave maria
262	2	4	lastres	las tres
273	2	15	efficica	efficacia

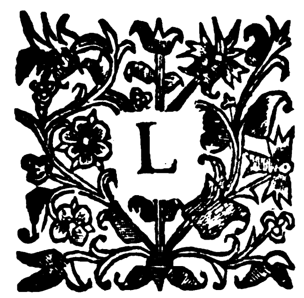
FVN-



FVNDACION DEL RELIGIOSO CONVENTO DE LA CONCEPCION VICTORIA DE LA FIDELISSIMA, Y EXEMPLAR CIVDAD DE TORTOSA.

CAPITVLO I.

INTRODVCION A ESTA OBRA.

A Altiſſima Providencia de èl todo poderoſo, en todos tiẽpos cuidadoſa de èl govierno de ſu Igleſia ſanta; para cuyo adorno, eſtableciò y diſpuſo variedad de ordenes religioſos, que como hermoſos faroles de èl firmamento lucieſſen en el emisferio de la religion catholica; defendiendola con los rayos de ſu doctrina, y adornãdola con las luces de ſus virtudes, y exẽplos: aviendo diſpueſto, y eſtablecido varios, ſegun la neceſſidad, y oportunidad de los tiẽpos; quiſo prevenir para eſtos, en que avia de ponerſe en diſputa el primer inſtante de MARIA en gracia, vna nueva reforma de religioſas dedicadas al culto de ſu concepcion ſantiſ-

ſima ſin pecado original, que oy florecen en varios lugares de Eſpaña, con notable credito de ſantidad; aviẽdo producido eſta hermoſa plãta admirables frutos de heroicos exẽplos, en muchas, y muy inſignes Matronas llenas de encendida caridad, y amor de Dios; de ſingular exẽplo, y virtudes, que an florecido, y florecen en eſta eſtrecha, y edificativa reclusion. Siendo entre las muchas vna, aquel eſpejo de ſantidad; theſoro de infuſa ſciencia; paſmo de nueſtros tiẽpos; nunca dignamẽte alabada; la ſiempre venerable Madre Maria de Jeſus de èl convento, que eſta inſigne religion tiene en la villa de Agreda.

De eſte ſanto inſtituto tiene la Fideliſſima y exemplar ciudad de Tortoſa vn convento: cuya fundacion, y progreſſos: no menos admirables ni inferiores à los que ſe cuentan de eſte, y otros ordenes religioſos, emos de recopilar; ſi bien ſerà forçoſo falten muchas noticias, que podrian enriquezer eſte aſſumpto; ya por averlas eſcondido; ya por aver faltado los principales ſugetos, que podrian comunicarlas.

Eſcrivirè para la edificacion las que pueda recoger; eſcogiẽdo, entre las, que me vengan à las manos, las mas ſeguras, y ciertas. Y, antes de entrar en ſu narracion, me à parecido dar vna breve noticia de eſta ſagrada Religiõ: de ſu fundaciõ, y principio; pues ya deſde entonces quiſo Dios hazerla admirable en ſu Igleſia, y dar à entẽder, era obra de ſus manos, y muy acepta à ſu Santiſſima Madre.

CAP. II.

ESTABLECIMIENTO, Y primer origen de eſta Religion ſagrada.

POr los años de 1447. ſe tratò, y concluyò caſamiento de

de la Infanta Doña Isabel, Hija, no de D. Duarte, como quieren algunos, sino de D. Juan infante de Portugal, cō el Rey D. Juan el segũdo de Castilla. Tràxo consigo la Reyna entre otras damas vna deuda suya llamada Doña Beatriz de Silva de edad de 24. años, de tan raras partes; tan sumamēte discreta, y hermosa, que luego fuè pretendida de muchos señores de la Corte, y con tantas veras, y empeño, que llegarō à moverse diversas contenciones, y riñas entre los nobles. Pareciòle à la Reyna, que algun menor recato de Doña Beatriz dava motivo à estos altercados, y disturbios, y la mãdó encerrar en vn estrecho retrete formado de madera, donde la tuvo tres dias en cōtinuo ayuno. En este encerramiento labrò Dios la primera piedra para fundamēto de tan superior edificio, y estremada clausura. Porque afligida la encarcelada innocente, acudiò con gran fervor, y lagrimas à la Virgen Santissima llamandola en su ayuda, y ofreciēdo servirla, dedicandose desde luego cō voto de castidad. Tan efficaçes fueron sus ruegos, que mereciò ser oìda. Y luego le apareciò la Virgen Madre, vestida de habito, y escapulario blãco, y manto azul, como le trahen agora las religiosas, y la consolò y alentò.

Lo que entōces passò entre Doña Beatriz, y la Virgen, no se sabe. Lo cierto es, que, salida de su reclusion, resolviò dexar la Corte, y partir à Toledo, para entrar en vn monasterio donde varias matronas vivian recogidas, y en comunidad, professãdo, à lo que se entiēde, la tercera regla de èl Padre Santo Domingo. Percibiò en el camino, la llamavã en su idioma portugues y bolviendo el rostro à las voces; viò venir dos Frayles de èl orden del Serafico P. S. Frãcisco. Atemo-

rizose; creiendo ser embiados de la Reyna à prevenirla para algũ grave castigo de muerte. Mas llegando, la quitaron el recelo, porque la animaron, y consolaron anunciandole; que con el favor de la Virgen seria madre de muchas hijas, y no, entẽdiendo el sentido en que lo decian, les replicò: que tenia hecho voto de castidad, q̃ inviolablemente queria guardar, por lo qual, ni tenia, ni pretendia hijos. A que la respondieron: que por esso mesmo la fecũdaria Dios por admirable modo en muchedũbre de santas hijas, que en estos tiempos fuessen dechado de mugeres. En llegando à la posada desaparecieron los Religiosos, dexandola confortada, consolada, y suspensa. Y no dudò aver sido el Padre S. Francisco, y S. Antonio de Padua, à quien tenia particular devocion, que ambos à dos Santos tomaron tan de antemano ser los paraninfos, que anunciaron esta admirable concepcion, y nuevo instituto.

Entrò pues Doña Beatriz en Toledo, y luego con dos criadas fue admitida en aquel santo retiro; donde permaneciò exercitãdose en oracion, y cõtemplacion, y en cõtinuos ayunos, vigilias, y otras asperezas por espacio de treinta años: viviendo como Angel en carne humana, sin que persona alguna, fuera de la criada, que la servia, y vna sola vez la Reyna Doña Isabel, le viesse el rostro, que llevava siempre cubierto, en satisfacion de aver ocasionado las inquietudes sobredichas entre los que, en otro tiẽpo, sin culpa suya, le descubrieron. Era todo su anelo hazer algun servicio grato à los ojos de la Virgen, de quien era tiernamente devota, y con singularidad de su immaculada concepcion. A este deseo de tã piadosa hija cooperò la cle-

mentissima

mentissima Madre; inspirandola vivos, y eficaces desseos de fundar vna Religion, cuyas religiosas fuessen en sus acciones imagen de la mas acẽdrada pureza. Y entregadas al exercicio de las virtudes se dedicassen al culto, obsequio, y reverencia de èl mysterio sagrado de la gracia en el primer instante de Maria en su concepcion.

Allavase su humildad con menos fuerzas, y suficiencia. Pero, quien la inspirò el assũpto, la facilitò los medios. Comunicò sus desseos cõ la Reyna Doña Isabel, y allandola, no solo favorable, sino muy inclinada à ello, le diò vnos Palacios donde està agora el convento de Santa Fe, para formar el nuevo, que meditava.

Hecha la donacion, y reducido aquel Palacio en forma de Monasterio, se encerrò Doña Beatriz con doce compañeras, q̃ la siguierõ, dando principio à esta obra el año de 1484. No tenian particular instituto hasta que el año de 1489. à peticiõ de la Reyna, el Papa Inocencio octavo las agregò à la Religion de èl Cistel dandoles nombre, habito, y oficio de la concepcion; con algunos ayunos, y sugecion al Diocessano.

Es cosa bien singular, admirable, y prodigiosa, y que muestra quã grato es al Señor, y à su Madre santissima este loable instituto, que, aviẽdo naufragado el vajel en que venia la Bulla de la confirmacion de esta sagrada Religion, y con èl quãto traia. Abriendo vna arquilla Doña Beatriz la encontrò dentro de ella, traìda de vn Angel, que la dixo; como, y quando se avia perdido en la mar. Sabido este prodigio por el Arçobispo de Toledo; mandò disponer vna solemne Procession, en que llevaron la Bulla al convento de Santa Fe cõ

la

rizose; creiendo ser embiados de la Reyna à prevenirla para algũ grave castigo de muerte. Mas llegando, la quitaron el recelo, porque la animaron, y consolaron anunciandole; que con el favor de la Virgen seria madre de muchas hijas, y no entẽdiendo el sentido en que lo decian, les replicò: que tenia hecho voto de castidad, q̃ inviolablemente queria guardar, por lo qual, ni tenia, ni pretendia hijos. A que la respondieron: que por esso mesmo la fecũdaria Dios por admirable modo en muchedũbre de santas hijas, que en estos tiempos fuessen dechado de mugeres. En llegando à la posada desaparecieron los Religiosos, dexandola confortada, consolada, y suspensa. Y no dudò aver sido el Padre S. Francisco, y S. Antonio de Padua, à quien tenia particular devocion, que ambos à dos Santos tomaron tan de antemano ser los paraninfos, que anunciaron esta admirable concepcion, y nuevo instituto.

Entrò pues Doña Beatriz en Toledo, y luego con dos criadas fue admitida en aquel santo retiro; donde permaneciò exercitãdose en oracion, y cõtemplacion, y en cõtinuos ayunos, vigilias, y otras asperezas por espacio de treinta años: viviendo como Angel en carne humana, sin que persona alguna, fuera de la criada, que la servia, y vna sola vez la Reyna Doña Isabel, le viesse el rostro, que llevava siempre cubierto, en satisfacion de aver ocasionado las inquietudes sobredichas entre los que, en otro tiẽpo, sin culpa suya, le descubrieron. Era todo su anelo hazer algun servicio grato à los ojos de la Virgen, de quien era tiernamente devota, y con singularidad de su immaculada concepcion. A este deseo de tã piadosa hija cooperò la clementissima

mentissima Madre; inspirandola vivos, y eficaces desseos de fundar vna Religion, cuyas religiosas fuessen en sus acciones imagen de la mas acēdrada pureza. Y entregadas al exercicio de las virtudes se dedicassen al culto, obsequio, y reverencia de èl mysterio sagrado de la gracia en el primer instante de Maria en su concepcion.

Allavase su humildad con menos fuerzas, y suficiencia. Pero, quien la inspirò el assūpto, la facilitò los medios. Comunicò sus desseos cō la Reyna Doña Isabel, y allandola, no solo favorable, sino muy inclinada à ello, le diò vnos Palacios donde està agora el convento de Santa Fe, para formar el nuevo, que meditava.

Hecha la donacion, y reducido aquel Palacio en forma de Monasterio, se encerrò Doña Beatriz con doce compañeras, q̄ la siguierō, dando principio à esta obra el año de 1484. No tenian particular instituto hasta que el año de 1489. à peticiō de la Reyna, el Papa Inocencio octavo las agregò à la Religion de èl Cistel dandoles nombre, habito, y oficio de la concepcion; con algunos ayunos, y sugecion al Diocessano.

Es cosa bien singular, admirable, y prodigiosa, y que muestra quā grato es al Señor, y à su Madre santissima este loable instituto, que, aviēdo naufragado el vajel en que venia la Bulla de la confirmacion de esta sagrada Religion, y con èl quāto traia. Abriendo vna arquilla Doña Beatriz la encontrò dentro de ella, traìda de vn Angel, que la dixo; como, y quando se avia perdido en la mar. Sabido este prodigio por el Arçobispo de Toledo; mandò disponer vna solemne Procession, en que llevaron la Bulla al convento de Santa Fe cō

la

la maior reverencia que se pudo, Predicando al Pueblo vn Señor Obispo ponderando el portento maravilloso, que à fin de lograrse aquella fundacion avia el Señor obrado.

Con esto tuvo principio este orden sagrado. Y cinco dias despues apareciò à sor Beatriz la Virgen Madre, y dādose por servida de su affectuosa devocion, la declarò, que dentro de diez dias la llevaria al eterno descanso, como sucediò; aviendo recibido los santos sacramentos con mucha devocion, y ternura siendo de 66. años de edad empleados en tan insignes obras.

Fue su muerte à 17. de Agosto de 1490. Luego que muriò apareciò en su frente vna vistosa estrella de luz, y resplandor; testimonio de èl que goza su alma. Y al mismo tiempo apareciò vestida de luzes en Guadalaxara al V. P. Fr. Juan de Tolosa Franciscano, diziēdole: fuesse luego à Toledo à consolar sus compañeras, y exortarlas à la perseverencia, como lo hizo. Y fue bien menester; por los varios altercados, que se excitaron despues de su muerte.

Aumentóse esta fundacion, aviendoles juntado à las Monjas ya professas de la Concepcion, otras de vn Monasterio de S. Benito, que, con aprobacion de Alexandro sexto, el año de 1494. hizieron todas juntas profession de la regla de la insigne Madre Santa Clara reservādo el habito de la Concepcion.

Assi vivieron algunos años, hasta que el de 1511. aprovò, y confirmò el Papa Julio segundo particular regla; dispuesta en doce Capitulos, por los Frailes Menores de la Observancia de la Provincia de Castilla; para las Monjas de la Cōcepcion, concediendolas rezo particular; para que se ocupassen

sen en los cultos de este piadoso mysterio.

De este insigne orden, que favorecieron los Summos Pōtifices; particularmente Ignocencio 8, y Alexandro 6. con muchos indultos, y favores, se an fundado varios Conventos en Roma, en Napoles, en el Reyno del Peru, muchissimos en Castilla, y Aragon; donde an florecido en todo tiempo religiosas de mucha virtud, siguiendo los passos y exemplos de su venerable Madre sor Beatriz de Silva.

CAP. III.

REFORMA DE LA RELIgion de la Concepcion hecha por la V. M. Maria de S. Pablo.

EN este genero de vida, è instituto vivieron successivamente las Monjas de la Concepciō por espacio de 117. años aviendose estendido la religiō por varias partes del orbe; aumentada en diversos Conventos, en que an florecido muchas almas de gran perfeccion de vida, y admirables virtudes, acogiēdose à este sagrado asylo, atraidas de la devocion de dedicarse al culto de la gracia de èl primer instante de la cōcepcion purissima de Maria.

Y queriendo esta Señora pagar los obsequios de sus siervas, y dar vn insigne realçe à esta religiosa, y devota familia, que vivia bajo su proteccion, las trajo à vida mas perfecta, y reclusion mas heroica. Moviò el espiritu fervoroso de la grā sierva de Dios la V. Madre sor Maria de S. Pablo religiosa de èl insigne Convento de las Monjas calçadas de la Concepcion Francisca de la villa de Madrid, previniendola muy de antemano con avisos, è illustraciones interiores, que tuvo muy en el secreto de su coraçon, hasta que: llena de fervor,

fervor, desseosa de effectuar obra tan gloriosa, y de tanto servicio de èl Señor y de su Purissima Madre, que era el objeto de sus cariños, y el iman de sus affectos, se puso en execucion en la forma, que brevemente dirè.

Naciò esta insigne religiosa, reformadora de las Monjas de la Concepcion, en la villa de Madrid en el año de 1537. rigiendo la silla de la Iglesia, Paulo tercero, y governãdo en España Carlos quinto: su Padre se llamò D. Bernardino de Vgarte, Aposentador mayor de èl Señor Emperador, y Doña Isabel de Sarabia su Madre, ambos de casas illustres, y conocidas; vna en la Provincia de Guipuzcoa, y otra en Espinosa de los Monteros.

Criaronla sus Padres en amor, y temor santo de Dios, y su buẽ natural, docil, apacible, y amable, aiudado de tan cuidadosa educacion grangeò en poco tiempo largos adelantamientos en el exercicio de las virtudes. Llegò, assi esta noticia, como la de las relevantes prẽdas de que Dios la avia dotado, à oìdo de la Reyna Doña Isabel, dignissima consorte de èl Señor Phelipe segundo, y desseando tenerla cerca de si, la nombrò por Dama de su Camara. Viviò en Palacio con el recogimiento, y exemplo, que huviera vivido en el mas religioso retiro; grangeãdose por este medio, que es el mas poderoso para arrastrar voluntades, la estimacion de los Reyes, y la benevolencia de todos.

Dixola el Rey, vn dia, desseava ponerla en estado proporcionado à su calidad, y meritos, y que para esto viesse que mercedes queria pedirle, que estava cõ animo de concederselas. Encogiose la devota dõcella; sirviendo este favor, que en qualquier otro seria estimable,

ble, sin pōderaciō, mas de afligirla, que consolarla; temiēdo no intentasse el Rey obligarla à dexar los intentos, en q̃ años à vivia, de dexar el mundo, y sus esperanças vanas, y hazerse religiosa pobre; abraçandose con la cruz de la Religion.

Valióse de la Reyna; à quiē con llaneza descubrió su pecho, pidiendole por merced le fuesse medianera para conseguir de èl Rey grata licencia de poner en execucion sus designios. Supo represētar su pretencion con tanta efficacia, sumission, y rendimiento: proponer tan nobles discretos, y piadosos motivos, que obligó à los Reyes à condescender con su peticion. Avida la licēcia eligió para su morada el insigne Convento de la Concepcion Francisca de Madrid; llevada de la devocion, que siempre tuvo à este Mysterio de la Pureza de Maria.

Señalado el dia de su entrada, fue vno de los mas celebres de la corte. Passó su noviciado con admiracion de quātas advirtieron los singulares dones de Dios, que resplandecian en aquella alma fervorosa, y los raros exemplos de todas las virtudes, en que se esmeró con ventajas à muchas, q̃ contavan muchos años de Religion. Profesó, aviendo cumplido los 31. de su edad, y el dia de su Professión fuè igualmēte celebre al de su entrada assistiendo el Señor Phelipe segūdo, y la Reyna Doña Isabel cō toda la corte.

Tales fueron sus acciones, tales sus exemplos, y tales los resplandores, que despediā las luçes de sus virtudes, y tal el concepto, que avian hecho de su zelo, y observācia, que à poco tiempo la mandó su Prelado saliesse de su Convento, y partiesse à reformar el de Sāta Vrsola de Alcalà de Henares.

Admitió su humildad con

gran repugnancia esta obediēcia; aplicóse à su execuciō con tantas veras, que: allando disposiciō en aquellas religiosas, puso à toda su comunidad en sumo grado de perfeccion, de que fuè bastante argumento el sentimiento inconsolable, que ocasionó en todas las Monjas: quando ordenó la obediencia se restituyesse à su Convēto de la Concepcion Francisca de Madrid.

Estas noticias, que no se escondieron à los de fuera, saliēdo de lo escondido de su retiro al publico, y comun aplauso, y veneracion de la Corte, movieron à los Señores de èl Real Cōsejo de Ordenes, à dessear se mejorassen los Conventos, q̃ estàn debajo de su jurisdiciō; para lo qual pidierō al M. R. P. Provincial su superior, les concediesse à la V. M. Maria de S. Pablo para reformadora de las Comendadoras de Calatrava de la villa de èl corral de Almaguer en la Mancha. Executó allî cō el mismo zelo, y prudencia lo q̃ en el de Santa Vrsola de Alcalá; y, como se detuviesse la pidió con ansias su Convento de la Cōcepcion de Madrid, donde bolvió. Fuè recibida cō grande consuelo de toda aquella sāta comunidad, que la eligiò segunda vez por su Abadessa.

Trató de fūdar la descalzès, y reforma de su Orden; para lo qual veinte años antes la avia prevenido el Señor con avisos, è illustraciones interiores, en que le significava su voluntad. Vna de ellas fuè, mostrarle en vna clara, è intelligible vision, que entraria en vna casa tā pobre, y desacomodada, como el portal de Belen, y que ella con seis compañeras al lado de los tres Santos Reyes darian adoracion al niño Dios, que seria muy grata à sus divinos ojos. Cumplióse à la letra; porque tuvo principio esta reforma en vispe-

vispera de los Reyes por la tarde, como despues dirè. Otras tuvo semejantes; buē argumēto de lo superior, que era la obra, que se trazava; pues tan de espacio, y con tanto cuidado iva labrando el divino artifice la primera piedra, sobre que avia de fundar el nuevo edificio.

CAP. IV.

EFFECTUASE LA FUNdacion de las Monjas descalças de la Concepcion, y muerte de su fundadora.

LLegòse el tiempo determinado en los decretos de la Providencia divina. Aplicòse la V. Madre en buscar modo para q̄ tuviessen logro sus desseos. Quanto tocava eran impossibles, assi por parte de sus superiores, como en los reparos, que puso el Consejo Real; porque, aunque el Venerable Jacobo de Garcia (de cuyo apellido, immutado por el vulgo el nombre, oy se llama comunmente aquel primer Convēto de esta reforma, el Cavallero de Gracia) avia ofrecido à la V. Madre su casa, y hazienda; para esta fundacion no era bastante, ni de mucho sufficiente.

Alfin despues de algunos años de estorvos, oposiciones, dificultades, y borrasca, llegó el tiēpo de la serenidad. Abrióse mas camino à los medios humanos, y declaró Dios à su sierva, animandola à proseguir, ser esta su volūtad, por lo mucho, que se servia de instituto tā de la gloria de su santissima Madre. Y recogiendo algunas cātidades, q̄ le ofreciero̅ algunas personas piadosas, à quien la V. Madre avia comunicado sus intentos, se formó vn cuerpo de haziēda, que, aunque corto, bastante para q̄, ayudando las instācias de esta santa religiosa, cuya autoridad era poderosissima entre aquellos señores de èl Real Consejo, les persua-

diesse, y obligasse à condescēder, y dar los despachos con las licencias necessarias para effectuar la fundacion.

No retardó la execucion, y dando prissa à disponer quāto fuè necessario llegó el dia dessseado, en que se avian de cumplir las promessas de Dios, y romper los sellos à tanto mysterio. En cuya execuciō, Miercoles à cinco de Enero, vispera de los Reyes por la tarde, de èl año de mil seiscientos y tres, en cūplimiento de lo que años antes avia Dios dado à entender à la V. Madre Maria de S. Pablo, y queda referido, ella con sus seis Compañeras entró en su casa de S. Joseph de Jesvs Maria, q̃ fuè del Venerable Cavallero Jacobo de Garcia, dando principio este dia à la fundacion, siendo este el primer Convento de Monjas descalzas de la Purissima Concepcion.

Las Compañeras, que en esta gloriosa empressa la siguieron para abraçar tan santo instituto, de tanto recogimiento, y perfecciō de vida, fueron: de su Convento de la Concepciō Frācisca de Madrid, su Hermana la Madre sor Isabel de San Agustin, su Sobrina, la Madre sor Anna de S. Antonio, la Madre sor Ana de San Francisco (que, hallandose sin salud para poder llevar aquel rigor de vida, se bolvió à su primer Convēto), sor Catarina de S. Francisco lega novicia, q̃ professó en la descalzès. De èl Convēto de Sāta Vrsula de Alcalà vino la Madre sor Ana de èl Santissimo Sacramento, y su Hermana la Madre sor Catharina de la Cruz.

No es mi intento, como ni me es facil la digression de referir la fervorosa vida, q̃ estas santas religiosas hizierō en su nuevo Convēto, siendo el objeto de este trabajo dar vna noticia succinta, y breve de los princi-

principios, y progressos de esta insigne Religion, para descender desde luego à lo particular, que emprendo de la fundaciō de este Convento de Tortosa, donde reverberarō con admiracion los resplandores de aquellas primeras luçes.

La Venerable Madre Maria de S. Pablo, como primera en la fundacion, fuè tambien la primera en la exacta guarda, y observancia de sus reglas, y de las cōstituciones, que de nuevo se formaron para su nueva reforma. Resplādeció en aquella dichosa alma, thesoros de los dones de Dios, vna Angelical Pureza en suma perfecciō, vna Pobreza evangelica rigorosa, en quanto era de su vso, assi en vestido, como en la comida; sin admitir en edad tan cansada la menor exempcion. Fuè Admirable en la obediēcia à sus superiores; sugetādose à admitir cargos, que tanto repugnó el bajo conocimiento, que de si tenia; rigorosissima su Penitēcia, ardiēte su Caridad; su humildad profūda; elevada, y casi cōtinua su oracion; muchas las devociones, en que se exercitava cō ternura, y affecto, singularmēte à la Passiō de Christo, al Sātissimo Sacramēto, y à la Virgen nuestra Señora, de que se podrian llenar libros enteros.

Finalmēte llena de tan gloriosas acciones, que la adornaron de altos merecimientos, le sobrevino la vltima enfermedad en que, dexādo no menores exemplos, de los que avia dado en lo restante de su vida, dió el espiritu en manos de aquel divino Esposo, q̄ la avia escogido para obra de tanta gloria de su Madre santissima. Fuè su muerte Viernes à 22. de Mayo de 1609. siendo de edad de setēta y dos años y dos meses, de los quales empleó los 42. en la Religion.

El sentimiento vniversal, q̄

ocasionó

ocaſionó en aquellas sãtas religioſas, que la venerarõ como Madre, y en quien tenian todo alivio ſus afflicciones, no es ponderable. Sucedieron caſos ſingulares deſpues de ſu muerte, ſolo individuarè vno, q̃ oy permanece como diviſa, y ſeñal, que quiſo Dios, quedaſſe en ſu difunto cuerpo para teſtimonio de la gloria, que goza ſu dichoſa alma, y memoria irrefraglable de los quilates de ſu virtud, y ſantidad.

Por la incomodidad, cõ que entonces eſtava el Convento, q̃ ſuele ſer tranſcendente à las nuevas fundaciones, ſe vieron obligadas las religioſas à darla ſepultura en vn pozo. Sacaron el cuerpo cũplido vn año, y le allarõ no ſolo entero, ſino incorrupto, ſiendo aſſi, que èl lugar donde eſtava enterrado, por ſer ſoterraneo, y muy humedo, exala muy mal olor. El dia de oy ſe cõſerva, deſpidiẽdo de ſi celeſtial fragrancia cõ la miſma entereza, y blandura, que quando vivia, y en lo hermoſo, y freſco de èl ſemblante le aventaja, porque el rigor, y aſpereza con que le tratava viviendo, le tenia con mas apariẽcias de difunto, que quãdo en la realidad lo eſtava. Mudãle las religioſas los habitos à ſus tiempos ſin ninguna dificultad; porque en todas las coiunturas de ſu cuerpo eſtà tan flegible, y tratable como ſi eſtuviera viva.

El olor que reſpira es tanto, tan ſuave, y de tan ſuperior calidad, que abre los ſentidos, y ſe conoce ſer fragancia celeſtial, que embeleſa las potẽcias, y las excita à alabar à Dios, promueve à la virtud, y aviva la devocion, permanece por muchos dias en las partes cercanas al ſepulchro aũ deſpues de cerrado. Dexo otros caſos particulares, por no dilatarme, ſiendo eſto baſtante para colegir quien fuè la que Dios eſco-

gió

gió para fundadora de esta insigne recoleccion.

C A P. V.

VARIAS FUNDACIONES de Religiosas descalças de la Concepcion.

DE este religioso instituto, y edificativa recoleccion se an eregido diversos Convẽtos; facilitandolo el buen olor de santidad, que por todas partes se à difundido de la exemplar vida de sus religiosas; cooperando, como piadosamente se cree, la divina Providencia para aumentar el culto, y veneracion de èl primer instante en Gracia de la santissima Virgen.

Bastante prueva es lo sucedido en Agreda, manifestando el Señor à la V. Matrona Catarina de Arana, y à su Confessor el R. P. F. Juan de Torrecilla Franciscano, varon insigne, y Predicador Apostolico, dedicasse sus bienes, y hazienda; su consorte assi mesma, sus hijos, è hijas; era entre estas la V. Madre Maria de Jesvs, niña, al tiẽpo que se reformó la Religiõ, de solos nueve messes, à quien tenia Dios destinada para adelãtar esta santa recolecciõ, que tanto avia de acreditar cõ sus Heroicas virtudes, y admirables escritos. Exortandola à q̃ en su casa edificasse vn Monasterio de esta insigne familia, como se executó; trayẽdo para fundadoras tres religiosas de profession calçadas de èl de S. Luis de Burgos; las quales admitierõ à Madre, y dos hijas, dãdo las seis principio à aquella fundacion, à 13. de Enero de èl año de 1619.

Assi vivierõ por espacio de quatro años y medio, en que pareció conveniente, para que aquella nueva familia se educasse en las observancias especiales de la descalçès, traer de èl Convento de èl Cavallero de Gracia, que fundó la V. M. Maria de S. Pablo quatro religiosas;

giosas; aviẽdose restituido las primeras à su Convẽto de Burgos. Hasta que pareciẽdo aviã cumplido bastantamente con el fin para que aviã venido, no aun cumplidos quatro años de permanencia en Agreda, dexãdo bien instruidas las religiosas de este Convento, se restituierõ à Madrid, quedando la V.M. Maria de Jesus presidenta, y obtenida la dispensacion en la edad por expresso breve de su Beatitud, se eligió en Abadessa, cargo que exercitò 35. años, aviendo estrechado la regla segun la devocion de su espiritu à mas rigida observancia; disponiẽdo especiales constituciones sobre los doçe Capitulos de la regla, q̃ guardan las religiosas de la Concepcion calçada, por lo qual la dan titulo de fundadora de aquel Convẽto religiosissimo, y de las fundaciones, que de alli an salido para otras partes.

Por estos mesmos tiempos manifestó Dios, quinze años antes de effectuarse, à la V. M. sor Hipolita Sorrijos, Esclarecida en santidad, religiosa del insigne Convento de Monjas calçadas de la Purissima Concepcion de la Ciudad de Tarazona, en el Reyno de Aragòn, cuyo espiritu aprovaron muchos varones Jesuitas, q̃ siempre la trataron, la fundacion de èl Convento de Miedes, en la Comunidad de Calatayud, que salió à instituir con otras cinco siervas de Dios, por los años de 1616. con poca diferencia, reduciendole à vida mas estrecha, desuerte, que con propriedad pueden llamarse recoletas estas sãtas religiosas, pues observan mas estrecha clausura: visten tunica de lana, calçan alpargate, y guardan otras cosas particulares, que estableció su santa fundadora.

Conservan inviolablemẽte la santa costumbre de desembaraçarse muchas de las religiosas

giosas cada año ocho dias de todas sus ocupaciones exteriores; entregandose en ellos al ocio santo de la oració, y meditacion. Para lo qual van dos Religiosos de la Compañia de Jesvs de èl Colegio de Calatayud; permaneciendo alli algunos dias, à fin de practicarles las meditaciones de estos santos exercicios, y consolar aquellas siervas de Dios. Devocion, que se derivó en las demás de su insigne fundadora.

Estos tres Conventos fuerõ los primeros de religiosas descalças de la Concepcion, que, casi à vn mismo tiempo, dispuso por tan altos medios eregir la providencia, porq̃ el de Madrid se fundó el año 1603. el de Miedes el de 1616. y el de Agreda el de 1619. De estos an salido varias fundaciones. De èl Cavallero de Gracia de Madrid salierõ à fundar à Cadiz, à Toledo, y à Epila en el Reyno de Aragón. De Miedes se à fundado el Convento de la villa de Calamocha en el Arçobispado de Zaragoça, q̃ se estableció por Deziẽbre de 1690. llevando para darle principio seis religiosas. De Agreda an salido à fundar el de Borja, el de Tafalla, y de presente, ò está ya fundado, ò proximo à fundarse otro en la Ciudad de Estella. Y para q̃ en todo, y por todo tuviesse esta insigne Religion los cõplementos, y creditos de honor, con que Dios quiso calificar las mas ennoblecidas, dispuso su Providencia cerca de estos mesmos años, se amplificasse por medio de vna nueva fundació militar de Cavalleros de èl habito de la purissima Concepcion de Maria.

Juntaronse para esto en la Ciudad de Viena de Austria, oy Cabeça del Imperio, tres grandes potentados de los mayores de Europa. Fueron estos; Ferdinãdo Duque de Mantua:

Carlos Duque de Nivers, y Aldolfo Conde de Atthan. Vrbano 8. que à 12. de Febrero de 1624. aprovó esta Religiõ, bajo la regla, è instituto de èl Serafico P. S. Francisco, mandó, tuviesẽ por protectores al Archangel S. Miguel, y S. Basilio el Magno; que fundassen Conventos; que los que huviessen de ser admitidos, entregassen al Tesorero de la Orden 200. escudos de oro, à razon de doze julios por cada escudo. Que tuviessen noviciado donde el grã Maestre señalasse. Que professassen castidad conjugal, y Pobreza, segũ sus estatutos, y votos de obediencia; protestaciõ de la fe, y juramento de fidelidad al Pontifice Romano.

Que para traer la cruz, y divissa de esta Religion, no pudiessen los Cavalleros ser casados sino con donzella, ò viuda vna vez, y que con estas calidades se admitiessen los solteros.

Que assi todos los bienes de la Religion, como sus Religiosos estuviessen sugetos à la Sede Apostolica, sin otras disposiciones, reglas, y constituciones tocãtes à su conservacion, y aumento.

Dispuesto assi, y vencidas muchas dificultades; aviendo aplicado solo el Duque Carlos de Nivers mas de quatrocientos mil ducados para su establecimiento. A 28. de Enero dia de santa Ignes de èl año 1625. hizo su Prefession solemne en manos de su Sãtidad, de quiẽ recibió el habito, y cruz de la sagrada milicia de la Cõcepcion. Era esta de raso azul floreteada al modo de la de Calatrava, aunque mas ancha en sus troncos. De su centro salian muchos, y vistosos rayos de oro.

Encima, vna Imagen de la pura Concepciõ al modo, que la llevan oy segun sus constituciones las religiosas, cõ habito blanco, manto azul, vestida

da del sol, coronada de estrellas, y la luna à sus pies, con el niño Jesvs en los braços, como apareciò à su primera fundadora la V.S. Beatriz de Silva, orlada esta Imagen con el cordon del S.P.S. Francisco.

Assi quedó esta sagrada Religion con este nuevo realçe, para que no le faltasse circunstancia, que en todo no la hiziesse admirable, y celebre por toda la redondez de la tierra.

C A P. VI.

EN QUE CONSISTA LO substancial de este instituto, y lo que se observa en este Convento de Tortosa.

SObre los quatro votos de su professiõ, de Pobreza, Castidad, Obediencia, y Clausura rigorosissima, que observan cõ exacta puntualidad las Religiosas descalças de la Purissima Concepcion. Se an formado para sus reformas, constituciones especiales sobre los doze Capitulos de la Regla, q̃ cõfirmó el Papa Julio segũdo.

En Agreda, y sus fundaciones observan las que dispuso la V.M. Maria de Jesus. En el Cõvento de Jesvs Maria Joseph de el Cavallero de Gracia, y sus filiaciones guardan las que el año de 1618. formò el Capitulo general de religiosos Frãciscos en Salamanca para estas religiosas, las quales se an admitido en este Convento de la Ciudad de Tortosa.

En la de Miedes observarã las que dipuso segũ su espiritu la V. Madre sor Hipolita Torrijos. Y no dudo deve aver en cada fundacion cosas particulares de mas, ò menos rigor, y observancia, admitidas desde sus principios, segũ la mayor, ò menor conveniencia de las Comunidades, numero de religiosas, diversidad de los tiẽpos, y voluntad de los que las fundaron. Lo que observan en este Convento de la Concepcion Victoria, que juzgo, por

la mayor parte, ser comun à todas las de este santo instituto, es lo siguiente.

No tienen cosa particular, porque es todo à todas comũ. No se les permite en su persona, ni celda alaja alguna de valor, exercitando en esto la mas estrecha Pobreza Evangelica; de suerte, que no pueden admitir, ni disponer de cosa, por menuda que sea, sin licẽcia de la Prelada. Las celdas son muy pequeñas, sin mas adorno ni alajas, que, algunas estampas devotas, de papel, que se zela sean pequeñas.

El vestido es de lana hasta la tunica interior. Assistenlas cõ ropa, la necessaria, para defenderse de las inclemẽcias de èl tiempo. Vsan habito, y escapulario blanco de sayal, mãto azul. Llevan pendiente de los ombros vn rosario, que no se permite sea precioso, ni engarzado. En medio del pecho vna medalla grãde, en que està esculpida, por vna parte, la Imagen de la purissima Concepcion, con el niño Jesvs en los braços, porque en esta forma apareciò à la V.M. Beatriz de Silva; y à la otra la del Seràfico P.S. Francisco; llevan las Professas sobre el ombro drecho en el manto, vn escudo, en que està pintada de sedas la mesma Imagen de la Virgen.

La cama es, vn gergoncillo con savanas, assi mesmo de lana. Ayunã adviento, començãdo este, desde todos Santos, y quaresma, todos los Viernes de èl año; las vigilias de Festividades de Christo, y la Virgen, y los Sabados; aunque en esto es solo devocion, y no pueden obligarlas à ello. Los Miercoles tienen abstinencia de carne, que suelẽ hazer las mas por su devocion, rigoroso ayuno. Guardan todo el dia silencio, sino vna ora despues de comer, y cenar, que se juntan en comunidad à recreo, de que se

abstie-

abstienē los dias de comuniō.

Tres dias en la semana tienen disciplina en comunidad, por espacio de vn miserere, y dizen otras oraciones. Dilatase el Jueves, y Viernes santo à tres. Exercitan varias penitencias en Refitorio, segun la licēcia, q̄ dà la Prelada. A las dos de la mañana se levātā à Maytines. Lo demàs de èl oficio divino lo dizen à sus tiempos, en tono llano, humilde, y devoto.

Tienen cada dia dos oras de oracion mental en el Coro, la primera à las 5. de la mañana, si es Ivierno, à las 6. la otra todo el año; à las 5. de la tarde Precede licion; en que lee la Correctora de coro el punto de la meditacion; y vn quarto antes de comer, è irse à acostar tienē examen de conciencia.

Ay facilidad en permitirlas algunos dias de retiro en sus celdas, à las q̄ por particular devocion lo piden. Y es en todas indispensable vna vez al año, el de ocho dias continuos, en que hazen los exercicios; practicādoles los puntos cada dia: dividiēdose vnas la primera semana, y otras la segunda; à fin de que queden algunas desembaraçadas para los oficios domesticos, y las demàs sin estorvo, que pueda impedirles la quietud de su retiro.

La Clausura es la mas estremada, porque no tratā con nadie, sino cō personas muy allegadas, y edificativas. Y esso en vn locutorio de dos rejas, interpuesto vn rallo de lata, y vna cortina de vocacî clavada al derredor, de suerte, que ni pueden ver, ni ser vistas; con otra Mōja de las de mas autoridad, que està de escucha oyendo lo que se habla, prevenida en que guarde silēcio, allî, y en lo que convēga guardarlo. Siendo solo su cuidado zelar no se gaste tiempo en platicas impertinētes, y menos religiosas. Quando entra en la Clausura alguno

de

de afuera, como Medico &c. Salē à la puerta vna de las superioras, à vezes las dos, segun la persona, y las dos porteras, cō velos sobre el rostro, de manera, que no las puedē ver; assi mesmo las enfermas, si la enfermedad no pide otra cosa, à disposicion de la Madre Abadessa.

Estando enfermas se les dispone en la enfermeria cama humilde, pero muy limpia, aseada, y curiosa, con colchones, y savanas de lienço. Vsan entonces camisa, assi mismo de lienço, y vnos habitos muy ligeros, y se les assiste con mucho amor, y caridad, sin perdonar gasto alguno, ni diligēcia, que condusga à la salud, consuelo, y regalo de la enferma, dedicando dos Monjas de coro, y vna Freila para assistirla, y aquellas estàn dispensadas en acudir à los demás oficios, à fin de que no les falte el consuelo à las que estàn indispuestas. Y si son muchas, se señalan todas las q̄ son necessarias para servirlas, siendo el objeto de su cuidado solicitarles todo alivio. Estando de peligro no las dexan, ni de dia, ni de noche: sucediendosse vnas à otras en el trabajo, que le haze llevadero, y gustoso la mucha caridad, y entrañable amor, que vnas à otras se tienen, como verdaderas hermanas en Jesuchristo; siēdo lo mas apacible las muchas deprecaciones, cō que solicitan, por medio de su oracion, y demàs exercicios espirituales, en primer lugar las assistencias divinas, y despues la salud corporal, que mas conviniere.

Quando muere alguna religiosa, à mas de los oficios, y oraciones, que dize la comunidad, la missa cātada de cuerpo presente, y otras, que entre año se celebrā, se le hazē dezir por la difūta en particular cierto numero de missas rezadas, que

que paga el Convẽto, sin nueve, q̃ se dizen cantadas, y diez en altar privilegiado, y cada religiosa reza los siete psalmos penitenciales, y al fin del año se le canta vn anniversario solẽne. Finalmente todo el blãco de este sagrado instituto es, dexar à las religiosas sin mas cuidado, que el de entregarse de veras à Dios, y perficionar sus almas con el exercicio de las virtudes; para mejor disponerse à venerar, y reverenciar cõ todo affecto à la Virgẽ Madre, en obsequio de su immaculada Concepcion en gracia; y à este fin se aplican todos los medios, que dicta la prudencia, y puede conseguir el cuidado.

De donde se colige la gran obligacion, que cõtraen estas religiosas de renunciar las memorias de èl siglo: consagrandose muy de veras à la devociõ, y demàs obras de piedad, y virtud, que puedan adornar, y perficionar sus almas al mayor servicio de Dios, y de su santissima Madre. Y si, como enseña la Theologia, la perfeccion de la obra se à de regular, y medir por la nobleza de èl fin; quan alta, y perfecta obra serà la institucion de este sagrado ordẽ religioso, que puso Dios en su Iglesia para tan admirables, y gloriosos fines?

CAP. VII.

INDICIOS NOTABLES, que precedieron à esta fundacion.

SIenpre semejantes obras, q̃ son de èl agrado de Dios las previno su divina Magestad con algunas señales prodigiosas, que despues mostraron los effectos aver sido portẽtos singulares de èl divino influxo. Tal fue el sueño de S. Romualdo, en que le mostrò Dios su Religion, en hombres, que vestidos de blanco subian, y baxavan vna escalera semejante à la de Jacob. Tales, las siete

estre-

estrellas, q̃ viò Hugo Obispo Gracianopolitano postrarse à sus pies la noche antecedente al dia, que llegò S. Bruno, y sus seis cõpañeros, à pedir territorio en vnos montes de su Diocessi, para fundar la gran Cartuja. Tal, el alano, que estando en cinta, viò la Madre de Sãto Domingo, q̃ con vna acha en la boca alũbrava el Orbe. Tal, el ciervo, que descubrieron en el desierto los Santos Juan de Mata, y Feliz de Valois, con la cruz de la Santissima Trinidad entre sus ñudosas astas; valiendose la divina providẽcia hasta de irracionales, para dar indicios de su volũtad, en obras tan de su gloria. Tales fueron otros portẽtos, y no inferiores entre ellos, el admirable extasis de ocho continuados dias, y noches en Manressa, de mi gran Patriarcha, y Padre S. Ignacio de Loyola, que precediò à la fundacion de la Cõpañia, en que, es comũ sentir, le mostrò Dios de antemano los progressos de la Religion, que avia de instituir.

No es mi intento cotejar cõ estos, ni calificar por milagros, ni revelaciones, hasta que averiguados, y examinados legitimamente, les dè la calificaciõ aquel à quien pertenece, algunos señales, è indicios biẽ notables, q̃ precedieron à la fundacion de este religioso Convento; y aunque algunos escõdiò, en parte, ò de èl todo, vna avisada, y prudẽte cautela, fueron dos los mas patentes, que no puedo dexar de escrivir.

Huvo en esta Ciudad vna donzella hija de Padres muy honrados, cuyo nombre agora por justos respetos se calla, à quien luego, que le amaneciò la luz de la razon, la concediò el Señor vivos desseos, y efficaces de dedicarse al divino servicio en el recogimiẽto santo de la Religiõ. Comunicava en las platicas comunes, y domes-

ticas

ticas à su Madre, señora de virtud, y exemplar vida, sus intentos, que por entõces no les dava mas credito, q̃ al de vn pueril impulso; pero mostrava, quã verdaderos, y efficaces eran, en lo gustoso, que entrava à repetir, y saborearse en esta conversacion.

Cooperava la buena Madre à los aliẽtos de la fervorosa hija, alentandola à que dixesse, à que Convento de los dos, que avia en Tortosa, la inclinava su desseo? Respõdió la devota niña, q̃ à ninguno; porque à ella la inspirava Dios abraçasse instituto de mas recolecciõ, y estrechura. Propussole varios de los muchos recoletos, y edificativos, que ay assi en Cataluña, como en los Reynos circũvezinos, à ninguno se vió inclinada. Hasta que en el mes de Deziembre de èl año de 1641; aviendo entrado en esta platica, que era la mas comũ en los ocios de su labor, le propuso, si queria entrar en vn Convẽto, cuya fundacion se tratava en Peñarroja, lugar de èl Reyno de Aragón, no muy distante de Tortosa? Para lo qual se pediã algunas religiosas al de santa Clara de esta Ciudad, y despues no tuvo effecto.

Respondióle la niña, llena de vn mas que natural conocimiẽto; *que aquel no se fundaria, y que no se cãsasse en proponerla Conventos; porque ella avia de ser Monja en vno muy recoletos* exemplar, y edificativo, *que se avia de fundar en la calle de S. Antonio de esta Ciudad.* Sonrióse la Madre creiendo ser juguete, y vana idea de aquella edad, diziẽdola con ironico donayre: si por cierto hija para ti sola vendrán agora à fundarle. Con esto la dexó; pensando ser veleidades las que en su hija avia tenido algunas vezes por verdaderos impulssos, y vocacion de lo alto.

Lo q̃ esto seria? No lo exa-

mino, ni pōdero. Lo cierto es, que el de Peñarroja no se fundó, y q̃ antes de cinco meses, como veremos en el Capitulo siguiente, hizo el fundador voto à la Virgẽ de eregir este santuario, y que se estableció, no solo en la calle, sino en el mesmo templo de S. Antonio, que era de la Cofadria de los Labradores, y à tiẽpo que pudo esta niña, que se me à ocultado quien es, entrar, y professar en el, y que es oy vna de las muchas, que viven con notable exemplo de virtud.

Al mesmo tiẽpo, avia Dios comunicado à algunas religiosas de èl Convẽto de santa Clara de esta Ciudad, vivos desseos de mayor perfecciõ, y para esto prendas ciertas de que las trasladaria à vna recoleccion donde viviessen muy à medida de su desseo. La forma, y modo, que tuvieron esta noticia estuvo siẽpre muy oculto, aunque en diversos lançes dieron algũ leve indicio, inexcusable en ocasiones, de sus intentos, y segura confianza. Vivian estas muy vnidas, y conformes en este proposito, y muy seguras de èl sucesso, aunque nũca cõcibieron para donde las tenia Dios destinadas. Con esto sabiẽdo se tratava de cierta fundacion en el Reyno de Valencia, creyeron ser, el termino de su vocacion, y aun con mas seguridad, quando llegaron à saber de la que se tratava en Peñarroja. Pero no teniendo effecto la vna ni la otra, quedaron en flor sus esperanças. Mas no por esso las perdierõ, ni desmayarõ, antes siẽpre alentadas perseveravan en pedir à Dios con instantes ruegos el cũplimiento de su promessa, y assi viviã con esperança, y silẽcio.

Hasta que aviẽdo puesto el Frãcès vn apretado sitio à Tortosa, estando la Ciudad, como veremos en manifiesto peligro de perderse, vna de las dichas

religio-

religiosas llamada sor Leocadia, Monja freila de grande espiritu, y perfeccion de vida, y à lo que se colige, à quien Dios con singularidad avia dado señales muy individuales de esta fundacion, embiò à su confessor, q̃ era el P. Jacinto Piquer de la Compañia de Jesvs, sugeto de toda graduaciõ, y que tiene mucho lugar en esta historia, al Señor Obispo de esta Diocessi, q̃ era el Illustrissimo, y Reverendissimo Señor D. F. Juan Bautista Veschi de Campaña, à que le dixesse de su parte, cõ la cautela, y reserva, que pidẽ semejantes noticias: *que le hazia saber, y tuviesse por cierto, que la Ciudad se hallaria en gran conflito, y llegaria su aprieto al ultimo riezgo de perderse; pero, que Dios, y la Virgen Maria avian puesto en sus manos su reparo, y defensa, que ella disponia todo lo necessario, para que se erigiesse cerca de èl muro un altar à la Virgen, à cuyas aras avia su Illustrissima de contrastar, y vencer la arrogancia, y furia enemiga, y q̃ tuviesse por seguro, libraria la Ciudad cõ ofrecer à aquella Señora fundarle un santuario, y Monasterio de religiosas recoletas de la mas estrecha observancia, è instituto con titulo de su immaculada Concepcion en gracia*: Mysterio, à que avia sido devotissimo toda su vida este insigne Prelado.

Esta noticia, que le diò el P. Piquer, con el concepto grande, que tenia de su persona, y de la vida exemplar de esta religiosa, cuyo espiritu avia governado, y dirigido algunos años dicho Padre, y la experiẽcia, que le certificò, se tenia de otras cosas, q̃ en diversas ocasiones avia dicho sor Leocadia, y las aviã visto cumplidas: hizieron mucha impression en su animo, dexandole con algũ consuelo, en medio de la aflicion, en que se hallava: viendo la incansable persistencia, y

fuerça de èl enemigo, y poca defensa de la Ciudad. Lo que sucedió, y como se cumplió todo, lo veremos en Capitulo siguiente.

Y no es de passar en silencio lo q̃ le sucedió à esta sierva de Dios, estando hablando con el Dotor D. Francisco de Aguilon, varon de todas aquellas prendas, que componẽ vn hombre grande, y verdaderamente docto, y prudente, que fue mucho tiempo vicario General de todo el Obispado, y murió electo Obispo de Tortosa. El qual en tiempo de sede vacãte, antes de tenerse la menor noticia de que huviesse de ser electo el Señor Obispo Cãpaña, estando hablando cõ sor Leocadia, à quien por su buen nombre, y mucha virtud tratava familiarmẽte, por el provecho espiritual, que dezia, sacava de su edificativa, y modesta cõversacion, la dixo: se presentia, y dezia mucho, venia por Obispo vn prebendado secular de cierta Iglesia de España. Oyò la Religiosa le dixerõ en voz intelligible, y clara: *Que no seria sino vn Religioso del Ordẽ de èl P. S. Francisco, que cumpliria sus desseos*. No se lo explicó por entonces hasta hecha la fundacion, à la qual ayudó, y favoreció mucho dicho Señor D. Francisco de Aguilon.

Estos, y otros, que se callã, por no estar tan averiguados, fueron los indicios, que precedieron à la fundacion de este Monasterio. Que, atendiendo à lo que despues sucediò, dan bastante motivo de discurrir fueron sobre naturales, y que quiso dar à entẽder Dios nuestro Señor, fue obra muy accepta à sus divinos ojos, y à los de su santissima Madre, que fue la medianera en los acontecimientos, y casi no esperados sucessos.

CAP.

CAP. VIII.

ES INVADIDA LA CIUdad, haze voto el Señor Obispo de eregir el Convento de la Concepcion, y queda libre de èl assedio.

LA fidelissima, y exemplar Ciudad de Tortosa: Titulo, que le mereció su innata fidelidad para con su Rey, experimentada en diversas ocasiones de disturbios, y guerras, es vna de las mas celebres, y antiguas poblaciones de èl Principado de Cataluña, situada à lo largo, à las riberas de èl Ebro, fertil, amena, y abundãte en todo genero de mantenimientos, y muy feliz por lo saludable de su cielo, de que hablan largamẽte las mas historias de España. Habitanla cerca de dos mil vezinos, y entre estos mucha, y calificada nobleza; prenda, que fue siempre apetecida de èl invassor enemigo, tanto que; quando todo lo restante de Cataluña prestó la obediencia à Francia, no se halló este Monarca contento hasta ver si se podria apoderar de ella.

Este cuydado, que le llevó muy ansioso, le hizo disponer el año de 1642. vn numeroso Exercito de lo mas escogido de la gente de guerra, que tenia en Cataluña. Constava de diez mil infantes, y tres mil bien dispuestos cavallos, los mas españoles, q̃ en vna derrota, en que hizieron prisionero à D. Pedro de Aragòn avia rẽdido Francia. Governados estos de vn diestro, valiẽte, y experimẽtado General llamado, Monsiur de la Mota, à quiẽ solo con mayor satisfacciõ pudo fiar esta empressa. Acercóse cõ este Exercito à la Ciudad; y aviendola puesto sitio, plantó su bateria à la parte que llamã; de la planeta, azia el monte, q̃ vulgarmente dizen: de èl Coll de èl Alba; para poder romper la casa muro de èl Convento

de

de la Virgen de èl Milagro, de religiosos Carmelitas descalços, q̃ les pareció puesto oportuno, y facil, y ganando aquel, tener la eminencia de la Ciudad. No es dezible el terror, q̃ esta novedad ocasionó en los Ciudadanos, que no avian visto semejantes invassiones; por aver gozado aquella Ciudad vna dilatada paz, en muchos años antecedẽtes. Pero no por esso acovardado su valor, hallandose sin mas Milicia, que vn troço de èl tercio de Ordenes, que acaso passava à Tarragona, y à vista de la necessidad les detuvieron, y vna compañia de èl tercio de Estremadura; ni mas artilleria, que, dos cañones de pocas libras de calibre, q̃ oy guarda la Ciudad, se dispusieron à vna vigorosa defensa, tomando las armas hasta los Ecclesiasticos.

Comenzò la bateria por los vltimos de Abril, sin parar ni sosegar de dia ni de noche. Conocieron los Ciudadanos el intento de abrir brecha por aquella parte, y muy con tiempo cavaron vn contra foso, haziendo todas las demás prevẽciones, que pudieron conducir, para la defensa; dado que por alli se abriesse el muro. Durò algunos dias batir la Ciudad; estando los de fuera prevenidos con muchas faginas, y cantidad de espuertas de tierra, para cegar el fosso con promptitud.

A la parte de à dentro, amás de los soldados, y mucha gente de la Ciudad destinada à la defensa, se hallava el Illustrissimo Señor D. F. Juan Bautista Veschi de Cãpaña, Obispo de esta Diocessi; que, dexando el puesto, q̃ guardavan los Eclesiasticos, se vino à dar valor cõ su presencia, à los que estavan en mayor peligro, y à pelear como otro Moyses, cõ los braços levantados al cielo. A este fin viendo ser ya tiempo de no descui-

descuidarse, embiò al Convẽto de santa Clara, de donde le remitió sor Leocadia, de quien ya emos hablado, todos los aprestos, cõ que se pudiesse formar vn altar. Colocó en el vna santa Imagen de nuestra Señora de la Concepcion, à cuyas aras, postrado el devotissimo Prelado implorava los mas efficaces subsidios de la Virgen Madre, mientras los Ciudadanos, jugavan las armas, y se disponiã à la defẽsa de la Ciudad.

Viernes à dos de Mayo, al anochecer, hechó el enemigo todo el resto de sus fuerzas, viẽdo ya flaquear el muro. Y jugãdo cõ todo el ahinco de su actividad la artilleria, abrió disforme, y no esperada distancia de mas de veinte passos de brecha.

Con el mesmo ardimiento, sin perder punto, aviendo cegado el foso, tocó à acometer, serian como las diez de la noche. Executóse con tanto valor, y tã desesperada furia, que tuvieron mucho que hazer en defenderse, que ya desconfiavan poderse librar.

En este conflito de los defensores, y dolor de los demás, que veìan peder por puntos la Ciudad, ya abierta, y con tal persistencia envestida de enemigas armas, temiendo el fatal estrago, q̃ en haziendas, y personas executa la licencia militar, quãdo à fuerça se introduce en las Ciudades. Movido cõ mayor compassiõ, enfervorizó el santo Obispo sus deprecaciones. Y postrado delante de èl altar; regado su venerable rostro en tiernas, y continuas lagrimas, alentando su devocion cõfiada à pedir cõ la mayor ternura, y efficacia el remedio de tamaño conflito, ofreció, con estrecho voto, à la Virgen Madre, si librava la Ciudad de èl poder de tan averso enemigo, sacrificarse de nuevo à los cultos de su primera gracia;

y que

y que ſundaria, en memoria de èl beneficio, que eſperava conſeguir de ſu liberal mano, à proprias expenſas, vn Convento de religioſas de la mas eſtrecha obſervãcia, y recoleccion, dedicadas à perpetua veneració de ſu Concepció ſantiſſima ſin pecado en el primer inſtante. Hizo eſta oracion, y obſequioſo ofrecimiento, con tal eſpiritu, y devocion, que ſalió con prẽdas de averle oído, y acceptado la sãtiſſima Virgẽ.

Levantado de ſu oracion, ſe bolvió deſpues eſte devoto Prelado à los Ciudadanos, à quien, con el mayor fervor, actividad, y perſuaſion exortó, à que le acompañaſſen; acudiendo al propicio amparo de la Virgen ſantiſſima, llenandolos de valor, y confiança. Invocaronla todos con ternura, bajo la apelació de la Cinta; por la, que dexó eſta Señora en eſta Ciudad, è Igleſia, en prenda de èl amor, y benevolencia con que ama à ſus Ciudadanos, y habitadores, que con eſte titulo la veneran por ſu principal Patrona.

Señalóſe entre todos el Capitan D. Jacinto Miravall, biẽ conocido en Cataluña, y ſigiẽdo los dos devotos rũbos llamó en ſu favor cõ notable devocion, y affecto à la Virgen; invocandola muy cõfiado bàjo los dos titulos, de la Concepció, y de la Cinta. Y ſiguiẽdo ſolo à todos, ofreció, con el Señor Obiſpo, obligandoſe tãbien con voto, celebrar cada año, mientras viviesse, la fieſta de la Concepcion en la caſa de la Compañia de Jesvs, cuyo tẽplo eſtà dedicado à eſte myſterio de la pureza de Maria. Y con ſus concives, y compañeros, eregir vna capilla de nueſtra Señora de la Cinta en el Cõvento de la Rapita de Monjas de èl Orden militar de S. Juan Bautiſta, en cuyo retablo permanece oy, y ſe ve eſta Señora

como favoreciendo à esta fidelissima Ciudad. Y fundar en ella vn beneficio, con buena congrua, que oy possee Don Faustino Miravall su hijo.

Alentados pues los Ciudadanos, que ya desconfiavan, cõ los alientos, y buenas esperanças, que dava el Prelado, afiançadas en el propicio amparo, q̃ tenia por seguro, de la Virgẽ, se opusieron valerosos; defendiendose cõ el mayor ardimiẽto, furor, destreza, y valentia, q̃ pudo animar su alentado esfuerzo. Jugavan las armas cõ destreza de veteranos. No asomava Francès por la brecha, q̃ no dexasse la vida, ò se retirasse mal herido. Persistiò, no obste el enemigo, hasta que tuvo noticia de aver quedado muerto sobre el bordo de la brecha el Barõ de la Roca, soldado valiente, y experimẽtado; à quiẽ avia cometido su tio Monsiur de la Mota esta empressa, que juzgò avia de acreditar su valor. Retiraronse luego los demás, quedando libre la Ciudad, y sembrado el campo de cadaveres enemigos.

No falta quien diga, y es comun tradicion, se viò en el ayre sobre el muro vna hermosa donzella, que discurren fuè la Virgen santissima; animando à vn tiempo los nuestros, y causando terror à los contrarios. En cuya memoria quando se cerrò la brecha ingirieron en el muro vna Imagen de piedra de nuestra Señora de la Cinta, que oy está en el lienzo de la pared; por aver sido su mayor defensa, y fortaleza.

Passada en tã duro combate la noche de èl dia dos de Mayo, amaneciò el Sabado à tres dedicado à los cultos de Maria, y en que la Iglesia celebra la Invencion de la Santa Cruz, tan horroroso contra Franceses, como alegre para los nuestros, que, à los primeros crepusculos, descubrierõ desierto

el campo de vivientes, retirada ya la artilleria, y puestos todos en marcha, y à trecho, que ya las balas de la nuestra no les podian alcanzar, ni apenas se divisaron.

Quedó libre la Ciudad. Los nuestros, cuyo daño personal avia sido poco, ò ninguno, alegres, y triunfantes, refiriendo esta victoria, à la Virgen santissima obligada por los meritos, intercession, y voto de su Illustrissimo Prelado, à quiẽ rindierõ las gracias, humildes, y obsequiosos. Y por este tan señalado como singular favor, recibido de la Virgen, quiso el Señor Obispo, se intitulasse el Convento, (q̃ como veremos; vẽcidas las dificultades, se fundó.) *De la Concepcion Victoria*, en memoria de la que este dia consiguieron. Este fuè el admirable principio de la fundacion de este santuario, y religioso Convento.

CAP. IX.

RESPONDE A LA QUEXA, que se diò contra el Autor de la Crisis de Cataluña, sobre lo que escriviò de la Virgen de la Cinta.

AViendo hablado en el Capitulo passado de Nuestra Señora la Virgen Maria, cõ titulo de la Cinta, Patrona de esta fidelissima Ciudad, à quiẽ apellidarõ los Ciudadanos en este conflito, como queda dicho; me à parecido ser ocasion de dar respuesta à vna quexa, q̃ ay en Tortosa contra el Autor de la Crisis de Cataluña, culpandole en lo q̃ escrivió à cerca de èl favor, q̃ logra esta santa Iglesia en el donativo de la milagrosa Cinta. Y si alguno me increpa la digrassiõ, me escusarà el zelo de bolver por la justicia, por vno de mi Religiõ, y el fin que en esto tengo; de q̃ vn estraño testifique la verdad, que se pueda ingerir en la Crisis, ò en los libros, que en adelante

lãte se escrivã de esta materia.

El P. Manuel Marcillo de la Compañia de Jesvs, de Nació Catalã, hijo de la villa de Olot, sugeto en todas materias docto, è intelligente, y tan leìdo; como nos lo persuade su erudita Crisis. Queriẽdo hazer vn relevante servicio à Cataluña, en escoger sus excelencias, y blasones. Conociendo, que los nativos historiadores se hazen siempre sospechosos en la narracion de las grandezas, y elogios de sus patrias; y mas siendo tãtos, y tan esclarecidos los timbres de esta gloriosa naciõ, resolvió copiarlos, sin poner nada de suyo; ni de autores Catalanes, refiriendo solo, lo que de este illustre Principado aviã expressado en sus escritos estrangeras desapasionadas plumas.

Habla pues de la fidelissima, y Exemplar ciudad de Tortósa; descriviendo con bastante comprehension algunas de las excelencias, que la hazen de èl todo grande, y al referir el favor de la donacion, y entrega de la bendita Cinta en el Cap. 8. §. 1. pag. 108. num. 174. dize assi: *Venera vna cinta de Maria, que truxerõ los Angeles à su Iglesia Cathedral: y ay quien piẽsa, que es la que perdiò Constantinopla, quando la porfia de sus vicios quitò la luna, que en honra de Maria tenian sus Banderas, y la puso en los Alquiteles Otomanos*. Hasta aqui la Crisi.

Nació la quexa de parecer, que en esto quitava este Autor, y escõdia la principal circunstancia, que era; como la substãcia de èl beneficio, y la mayor excelencia, y prerogativa, aplicãdo su entrega à solos los Angeles; siendo voz comun, y tradicion inconcussa, que, no solos los Angeles, sino la misma Virgen personalmente hablò al Sacerdote, y por sus mesmas manos se desciñó esta milagrosa Cinta, y hizo entrega

de eſte tan precioſo, como eſtimable donativo.

Y aunque eſta querella parece tener baſtante motivo, y fundamẽto: ſe puede ſatisfacer facilmente, aſſi por parte de èl que eſcriviò la noticia, como, por parte de èl Autor de la Criſi, que la refiere.

Por parte de èl primero; porque no niega, que la Virgẽ entregaſſe la sãta Cinta, ſino que parece quiſo hablar en eſte caſo con la fraſe, modo, y eſtilo, que vſa algunas vezes la ſagrada eſcritura, atribuyendo à los Angeles acciones, que conſta averlas executado alguna perſona divina.

Diſputaſſe entre los ſagrados expoſitores, quien fuè aquel Varon, de quiẽ el Cap. 32. de èl Geneſis refiere; que toda vna noche travó lucha con Jacob? Y es comũ ſentir de Teodoreto, S. Juſtino, Tertuliano, S. Hilario, S. Ambroſio, S. Cirilo, y otros, que fuè el Verbo de èl Padre. Aſſi lo conoció, y cõfirmó el miſmo Jacob verſ. 30. *Vidi dominum facie ad faciem*. Y el meſmo Señor añadió avia ſido fuerte en la lucha contra Dios: *Quoniam ſi contra Deum fortis fuiſti &c.*

Por lo qual el Concilio Sirmienſe anatematiza al q̃ diga, no fuè el hijo de Dios el competidor de Jacob: *Si quis, cum Iacob nõ filium, tamquam hominem luctatum eſſe: ſed ingenitum Deum aut Patrem eius, dixerit anathema ſit.*

Es verdad, que Baronio duda de la auctoridad de eſte Cõcilio, de quiẽ dize nueſtro Pererio, fuè aprovado, aunque no en todos ſus actos. Y que aqui ſolo parece, quiere condenar à los que dizen, fuè Dios, ò ſola la Perſona del èl Padre, el que intervino en la lucha; dando por cierto fuè ſolo el Verbo vnigenito hijo de Dios vivo.

Con todo, ſin que pareſca hazer agravio à tanta autoridad,

dad, ni à la verdad de èl sucesso, resuelve, y defiende el Doctissimo P. Cornelio à Lapide, siguiẽdo à S. Dionisio, S. Geronimo, Josepho, Eusebio, Ruperto, S. Agustin, que fuè Angel. Y lo que es de mayor apoyo, lo confirma la divina Escritura por Oseas en el Cap. 12. hablando de Jacob: *In fortitudine sua directus est cum Angelo, & invaluit ad Angelum, & cõfortatus est*, è aqui lo que cõ tanta claridad cõsta, que obró el Verbo divino, se dize lo executò Angel. Y la razõ de esto, puede ser, la q̃ insinua el Doctissimo, Pio, y Eximio Dotor P. Francisco Suarez, aunque no como suya; que, por nõbre de Angel no se entiende espiritu criado, sino vn nũcio de Dios, q̃ haze sus vezes. *Nomine Angeli nõ significari spiritum creatum, sed simpliciter Dei nũtium*.

Por dõde no se deve inferir ningũ disfavor en ordẽ al hecho; pues diziendo ser executado por los Angeles se entiende, en frase de la escritura averle hecho el mesmo Dios.

Lo mesmo sucede en la milagrosa aparicion de la Zarza, donde el sagrado texto de èl Exodo Cap. 3. dize: apareciò el Señor à Moyses: *Apparuit ei Dominus*, y mas adelãte el mesmo Señor, que apareció dize de si: *Ego sum Deus Patris tui, Deus Abraham, Deus Isaac, & Deus Iacob*. No puede dudarse, fuè el mesmo Dios el que habló desde la Zarza.

Con todo el Hebreo, Los 70, y la version Caldaica, donde nuestra vulgata dize: *apparuit ei Dominus*, leen: *Angelus Domini*. Confirmalo el Cap. 7. de los actos de los Apostoles, donde expressamente dize aver sido Angel: *Apparuit illi in deserto Montis sina Angelus in igne flãmæ rubi*. Y assi de otras muchas apariciones, y favores, q̃ omito, por no dilatarme; refiriẽdo lo que tiene mas semejança cõ

el

el sucesso, que acõteciò en esta santa Iglesia de Tortosa, que es la entrega de las Tablas de la Ley à Moyses.

De esta, dize el Cap.33. de èl Deuteronomio, que apareciò el Señor acompañado de millares de Angeles (Assi appareciò la Virgẽ santissima en esta Iglesia) *Dominus de Sinai venit, & de Seir ortus est nobis, apparuit de monte Pharan, & cum eo sanctorum millia.* Ya se ve quan semejante es vna aparicion à la otra.

Con todo el Apostol S. Pablo en el Cap.3. de la Epistola à los de Galacia escrive, q̄ la entrega de la Ley se effectuò por los Angeles: *Lex, per Angelos ordinata est.* Y explicando este lugar el Angelico Dotor S. Thomas dize: *Id est, ministerio Angelorum, & data est per Angelos*, que essa entrega de las Tablas de la Ley se effectuó, y executó por los Angeles, sin que esto immute, ni disminuya la excelencia de esta entrega; ni por esto se entienda, que solos los Angeles la executaron. Luego el que dixo, que la santa Cinta la entregaron los Angeles, no niega, la entregasse la misma Virgen, sino que habló al modo, que habla la divina Escritura, atribuyendo las acciones de Dios à estos soberanos espiritus. O, porque se reputa hazer Dios lo q̄ estos, como ministros immediatos suyos, executan. O, porque la moral estimacion no alla diferẽcia para la calificacion de las acciones, y grandezas de los favores; en que, siendo de èl mismo Dios, se effectuen por si, ò por sus Angeles.

Por parte de èl Autor de la Crisi se satisface bastantemẽte con dezir: se lea el titulo de èl libro, donde se allará, que, lo q̄ contiene, no es lo que dicho Autor sabe, ò siente; ni lo que à oìdo, ò leìdo en Autores, ò Escritores Catalanes; sino lo

que

que escrivierõ naciones estrãgeras. Y por esso en la primera de las breves notas, que haze al que le leyere, previene cõ cuydado: que nada dize; nada afirma en toda aquella obra como suyo, y que se dè en cada cosa el credito, que merecieren los Autores, de quien se à valido, sin distincion alguna.

Bien sabia este erudito Padre, (quien lo duda de su mucha cõprehension, y largas noticias, que ostenta en su libro) q̃ este favor hecho à los hijos de Tortosa, vino por manos de la misma Virgen. Pero, empeñandose en escrivir precisamẽte lo que estrangeros escrivieron en las excelẽcias de su Patria, allando este testimonio en vn moderno Aragonès, quiso mas dar esta alabança à Tortosa, aunque faltãdo alguna circunstãcia, que mudar el designio, y principal objeto, que tenia en escrivir este libro, en el qual no dize, que sea; sino que assi lo alló escrito. Escondiòsele tal vez lo principal al estrãgero, que lo escriviò; y al de la Patria, que solo intenta relatar, no le fuè licito añadir.

Pero por si se ofrece aver de bolver à imprimir la Crisi, que segũ es buscada, y plausible sucederà antes de muchos años. O, si emprendiesse alguno semejante assumpto, pueda allar alguna legal, y veridica relacion de èl sucesso. Yo, que soy estrangero, y à quien no mueve mas, que el desseo de escrivir cõ la mayor certeza, y realidad de verdad. Aviendome aplicado con la mas exacta diligẽcia, que pudo mi cuydado averiguarla; pondrè brevemẽte à mayor gloria de la Virgen mi Señora, y Madre, cuyo obsequio, devocion, y reverencia solicito en esta obra, la serie de este beneficio, y admirable acontecimiento, que es singularissimo.

Huvo en Tortosa vn Sacerdote

dote virtuoſo, que cõ ternura, y devoto afecto venerava à la ſantiſſima Virgen. Levantóſe, como ſolia, vna noche à ora de Maytines. Y llevado milagroſamente à la puerta de la Igleſia, oyó entónar en dulces voces el *Te Deum laudamus*. Acuſava el ſanto Clerigo ſu negligencia, con que ocupado, à ſu parecer, de èl ſueño, le avia ocaſionado llegar tarde, y acabados los Maytines.

Pero mientras repara, y; haziẽdo reflexa; dificulta; como, ſiendo el officio de feria aquella noche, ſe cãtava el ſobre dicho Hymno? Deſcubriò vna intenſiſſima claridad, que llenava la Igleſia, y procedia de vna grã multitud de Angeles, q̃ ordenados â dos coros; deſde el altar mayor al cuerpo de aquel mageſtuoſo templo; en candidos ropajes, con ſu reſplandor, y el de las luces, que oſtentavã, bolvian lo lobrego de la noche, en claro, y reſplandeciente dia:

Turbóſe con tal ſuceſſo, y mas quãdo; entregandole vna antorcha le mandaron ſubir al altar, donde deſcubriò ſentada en vn ſolio vna Señora hermoſiſſima de Mageſtad, y grandeza; coronada cõ precioſa Diadema; aſſiſtida de dos venerables ancianos, ſobreſaliẽdo la luz de ſu ſol con ventajas à las que el material excede las mas brillantes eſtrellas.

Preguntóle la benigna Madre: ſi la conocia? A que reſpõdió: no ſe determinava, aunque arto ſe lo perſuadian ſus ſoſpechas. Explicóſelo la Virgen con claridad. Y le manifeſtó ſer ſus dos ancianos aſſiſtentes, los dos Principes de la Igleſie S. Pedro, y S. Pablo.

Allóſe confuſo el humilde Sacerdote. Poſtróſe alegando ſu indignidad para tan deſmedido favor. Mandóle levantar; y, animãdole le dijo: q̃ aquella viſita era en paga de los conti-

nuos

nuos servicios, que avia experimentado en su devocion affectuosa; assi paga esta Señora, aun en esta vida, los cortos obsequios de sus siervos, y devotos. Y añadiò: *Y por quanto Esta Iglesia està dedicada en honra de mi hijo, y mia, y en vosotros los de Tortosa è allado tanta solicitud en mi culto, y veneraciõ; porque os amo, y delante de mi hijo intercedo por vosotros: En prenda, y testimonio de este amor; para que de èl, y de mi tengais vna irrefragable, y perenne memoria, hos dexo sobre este altar esta Cinta, de que voy ceñida, y tegí por mis manos. Haràs de este favor, y merced relacion al Obispo, à la Clerecia, y à lo restante de èl Pueblo.*

Diziendo esto se desciñò por sus manos, y colocò el Cingulo sobre el Altar. Mientras el Clerigo advertia, que à tamaño portento se le dificultaria la creẽcia: *El Monge mayor*, dijo la Virgen (assi llaman en esta Iglesia al que preside à los que cuidan de su assistencia, y adorno) *està en el coro, y lo vè todo; ambos hareis relacion, para que se dè el devido credito, à lo que refirais acerca de este beneficio.* Con esto desapareciò toda la vision.

Esto es lo que sucediò; dexando muchas particularidades, y circunstancias; como, aver entrado la Virgẽ santissima por los claustros de la Iglesia, y aver alargado su preciosa mano à tomar agua bendita à vna pila, q̃ oy està en la puerta, circuida de vn balaustrado de hierro, desuerte q̃ se puede tomar agua, y venerarse. Lo qual todo persuade la comun tradicion de Padres à hijos; apoyã antiguas tablas, y pinturas; sacado, que es lo principal, de èl Breviario de aquella sãta Iglesia en las liciones de èl Officio proprio, que se rezava, antes q̃ el sacrosanto Concilio de Trẽto resolviesse, y mandasse, que

la vniversal Iglesia vsara el Breviario Romano.

La Materia de esta sãta Cinta es seda, de sutil, delicada, y artificiosamente labrada redecilla, sin allarsele ñudo. Cuya labor, por ser de tal Maestra, an querido imitar las Religiosas de Tortosa. Formando de su medida primorosas cintas de sedas de varios colores, y cabos de artificio, y primor. Que tocadas al original suplen en lugares remotos el defecto de este. Obrãdo la santissima Virgen, por este medio, singulares maravillas, y portentosos milagros, en enfermos de varias dolencias, navegantes, y cautivos. Singularmente librando mugeres (son muchissimas las que an experimentado este favor) en las afliciones, y dolores de aviesos, y dificultosos partos. Baste esto para digression, y bolvamos à nuestro proposito.

***

CAP. X.

DA NOTICIA DE EL Fundador el Illustrissimo Señor Obispo Campaña.

VNo de los motivos, que nos deven persuadir, aver sido esta obra de grande gloria de Dios, son los muchos estorvos, y notables impedimẽtos, que se interpusieron para impedir su execucion. Mas como es proprio de la divina Providencia el oponer à los males sus remedios, proveyò en este tiempo, de la religion, prudẽcia, actividad, y zelo de èl R.P. Jacinto Piquer: superior entõces de la Residencia de la Cõpañia de Jesvs, que supo con su mucha auctoridad oponerse à todo quanto pudo ser de embarazo.

Emprendiẽdo este negocio, que siempre juzgó ser muy de èl servicio de nuestro Señor, cõ tanto ahinco, valor, y efficacia, que no parò hasta salir con el: estrechandose con los Señores

de

de mas calidad, y auctoridad, que tenia apaſionados, aſſi en Cataluña, como en la Corte de Eſpaña, donde avia muchos, q̃ haziã grãde aprecio de ſu virtud, y prendas. De ſuerte, que con juſta razon le llaman confundador, pues no menos coo-però con ſus diligencias perſonales, que el Señor Obiſpo con ſus bienes. Me à parecido antes de proſeguir, dar noticia de ambos ſugetos, como tan principales en eſta obra.

El Illuſtriſſimo, y Reverendiſſimo Señor D. F. Juan Bautiſta Veſchi de Campaña: Nació en el Reyno de Napoles, en la Ciudad de Campaña, de dõde tomò el apellido; en la Provincia llamada el Principado. Fuè hijo de Padres muy honrados, aũque meneſteroſos; de donde ſe infiere, que los muchos titulos, honores, y cargos, que condecoraron ſu perſona, ſe devieron ſolo à lo calificado de ſus meritos, por premio de ſus virtudes. Siendo de ocho años atraído de èl reſplãdor de la virtud, que veía campear en los Religioſos de èl Seràfico P. S. Franciſco, ſe fuè al Convẽto de èl Hoſpitalete de la Ciudad de Napoles, y ſe aplicò à ayudar con devota atencion las miſſas, que podia, ſirviendo en lo reſtante à la ſacriſtia.

Reparó en ſu buena indole, docil natural, y viveza de ingenio, el M. R. P. F. Celeſtino Archangelo de Cilento, Provincial de los PP. Obſervantes, y Letor Jubilado, y ſe le llevò cõſigo, como donadillo. Tenia eſte Docto P. particular guſto de enſeñarle algunas coſas de devocion, y de la Doctrina chriſtiana; y advirtiendo la facilidad, con que comprehendia quanto le enſeñava, reſolviò imponerle en los rudimẽtos de la Gramatica; ſacòle conſumado latino, y Rethorico, con tales adelantamientos,

que, no dudando seria el credito de su Religion, le dieron el santo habito.

Comenzó su Noviciado, en que se adelantó no menos en las virtudes, que se avia adelãtado en las letras, que hasta entõces avia cursado. Fueron singulares los exemplos, con que todo el tiempo de su provació edificó à todos los Religiosos de su Convento. Hecha la Profession solemne, le aplicaron à los estudios. Aqui fue donde nuestro estudiãte dio muestras de su raro ingenio, y de los quilates de perfecion, con que estava enriquezida su Alma, y estima grande, que hizo de su vocacion; exercitandose à vn tiempo en adquirir virtudes, que mas perficionan su estado, pobre, humilde, y caritativo. Entregando toda su aplicació al estudio de las letras; saliẽdo en vno, y en otro tan cõsumado, como declaran los grandes puestos, à que sus proprios meritos le elevaron.

Empleòse desde entõces en trabajar vnas doctas questiones de el pũto de la Concepció en gracia de Maria santissima: Mysterio que tuvo siempre en lo intimo de su affecto, y de que gustava tratar con devocion, y ternura. Corrió por todos aquellos cargos, y honorificos empleos, con que esta Religió sãta premia los sugetos de mas calificada graduacion, y mayor auctoridad. Fuè seis años secretario General, dos años governò por si, faltando el Generalissimo, y por fin en el Capitulo general, que se celebrò en Toledo, le entregaron el supremo govierno, eligiendole, por conformidad de votos, sin que le faltasse ninguno, vniversal Cabeça de tan florida, dilatada, y numerosa familia.

Portòse en este officio, y embarazoso govierno de General de toda su Religion, dilatada por las quatro partes de èl Orbe,

be,

be,con grande zelo,y paternal providencia,y no menor actividad, y acierto,que avian experimentado en los cargos , y pueſtos antecedẽtes, con cuya noticia , antes de concluir el tiempo de ſu generalato,le eligieron Arçabiſpo de Rixoles, en el Reyno de Napoles.

Vacó al meſmo tiempo el Obiſpado de Tortoſa , por muerte de èl Illuſtriſſimo Señor D. Juſtino Antolinez de Burgos; y queriendo el Señor Felipe quarto Rey de Eſpaña, tener mas cerca de ſi vn ſugeto de tanta auctoridad, y conſejo: teniendo entre manos el negocio, que entõces ſe tratava de la declaracion de èl myſterio de la Concepcion de Maria, que deſſeava adelantar ſu Mageſtad, y ſabia muy bien, quan apaſionado,y devoto era eſte ſabio,y diligente Prelado, le proveyó en el Obiſpado de eſta Ciudad; de que tomó poſſeſſion en 25. de Enero de 1641. y fuè conſagrado en la Igleſia Cathedral por los Señores Obiſpos de Lerida, Segorbe,y el de anillo de Valencia,à dos de Junio del meſmo año 1641.

Empezó ſu Prelacia,dando ſu Illuſtriſſima notable exemplo en lo regulado de ſu vida. Vivia muy retirado de èl trato comũ,ſiendo el ſuyo muy apacible, procurando conſolar en ſus aflicciones, à los que acudian à ſu aſylo. Era paciente, caritativo, y modeſto, ſin que las honras con que avian condecorado ſu perſona, ni la preſente Prelacia,huvieſſe immutado la humildad, y ſumiſſion con que ſe partava. Sintió notablemente , y coſtò muchas lagrimas à ſu mortificacion el aver de renũciar las ſandalias,y calçar çapatos. Y ſiendo Obiſpo llevó mucho tiempo la tunica interior de lana, que vſava ſiendo Frayle , y tal vez la lavò por ſus manos: haſta que deſpues,por ſu edad,y muchos

traba-

trabajos, que passò en las guerras, huvo de vestir, con arta repugnancia suya, camissas de lienzo.

El zelo, que como vigilante pastor, tuvo en cuidar diligentemente de èl rebaño, que Jesuchristo le avia entregado, le manifestò en la cōtinuació, con que ocupava el pulpito; siendo assi, que, aviendo estado poco tiempo en España, le costava mucho trabaxo el lenguage; por estàr solo exercitado en el idioma Italiano; pero, suplia su fervor el defecto de la pronūciacion, y menos propriedad de las vozes, y era oìdo con mucha frequencia, y gusto de sus subditos; cuyas almas sintieron mucho provecho, y adelantamiento espiritual en sus sermones.

De su Caridad para con los pobres, ay mucho, que dezir, y se verá en varios casos, que sucedierō en el discurso de su vida. Desde luego, que entrò en el Obispado, amás de las limosnas publicas, y muchas secretas, con que remediava necessidades particulares, puso en casa de èl Syndico de èl Hospital cantidad de savanas, colchones, camissas, y demás alajas necessarias à la assistencia, comodidad, y regalo de los enfermos, con orden de que diesse cuenta, en minorandose, para hazer nueva provission de las que faltassen.

No se avia cumplido el año de su consagraciō, quando ya quiso Dios labrarle la corona de trabajos, entrando los calamitosos tiēpos de las guerras: sucediendo el Abril siguiente el assedio, que queda referido, en cuyo conflito mostrò los quilates de su virtud, alta Providencia, y zelo en el Real servicio, siēdo el primero en concurrir con los demàs al muro; acudiendo con los Eclesiasticos al puesto, que les tocò defender; animādo, y exortando

à todos

à todos con infatigable ardimiẽto, y diligencia; gastãdo lo mas de èl tiempo en acudir à Dios. Y podemos dezir, se devió à su Illustrissima, à sus ruegos, y fervorosas oraciones la defensa de la Ciudad, por medio de èl voto, que hizo de fundar el insigne santuario de la Concepcion, logrando Tortosa esta felicidad, por la de aver tenido vn Prelado tan esclarecido; en cuyas manos, como se lo embió à dezir la sierva de Dios sor Leocadia, avia su divina Magestad puesto su remedio, y librado su defensa, la qual, es voz comun, fuè mas q̃ natural, milagrosa: pues, abierto el muro: introducido el enemigo en la brecha: allarse la plaça tan falta de milicia, y gẽte experimentada, y la poca q̃ avia tan fatigada en tãtos dias de continua bateria: suceder la envestida en lo mas lobrego de la noche; cuyas sombras suelẽ servir à los mas diestros de embarazo, al passo, que son ayuda, y abrigo à los invassores, son todas circũstancias, en que quiso Dios mostrar, aver sido cosa milagrosa, y defensa de su poderosa mano.

CAP. XI.

PROSIGUE LA MATERIA de èl passado.

Libre ya la Ciudad, y restituida à su seguro; teniendo oportunidad, trató el Señor Obispo de cumplir el voto, q̃ avia hecho; pero fueron tantas, y tales las dificultades, que se rasolvió à pedir comutaciõ, y dedicar las expensas en fundar, como lo declaró, vn Colegio de la Compañia de Jesvs; pero juzgando el P. Piquer, cõ quien conferia sus intẽtos, no avia bastante motivo, para pedir tal permuta, y assistiendole à vencer con notable fortaleza, y actividad todos los esforvos, y embaraços, que lo impedian, se puso en execucion en 30. de Mayo de 1644. aviendo conse-

conseguido las licẽcias necessarias de èl Rey, de èl Nuncio, y de la Ciudad, comprãdo vna casa muy capaz; y eligiendo para fundadoras algunas religiosas de èl antiquissimo Cõvento de la Madre santa Clara, personas de mucha virtud; que desseosas de mayor perfeccion, pidieron con instãcias al Señor Obispo la gracia, y favor de ser admitidas à esta fundaciõ; para lo qual diò su Illustrissima lo necessario, proveyẽdolas de todas las alajas, assi para la Iglesia, y sacristia, como para la casa. Todo lo qual individuarè despues con mas distinccion.

Alegre cõ el sucesso se allava el Señor Obispo, y ocupado en estudiar, y premeditar lo q̃ avia de establecer en su Convento, para su regular observancia: zelando con todo su anelo, que en ningun tiempo pudiesse entrar relaxacion; para lo qual dispuso quãto le pareciò conveniente; convinolas en q̃ admitiessen cosas biẽ arduas, y de mas estrechèz, y rigor, que la mesma Religion tiene, por razõ de su instituto. Las quales admitieron las Religiosas desseosas del mayor servicio de nuestro Señor, y abraçarõ muy gustosas; si biẽ se à dispensado despues en algunas, cuya practica mostrò la experiencia ser insoportables.

Dentro de seys años sobrevino segũdo sitio à la Ciudad, en que quando mas confiados, y menos recelosos estavan los vezinos, por justos juizios de Dios, y castigo de sus pecados, como lo dixo vna sierva de Dios, religiosa del Cõvento de la Concepcion, que ya estava fundado, al punto de èl medio dia entrò el Enemigo à saco la Ciudad; dexando à sus Ciudadanos, y moradores en la mas infeliz, desdichada, y lamentable miseria.

Este dia fuè la prueva de su pacien-

paciencia; porque acometiendole los ſoldados, le arrebatarõ la capilla, le quitaron los anillos de los dedos; y à fin de ſacar los tezoros, q̃ confiavã, dos de ellos aplicaron á ſu garganta los chuzos amenazãdo atravezarle. No tuvo otra defenſa, que, viendoſe con la muerte à los labios, arrodillarſe, y levãtar las manos al Cielo, pidiẽdo ſocorro à vozes à Dios, y à la Virgen Madre. Llegò vn cabo de ſupoſicion, y le defendiò, y ſacò de entre ſus manos.

A poco rato, con ocaſion de averſe bolado vna torre, donde eſteva la polvora, ſituada en la plaça de la Ribera, y derribado mas de quatrocientos Franceſſes, que alli eſtavan eſquadronados, ſe bolvierõ à indignar, juzgando aver ſido traicion. Dieron otra vez con el paciẽte Obiſpo, y fueron tantos, que al quererle ſacar de la caſa, que era la de D. Pedro Jordan, le arraſtraron deſde el remãſo de la eſcalera, haſta en medio de èl patio. Alli entre baldones, vnos tiravan por vn lado, otros por otro, queriẽdole cada vno llevar por ſuyo. Para quitar eſte diſſidio, dió orden vn cabo à dos arcabuzeros, que calaſſen mecha, y le tiraſſen. Aceſtaron, y no pudiendolo executar, por eſtar rodeado de Franceſſes, huvo tiempo de q̃ acudieſſe aquel perſonage, que antes le avia librado, y cõtramandò à los arcabuzeros, y depejo à los demàs, dexandole libre, aunque muy mal tratado.

Abrieron los enemigos las carceles, para liſonjear cõ eſta accion de piedad à los que eſtavan en priſion, tuvo eſte dia libertad vn Clerigo, à quiẽ por ſu mala vida tenia ſu Illuſtiſſima en aquel encierro, viendoſe libre, fuè à buſcar à ſu Prelado, à quiẽ maltrató con oprobios, y huviera paſſado adelante, à no tenerle cerrada la puerta vn page.

Aviendo passado estos vltrages, y ocupada por los Franceses Tortosa, se huvo de retirar el Señor Obispo à Morella, villa de su Diocessi, en el Reyno de Valencia; y los demàs, que se avian señalado en ser fieles à su Rey, à diversos pueblos fuera de èl Principado. Allì toleró con suma paciencia aquel destierro, aviẽdo perdido grandes cantidades, que tenia prevenidas para dotar à sus Religiosas, à las quales no cessava de alentar con cartas; sintiendo, mas que todo, no poderlas animar con su presencia.

Vióle vn sobrino suyo, que fuè à hazerle cõpañia, y à assistirle, llorar con gran sentimiẽto, y desseãdo saber la causa de èl llanto, que creyó ser el verse tan pobre, y desposeído de sus bienes, le declaró, que todo su dolor nacia de la pena, que le dava la memoria de aver perdido, sin esperanza de recobrarlos, tres grandes tomos, que cõ mucho trabajo, y afan avia escrito de èl punto de la Concepcion.

Recobraron los Españoles à Tortosa; bolvió de su destierro; afectó entrar de noche, para evitar los cumplimiẽtos de èl recibimiẽto, en tiempo, que era mas de llantos, q̃ de regozijos, y poder antes de todo visitar à sus Religiosas, como lo executó; disponiẽdo entrar la vispera de la Madre santa Clara, cerca de media noche. Apeó en el templo de la Concepció, y entrando, se postró el santo Prelado; pegãdo sus labios cõ el suelo, regandole con tiernas, y abundantes lagrimas, q̃ derramava de consuelo. Gastó en aquella devota postura largo rato, dando gracias à la divina Magestad, y à su Madre santissima, de verse restituido, y libre aquella tierna planta de los insultos violentos de la milicia Francessa.

Buelto à su silla, è Iglesia alló

alló la Ciudad qual se puede discurrir, despues de entrada à saco, y de aver tenido dentro dos años, y medio al Francès; manteniẽdo vn dilatado sitio, q̃ puso España para recobrarla, hasta que, no pudiendola Frãcia defender, la entregò à su legitimo dueño. No era dezible la suma miseria, y pobreza, en que quedarõ sus habitadores. A qui fuè, donde este insigne Prelado desplegó las velas de su caridad. Avia dexado el Palacio para abrigo, y aposentamiento de los soldados Españoles, y alquiló para si vna casa cerca de èl Convento de la Concepcion, y luego hizo cõprar muchas piezas de paño, y lienzo. Aquellas repartiò por si; estas, entregó à sus Monjas; para que en los ratos libres de coro, y demàs obediẽcias, cosiessen camisas de varios tamaños, y las repartiessen à los menesterosos, en que avia tanta prissa, q̃ las religiosas avian de trabaxar muchas noches hasta la ora de Maytines.

Despidió el mayordomo à vn pobre sin limosna. Supòlo, y le hizo buscar, y, no aviendo otras, le dió dos camissas suyas. Hazia sacar cada dia à la ora de èl medio dia à la puerta vna grande olla de arroz. Eran innumerables, los que de esta limosna se sustentavã en la Ciudad. Proveyó de cantidad de arina à las Monjas, que tenian el cuidado de amasar, y dava vn panecillo à cada pobre, y à bueltas de estos, acudia alguna gente de calidad, à quien la calamidad de la guerra avia reducido al mas miserable estado. Lo q̃ sobrava de su comida lo embiava al Convento; para q̃ la madre Abadessa lo repartiesse entre pobres enfermos menesterosos. Con estos oficios de caridad fuè notable el socorro, que tuvieron en aquella ocasion los mas necessitados, que huvieran sin duda pe-

recido muchos. Hasta que, recobrandose, pudieron los oficiales aplicarse al trabaxo de sus artes, y ganar con que comer; con esto se minoró el numero, aun que siẽpre perseverò su Illustrissima, emplando la mayor parte de las rentas en el socorro de los pobres, q̃ es mas ponderable, aviendo este Prelado quedado con solo el vestido, que llevava encima, quã do los Francesses assaltaron, y saquearon la Ciudad.

C A P. XII.

PROVEHEN AL SEñOR Obispo en el Obispado de Puzol, y muere.

ESstas gloriosas acciones en servicio de ambas Magestades, hizieron à nuestro Obispo merecedor de mas relevantes premios. Y aũque tuvo por muy segura otra provision de mas conveniencias, no se inclinava à dexar la presente, por no desamparar aquella tierna plãta, que ya veìa, comẽzava à florecer, y necessitava de su presencia. No obstante, conociendo, que en aquellos calamitosos, y miserables tiempos de tanto menesteroso, à quien era fuerça acudir, no podia ahorrar cantidad para fundar dote competente à las Monjas, que hasta entonces se sustentavan de los socorros, que les embiava, comprãdoles, casi cada dia, lo necessario à su sustento; resolvió admitir el Obispado de Puzol, no porque fuesse mas pingue, que el que posseìa, sino porque en aquel tiempo avian eregido à la suprema dignidad de la Iglesia, y sentado en la silla de S. Pedro al Cardenal D. Fabio Chisi de Sena Nombrado: Alexandro septimo; grãde amigo suyo, y cõtemporaneo, y que hazia tãto aprecio de su Illustrissima, que apenas tuvo las llaves de la Iglesia, fuè su primer cuydado dar noticia por carta al Señor Obispo Cãpaña, con muestras de tener

muy

muy vivo su primer cariño, y muy presētes memorias de los buenos officios de amistad, y cordial affecto, que siempre se aviā tenido; tratandole en ella de compañero fidelissimo, è intimo de corazō. Con estas expressiones de fineza, y buena volūtad de èl Papa, le pareció al Señor Obispo, estando tan cerca Puzol, como està de Roma, podria verse frequentemēte, y comunicarse con su Santidad, y cōseguir de su Beatitud mucho con que poder adelantar sus Monjas en tessoros espirituales; y, segun lo que esperava, socorrerlas con gruessas cātidades; dexando el Cōvento con las conveniencias necessarias, para que assistidas de lo temporal fuesse todo su cuydado dedicarse al servicio de nuestro Señor, y de su Madre santissima.

Hizo pues su Magestad al Señor Obispo la merced de èl Obispado de Puzol, y tratò de viaje, porque desseava mucho llegar presto à Roma. Dispuso antes de partir quanto pudo prevenir su diligēcia. Avia pagado la casa, y cōprado la Iglesia de san Antonio, que era de la cofadria de los Labradores; sacando decreto de su Magestad para obligar à los cofadres, q̄ lo resistieron mucho, la vendiessen, y tassada por vehedores, pagò por ella tres mil ducados de plata. Sacò assi mesmo decreto de su Magestad, cōfirmado con autoridad apostolica, de cargar sobre la mitra quiniētos escudos de plata, cuyos anuales reditos por veinte años avia de pagar el Diocessano, para alimentos de las religiosas. Dexó el dinero, que pudo, para que se mejorasse el tēplo, y adornasse con el asseo, que oy està; dexando la super intendencia, y cuydado de esto al Vicario General D. Francisco de Aguilón, que con no menor zelo, faltando el dine-

ro,

ro, à proprias expensas, sin perdonar à gasto, le perficionó.

Instruyó à las Monjas en el modo con que se avian de cõservar en el servicio de Dios, en la oracion, meditacion, y leccion; imponiendolas en como se avian de portar entre si, y con los de fuera, de quien las quiso muy abstraídas; conociendo quan dañoso es à religiosas dedicadas al divino servicio, y quãto impide los adelantamientos de èl espiritu el trato secular, vulgar, y frequẽte. Dispuso el orden de èl coro, enseñandolas por si mesmo el tono llano, y devoto, q̃ agora cantan, mas, ò menos entonado, segun la mayor, ò, menor celebridad de las fiestas. Y la comission, y permisso de perficionar lo demàs, que para su govierno interior, y conservacion pudiesse conduzir, y de presente no se podia prevenir, à los Prelados sus successores.

Llegó el tiempo de partirse, y entrando dentro de la Clausura les predixo: lo mucho que el demonio avia de procurar su descaecimiento, y quanto las avia de combatir, que se previniessen con la fortaleza de lo alto, para resistir valerosas, cõservãdose en el trato de los Padres de la Compañia, à quien dexó muy encomendadas, cuya comunicació esperava este Prelado, por el gran concepto, q̃ tenia de su zelo, avia de conduzir mucho à su conservació, por lo que intentó, como veremos, dexarlas sugetas à su obediencia, y se huviera effectuado, à no aver resistido los de la Compañia.

Exortólas por fin à la paz, vnion, caridad, y perseverancia cõstante en el divino servicio, y à que no admitiessen relaxacion ninguna, que por tiẽpo se intentasse. Fuè aquî tal la avenida de lagrimas, que no pudo proseguir la platica, y enternecidas ya las religiosas prorrũ-

pieron

pieron todas en vivo sentimiẽto, al ver se les ausẽtava aquel cariñoso Padre, q̃ las avia concebido en Christo, y puesto en estado tã perfecto, que, aun en su fatigada ancianidad, no rehusava el trabajo de tan dilatado, y penoso camino por assegurar sus conveniẽcias; y sin poder hablar mas, se despidieron con los affectos de èl alma, que demostravan las vertientes de sus ojos.

Emprẽdió su viaje, y passando por Genova, buscó artifices primorosos, con quiẽ trató hazer el retablo de èl altar mayor de finos marmoles, y jaspez, y otras piedras, concertandole en tres mil, y quinientos escudos de plata doble. Llegó à la Corte Romana: Pero como pudieron otros prevenir la gracia del nuevo Pontifice, halló el Señor Obispo tan difficultosa la entrada del Palacio Apostolico, que aviẽdo besado vna vez el pie de su Santidad, y tomada su bendicion dispuso su viaje à Puzol, sin entrar en otras pretensiones, quitando la materia de zelos, que su assistencia en aquella Corte podia dar, à los favorecidos del nuevo Pontifice.

No dexó à las Monjas encomendado otra cosa en ordẽ à su persona, sino que pidiessẽ à nuestro Señor le concediesse vna muerte sosegada, y prõpta, con lugar solo de hazer vn fervoroso acto de contricion; porque en medio de sus muchas virtudes, religiosa vida, y esclarecidos merecimiẽtos, temia este santo Prelado los cõbates de aquella ora, tãto mas peligrosos; quãto mayor dilaciõ dà mas lugar à los acometimientos de èl enemigo, cuyas batallas temieron siempre las mas fuertes columnas de la Iglesia. Cumplióle nuestro Señor sus desseos; porque fatigado cõ la molestia de tan largo viage, à 11. de Noviembre, dia

de

ro, à proprias expensas, sin perdonar à gasto, le perficionó.

Instruyó à las Monjas en el modo con que se avian de cõservar en el servicio de Dios, en la oracion, meditacion, y leccion; imponiendolas en como se avian de portar entre si, y con los de fuera, de quien las quiso muy abstraídas; conociendo quan dañoso es à religiosas dedicadas al divino servicio, y quãto impide los adelantamientos de èl espiritu el trato secular, vulgar, y frequẽte. Dispuso el orden de èl coro, enseñandolas por si mesmo el tono llano, y devoto, q̃ agora cantan, mas, ò menos entonado, segun la mayor, ò, menor celebridad de las fiestas. Y la comission, y permisso de perficionar lo demàs, que para su govierno interior, y conservacion pudiesse conduzir, y de presente no se podia prevenir, à los Prelados sus successores.

Llegó el tiempo de partirse, y entrando dentro d
sura les predixo: lo n
el demonio avia de p
descaecimiento, y
avia de combatir, q
niessen con la forta
alto, para resistir val
servãdose en el trat
dres de la Compañ
dexó muy encomen
ya comunicaciõ esp
Prelado, por el gran
q̃ tenia de su zelo, a
duzir mucho à su co
por lo que intentó,
mos, dexarlas sugeta
diencia, y se huvier
do, à no aver resistid
Compañia.

Exortólas por fi
vnion, caridad, y per
cõstante en el divin
y à que no admities
cion ninguna, que p
intentasse. Fuè aquí
nida de lagrimas, q
proseguir la platica
cidas ya las religios

[illegible]
tes
[illegible] ha-
[illegible]yor
[illegible]ez, y
[illegible]ndole
[illegible]s escu-
[illegible]egó à la
omo pu-
la gracia
illo el Se-
ulrosa la
postoli-
o vna vez
y tomada

[illegible] aquella Corte [illegible] los [illegible] del nuevo Ponti- [illegible]

No dexó à las Monjas en- comendado [illegible] à su persona, sino que pidiessen à nuestro Señor le conced[illegible] vna muerte sossegada, y [illegible] ta, con lugar solo de hazer [illegible] fervoroso acto de [illegible] porque en medio de [illegible] chas virtudes, religiosa vida [illegible] esclarecidos merecimientos [illegible] mia este santo Prelado [illegible] bates de aquella ora [illegible] peligrosos; quanto mayor [illegible] ciō dà mas lugar à los [illegible] timientos de el enemigo [illegible] yas batallas temieron siempre las mas fuertes columnas de la Iglesia. Cumpliole nuestro Se- ñor sus dessseos; porque fatiga- do cō la molestia de tan largo [illegible] de Noviembre, dia de

[illegible]as con este ob-
[illegible]tud, intentaron
[illegible] instancias à la
[illegible]l, el cuerpo de
[illegible], para traerle à
Concepcion, y
[illegible] sepultura. Erā
[illegible]cultades, que
[illegible]o intervenian.
[illegible]vēcerlas, lo pri-
[illegible]al Dotor Fran-
[illegible]vallero militar,
[illegible]dad, Canonigo
[illegible]thedral de Vr-
[illegible] vna Señora re-
[illegible] la Madre sor
[illegible]rchāgel S. Mi-
[illegible]tōces de èl Cō-
[illegible]e allava en Ro-
[illegible]ridad fuè muy
[illegible] la consecucion
[illegible]mpeñò dicho
[illegible]lanc al Virrey.
[illegible]elencia cō mu-
[illegible] los Canonigos
[illegible]de prompto vi-
[illegible]ticiō, mas pres-
[illegible]on. Porque, ha-
ziendo

de S. Martin Obiſpo al querer deſembarcar en el puerto de Puzol, le aſſaltó vn dulce deſmayo, y al ſentir desfallecia, levantó los ojos al Cielo, como quien interiormente ſe diſponia para el vltimo trançe, y à breve rato eſpiró, rindiendo ſu alma en manos de aquel Señor, que para obras de tãta gloria ſuya la avia criado.

Aquel meſmo dia de S. Martin eſtando oyendo miſſa, deſpues de aver comulgado toda la comunidad, celebrando moſen Joſeph Talarn, cõfeſſor ordinario de èl meſmo Convento, Cura proprio de la parroquial de S. Jayme de eſta Ciudad, perſona de mucha virtud, y diſcreciõ, ſintieron todas las Monjas, azia el altar mayor dõde ſe dezia la miſſa, y cerca de la reja, vn gran ruido por tres vezes repetido, que les puſſo en notable pavor, y recelo. Acabado el ſacrificio llamaron al confeſſor, el qual les comunicó aver tanbien percibido el ruìdo, que le cauſó mucha novedad. Lo meſmo aſſeguró Joſeph Mora ſacriſtan, que oy es, y à ſido muchos años de èl Cõvento. Y no allando cauſa natural, que le ocaſionaſſe, rrecelaron ſiempre ſu deſgracia en la muerte de èl Señor Obiſpo, como ſe confirmó, viniendo noticia de aver fallecido aquel miſmo dia, queriendo, aun deſpues de ſu muerte, darles ſeñal de èl paternal cariño, con que en vida las avia amado.

CAP. XIII.

OBSEQVIOS DE GRATItud de las religioſas en la muerte de ſu fundador.

SAbida en Tortoſa, con las circunſtancias referidas, la muerte de èl Señor Obiſpo, no es decible el ſentimiento, y dolor, que ocaſionó en los piadoſos animos de las Monjas, aviendo en eſte acontecimiento perdido Padre, conſuelo, y amparo.

amparo. Pero en medio de su afliccion, y lagrimas, que derramavan inconsolables; entre solloços nacidos de èl coraçõ, trataron luego retornar agradecidas, en funerales exequias, repetidos sufragios, y oraciones, los officios, que à sus buenas atẽciones devian. Por muchos dias se prosiguieron los exercicios, que dentro de la clausura hizieron por su alma, que perennemente duran, celebrandose al principio de cada mes, vn solemne, y perpetuo anniversario. En lo publico se erigió entõces en la Iglesia vn sumptuoso lugubre tumulo, cercado de achas en sus blãdones. Enlutada la Iglesia, se hizieron por tres continuos dias honras funerales, cõ missas solemnes de diffunto, y tres sermones, que dixeron tres religiosos del Orden del Padre santo Domingo, de èl S. P. S. Francisco, y de la Compañia de Jesvs.

No contentas con este obsequio de gratitud, intentaron pedir con vivas instancias à la Iglesia de Puzòl, el cuerpo de èl Señor Obispo, para traerle à su templo de la Concepcion, y darle honorifica sepultura. Erã muchas las dificultades, que en este negocio intervenian. Ofreciòse para vẽcerlas, lo primero: escrivir al Dotor Francisco Blanc, cavallero militar, hijo de esta Ciudad, Canonigo agora de la Cathedral de Vrgel, hermano de vna Señora religiosa, llamada la Madre sor Josepha de èl Archãgel S. Miguel, Vicaria entõces de èl Cõvento, el qual se allava en Roma, cuya autoridad fuè muy necessaria, para la consecucion de èl effecto. Empeñò dicho Señor Dotor Blanc al Virrey. Escrivió su Excelencia cõ mucho aprieto à los Canonigos de Puzòl, que de prompto vinieron en la peticiõ, mas presto se arrepintieron. Porque, haziendo

ziendo reflexa, ſentian notablemẽte, aver de perder aquel, que tenian por vn precioſo teſoro, que Dios avia traìdo à ſu Igleſia. Inſiſtia el Virrey recõviniẽdoles con el primer ofrecimiento, y mientras vencia las dificultades ſe diſpuſo, que la muy Reverenda Madre Abadeſſa, que era la Madre ſor Methilde de S. Juan Bautiſta, religioſa de mucha autoridad, à quien el comun conſentimiẽto de toda la comunidad à cõſervado muchos años en el govierno de ſu caſa; de cuya direccion an experimentado notables adelantamientos, procuraſſe por algun medio fuerte empeñar la voluntad de èl Governador de Puzòl. Allóle muy poderoſo, y efficaz en D. Miguel Gonzales de Mẽdoza, Cavallero andaluz, y correo mayor de Tarragona, y Tortoſa, de cuya liberalidad goza el Convento, la lãpara de plata, q̃ adorna la capilla de èl ſanto Chriſto. El qual, ofreciẽdo todos ſus buenos oficios, eſcrivió à D. Diego Fernandez de Varcenes, Governador de Puzòl, ſu intimo amigo: interponiendo con efficacia, y empeño todos los meritos de ſu antigua amiſtad, y buena correſpondẽcia, le obligò admitieſſe la procura, que le embiava la Madre Abadeſſa, para q̃ en ſu nombre, y de toda aquella ſanta comunidad, hizieſſe eſta peticiõ al illuſtre Cabildo, entregando vna carta, que eſcrivia, en que, con ſumiſſion religioſa ſuplicava à ſu Señoria, ſe dignaſſe entregarles el cuerpo de ſu fundador, con motivo de ſu cariño, y obligacion, de tener mas vivas, y preſentes las memorias de rogar à Dios por ſu alma, y finalmente por aver expreſſado muchas vezes viviẽdo, ſer eſta ſu voluntad el diffunto, que deſſeavan cũplir.

Admitió guſtoſo el Governador eſta procura, y à tiempo opor-

oportuno; prevenidos los estorvos, y vencidas algunas dificultades, hizo su embajada, y peticion al illustre Capitulo, y leída la carta de la Madre Abadessa en presencia de los Señores Canonigos: juntos en cabildo, decretaron, se cōcediesse, y entregasse à las Monjas por medio de su Procurador el cuerpo de èl Señor Obispo Cāpaña su fundador; que, colocado en vna caxa de plomo, sobre puesta otra de madera, biē cerrada, y sellada cō el sello de aquella Iglesia, con publico instrumento de notario apostolico, signado, y referendado, en que dava fe de lo sucedido, y de ser aquel el cuerpo del Señor Obispo, se trujo à Tortosa, y llevado al Convēto, el Illustrissimo, y Reverendissimo Señor D.F. Joseph Fageda Obispo de esta Dioceßi; Prelado por todos titulos grande, recibiò la caxa, y pusso sobre su cabeza, como reverenciando las cenizas de su venerable antecessor.

Colocado pues el cuerpo sobre vn bien dispuesto tumulo, enlutado, y circuido de muchos blandones, y hachas, se cantó missa solemne de diffunto, con assistencia de èl Señor Obispo, muchas Dignidades, y Canonigos; los mas de los nobles, y gran parte de èl pueblo, que concurriò; no olvidados de lo mucho, que devierō à su caritativa liberalidad. Cometiósse el celebrar la missa al Dotor D. Pablo Jordan Chātre, dignidad de esta sāta Iglesia, assistiendole de Diacono el Señor Thesorero Juan Costa Canonigo, y de Subdiacono el Señor Dotor Francisco Martî, Canonigo entonces, y agora Arcidiano de Corbera, y vicario General, y Oficial de èl Obispado.

Predicò muy al caso, y con acierto, y sutileza el P. Joseph Perera de la Compañia de Je-

svs. Y concluìdas las funciones acostumbradas, Dō Jayme Figuerola Capellan de èl Señor Obispo Fageda, agora Cura proprio de la Parroquial de Sant-Jago, acompañado de los que avian assistido à las funerarias, llevó la caxa, à la puerta de la clausura; donde, dispuestas en procession, con Cruz levātada, y velas encēdidas, recibieron las religiosas el cuerpo de su insigne fundador, y con este orden le llevaron hasta el sepulchro, que con primoroso artificio, de finos marmoles, jaspes, y otras piedras, estava eregido en la Iglesia, cerca del altar mayor, à la parte de èl Evangelio; aviendo dexado à la parte interior, que correspōde dentro de la clausura, lugar competente para introduzirle à la vrna, en que jace; sobre la qual se colocó vna estatua de fino marmol de èl diffunto: vivo en la representacion, y puesto de rodillas en aquella forma devota, en que le vieron muchas vezes delante de aquella santa Imagen de nuestra Señora de la Concepcion.

Sepultado pues el cuerpo en este honorifico monumento, à 17. de Octubre de èl año de 1674. El Padre Bernardo Rey de la Compañia de Jesvs, varon docto, y espiritual director, que es, y à sido muchos años de la mayor parte de las religiosas de aquel edificativo Convento, erudito en letras divinas, y humanas, à persuasion, è instancia de la Reverenda Madre Abadessa, dispuso vn docto Epitafio, que esculpido en la piedra anterior de èl sepulchro es el que se sigue.

***

D.

D. O. M.

HîC IACET ILLVSTRISSIMVS, ET REVERENDISSI-
MVS D. D. F. JOANNES BAPTISTA VESCHI
DE CAMPANIA NEAPOLITANVS.

Q V I

Postquam singularî dexteritate, & prudentia totius
Seraphici familiæ clavum tenuit,
Ad Dertusenses infulas evectus, omnium sibi animos, & vota
Devinxit;
Marianæ puritatis inconcussus æque, ac amantissimus fuit
Assertor
Pro cuius gloria extolenda, nullis pepercit studiis,
nullis sumptibus, ac vigiliis indulsit.
In huius pietatis Tesseram, & pignus, hoc templum, &
Cœnobium, sub tantæ Matris stemmate,
& auspiciis erexit.
Dertusensis tamen invidens Ecclesiæ,
Puteolana Sedes
Parentem nobis eripuit, & Pastorem:
Cumque dignissimo nobilitaretur Præsule, communem
omnibus iacturam præmatura morte præsolvit
Puteolis
Die XI. Novembris M.DC.LX.

CAP.

CAP. XIV.

BREVE RESVMEN DE la vida de èl P. Iacinto Piquer de la Compañia de Iesvs.

EL P. Jacinto Piquer religioso Professo de la Compañia de Jesvs, Varon insigne en virtud, y letras, y vno de los primeros sugetos, q̃ à tenido esta Provincia de Aragòn, à quien justamẽte podiamos llamar confundador de este religioso Convẽto, por lo mucho, q̃ trabajò en adelantar su fundacion; pues à no mediar sus diligẽcias, infaliblemẽte no se huviera executado, nació en la villa de Ribas de èl Obispado de Vrgel en los Pirineos de Cataluña, en el año de 1597. Advirtieron sus Padres, personas muy hõradas, ya en las primeras niñezes vn natural vivo, dispierto, activo, è inclinado à las cossas de la virtud, y cõgeturando los fines afortunados, que de tan buenos principios podian esperar en su hijo; viẽdo lo mucho, que logravan sus diligencias en su primera educacion, le aplicaron al estudio de las letras.

Trasplantaronle à la Ciudad de Barcelona: para q̃ en su insigne Vniversidad, como en cãpo ameno, donde siẽpre an florecido las buenas artes, cultivasse lo vivo de su ingenio con el estudio de las ciencias.

Ausente de su tierra, y de la casa de sus Padres, ocasion que suele dar à muchos mayor libertad; no teniendo tan à mano quien con cuydado paternal, y vigilante, corrija las osadias de la juventud; no cuydó menos nuestro estudiante de adquirir luzes para el entendimiento, que ardores para la voluntad, aplicandose juntamente, y con igual vigilancia al estudio de las letras, que al exercicio de las virtudes.

Hizo eleccion para esto de vn Padre docto, y grave de èl

Cole-

Colegio de Belen, que nueſtra Compañia tiene no lexos de aquella Vniverſidad; para tener à mano los maeſtros, de quien deſſeava valerſe, para aprovechar en ambas facultades. Era modeſto, devoto, caritativo, enemigo de cõverſaciones menos decẽtes, y huia la familiaridad con eſtudiantes indevotos, y poco aplicados; conociẽdo, quan dañoſa enfermedad es para el cuerpo, y para el alma, la lepra contagioſa de vna mala compañia.

Eſte conocimiento le hazia retirar muchas vezes à nueſtro Colegio, à tratar con los Padres, y eſtudiãtes de caſa; allando en lo modeſto de ſu porte, devoto de ſus palabras, y diſcreto de ſu cõverſacion, quãto deſſeava para ſu adelantamiẽto. Erale de notable edificaciõ, que muchas vezes ponderava, ver la deſtreza ſagaz, con que, entrando à ablar de coſas indiferentes, parava la converſacion en preguntarle: como, y quando ſe avia confeſſado? Cõ que diſpoſiciõ ſe devia hazer? Que hazimiento de gracias, y exercicio de virtudes, para acudir al ſacramento de la Euchariſtia eran meneſter, y con q̃ frequẽcia ſe avia de recibir? liciones todas, que aprendia con diligencia, y practicava cõ puntualidad; ſaliẽdo con tales alientos, q̃ deſpues referia con mucha ponderacion, para encagarnos la obſervãcia, y guarda de nueſtra regla, q̃ nos manda: procuremos aprovechar cõ pias converſaciones al proximo, y exortarle à buenas obras, ſingularmente à la confeſſion, de que, dezia: ſiempre ſe ſacarà fruto en las almas: por el que conocia avia ſacado entonces para la ſuya.

Por eſte camino formò en ſu idea vn cõcepto tan alto de la Compañia; que, atropellando por muchas dificultades, q̃ ſe le ofrecierõ, pidiò ſer admi-

tido

tido por vno de sus hijos. Hizieronse diversas pruevas, à fin de hazerla de su constancia; y conociendo en su firmeza, y en lo continuo, è importuno de sus instantes ruegos, ser vocacion de lo alto; allando en su persona aptitud para los ministerios de nuestro instituto, fuè recibido en la Compañia el año de 1615. aviendo cumplido los 18. de su edad.

Embiarôle à la casa de Probacion, que nuestra Provincia tiene en la Ciudad de Tarragona, dedicada solo para formarlos novicios en las virtudes, q̃ son proprias de èl estado religioso; dõde por espacio de dos años, les enseñan cõ la mas cuidadosa educacion; les exercitan, y pruevan hasta experimẽtar la aplicacion à las cosas espirituales, y aptitud para los ministerios; en que despues les à de exercitar la Compañia.

Entró pues nuestro Jacinto lleno de celestial consuelo, y tanto, que no acabava de creer la dicha que le cabia; y prorrũpiendo en demõstraciones exteriores su interior regozijo, besava humildemente devoto el suelo, y paredes de aquel, que venerava como insigne santuario; de donde an salido tantos, y tan insignes Varones, que an ilustrado entrambos mundos con la luz de sus virtudes, y fervorosa predicacion; aviendo no pocos, derramado su sangre, y dado su vida en testimonio de su creencia, y creditos de nuestra santa fe.

Comenzò su primera probacion, que se contiene dentro de èl espacio de menos de quinze dias, en que, sin darles la ropa, les proponen antes todo lo arduo de èl instituto; sus constituciones, y reglas, y se disponen para vna confession general, y en este tiempo hazen por ocho dias los exercicios de Nuestro Padre S. Ignacio. Salió de ella nuestro Novicio cõ

nuevos

nuevos fervores, y tales adelā tamiētos, q̃ parecia vn religioso de muchos años de professo. Entrò en la segunda provaciõ, que se dilata al tiempo de dos años, y en estos fue tal el aprecio, que hizo de su vocacion, tal la estima de la Compañia, y tal el concepto, que su humildad le hizo concebir de si mismo, que resolviendo en su idea ser de èl todo inutil para tan alto instituto, llegó à persuadirse, le despediriā como inepto para la religion. Cõ este susto vivió algunos meses entre mortales congojas; costandole sus temores muchas lagrimas, que derramava inconsolable. Quanto en si veía le parecian demeritos para ser admitido en la religion: llevava como verdadero humilde sus faltas delante de sus ojos, y aunque proponia enmendarlas, discurria llegar tarde este remedio, recelando no se tomasse antes la resolució de sacarle de la casa de Dios. No avia junta de cõsultores, que no temiesse ser para decretar sus dimissorias. Cerrabasse à llorar amargamẽte, como quien temia perder bien, que tanto codiciava, y de q̃ se allava tan indigno à su parecer. Supo el Maestro la afliccion de el Novicio; llamóle; y descubriendole su pena, le alẽtó, y consoló; aunque nunca se tuvo por seguro, hasta que, cõcluido el Noviciado, sin detenerle vn dia, como suele acõtecer en los que la religion conoce estar menos aprovechados, dandoles mas tiempo, para que reconocidos, y enmendados no tenga ocasion de deshazerse de ellos, hizo los votos de religioso cõ grande fervor, y gozo intimo de su alma.

Con estas medras espirituales saliò de èl Noviciado, y emprendió la carrera de sus estudios, sin perder de vista el cuidado de perficionar su alma; viẽdo persuadido, ser muy cor-

to el caudal de ſu virtud para la alteza de perfeccion, à que Dios le avia llamado. Fuè modeſtiſſimo, y muy mortificado; entregado à la oracion, y exercicios eſpirituales; ſin que jamas le vieſſen faltar à los tiẽpos, que ſeñala la obediencia, para los quotidianos, y continuos. Y ſin eſtos, añadia otros; ſegun la intermiſſion, que le concedia la tarea de ſus liciones, y privado eſtudio.

Concluyó eſte con tanto luzimiẽto, y ſatisfacciõ de todos, que, hecha ſu tercera probaciõ, ò año de noviciado, que indiſpenſablemẽte hazen los de la Compañia, ya ſacerdotes, para reformar lo que en el tiempo de los eſtudios puede aver entibiado la Eſcuela, le allaron los Superiores cõ todos los cabales, y meritos, que ſe requieren en vn Jeſuita para concederle la Profeſſion ſolemne de quatro votos, Grado el ſupremo, que tiene nueſtra Religiõ, y en q̃ le conſtituyó N. M. R. P. General, y admitió el P. Piquer guſtoſiſſimo para atarſe por eſte medio ſolemnemente con Dios.

Aunque de ſu inclinaciõ ſe huviera deſde luego aplicado à los miniſterios de operario, à que le llamava el zelo ardiẽte, q̃ ocupava ſu pecho, de la ſalvacion de las almas; empleandoſe en el confeſonario, y pulpito, para que le avia Dios dotado de buenas prẽdas, le deſtinó la obediẽcia, que quiſo lograr ſu gran talento en la Cathedra, para la letura de Filoſofia à los domeſticos, y externos en la Vniverſidad, que tiene la Cõpañia en la Ciudad de Gãdia. Los cuidados de èl P. Piquer en eſte peſado empleo no ſupieron ceñirſe à ſolas ſus liciones, ni detenerle dentro de las paredes de la Eſcuela. Juzgó era obligacion de vn maeſtro religioſo, ſacar à ſus dicipulos eſtudiantes, y ſantos, y lo

co nſi-

consiguió sin perdonar trabajo para cõseguir lo vno, y lo otro.

Concluìdo el curso de artes le mandaron regentar vna Cathedra de Teologia en el Colegio de Belen; mas, pareciẽdole corta esfera, para los grãdes alientos de su espiritu, despreció aquella honrosa ocupaciõ, y consiguió dentro de vn año le mudassen al empleo de operario, que tãto avia apetecido, por parecerle el mas immediato à la assistencia de los proximos, y mas proporcionado para cuidar de la salvacion de las almas.

En este exercicio de Charidad, y zelo fuè admirable el de èl P. Piquer en el ayuda espiritual, y corporal de sus proximos. Es indezible lo que trabajó, y lo mucho, que adelãtó en espiritu, à los que se valierõ de su direccion: allavanle à todas oras prõpto quãtos le desseavan; cediendo à su reposo, y descanso, que este le ponia en buscar con solicitud el consuelo de los necessitados. No avia trabajo, que no emprendiesse para alivio de los menesterosos, y quando no se logravan sus diligẽcias, era admirable el aliento, con que les fortalecia para tolerar cõ sufrimiẽto meritorio sus penalidades. La actividad grãde, y efficaz, de que Dios avia dotado su espiritu, le hizo emprẽder, y conseguir cosas, al parecer insuperables. Ni se extendia su esfera à solo Barcelona; de toda Cataluña, y aũ de fuera del Principado, dõde le dieron à conocer sus acciones gloriosas, le consultavan, y buscavan personas de la primera suposicion; allando en sus santos, y saludables consejos el acierto, que en sus resoluciones desseavan.

C A P. XV.

VIENE A FUNDAR LA Residencia de Tortosa.

EN este tiempo, se dió principio à la fundacion de la

casa de Residencia, que oy tiene la Compañia en esta fidelissima Ciudad; y aviendo de ser necessariamente muy corto el numero de los sugetos; para q̃ los pocos llenassen mucho, resolviò la santa Obediēcia embiar entre otros al P. Jacinto Piquer; creyendo dava assi, en vno solo, muchos operarios à aquella nueva fundaciõ. Es indezible lo mucho q̃ trabajó, y va difundido en varias partes en el discurso de esta historia. A pocos dias, conocida su mucha virtud, ardiēte zelo, y summa destreza, que tuvo en grado superior, de governar espiritus, y encaminarlos à la perfeccion, le eligieron por director muchas personas espirituales, singularmente algunas Señoras Mõjas del religioso Cõvēto de la M. Sãta Clara. Aqui encõtró almas de gran perfeccion de vida, à quien Dios tenia destinadas, como veremos, para la fundacion de èl nuevo Convento de la Concepcion. Allaron en el P. Piquer quanto desseavan, y el P. Piquer dilatado campo, dõde pudo trasplantar los fervores de su espiritu.

Subia los mas de los dias muy de mañana, facilitando la cercania, à confessarlas, tomarles cuēta de cõciencia, y à las q̃ allava aver cũplido con aquellas instrucciones, y exercicios, en q̃ las imponia, permitia comulgassen; negando este pasto espiritual, y vivifico à las q̃ conocia aver descuidado en algo. Hazialas exercitar las virtudes, queriendo las conociessen mas por la practica, q̃ por su nombre; y en lo que fuè vigilantissimo toda su vida, tanto en su persona, como en las que tratava, fuè en disponer, se ocultassen los beneficios especiales, cõ que Dios favorece à las almas, q̃ de veras se entregan à su trato familiar; para q̃ menos expuestas, à la vanidad pudies-

pudiessen mãtenerse en su ser. Con este dictamen quitó à vna muchos papeles de singulares illustraciones, con que la divina Magestad la visitava, y avia escrito por direccion de otro confessor. A otra hizo quemar otros escritos de este genero. Esta cautelosa prevencion nos à vrtado muchas noticias, que podriã llenar mucho esta obra, y acreditar la fũndacion de estas santas religiosas.

En el empleo de Superior de esta Residencia, se allava el Padre Piquer el año 1640. en que sucedieron las turbaciones de Cataluña, teniendo en sus accidẽtes mucho campo, en que señalarse el activo ardiente zelo de la quietud publica, y servicio de nuestro Rey: logrãdose sus eficaces persuasiones en los bien dispuestos animos de los Ciudadanos de esta Exemplar Ciudad. Con todo no pudo estorvar, que tumultuando muchos de la plebe, tomassen las armas contra los de èl govierno, matassen algunos, y saqueassen sus casas.

Intentaron los Ciudadanos, y consiguierõ, despues de muchos disturbios, dar contra los actores, y fautores de èl motin, y castigar los que pudierõ aver à las manos; y, assi para tenerles en adelãte mas sugetos, como para assegurar en lo por venir su Ciudad, y conservarla siempre en su antigua, è innata fidelidad, resolvierõ embiar al P. Piquer à la Ciudad de Zaragoça, con embajada secreta al Señor Marquès de los Velez, Virrey entõces de Aragòn; para que interpusiesse su mucha autoridad, y representasse à su Excelencia, y à los Señores de la Diputaciõ de aquel Reyno, la necessidad, que tenian de socorro de gente, y armas para defenderse de algunos de los de dẽtro, y fuera de la Ciudad.

Estas diligencias activas de èl P. Piquer, no fueron ocultas

à los

à los cõtrarios. Supieron la vigilancia cõstante, con que persuadió, no solo se mantuviessen los Ciudadanos en las obligaciones de vassallos, sino quãto agenciava en que se buscassen los medios de defenderse; y como por fin executava la jornada à Zaragoça, à solicitar el socorro, con que fortificar, y defender la Ciudad. Sabido esto intentan hazer presa de su persona, disponen embiar vna compañia de cavallos, à ocupar los caminos, y tomar los passos, con ordẽ de prenderle, ò matarle; creyendo, que, quitado el P. Piquer, se quitava el mayor obstaculo, y caía el mas fuerte baluarte, que hazia mayor resistencia, para rendir à Tortôsa à sus designios.

Bien ageno estava el P. de estas assechanzas, y muy descuidado. Pero Dios, q̃ le queria guardar para cosas de su agrado, le previno defensa. Era Capitan de esta compañia, vn cavallero Catalan, bien conocido de èl P., que con cautela prudẽte supo disponer la guarda de manera, que sin imputarselo à culpa, evitasse el encuentro; como sucedió, quedando assi libre de este peligro. Apenas supo el Señor Felipe quarto, de buena memoria, lo mucho, q̃ el P. Piquer avia trabaxado en su Real servicio, quãdo mãdó su Magestad escrivirle, dandose por bien servido, y ofreciendo remunerar su zelo, como lo hizo, señalandole ducientos escudos plata, pension annual, que mandò cargar sobre la mitra, à favor de èl P.; y le vbiera proveído desde luego para algun Obispado, à no impedirlo la Professïon solemne; en la qual todos los Professos de su grado hazen especial voto de no pretender, ni admitir de ninguna manera Prelacia, ò, Dignidad; sino es obligado por obediencia, de èl Vicario de Christo, y suprema

Cabe-

Cabeza de la Iglesia. Pero basó su mucha autoridad para q̃; faltãdo el Prelado de esta Dioceſſi, por sola su insinuacion, se señalasse el Illustrissimo Señor D. Frãcisco de Aguilò, al qual, antes de tomar possessiõ de su Obispado, passó el Señor à mejor vida; como nos lo persuaden sus calificados merecimiẽtos.

Tuvo Dios en Tortosa al P. Piquer, hasta q̃ huvo perficionado la fundacion del Convẽto de la Concepcion, obra tan de su agrado, y para que Dios le avia traìdo à esta Ciudad; concluìda esta le llevó la Obediencia à otro govierno; destinandole N. M. R. P. General para Retor de èl Colegio de Montesion de Mallorca; dõde fuè necessaria su mucha autoridad, y destreza, para vẽcer las dificultades, que por parte de èl Señor Obispo, Cabildo, Clero, y Religiones se interponiã, à fin de impedir la fundacion de èl Colegio de S. Martin, que oy tenemos dentro de la Ciudad. Fúè tan grande la oposicion, que le necessitó à partir à la Corte; donde, la gran veneracion, que solo su nõbre avia conciliado à su persona, entre aquellos Señores de èl Consejo, junto con su actividad, y eficacia persuasiva, valió tãto, y pussó en estado el negocio: q̃, aunque passò à la curia Romana la decission de la causa, dentro de poco huvieron de desistir los que se oponian, entrando los de la Compañia, à tomar pacifica possession de su Colegio.

Poco menos huvo, que agẽciar en la fundacion de la Residencia de la Isla de Iviza, dõde passó, y permaneció, hasta dexar effectuada de èl todo aquella casa.

Pero donde tuvo mas que vencer, fuè en la fundacion de èl seminario de Cordelles, que tiene à su cuidado la Compañia

ñia en la ciudad de Barcelona, pues ſobre las dificultades comunes, interveniã aqui las que ſe ofrecian de parte de los Patrones, y de otras Religiones, que le pretẽdian; era ſobre todo de grandiſſimo eſtorvo tener ocupada la caſa el Rey en aquartelar la milicia Irlandeſſa; pero fiado en Dios, en cuyas manos ponia ſiempre el P. Piquer la ſuerte de ſus empreſſas, conſiguiò quanto deſſava; introduciẽdoſe con ſus Colegiales luego, que el Rey deſocupó el ſitio, y vivió en el algunos años, haſta dar forma à aquel Seminario, y nuevo Colegio, ſiendo ſu primer Retor. Y permanece oy eſte Seminario de donde an ſalido calificados ſugetos, que con gran credito de aquella educacion, y eſtudios illuſtrã las Vniverſidades, Republicas, Audiencias, Cathedrales, y Religiones.

Entre eſtas ocupaciones, le tuvo la Obediencia caſi ſiẽpre en diverſos goviernos, por la grã ſatisfaccion, que diò de ſu perſona en quantos le empleavan, y notable adelantamiento, q̃ experimentaron ſus ſubditos en ſu prudente direcciõ. Fuè Retor, y Maeſtro de Novicios en la caſa de Probaciõ de Tarragona, cargo, que ſolo ſe dà en la Compañia à Varones de calificada perfeccion, verſados en la Teologia myſtica, y en quien reſplandeçe vn cõtinuo exercicio de virtudes, y cuyo exẽplo pueda ſervir de pauta, que guie à los que de nuevo ſe an de inſtituir en la perfeccion, que pide la Compañia en ſus hijos.

Fuè Retor del Colegio de Barcelona, Vice Provincial dos vezes, y otras dos le encargó N.M.R.P. General el Govierno vniverſal de la Provincia; y la vltima vez deſpues de averle viſto, y tratado en Roma, donde le embió la Congregacion Provincial para vocal en

la

la de Procuradores; quedando no menos satisfecho de la mucha religion, que viò en su persona, que de los calificados informes, que ya de ante mano tenia.

Todos estos empleos, y honrosos cargos, à que le elevaron sus proprios meritos, no fuerõ parte para hazerle borrar de su idea el bajo cõcepto, que de si avia concebido. Fueron en esta parte raros los exemplos de su humildad; dèxo muchos, q̃ siendo subdito exercitò cõ sus Prelados. Siendo Provincial, en llegando à los Colegios, à hazer su visita, era frequẽte servir en refitorio à la Comunidad: trayẽdo por sus manos los platos, y escudillas à las messas; quitãdo de ellas los que ya no erã menester. Otros dias se entrava en la cozina à fregar la vagilla; mandando al que estava destinado para este ministerio se fuera à comer, y era de admirar la aplicacion, cuidado, y efficacia, cõ que hazia este officio, como si fuera vno de los principales de su cargo.

Bajava indispensablemente los Miercoles, y Sabados con los demàs de casa à barrer la Iglesia; y barrida esta, se salia à la puerta à barrer la calle, à que le seguian gustosos, y le acõpañavã edificados, los que veian en su Prelado tales exemplos, y en edad, que podia darle motivo, para q̃ se dispensasse en este, y otros empleos trabajosos.

De esta humildad nacia el desprecio, con que de si hablava; iva siempre vestido pobremente; la pension de duciẽtos escudos, q̃ su Magestad le cõsignò, luego la aplicò para subvenir la necessidad, en que se allava la Residẽcia de Tortosa, sin quedarse vn dinero para si.

Llevó siempre delãte de los ojos la gloria de Dios, y el zelo de la Religion; y no omitiò trabajo, que conduxesse al adelantamiẽto de sus subditos. En

todos estos cuidados, cõservò vna cõtinua presencia de su divina Magestad, llevandole por norte en sus acciones. Por este modo era continuo el exercicio de varios actos de singulares virtudes, en la forma, q̃ enseñava à las almas, que dirigia à la perfecciõ. Trasluciase à lo exterior su interior exercicio, aunque fuè siempre vigilantissimo en ocultar sus cosas, no descubriendo nada de lo que passava por su alma, sino à su confessor; cautela, que observó en las que tenia à su cuidado, como dixe.

Tuvo vn mas que natural conocimiento de las cosas venideras; previniẽdo por este medio con admirable disposiciõ las q̃ dependian de su govierno. A vn subdito le predixo vna singular resolucion, que passados veinte años, avia de hazer, y de que estava bien ageno; y preguntandole de dõde lo inferia? respondió: avia sido ofrecimiento puro. A vn novicio le previno la desgracia, que acabado su Provincialato le avia de suceder, saliendo de la Compañia, como sucedió. A otro, que le pidiò cõ instancias le señalasse entre los que avia dedicado para ir à las missiones de las Indias, le respondiò: trate de mortificarse, que harà arto de poder perseverar en su Provincia. El effecto mostró con quanta razõ, y fundamento avia hablado el P. Piquer; pues no passados muchos años se huvo de deshazer la Cõpañia de tal sugeto. Llegãdo, siendo Provincial à Tortosa, el año de 1667. allò enferma à la hermana Barbara de S. Ignacio, à quien avia tratado en Valencia, y traìdo à la religion de la purissima Concepcion, ocasionada de vn grave, y molesto accidente, prevenida ya con el viatico, y con pocas esperanças de vida, pidióle la enferma; teniẽdo por especial

favor

favor del Señor se le huviera traìdo en esta ocasion, entrasse en la clausura, y cō mucha seguridad le dixo: se consolasse, que no moriria. Salió tan verdadero su pronostico, que no solo mejoró sino que hasta oy conserva Dios la vida à esta religiosa.

Finalmente lleno de tantos merecimientos le cargò en su vltima vejez vn molestissimo, y penoso accidente, que repitiendole con importunidad, y vehementes dolores, le obligó à dexar el Retorado de Barcelona, q̃ obtenia despues de aver sido Provincial la vltima vez. Apretòle con vehemēcia, y conociēdo, se acercava el tiempo de partir à la eternidad, se dispuso, confessandose diferentes vezes; repitiēdo fervorosos actos de amor, dolor, y conformidad cō la divina voluntad. Recibiò cō acuerdo, y mucha devocion los santos sacramentos de la Iglesia; pidiendo con rendida sumission à toda aquella religiosa comunidad perdō de sus descuidos, y de èl mal exēplo; con que, à su parecer, avia vivido en la Compañia, y con estos y semejantes actos; fixos siempre los ojos, y el coraçon en el cielo entregó su alma en manos de su criador, Jueves à 14. de Noviēbre de èl año de 1671. aviēdo cumplido los 74. de su edad, de los quales empleó los 56. en la religion, en obras tā insignes como en este corto resumen emos referido.

CAP. XVI.

DIFICULTADES QUE SE *interpusieron en esta fundacion.*

Estos dos sugetos fuerō los exes de esta gran fabrica, q̃ Dios à vn mismo tiempo avia traìdo à Tortosa, para perficionarla, y darla cabal complemēto. Hecho pues el voto, que diximos en el Cap. 8. entrò el Señor Obispo en los cuidados de cūplirle. Desde luego se ofrecieron immensas dificultades,

que cada vna retardava la fundacion, y todas juntas llegassẽ à suspender el animo de su Illustrissima; viendo algunas de ellas insuperables, resolvió dos, ò tres vezes escrivir à Roma, para q̃ con autoridad Apostolica se permutasse el voto en otra obra pia. Inclinavase mucho à fundar vn Colegio de la Cõpañia de Jesvs en esta Ciudad; à lo qual le movia tener aquellos Padres vẽcidas las dificultades, q̃ en nuevas fundaciones se ofrecen, por estar en pacifica possession de su casa, y tener la Iglesia dedicada à la immaculada Concepcion de Maria, y parecerle, que por esta parte, ya cumplia con el obsequio, que pretendia hazer à la santissima Virgẽ: y no aver entõces, sino vna Residẽcia muy pobre, y menesterosa; pues con lo q̃ tenia, y la ayuda de algunas limosnas de personas devotas, solo se podian sustentar quatro sugetos, de los quales eran tres sacerdotes, con solo vn hermano. Añadiendo por nuevo motivo el fruto, que se seguiria à la Ciudad, y Obispado teniẽdo el Colegio muchos obreros, que con sus ministerios, y exercicios cuidassen de la salud, y aprovechamiẽto espiritual de sus ovejas. Hazianle alguna fuerza estas razones al P. Piquer, pero no tanta, que le parecieran bastãtes para intentar la permuta, siendo, en su sentir declarada voluntad de Dios esta, y no otra fandacion; por entonces fundado en motivos relevantes, que solo declarava al Señor Obispo al ver su animo remisso, y perplexo, temiendo las dificultades, que desde luego se ofrecian.

Fuè pues el primer passo obtener la licencia de la Ciudad; para que con ella se sacasse el consentimiento Real para la fundacion. Dividianse en varios pareceres los de èl Consejo general, que para esto se cõvocó,

vocó. Vnos eran de èl todo opuestos, sin mas razon, que no querer nuevas fundaciones. Otros dezian avia bastãtes comunidades en Tortosa. Otros, que sobravan dos Conventos de Monjas, que ya avia, y que si las querian tan recoletas, hiziessen à vno de los dos, que avia, de instituto mas estrecho: como si en esto no huviera mas insuperable dificultad. Mesclavanse otras razones polyticas, y entre ellas vna, que hazia à muchos no poca fuerza, y era: que si avian de mendigar de puerta en puerta, era hechar nueva carga à los vezinos; y sino; aviendo de estar tan cerradas, y recoletas, menoscabãdo sus rentas, era forçoso, que la Ciudad las huviesse de sustentar, pues no era credito suyo, que vna vez fundadas, por falta de averes, entrasse la relaxacion en el Convento: y menos el que se extinguiesse.

Todos estos, y otros muchos eran los reparos. Fueron estos tantos, q̃ se conoció biẽ ser ardid de la malicia, è influxo de satanás, ansioso de impedir institucion, de q̃ temió tãta guerra. Vencierõse con el favor divino las dificultades; y à esta vltima, que era la q̃ mas fuerça les hazia, se levantó vn Cavallero llamado Gaspar Gassia, hombre de autoridad, y suposicion, y de cuyo parecer se hazia mucho caso en el consejo, y en alta voz exclamó: deviã todos esperar de la providẽcia de vn Prelado tan experimentado en govierno, las dexaria de suerte, que prevendria este riezgo. Con esto se consiguió el permisso, y dió el Consejo general licencia, y carta para su Magestad, en que le suplicava, fuesse de su Real servicio conceder el decreto; para que con su beneplacito, se passasse à dar la possession à las Monjas de este nuevo Monasterio, è instituto, que quisiessen

ſen fundar en eſta Ciudad.

Viendo el demonio vencidos por aça ſus ardides, y que no podia impedir eſta obra, influyó ſu aſtucia notable averſion en los que en Madrid aviã de acõſejar à ſu Mageſtad, dieſſe el permiſſo. Nunca ſe ſoſpechó, huvieſſe por allà tanta reſiſtencia. Pero valió para oponerſe, y vencerla la mucha diligencia de èl P. Jacinto Piquer, ſu mucha autoridad, y gran cabida, que tuvo con el Señor Vicecanceller D. Chriſtoval Creſpi de Valldaura, de quien era intimo, y con quien ſe correſpondia frequentemẽte, por tratar con el Padre muchos negocios de importãcia; fiando de ſu conſejo el acierto en la reſolucion. Duró mucho tiempo eſta pelea, porque, quãdo parece ſe allava el negocio en mejor eſtado, venia noticia de eſtar todo deſcompueſto, y perdidas las eſperanças de mejorarſe. Bolviã à inſiſtir de aca, y tomava otro ſemblãte favorable, mas preſto ſe deſmentia; y peleando entre el temor, y la deſconfiança, duró por eſpacio de caſi dos años. Haſta, que la perſeverancia, que como dixo S. Bernardo, es la que corona las peleas cõ el lauro de la victoria, coronò eſta pretenſion, ſacando grato conſentimiento de ſu Mageſtad, y de èl Nuncio, para q̃ ſe fundaſſe el nuevo Convento de la Concepcion dentro de los muros de Tortoſa.

C A P. XVII.

OFRECENSE NUEVAS dificultades, y ſe vencen todas.

CONſeguida la licẽcia, que emos dicho, ſe entrò à tratar de quien, y donde ſe avian de traer las fundadoras, por no aver en toda Cataluña Monjas deſcalças de la Concepcion: y el Convento mas cercano era el de la villa de Miedes, en el Reyno de Aragòn; donde diſ-

currian,

currian, que, no aviendo mas de 28. años, que estava fundado, no podian entõces ser muchas las religiosas, y aunque huviessẽ de venir algunas, avia de ser para, despues de instruìdas las de aca, bolverse; lo qual todo tenia muchas dificultades, y gastos.

Este reparo le soltò con facilidad el P. Piquer, descubriẽdo al Señor Obispo, como tiẽpo à, q̃ tenia Dios prevenidas, segun lo que se podia colegir, y el Padre inferia de indicios claros, y manifiestos, algunas religiosas en el religioso Convẽto de sãta Clara de esta Ciudad, y entre ellas à sor Leocadia, para fundadoras de este, q̃ se intentava; donde entre las muchas, que en aquella regular clausura vivian con grande exemplo de virtud, y santidad; vnidas estas, y cõformes entre si, aũque en el trato exterior se portavan como las demàs, por huir la singularidad, en lo interior de su porte vivian como recoletas, vistiẽdo siempre tunicas de lana, y con alguna dependencia en sus operaciones, y exercicios de oracion, y penitencias, que eran muchos, y frequẽtes, teniendo, sin salir de si, vida comun, en lo que segũ su orden se permitia; depositãdo en vn lugar lo q̃ cada vna tenia, y ganava con la labor de sus manos; socorriendo de ello indiferentemente à la necessitada, tanto en salud, como en enfermedad; distribuyendo à discrecion de la q̃ entre ellas era elegida como superiora; conservando estas, en medio de èl instituto de la observancia, que guardan las religiosas de aquel antiquissimo, y Religiosissimo Convẽto, vna rigorosa recoleccion, y estrecha observancia de la primera Regla de la Madre santa Clara.

Que estas, ayudadas de las assistencias de su Illustrissima, à que cooperarian las diligẽcias

de

de èl P. Piquer, que governava sus almas, y fomentó en ellas mucho tiempo estos deseos; valiendose tanbien para el modo, y estilo de su porte, de las instrucciones, que por cartas se podrian adquirir de las Monjas de Agreda; y singularmente de la V. M. Maria de Jesus, que entonces vivia, podrian imponer à las nuevamente fundadas en aquel estado de vida, que su Illustrissima deseava profesassen en cumplimiento de las santas constituciones, y Reglas, que observan las que abraçan el loable instituto de la purissima Concepcion.

Asseguróle por fin, que, sabiendose la resolucion fixa en esta materia, auria algunas de aquellas Señoras, (por averse allado en todo tiempo en aquel Religioso Convento muchas almas de grã perfeccion de vida, y exemplares virtudes) que pidiriã à su Illustrissima, las admitiesse à ser cõpañeras de las que se señalassen fundadoras. Con lo qual se podrian escoger las necessarias para formar vna comunidad de aquel numero, y calidad, que pareciesse convenir, y su Illustrissima quisiesse fundar.

Assintió el Señor Obispo á este dictamen de èl P. Piquer; y passando à discurrir, entraron en vno de los mayores obstaculos, que en esta materia se ofrecieron, que fue: à quien las dexarian sugetas? En dexarlas à su Religion tenia sus reparos el Señor Obispo, y no el menor, la poca capacidad, que avia en el sitio, en que intẽtavan poner el Convento, para poder formar en el habitacion decente, y acomodada para los religiosos, que las aurian de assistir; y por otra parte tener los Frayles Franciscos en esta Ciudad su Convento situado fuera de los muros, y muy distante de la poblacion. Lo qual haria muy dificil la assistencia, que deseava

tuvies-

tuviessen en lo espiritual, para que se conservassen en espiritu, devociō, y santo recogimiēto.

No faltavan otros inconvenientes en dexarlas sugetas al Ordinario; aunque siempre pareciā menores, siquiera por ser este govierno mas permanente en vn sugeto; los Señores Obispos, por comun, hombres de experimētada virud, y perfeccion de vida, segun la gran vigilancia, y cuidado, que ay en España de presentar para las Mitras Varones eminentes, y muchos dellos sacados de lo mas escogido, y acendrado de las Religiones, que saben el modo, con que se deven conservar las comunidades. Y finalmēte tener toda Autoridad para mantenerlas en su obligacion, y observancia.

CAP. XVIII.

INTENTA EL SEñOR Obispo dexar las Monjas sugetas à la Compañia, y esta se resiste.

EN esta suspension se le ofreció al Señor Obispo vn medio bien dificil, y que dió arto que hazer para persuadirle, q̃ desistiesse. Avia formado este Prelado vn gran cōcepto de èl trato de los hijos de la Cōpañia, y de sus gloriosos ministerios dedicados todos al aprovechamiento espiritual de los proximos; y tenía muy notados singulares adelantamiētos en almas, assi seculares, como religiosas, q̃ se davā à su comunicacion, dirigiendose por sus instrucciones. Cō este cōcepto; y el claro conocimiēto de èl exacto examen, q̃ haze la Cōpañia de sus sugetos, no permitiendo confiessen mugeres, y mucho menos religiosas, sino los muy experimētados, de conocidos talentos, y en edad ya madura, y provecta, y que siendo mayor la obligacion, seria mayor el cuidado: concibiendo en fin altamente en sn idea, que assegurava con esto la re-

gular obſervancia, è immutable permanencia en ſus Monjas, intentò con toda efficacia dexar, las que ideava fundar, ſugetas à la Compañia. Reſolucion bien dificil de effectuar; por no aver jamàs eſta Religiõ deſde ſus principios venido en admitir ſemejantes goviernos. Propuſolo al P. Piquer: y luego cõ el mejor modo, que pudo ſe le opuſo; repreſentandole lo arduo de èl negocio, y quan dificil ſeria ſalir con ſemejante empreſſa: refiriendole como nueſtro ſanto fundador lo dexò muy prevenido, y q̃ viviendo nos dexò vn grande exemplar en no querer admitir la ſuperintendencia, y cuidado de vn Convento fundado en Roma, por la Señora Iſabel Roſel, que avia ſido ſu bien hechora en Barcelona. Y que fuè vna de las coſas mas encargadas, que dexò à ſus hijos; no aviẽdo haſta entonces, como haſta agora no le ay, exemplar; ſiendo punto de ſus cõſtituciones caſi indiſpẽſable, por el teſon grande de los Reverendos Padres Generales en no vſar tales diſpenſaciones.

Eſtas, y otras razones no ſoſegaron el animo de èl Señor Obiſpo; pareciendole, era eſta vna eſpecial fundacion, muy diſtinta de las demàs, que no deviamos rehuſar, ſiendo de tanta gloria de Dios, que tanto ſolicitan adelantar en ſus miniſterios los Jeſuitas; y que todas eſtas dificultades venceria ſu interpoſiciõ con el M. R. P. General, que era entonces el V. P. Vincencio Carrafa, varon eſcogido en todas calidades, bien conocido por ſu grande religion, y virtudes, de quien era muy intimo; por ſer de vna patria; vnidos entre ſi por eſpecial vinculo de amiſtad, deſde ſus primeros años; contemporaneos, y condicipulos; de quien avia tenido, y de preſente tenia claros teſtimonios de

ſu

su singular benevolencia.

Replicóle el P. Piquer con sumission, suplicandole con todo rendimiento, no empeñasse la benevolencia de èl M. R. P. General en cosa, que con gravissimo sentimiēto de su amistad, y contra el buen desseo, y efficaz, que tenia de obedecer à su Illustrissima, sabia no podia executar por si; siendo negocio este, que avria de passar por la consulta de los Padres assistentes en Roma, y de los cōsultores de la Provincia; sin cuyo consentimiēto pleno, no lo permitiria; por ser este el estilo de nuestro govierno, en cosas tan substanciales; y que por fin se veria obligado à escusarse; dexādo su animo con la mayor aflicciō, ocasionada de no poder dar gusto à persona tan benemerita, y tan de su estimacion, y cariño; quedando su Illustrissima con el desayre, y el M. R. P. General con la pena de tamaño sentimiento. Por lo tāto, que su Illustrissima se resolviesse en imponer à las Mōjas sugecion al Diocessano; de cuyo cuidado, y pastoral solicitud, podria assegurar, las cōservaria en la recolecciō, y observancia, que desseava. Y que de su parte le ofrecia, que, fuera de essa obligacion, y la de ser confessor ordinario, la Cōpañia voluntaria, y caritativamēte las assistiria; çelando cō los Señores Obispos su cōservacion; representādoles la voluntad de quiē las fundó; aplicandose à confessarlas, governar sus conciencias, darles las instrucciones, y exercicios espirituales; cooperando en quāto pudiesse à su mayor adelantamiēto en el divino servicio; como hasta agora lo an hecho, sucediēdo despues de èl P. Piquer otros, que, atendiendo à esta promessa, con igual zelo, vigilancia, y solicitud an procurado su assistēcia, y cōsuelo.

Este ofrecimiento obligó

mucho al Señor Obiſpo. Y perſuadido, que aſſi quedarian las religioſas mas aſſiſtidas de los Jeſuitas, ſin intervenir la averſion, y antipatia, que ſuele engendrar en las menos obſervātes la opreſſion inexcuſable, y muchas vezes forçoſa, en quiē con obligacion, y zelo de ſuperior las govierna, reſolvió ſeguir el dictamen, que ſe le repreſentava, y confederóſe cō el P. Piquer, que en eſte altercado, en q̄ cada vno eſtava muy firme en ſu ſentir, ſe avian deſazonado notablemente, y alçado alguna vez las vozes, deſpidiendoſe con ſacudimiento, y mucha reſolucion de deſamparar el negocio, y no tratar mas de èl, ni aun verſe. Pero ſu amiſtad no permitia largas treguas à la auſencia. En breve ſe buſcavan, y entrando en converſacion bien diferente, y remota, parava al fin en tratar de lo q̄ querian, y no ſabian omitir. Eſtimóle ſu zelo, y le pidió, le aſſiſtieſſe, como ſiempre, haſta poner en effecto la obra, que Dios avia puesto en manos de los dos; pues ya eſtava perſuadido, que averlo llevado al eſtado en que ſe allava, ſe devia à la efficacia, y activa diligencia de èl Padre Jacinto Piquer.

CAP. XIX.

BVSCASE SITIO, Y SE diſpone.

NO fuè la menor dificultad allar ſitio competēte, y à propoſito para la eſtrecha clauſura, que queria el fundador eſtablezer en ſu Convēto. Aſſentóſe por coſa fixa, ſer neceſſario buſcarle dentro de los muros de la Ciudad; por los incōvenientes, que ſe dexan diſcurrir en lo cōtrario; eſtando Tortoſa expueſta à las invaſiones, que quedan referidas, y entonces no eſtava fuera de èl riezgo de otro aſſalto, qual ſucediò de allî à pocos años, como dirè deſpues. Dētro no ſe allava lugar por eſtar la Ciudad pobladiſſima,

dissima, de suerte, que eran cortos los espacios para la multitud de habitadores: y segun su opulencia, avia pocos, à quien la necessidad obligasse à vender sus casas.

Desseava su Illustrissima no molestar à alguno en obligar à venderlas con violēcia, y allar sitio cerca de la Compañia, para que, estando mas à mano, se facilitasse la assistencia de los Padres, con la conveniēcia de la cercania. Todo esto lo dificultava mas; y al fin intētados varios medios, huvo de agenciar el P. Piquer con los Superiores de la Cõpañia, les diessen vn sitio, y casa grāde, y muy capaz, que tenian en la mesma calle de Moncada, al lado de la Iglesia de S. Antonio, que aviā heredado, entre los demàs bienes, del Señor Camarero D. Mateo Boteller, su insigne bienhechor. Conseguido se pusiesse en venta, se facilitó, que el precio fuesse con la mayor cōveniencia, como sucedió; pues siendo casa tan capaz, y biē dispuesta, q̃ dentro de ella se pudo formar Iglesia, coro, porteria, claustro, dormitorio, con muchas celdas, jardin, y las demàs oficinas; en calle tan principal, y poblada, se ajustó su venta en dos mil ducados de plata, que pagó de contado el Señor Obispo, con accion de gracias à la Compañia.

Esta casa se dispuso luego en la mejor forma, q̃ se pudo: que no fuè dificil segū su mucha capacidad. En la zaguan, que era bastante, se formó la Iglesia, en aquel espacio, que agora ocupa el torno, y locutorio, correspondiente casi à toda la distancia de èl frontispicio, sirviendo de puerta la principal de la casa, grande, y magestuosa, à proporcion de la grandeza de èl edificio. En vn entresuelo, cuyas vētanas caiā, vna à la calle principal al lado de la puerta, y otras à la callejuela,

juela, que dobla por las parades de la mesma habitacion, cerradas todas, se formó el coro, que, dava frente por frente de èl altar mayor. Este se dispuso con todo asseo con vna Imagen grande de hermosa talla, de la Cõcepcion. En el liẽzo de la pared de la parte de èl Evangelio se abrió comulgatorio, y rexa de la grada. En la entrada al patio interno, en el espacio, q̃ està agora entre las dos puertas de la clausura, se formò vna capilla donde se avia de colocar vna devotissima Imagen de vn Crucifixo, que traìa el Obispo de Italia; y entre tanto se dispuso para poner vna Imagen de S. Antonio de Padua, que de talla, y de vn tamaño con la de la Concepciõ, avia hecho esculpir à vn primoroso artifice el Sr. Obispo.

Sobre lo que era Iglesia, y coro, avia dos grandes salones, de los quales se formaron dormitorios; aũque despues; dãdo lugar à ello la cõstitucion, se resolvió, no durmiessen las Monjas en comun, sino cada vna en su celda; y estos, vno sirve para enfermeria, y otro para ante coro. En el atrio interior se formó vn claustro, no grande, pero asseado, y alegre; en lo demàs de la casa las demàs oficinas. En lo superior de ella varios trãsitos, y muchas celdas, que son algunas de las que oy tienen, y en que viven las religiosas. Levantaronse paredes altas para el cerco de èl jardin; dentro de la callejuela se abrió porteria, y lugar competente para torno, disponiẽdolo todo el P. Piquer como mejor se pudo, conservandose en el designio de procurar, se les vendiesse la Iglesia de S. Antonio, para hazerla propria, dãdo por ella, en precio, su justo valor, para q̃ de èl pudiesse la cofadria eregir otra en otro puesto, que sucedió como veremos.

Avia hecho traer el Sr. Obispo

po

po de Italia varios adornos para la Iglesia, como: frontales, casullas, quatro niños de buen tamaño, y dos menores; vna dozena de ramos grandes; muchas flores sueltas; viril primorosissimo; globo; tres caliçes; incensario, y navecilla todo de plata; vna dozena de candeleros dorados; quatro à modo de blandones; cortinas de seda, cō q̃ se vestia toda la Iglesia. Ayudò à este adorno, que fue plausible, el que, aviendo el dia de santa Leocadia de èl año de 42. notificado el P. Piquer à las religiosas de èl Convento de Sāta Clara, como Dios, que es fiel en sus promessas, començava ya à cumplir sus desseos, y q̃ su Illustrissima mādava las significasse de su parte, como avia resuelto poner en execucion el voto de fundar la Concepcion; y para dar principio à esta obra tan de gloria de Dios, y de su santissima Madre, avia hecho eleccion de sus personas; fiando en su mucha virtud, y buen zelo, llevarian adelante el tenor de vida, que en tan rigoroso instituto se ofrecia llevar.

Recibieron esta noticia las religiosas cō lagrimas de consuelo; y despues de admitirla cō rendimiento, y sumission, y aver dado gracias à nuestro Señor por ponerlas en estado de mas perfeccion de vida, y recoleccion, se ofrecieron à admitir gustosissimas, y professar voluntarias quanto les propusiessen, y llevarlo adelante con la divina gracia.

No es decible el consuelo, que llenó todo su interior con esta nueva; quan gustosas, y alegres entravan à hablar, y tratar de su Convento; que tiernos suspiros, y coloquios devotos, que llevadas de su affecto, ya juntas, ya cada vna en el retiro de sus celdas, y en el retrete de su coraçō gastavan cō su Dios; que ideas formaron en sus almas de la nueva vida, y perfec-

cion

cion exacta, que en aquel ſanto retiro olvidadas de todo lo q̃ es mundo, à que tanto aſpiravā ſus deſeos, aviā de abraçar.

Dedicarōſe pues, deſde luego à trabajar por ſus manos quanta ropa era neceſſaria para ſu Igleſia. Y llevadas de ſu fervor, que las animava: ſobre aplicarſe con nuevo aliento à vivir vna vida angelical, y divina; conſiderando la nueva obligaciō, en que entravan las q̃ Dios avia elegido para fundamento de tan admirable inſtituto; era todo ſu anelo dedicar todo el tiempo, que ſobrava à los exercicios de ſu obligacion, y devocion; en diſponer, y prevenir la ropa blanca de los altares, y la neceſſaria de albas corporales, y purificadores para celebrar, y las demas coſas, que juzgavan aver meneſter para ſu Convento, con infatigable, y continua aplicacion; para eſtablecer deſde entonces el aſſeo curioſidad, y limpieza, que haſta oy conſervā en todas las coſas, ſingularmente en las que pertenecē al culto divino, y pueden depender de ſu diligencia.

CAP. XX.

PIDEN SER ADMITIDAS algunas religioſas, y ſe ſeñala dia de la fundacion.

RESonó en el Convento de ſanta Clara la noticia de eſta fundacion, que ſe traslució luego, por mas que intentaron ocultarlo, en la alegria eſpiritual, y gozo; de que llenas en lo interior, las que eſtavan aviſadas; no cabiendo en los ſenos de èl alma, rebozava à lo exterior de èl roſtro. Y inſtadas de ſus ſoſpechas, à vivas diligencias, que dictava ſu devocion, ſacaron la verdad de èl caſo, y ſe ſupo quanto avia paſſado, y el eſtado preſente de la materia.

Allavanſe en aquel religioſo Convento muchas almas de alta perfecciō de vida, que embidio-

bidiosas de la suerte,que cabia à sus compañeras, procuraron serlo en el nuevo estado de vida, que intentavan seguir; desseando estrecharse à instituto, que concebian ser de mas rigor,y aspereza de vida.

Las elegidas entonces,y señaladas por el Señor Nuncio para fundadoras,fueron la Madre sor Eufemia Pastor, de la villa de font Espalla,en el Reyno de Aragón : la Madre sor Isabel Ana Pegueroles,natural de Ginestàr : la Madre sor Veronica Bayot,hija de Peñarroja en Aragón, Monjas profesas en el Convẽto de santa Clara.

Estrecharonse con estas, implorando su interposicion, para que el Señor Obispo las admitiesse à este nuevo instituto, algunas de las otras, que viviã en aquella santa comunidad;y por su consejo, no omitiendo diligencia,ni perdonando trabajo,escriviero͂, con osada intrepidez,valerosa resolucion,y rendimiento humilde,al Señor Obispo, cuyos periodos en q̃ expressavan sus desseos llenos de fervorosas ansias de èl mayor servicio de nuestro Señor, omito, por no ser cansado en su relacion.

De las que pretendieron ser admitidas, hecho exacto examen,y prueva de su vocacion, aviendoseles propuesto las dificultades de la religion,q̃ pretendian; allandolas cõstantes, y à proposito, consiguieron la gracia de èl Señor Obispo, sor Gaspara Oriol, sor Febronia Marco, sor Cecilia Llopico, y sor Emerenciana Fuster, todas hijas de Tortosa: sor Leocadia Calduc natural de Chert en el Reyno de Valencia, y sor Rosa Piñol,de la villa de Mora en Cataluña.

Pareció al Señor Obispo admitir juntamente algunas seglares, para entablar desde luego la vida de èl noviciado, y las experiencias,que se devian

hazer en el tiẽpo de la probacion en las q̃ de nuevo entrassen: porque queria su Illustrissima instruirlas hasta en la menor funcciõ. Admitió entre las que pretendian, para Corista à Margarita Auger donzella, de edad de 18. años, y para Monja Freila, à Marcela Ripoll tambien donzella, de edad de 26. años, las quales tomarõ el habito en la Iglesia de santa Clara, antes de bajar con las fundadoras al nuevo Convento, como despues se dirà.

Admitidas estas, mientras se disponia lo necessario, y se señalava tiempo de effectuarse, se escrivió à Agreda dando noticia de esta fundaciõ à la V. Madre Maria de Jesus, à quiẽ despues de implorar la assistencia de sus fervorosas oraciones para el acierto en esta obra, la rogavan assi el Señor Obispo, como las religiosas, se sirviesse darles las instrucciones necessarias para poner el Convento en toda perfeccion en el cumplimiento de la santa regla, constitucion de su reforma, y estilo de proceder en todas sus cosas. Consultaronle las dificultades, que se les ofrecian, y los acasos, q̃ por entõces ocurrieron, y aun sin perdonar la fatiga de tã dilatado viage, se puso en camino el P. Piquer, partiendo desde Tortosa à Agreda para informarse mas immediatamẽte de todo, pareciẽdole poco todo este trabajo por poner en perfeccion esta obra. Fuè admitido con mucha caridad, y agasajo de aquellas Señoras; con especialidad de la V. Madre, que respondió muy por menor, aviendo admitido esta noticia cõ grande alegria, y jubilo de su alma, por ver en crece, y aumẽto aquella devota espiritual familia de su Religioso, y edificativo instituto, y dedicarse de nuevo Convento al culto de su amantissima, y regalada Madre la Virgen santissima

ſima de la Concepcion; cuyo myſterio era el blanco de ſus aficiones, y dulce objeto de ſus devotos cuidados.

Admitió en ſu coraçon, y afecto à eſtas Señoras, las quales recibierõ guſtoſas la adopcion de tan Venerable Madre. Animólas à la perſeverancia, dióles inſtrucciones muy ſaludables; y entre otras: que no ſe dexaſſen llevar de èl fervor en aſperezas, rigores, y penitẽcias extraordinarias, ni exceſſivas, por la experiẽcia, que tenia, de que; quebrantando la ſalud, y fuerças corporales, ò acabavã preſto con la vida, ò quedavan impedidas para mayores bienes. Que fueſſe todo ſu cuidado cumplir con exaccion las q̃ ſeñalan ſus reglas; donde eſtàn las neceſſarias, y baſtantes para conſeguir la perfecciõ de ſu eſtado. Dió ſolucion à las dudas, y ſalida à los acaſos, que la conſultaron. Eſcrivió dilatadamente los eſtilos, vſos, y coſtumbres loables, que en todas coſas obſervavan en ſu Convento, y deven obſervarſe en los de ſu religiõ. Y para el trage, y modo de èl habito, les embió vn bulto bien formado, q̃ repreſentava vna Monja del tamaño de tres palmos, curioſamẽte diſpueſta, cerrada en vna caxa, veſtida en todo, y por todo, en la forma, y en la materia, deſde la tunica interior haſta el velo de cara, de que vſan ſobre los ordinarios, quando comulgan, ò entra en la clauſura algun ſecular. Con eſto fuè facil imitarle, y ſacarle perfecto; y hechos los habitos, y prevenido lo demàs, que era neceſſario, ſe ſeñalò para executar la fundacion, y bajar à ſu caſa las Monjas el dia 30. de Mayo de 1644.

Ya tenia el P. Piquer regulada la caſa, y transformada en Convento; adornada la Igleſia; abierto en ella comulgatorio, y rexa; traçado el torno, y

porteria; y cõvertida en forma de clauſura eſtrechiſſima toda la habitacion, con quãtos reſguardos pudo dictar el zelo, y prevenir la prudencia. Y lo que es de notable exẽplo, limpias por ſi meſmo todas las oficinas de la caſa, ſin deſdeñar ſu humildad manejar la eſcova, y barrer cõ fatiga, trabajo, y afan las piezas de toda ella, que la obra de los albañiles avia dexado con notable ſuciedad, y polvoreda; recoger las baſuras, aplicãdo ſus manos à aquellos ſuelos, que avian de piſar los pies deſcalços, y deſnudos de tantas ſiervas de Dios. Plantó en los dormitorios las tarimillas pobres, que avian de ſervir de lechos à las religioſas. Conpuſo el refectorio; poniẽdo en las meſas deſnudas, ſervilletas, vaſos, y demàs alajas. Aſſi quedó todo ordenado, la viſpera de èl dia, que ſe ſeñaló. Dexó aquella noche en guarda de la caſa, ya regulado Convento, à Marcella Ripoll; vna de las dos pretendiẽtes, que avian de tomar el habito el dia ſiguiente, con otra muger en ſu compañia, tomando vna noche antes poſſeſſion de la que avia de ſer ſu habitacion, y deſcanſo perpetuo.

C A P. XXI.

EFECTVASE LA FVNDAcion de èl Convento de la Puriſſima Concepcion Victoria.

ENtre los illuſtres blaſones, que deven acreditar el religioſo antiquiſſimo Convento de las Monjas de la Madre ſanta Clara de eſta fideliſſima, y exemplar Ciudad, es averle Dios hecho fundamẽto de tan ſublime fabrica, y ſeminario, donde colocó la providencia eſtas tiernas plantas; para que creciendo en frondoſos arboles, fueſſẽ el adorno de vn nuevo vergel: eſcuela de virtud para criar à los pechos de ſu educacion, las que tenia eſcogidas

para

para fundadoras de este nuevo santuario, que se estableciò, y formó de hijas fervorosas de tan serafiça Madre, à quiẽ Dios movió, para este instituto, que con tanto anelo codiciaron.

Llegó pues el dia, què tanto se tardava, Lunes à 30. de Mayo de èl año de 1644. en que quiso Dios dar consuelo à tantos como le desseavan, y en que se viesẽ cumplidas las esperanças de todos. Amaneció alegre, y mas para las q̃ aviendo salido de la esclavitud de Egipto, y traìdo Dios à su casa, las llevava este dia à otra nueva tierra de promission; trasladandolas à vn nuevo vergel de delicias.

Avia mandado convidar el Señor Obispo à algunos religiosos graves, y ancianos, q̃ recibiessen à la puerta de la clausura à las Monjas, que saliessen, assistiendolas hasta llevarlas al altar mayor de la Iglesia donde avian de vestir el nuevo habito. Con estos acudiò vn nunca visto concurso de gẽte, que à funcion tan edificativa convocò la novedad; viniendo de bien lexos, hasta de algunas leguas fuera de Tortosa. Assistió la muy illustre, fidelissima, y Exemplar Ciudad, compuesta de sus quatro Procuradores, ò Cõsules cõ sus gramallas, maceros, y demàs assistencia de consejeros, y Ciudadados, autorizando con su presencia esta funcion.

Acompañó al Señor Obispo el illustre Cabildo, toda la Clerecia, y las Religiones; y el Padre Piquer lleno de jubilo, y rebozãdo en gozo espiritual, que no le cabia en el pecho, se allava con actividad, y diligẽcia fervorosa en todos puestos, para dar orden en lo q̃ aquella mañana se ofreciò disponer, segun lo que su Illustrissima avia mandado se executasse en esta accion, que fuè en todo lucidissima, y edificativa; aunque

no

no se pudieron executar muchas de las funciones, en que estavan impuestas las religiosas; impidiendolo la multitud de la gente.

Serian como las ocho de la mañana, quãdo, avisadas las fundadoras, bajaron cortejadas de todo el resto de aquella santa comunidad, que las acompañó hasta donde les fuè permitido. Y antes de abrir la puerta, sintieron los de fuera lastimosos suspiros de vn vniversal incõsolable llanto, que al despedirse movió en sus affectos el cariño, que no podia reprimir la pena de todas. Era compassion oìr los gemidos llenos de èl mayor sentimiento, que expressavan sus lastimosas vozes. Aquî dieron orden de que no abriessen, por aver sobrevenido vn acaso, que estorvó la salida; dando con esto mas lugar à tener presente el objeto de su llanto; mas no tardó à componerse la dificultad, y à bolverlas à llamar.

Abrióse la puerta, y fuè vn passo de ternura, que movió à todos à lagrimas de compassiõ, verlas despedir dãdose tiernos caritativos abraços entre sentidas lagrimas, de las que quedavan. Vnas sentian vivamente perder el abrigo de sus Parientas, que se les ausentavan; a otras movia la amistad, y benevolẽcia; muchas sentiã perder la santa comunicacion, y buena cõpañia de aquellas religiosas: cuyo exemplo las edificava, y movia à la imitacion; las mas quedavan con el descõsuelo de no poderlas seguir en tan santo destino; afligian à los circunstantes verlas tan incõsolables, prorrumpir en suspiros nacidos de lo intimo del coraçon: ocasionando en algunas descaecimientos, y repetidos desmayos su sentimiento.

Abrevió el P. Piquer quanto pudo la salida, pues sola ella supo, sino templar, abreviar por

lo

lo menos, è interrũpir el llanto. Llamó por sus nõbres à las nueve religiosas: que saliendo con los proprios habitos de èl instituto, que hasta allî professaron, cubiertos sus rostros, se vieron assistidas, y ladeadas, desde que pusieron el pie en el lindar, de los religiosos, q̃ para este fin avia mãdado convidar su Illustrissima; admirando, en medio de tantos llantos, y vivos sentimientos de las q̃ quedavan, la entereza constante, y exterior alegrîa, que mostravan las que salian.

Assi acompañadas subieron à la Iglesia; donde entraron cõ immenso trabajo, por el innumerable concurso, q̃ en aquel patio se congregó. Llegadas al presbiterio, y hecha vna breve deprecacion, se entraron solas à la sacristia, donde las cerró el P. Piquer. Allî se descalçaron, quedando con solas sandalias; se vistierõ el habito blanco de la Concepcion, que avia bendecido el Señor Obispo, y estava prevenido para todas; è impusieronse los nuevos nõbres, con que en adelante se aviã de llamar. La Madre sor Eufemia Pastor se llamó: Beatriz de la Concepciõ. La Madre sor Fulgẽcia Pegueroles: Paula de Jesvs Maria. Sor Veronica Bayòt tomò el de: Ana Maria de Jesvs. Y sor Febronia Marco el de: Antonia de èl niño Jesvs. A sor Cecilia Llopico llamaron: Francisca de S. Ignacio. A sor Gaspara Oriol: Theresa de èl espiritu Santo. A sor Emerentiana Fuster: Inès de las llagas de Christo.

Las otras dos, que en santa Clara avian vivido, en el estado humilde de Freilas, quiso el Señor Obispo, fuessen aquî recibidas para coristas; moviendole à ello sus muchos meritos, y testimonio de vna exemplar inculpable vida, llena de gloriosos actos de virtudes. Sor Rosa Piñol se llamò: Clara de

la

la Madre de Dios, y sor Leocadia Calduc: Maria de la Cruz.

Vestidas con el habito blanco, y manto azul, con venera en el pecho, y escudo de la Cõcepcion sobre el ombro drecho; aviendo convenido en vn reconocer por su Prelada, y primera Abadessa de aquella nueva familia, à la Madre Beatriz de la Concepcion; y nombrado esta por su Vicaria, à la Madre Paula de Jesvs Maria, saliò la nueva Comunidad al presbiterio, cubiertos sus venerables rostros con velos negros; y puestas en su orden, amaneció à todo el pueblo, y numeroso concurso, vn edificativo espectaculo de piedad, devociõ, y santidad: coro hermoso de angelico cãdor, entre açules matizes de cielo, que compungió à quantos le alcançaron ver.

Sentóse la Reverenda Madre Abadessa sor Beatriz de la Cõcepcion en vna silla colocada en la vltima grada de èl altar mayor al lado de èl Evangelio, y luego se vieron postradas à sus pies las dos pretendientes, pidiendo las admitiesse, y concediesse el santo habito de su Religion: y, hechas las funcciones acostũbradas, que son de mucha edificaciõ, y piedad, las vistiò el habito, que con los demàs avia bendecido el Señor Obispo, llamando à Margarita Auger: Margarita de la corona de Christo. Y à Marcela Ripoll: Jacinta de èl Padre S. Francisco.

Hecho esto, se levãtaron; y tomãdo sor Maria de la Cruz vn devoto Crucifixo, assistida de las dos novicias en forma de acolitas con dos candeleros, y luçes encendidas, guió la processiõ, que se formò de las onze. Mandava el Nuncio de su Santidad en su breve, que al salir las Mõjas de santa Clara, las comboyassen, sin dexarlas de èl lado, algunas matronas honestas;

tas; para cuyo effecto se convidaron, y dedicaron volũtarias, y gustosas muchas señoras de lo mas calificado de la Ciudad, q̃ al salir de èl presbiterio tomaron à su lado, cada dos señoras, la Monja, que les avian señalado; llevãdola en medio, siguiẽdose por su orden hasta la Abadessa, que iva la vltima; siendoles muy dificil salir por medio de aquel golpe de innumerable gente, que en tropel porfiava la delantera vnos de otros; por lograr de cerca, y à su salvo aquella imagen de vn cielo abreviado. Rõpió aquel lucido esquadron por la turba, hasta llegar à su Iglesia; donde apenas pudieron entrar; pero fuè tal su advertencia, y compostura, que sin descomponerse, ni dexar cada vna su puesto, y lado de las señoras, que las acompañavã, entraron en ella.

Aquî aviã de exercitar ciertas funcciones devotas, pero el tropel, y ahogo de èl cõcurso, y en puesto nada espacioso no lo permitió. Mandó luego el Señor Obispo, se entrassen à su clausura. Salieron con el mesmo orden de la Iglesia; dexando en ella la Imagen de èl santo Crucifixo, que se colocó sobre la rexa de la grada, bajo vn primoroso dosel; donde estuvo, hasta que se agẽció traer el grande, que agora tienen en la capilla al lado de èl Pulpito; trasladando despues este, que es de la mesma mano, q̃ el mayor, sobre el faristol de èl coro, donde permanece para cõsuelo de las religiosas. Tomaron la callejuela de la porteria, y por ella se introduxeron à su clausura: siguiólas dẽtro el Señor Obispo, la Ciudad, el P. Piquer con algunos señores prebendados; y, dexando la comunidad en el coro, hasta donde la acompañaron todos los que aviã entrado, à la Madre Abadessa assistida de su Vicaria, dió la Ciudad possessiõ de èl Con-

vento, llevãdolas por todas las piezas, y oficinas de èl. Dixo la primera missa el Señor Obispo; y por ser octava de el corpus, se dispuso el viril, para tener aquella tarde, y las demàs de la octava patẽte el Santissimo Sacramento, como se hizo, cantando las Monjas visperas, que fuè la primera funcciõ de èl coro, con la solemnidad, que su instituto les permite. Todo se executó con mucha piedad, y edificacion, quedando aquel dia el Convento establecido, y effectuada esta gloriosa fundacion.

C A P. XXII.

VIDA FERVOROSA DE las Monjas en su nuevo Convento.

TRasladadas las religiosas à su nueva habitacion, è instituto, que tanto avian dessseado, no es decible el fervor, con que nuevamẽte animadas, se dedicaron à exercer vna vida de èl todo espiritual, y santa; abstraìdas totalmente de èl trato de las criaturas; embevidas en Dios, por medio de vna continua oracion.

La fineza de la santidad se descubre, y alcança como en piedra de toque en el exercicio de las virtudes. Ellas son el fundamento, en que establece firmes zanjas la perfecciõ; por la grandeza de ellas se mide la de los santos. Otros dones les hazẽ admirables, pero solas las virtudes son las que les hazen perfectos. Los extasis, las revelaciones, y prodigios resuenan à los oìdos de èl vulgo; pero son de menos estimacion; y quanto mas se placean, se hazen mas sospechosas en la calificacion de los prudentes.

Excelentes, y admirables fueron las que estas pobres religiosas exercitaron, y à su imitacion exercitan las que siẽdo successoras en su religion, lo son tãbien en su espiritu: ocultando siempre con estraña cau-

tela los favores de Dios, que fueron muchos, y solo descubrian à su director bajo el sacramental sello; de donde à sido immenso el trabajo en adquirir lo poco, que aqui se escrive; y mas aviendo faltado el P. Piquer, que pudo dar noticia de muchas cosas, que sirviera de edificacion su letura.

Luego, que se encerraron en tan estrecha reclusiõ, fuè su vida, mas de Angeles de èl cielo, que de habitadores de la tierra: negadas à todo trato humano exterior, por lograr mas à su salvo el comercio divino. No sintieron, ni allaron menos los espacios dilatados, y divertidos de èl Convento, que dexaron. Eran en su estimacion deleitosos palacios los breves senos de aquella casa, q̃ si bien era capaz, pero sin comparaciõ mas corta, austera, y menos divertida, que la primera; y de tal suerte la recluyeron, que, hechas anacoretas en poblado, solo les quedava lugar para estender la vista à los cielos, dõde embiavan con frequencia sus affectos.

Repartieron desde luego entre si los cargos, y oficios de su comunidad, para que, acudiendo cada vna à lo que le tocava, se asistiesse con puntualidad, y exaccion religiosa à los ministerios de su professiõ. A la Madre Vicaria se le dió el cargo de Maestra de novicias. A sor Ana Maria de Jesus, y à sor Frãcisca de S. Ignacio les encargaron el torno, y acudian con las Preladas à la porteria, quando era necessario abrirla. Nõbraron por Sacristanas à sor Antonia de èl niño Jesvs, y à sor Maria de la Cruz. El cuidado de la enfermeria, y refitorio se dió à sor Clara de la Madre de Dios. La roperia à sor Theresa de èl espiritu Santo; y, siendo oficio de tanto peso, por depēder de su trabajo, y diligencia quanto visten las religiosas, la

dieron por cõpañera à sor Ines de las llagas de Christo, que avian hecho correctora de coro. Las dos novicias quedaron con los demàs oficios domesticos, como, cozina, dispensa, y otros, à que ayudavan las demàs, quanto sufria la ocupaciõ de èl proprio, que tenian à su cuidado.

Assi distribuidos los cargos, era suma la puntualidad, con q̃ cada vna se esmerava en acudir al de su obligaciõ; sin perdonar trabajo, ni omitir diligencia. Era la casa vna region celeste bien ordenada; donde vivia en su ser la Caridad, ayudandose vnas à otras, quando la falta de èl tiempo, y sobra de ocupacion no las dava lugar à cumplir con sus oficios. Pusieronse en practica todas las acciones de su regla. Aquella primera noche se levantaron à las dos de la mañana à cãtar Maytines. Acudian à las cinco à la oracion; precediendo tres dias en la semana la disciplina. Deziã à las seis las oras, oìan missa, y acudian despues cada vna à las ocupaciones de su inspeccion, y cuidado. Era en ellas cõtinuo el exercicio de la presencia de Dios, que es la q̃ vivifica, y dà alma à las obras exteriores; y para no olvidar su continuaciõ, tan necessaria en almas religiosas, ò recobrarse, si la avian interrumpido, quãdo se encontravan por la casa, aviendose saludado cortesmẽte, hazian cierta seña en la medalla de èl pecho, con la qual, sin hablar, ni quebrãtar su cõtinuo silencio, se avisavã à permanecer en su memoria. De aquì naciò sentirse, quando menos advertidas pensavã no las oìan, dulces affectos, y tiernos coloquios, nacidos de la devocion interna de vn espiritu fervoroso, prompto, y prevenido para todo lo que era exercicio de virtud.

Instarõ à su Illustrissima, que quan-

quanto antes les dispusiesse el orden de vida, que avian de seguir, y les avia propuesto antes de salir de santa Clara; en que, amàs del rigor, y estrechez, q̃ en si cõtienen las reglas del instituto de la Concepcion tenia ideadas el Señor Obispo, y como Fundador queria imponer otras nuevas; de mucha austeridad, y rigorosa observancia. Con esso trazò vna vida verdaderamente apostolica, y penitente.

Primeramẽte las abstrajo de èl todo de la comunicacion, y trato secular, no permitiendo hablassen con los de fuera sino lo muy precissio, è inexcusable, solicitãdo vn total desvio de seculares depẽdencias. Solia repetir con mucha ponderacion, y expressiones de voz, tono, y affecto: *total olvido de èl mũdo; total silencio; estrechissima pobreza: quisiera estampar estas palabras en el alma, y esculpirlas en lo intimo de las medulas.* Con esto vivian tan retiradas, que huvo Monja, que teniẽdo en Tortosa sus parientes, no les hablò en cinco años.

Para esto cerrò quantos resquicios avia en la casa, y las vẽtanas, que por la parte de èl jardin descubrian el Convẽto de sãta Clara, y los que à èl subiã. No se contentò cõ ponerles rallos, sino que las circuyó de biombos de madera, de suerte q̃ pudiessen por la parte superior estar abiertas, para recibir la luz, y cerradas de èl todo para ver lo de afuera.

Quiso q̃ su vestido, solo fuesse vn saco de sayal sin otro abrigo. El calçado, vnas suelas prẽdidas con vnas correitas estrechas. Su cama, vna tarima de madera desnuda, y el abrigo vna sola manta, y el habito comun, que aun de noche no se quitavan. Y negandose à todo lo que era regalo, y deleite, era su comida corta, y de alimentos groseros; abstenièdose totalmente

talmente

talmente de carne; su cotidiana refeccion eran manjares de ayuno; comiendo de pescado, sino en las que por enfermedad ordenavan los medicos otra cosa.

Los viernes, y demàs dias de ayuno, assi entre año, como en adviento, y quaresma; vna por lo menos, à quien tocava por su orden, ayunava à pan, y agua, sin las muchas, que eran las mas, las que en vigilias de festividades de Christo, y la Virgen exercitavan tal genero de abstinencia; instando à ello las religiosas. Era muy frequente, à mas de las tres disciplinas de comunidad cada semana, tomar otras privadas; sintiendose por espacio de vn quarto de ora vn horroroso estruendo de golpes, con que castigavan sus delicados cuerpos; dexãdo regado el suelo con su sangre; vsando no pocas vezes admitirlas en sus espaldas, de agena mano con instrumentos de rigor, y aspereça.

Como entonces no tenian establecida renta, que el cuidado de su Illustrissima en assegurarla permanente, le hizo dilatar esta diligencia, y perder, como despues dire, todo el dinero, que tenia destinado para esto, avia dispuesto les amasassẽ fuera de casa, lo qual queria dexar establecido para siẽpre, à fin de quitarles esta ocupaciõ, y dexarles mas tiẽpo libre para los exercicios espirituales, y se les assistiesse con el pan necessario, assi para las religiosas, como para hazer algunas limosnas al torno. Y al Sacristan de èl Convento, diò oficio de Cõprador, con orden de que les proveyesse cada dia de lo necessario: y concluida la semana, acudia à su Illustrissima, y le dava el dinero, que decia aver gastado. Tuvo con esto lugar de exercicio la mortificacion de estas siervas del Señor; porque; descuidado el Sacristan,

omitia

omitia por olvido traerles lo q̃ le pedian, faltãdoles lo necessario à su comida. Encogianse para pedirlo segunda vez, y discurriendo ser aquella ocasion venida de la divina mano, dissimulavan la falta; para abraçar su tolerãcia heroica este efecto de pobreza.

Valianse en estas ocasiones: para alimentarse, de algarrovas secas, que comiã alegres, y hazia gustosas su mortificacion. Y tal vez sucedió, que no teniẽdo que çenar, ni aun hierbas, compadeciendose la hermana Jacinta de la abstinencia rara de sus compañeras, cogió ojas de vna parra, que tenian dentro de la clausura, y las dispuso, y guisó de suerte; que pudieron, aquella, y otras noches, tener refecciõ, como dezian muy saçonada, que no sabian lo que era hasta averlo comido.

El fervor de su oracion, y trato con Dios en este tiempo era muy continuo, y amàs de lo particular, quedó en lo publico tener oracion continua en el coro: donde siempre que quedava vna religiosa, sucediẽdose en el espacio de èl dia de ora en ora, vnas à otras.

Dispuso assi mesmo el Señor Obispo, que en casa no huviesse mas que vn tintero, y este en poder de la Abadessa, y cerrado con llave; para que nadie pudiesse escrivir, ni escriviesse sin licencia de la Prelada, segũ su regla. Estas, y otras cosas sobre el rigor de la regla de la Concepcion dispuso el Señor Obispo, que abraçaron las religiosas, llevadas de su fervor, y amor de Dios: que, el que es fino, se sustenta de trabajos, y alimenta de mortificaciones, que se hazen dulces, y apetecibles, en almas, que participan vna centella de esta divina llama.

***

CAP.

CAP. XXIII.

HAZENLES MITIGAR EL rigor de vida, y se dispone, vivan en celdas.

SAbido todo esto en Agreda, desazonó notablemẽte el espiritu de la V. Madre Maria de Jesvs; discurriendo cõsistir la perfeccion de su estado en sola la observancia puntual de su regla, y que tanta aspereza, no podria tener constancia, y que era ardid de èl enemigo, para acabar en breve cõ el Convento, ò reduzirle à buscar tales ensanches, que diessen por el estremo de la relaxacion. Encomendó muy de veras à Dios este negocio, y escrivió su sentir; concluyendo; que no era de èl servicio de la Virgen santissima, admitiessen otras reglas, ni constituciones, que las de su religion hasta entonces aprovadas, y en que se avian criado almas de tãta virtud; en tan elevado grado de perfeccion, y que no admitirian otras: como al fin sucedió.

Porque advirtiendo el mesmo Señor Obispo la insuperable carga de vida tan austera, y rigorosa, y penitente, que les quitava las fuerças, y quebrantava la salud, mudó muchas cosas; permitiendo durmiessẽ en gergoncillos; vestir mas ropa. Moderó los ayunos, y demàs penitencias; perseverando en comer de pescado, y en ir del todo descalças algunos años: hasta que visitando aquel Cõvento el Illustrissimo Señor Obispo D. Gregorio Parcero de Castro, Prelado insigne en todas calidades, las mãdó comer carne; embiãdoles vn dia de Navidad la comida, cõ ordẽ de perseverar de allî adelante en vsar semejantes alimentos; guardãdo la abstinẽcia de los Miercoles, y Adviento, que comienza desde todos Santos, cõforme lo disponen sus reglas, y cõstituciones. Y viẽdo lo que padecian cõ los elados viẽtos;

mastrales, y tremontanas, que conbaten esta region, mandó vsassen en tiempo de frio medias de lana, y alpargates, cõforme dispone la constitucion: y en lo demàs las dexó en la exacta observancia de las reglas, y constituciones, que tienen, y guardan las religiosas de la Concepcion, segun las aprovó, y confirmó el Papa Julio segundo, y queda dicho en el Cap. 2. pag. 6. como lo avia dicho la venerable Madre Maria de Jesvs.

Permanecieron pues las Mõjas en aquel estado de vida, que diximos, fervorosa, y penitente por algun tiẽpo, en que quiso el Señor Obispo su fundador hacer prueva de su virtud antes de darles la nueva professiõ de este orden: que en religiones observantes deve ser este el primer cuidado. Entre tãto se dispusso, que en el alto superior de la casa se formassen trãsitos, y todas las celdas, que pudiessen, por aver parecido à su Illustrissima ser mas conforme à la vida contemplativa, y espiritual, que en sus religiosas desseava, el q̃ tuviesse cada vna vn rinconcillo apartado de la contribucion de la casa; para que, recogidas en la soledad de su retiro, tuviessen mas comoda ocasion de guardar vn quieto silencio: exercitarse en obras de piedad, y devocion; entregandose al trato familiar, y continuo con su Dios.

A este fin, dando lugar à ello la constitucion, trazò, se formassen las celdas, que se pudiessen, pequeñas, y muy cõformes à su reforma. Pusose mano à la obra, que fue prolixa. Entravã los oficiales necessarios: y siendo forçoso hechar las ruinas à la calle de noche; por evievitar no entrasẽ hõbres à defora en la clausura, las mesmas religiosas, despues de Maytines, se dedicarõ à este trabajo; llenãdo vnas las espuertas; he-

chando otras à la calle las ruinas,que entre dia avian ocaſionado las paredes,y tabiques,q̃ derribaron; aplicandoſe todas con indezible afan à diſponer los materiales; trasladandolos al pueſto donde eſtuvieſſen à mano, para trabajar el dia ſiguiente. Aliſavan los ladrillos de èl pavimento: para que eſte quedaſſe cõ mayor curioſidad. Fabricaronſe aſſi por entonces mas de diez, y ſeis celdas, ſin otras, que ſe formarõ donde el pueſto dió lugar,y eran las baſtantes para las religioſas, que avia, y à la ſaçon podia avers hasta que deſpues creciendo el numero,ſe formó otro tranſito doble con celdas à vna, y otra parte,todas de vn tenor,y magnitud.

Aguardavan con grandes anſias las religioſas el dia de la Profeſſion,que avian de hazer de aquel ſanto, y rigoroſo inſtituto. Quando reſonó en el Convento vna noticia de mucho deſconſuelo para todas, y fuè; que algunas de aquellas ſeñoras tenian permiſſo de èl Señor Obiſpo de reſtituirſe à ſu primer Convento de ſanta Clara, como ſe executó, ignoranſe las cauſas; pero ſe coligiràn de lo que de eſtas religioſas ſabemos.

C A P. XXIV.

DA NOTICIA DE LAS religioſas, que bolvieron à ſanta Clara.

DIſpone el inſtituto de las Monjas de la Concepciõ, que ſi algunas ſalieſſen à fundar algun Convento,eſtablecido eſte,puedã reſtituirſe al primero,donde deven ſer admitidas,aunque ſea limitado,y eſtè completo el numero de las religioſas. Bolvieronſe, de eſte, tres al de ſanta Clara. Fuè entre ellas vna,la Madre Sor Veronica Baiòt,que avia tomado el nõbre de Ana Maria de Jesvs. Fuè eſta ſeñora natural de Peñarroja,en el Reyno de Aragòn

gòn, de Padres muy honrados, y assistidos de bienes de fortuna. Llamóse su Padre Pedro Baiót; de professiõ mercader, y su Madre Isabel Ana Borrasa. Estando en cinta de esta niña, le salió en vn campo al encuẽtro vn disforme dragõ, cõ amagos de quererla acometer. Asustóse, y entre la gente, que acudió à recobrarla de èl espanto, huvo quien la asseguró: no admirase la furia, y osadia de aquel sobervio bruto; porque traìa en su seno vna niña, que avia de ser fundadora de vn insigne Convento.

Desde muy pequeña, se dió al exercicio de la mortificaciõ de sus sentidos, negandoles lo que licitamẽte podrian gozar. Faltaronle sus Padres; y con la orfandad, se mudó mucho su fortuna. Desuerte, que; quedãdo por amparo de tres hermanas menores, se destinó, para ayudarse à criarlas, à enseñar otras niñas de Peñarroja. Tomó la vna estado de religiosa en el devoto Convẽto de la villa de Morella, de Monjas del orden de S. Agustin: y teniẽdo edad competente, se vino con las otras dos à esta Ciudad de Tortosa, donde fuè admitida en casa de D. Geronimo, y Doña Casilda Fuster sus tios.

Despues de aver tenido vna vision de la santa Madre Theresa de Jesvs, de quien era devotissima, y averla curado vn braço, que tenia lisiado, à diez de Deziẽbre de èl año de 1638. entrò para religiosa en el Convento de santa Clara, con sus dos hermanas, de las quales era vna tan sumamente diestra en la musica, que la admitierõ las Mõjas para maestra de su capilla. Aviẽdo Sor Veronica provado con mucho exẽplo en su noviciado, le dieron la profession por consentimiẽto, y aclamacion de todas, que hizo en 18. de Deziembre de 1639.

En este estado de vida per-

ficionò su alma con todas las virtudes; fuè muy humilde, caritativa, y mortificada; vestia siẽpre los desechos de sus hermanas; dormia sobre vnas tablas, sin desnudarse; comia poco: y vez huvo que, causandole asco el agua de fregar los platos, se abalançò à beverla; y en fin no dava treguas à su cuerpo: porque, quãdo otro no podia, estava con vn pie en alto; para lograr en esto el tormento, que en todas las cosas buscava su mortificacion.

Era continua en la oracion. De ella salia à exercer muchos actos de caridad; y en ella saliò tan diestra en evadir, y burlar las astucias de èl enemigo, que corrido este de ver en vna muger flaca tan varonil fortaleza, avergõçado de verse vencido, cõ furia infernal le diò vn dia vna cruel bofetada en la megilla; corriò dolorida, y lastimada al coro, donde acudierõ las Monjas, y descubriendole el rostro le allaron tan hinchado, y cardeno, que les fuè forçoso llamar Cirujano para ponerla en cura.

Fuè por su mucha virtud vna de las escogidas para fundadora de este Convento, que solicitó con vivas ansias, y dexó con indezible fortaleza à sus dos hermanas, que como Madre avia criado à los pechos de su educaciõ, desde muy niñas. Trasladada al Convento de la Concepciõ, fuè muy señalada en toda virtud, y singulares los exemplos de su fervorosa vida, que saldrà mas à la larga en las Cronicas de èl orden de èl Serafico P. S. Francisco, que se estàn disponiendo.

Contentòse Dios, como con otro Abraham, con aver visto su voluntad, y acceptãdo su sacrificio, quiso suspẽder la prosecucion. Allavase vn dia esta santa Religiosa en el coro entre tiernas lagrimas de devocion, y affecto, pidiendo à su

Dios

Dios trabajos, y cruz; que era el anelo de ſus cuidados, y blãco de ſus peticiones. Quando ſintió le dixerõ: que en ſu primera caſa la conſeguiria. Affligiòſe ſobre manera, pareciendole eſta cruz tan peſada, que ſe le hazia inſoportable. Confiriò lo que avia paſſado por ſu alma con ſu director, y convino ſer declarada voluntad de Dios, ſe reſtituyeſſe, como ſe effectuò por el mes de Mayo de 1646. aviendo eſtado en la Concepcion dos años.

Cumpliòle Dios ſu promeſſa, y el deſſeo de ſor Veronica, dandole allì immenſos trabajos. Porque luego cayeron enfermas ſus dos hermanas de vna prolixa enfermedad, que paſsò à hazerlas tiſicas; y las tuvo mucho tiempo en la cama, ſirviẽdolas con notable aſſiſtencia, y ſufrimiẽto, haſta tomarlas en braços, y llevarlas aſſi à los miradores de èl huerto para divertirlas.

A otra religioſa ſe le encendiò vn cancer en el pecho, que le durò mucho tiempo; y cauſando horror ſu cura, era ſola la que cõ invencible Charidad la curava por ſus manos, y alẽtava à padecer aquel prolõgado martyrio. Sobre viviò à todas, y llena de glorioſos merecimientos muriò à 26. de Noviembre de 1658.

No fueron deſſemejantes à eſtos los motivos, que obligarõ al Señor Obiſpo à conceder licencia de reſtituirſe à ſu Cõvento antiguo, à otras dos religioſas; fuè la vna ſor Cecilia Llopico, que ſe llamô Franciſca de S. Ignacio, hija de Tortoſa, ſu Padre ſe llamò Geronimo Llopico, Dotor en drecho, y ſu Madre Iſabel Galve, de igual ſangre, y meritos: viviò en la Concepcion año, y ocho meſes, ſiendo entõces de 30. años de edad; bolviòſe à ſanta Clara por el mes de Febrero de 1646. donde viviò exemplar, y reli-

religiosamente, y muriò con muy buẽ nõbre, y fama de santidad à 21. de Enero de 1671.

Fuè la otra sor Gaspara Oriol, que tomò en la reforma el nõbre de Theresa de èl espiritu Santo; fuè natural de Tortosa, hija de Gaspar Oriol Ciudadano honrado de Barcelona, y de Ana Rovira. Era de 22. años quando se fundò el de la Concepcion: y por motivos, que comunicò al Señor Obispo, se bolviò à santa Clara, por el mes de Julio de 1646. donde aviẽdo ocupado algunos puestos de graduacion, muriò domingo à 12. de Noviembre entre vna y dos de la mañana año 1690.

CAP. XXV.

PROFESSION SOLEMNE de la Religiosas fundadoras.

RE stituidas estas à su Convento de Santa Clara, y vẽcidas las dificultades, que dilataron tanto la Profession de las religiosas, que la dessearon mucho, aũque se juzga fue la principal causa de la detẽcion aver querido el Señor Obispo hazer prueva rigurosa de las que admitiò, alargandolo quanto pudo, para consultar con el tiempo la experiencia, poniendo mas en crisol su constancia; satisfecho de ella, dispusso, que por el mes de Deciembre de èl año de 1646. dia de la Concepcion de la Virgen, professassen todas, aviendo tenido mas de dos años, y medio de probacion, y experiencias.

Fue este dia el mas celebre, que conociò aquella casa despues de su fundacion, ya por el regozijo, y jubilo espiritual de las religiosas, que desseavan cõ anelo perpetuarse en tan santa clausura, de vida tan perfecta, ya porque el Señor Obispo hizo quantas prevenciones pudo inventar su devocion para festejarle. Repartiò entre ocho, los mas afamados predicado-

res, los sermones de la octava, que intentava celebrar. Hizo venir à sus expensas muchos musicos de fuera de Tortosa. Mandò fabricar ocho diademas, no de coste, pero de mucha arte, curiosidad, y hermosura, para coronar las nuevamente professas.

Compusose aquel pequeño templo con el adorno, que pudo caber en su corto ambito, que fue admirable, y muy bien visto. El altar con muchas, y muy ricas alajas, y buen numero de luces. De parte de tarde al tiempo de la musica, sermon, y fiesta, estavan colocadas las ocho diademas en la messa de èl altar; como ofreciendo en las aras de aquel Dios Sacramentado, que estuvo todos ocho dias patente, y de su santissima Madre, las ocho religiosas, que en su nuevo olocausto avian coronado.

Dia pues de la Concepcion, aviendo convidado à todos los Señores Capitulares, la Ciudad, y Nobleza, que concurriò toda, haziendo mas cortos los ambitos de aquel templo, se diò principio à la funciō. Celebró la missa el Señor Obispo, cantādo varias letrillas los musicos, cōpuestas al intento. Cōcluida esta, revestido como estava, llegò à la reja de la grada, y luego se presentó la Madre Abadessa, cuya professïon recibiò, en la qual se obligò à seguir el instituto de las Monjas de la Cōcepcion, segun fue cōcedido, y aprovado por el Papa Julio segundo. Y sentandose luego la Madre Abadessa, ya professa, en su silla, recibiò la professïon de las siete, que quedavan, dandoles en recompensa de su Holocausto, è incruento sacrificio vna corona, prenda, señal, ó presagio de la que les assegurava en el cielo por premio immortal de èl cumplimiento de lo que en sus votos ofrecian.

Prosi-

Prosiguiósse esta solemnidad por ocho dias; teniendo el Santissimo patente cõ muchas luces, musica, sermon, y numerosissimos concursos. Quedando aquel Convento habitado de diez Monjas, las ocho Professas, y dos Novicias, q̃ su Illustrissima avia recibido aquel mesmo año el dia de la natividad de S. Juan Bautista, naturales las dos de Tortosa. Fue vna Josepha Blanc doncella de edad de 16. años, hija de Francisco Blãc Ciudadano hõrado de Barcelona, y de la S.ra Ana Mur, que en su admission fue llamada; Sor Josepha de èl Archangel San Miguel, y professò à dos de Julio de èl año de 1647; y la otra Methilde Guimerà doncella de edad de 10. años, hija de Matheo Guimerà Dotor en Medicina, y de la Señora Ignes Mieres, que llamaron; Sor Methilde de S. Juan Bautista; professò à ocho de de Deziẽbre de èl año de 1651. à las dos admitiò, y dotò su Illustrissima, y las dos viven quãdo esto se escrive, aviendo sido Preladas de èl Convento, y la Señora Sor Methilde muchos años; aviendo sido nuevamente electa por su comunidad el dia 23. de Octubre 1694.

El ingresso de estas Señoras, que fueron las primeras, que entrarõ en el Cõvento ya fundado, fue tan celebre, y aplaudido, que inundando vn numeroso concurso de gente de todos estados; impeliendose en reencuentros de vnos à otros, hizieron entrar, sin poderlo resistir, dentro de la clausura al Preste, y assistentes, y algunos de los que estavã immediatos à la puerta, al tiempo, que la abrieron para admitirlas, y huvo mucho trabajo en aver de salir, y en poder cerrar. Huvo de interponerse la autoridad, y diligẽcia de algunos personages de cuenta, que despejaron, como mejor pudieron la gente

te para poder cerrar.

CAP. XXVI.

DA CUENTA POR MEnor de las fundadoras.

DIez Monjas quedaron, como è dicho, el dia de la Professiõ, en esta religiosa clausura, de las quales oy an muerto siete, cuyos hechos admirables podriã llenar algunos capitulos; siendo assi, que eligió Dios para esta fundacion vnas Matronas illustres, llenas de amor divino, y gracia de èl espiritu Santo: vasos escogidos de su gloria; donde derramò el lleno de sus dones, y en quien resplandecieron en grado superior todas las virtudes.

Entre estas, y no la que haze menor argumento de aver sido solidas las demàs, y en todo genero perfectas, fuè vna mas que diligente cautela, que huvo siẽpre en ocultarlas, previniendo esconder à toda luz humana las misericordias divinas: para que la noticia no menoscabasse su fineza, dando lugar, à que en el paño fino, y terso de tan bien tramada tela, entrasse la polilla de la vanidad: gusano interior, incautamẽte introducido en los senos de èl alma: carcoma insensible, que, sin percebirse en lo exterior, taladra, y destruye lo interior, y mas precioso de la virtud; convirtiendo en vicio, lo q̃ fuè alto punto de perfecciõ.

Desde que el P. Jacinto Piquer descubrió en sus elevados espiritus la alta perfeccion de vida, à que Dios les avia llamado, y las muchas misericordias, q̃ comunicava à sus almas, fuè el cuidado de èstos agẽciar con todo ahinco, no se traslucìesse su noticia, para assegurar su permanẽcia; teniendo muy en la memoria el consejo de èl Gran Gregorio, q̃ en la homilia, q̃ escriviò sobre el Cap. 25. de S. Matheo, previene este cuidado; alegando ser compelido à precaver, no menoscabe el

viento popular, y gracia humana, lo que se executò con rectitud de intencion.

Impusoles prudēte, y avisado en elegir director docto, y santo; y en q̃, aviendo experimentado, ser qual convenia para su aprovechamiēto, le descubriessen à èl solo sus sentimientos, à fin de no errar en camino, dōde ay tanto que temer; Porque salpicar muchos, dezia: es señal, ó de vn espiritu relaxado, q̃ recelando manifestar sus dolencias, busca arbitrio de comunicarlas, à quiē menos las entiēda, y reprehenda menos; ò de querer hazerse pregonero de sus acciones: lo qual arguye mucho descaecimiento, y gran flaqueza de virtud.

Tanto se les imprimiò este dictamen en su idea, que, aviēdo vna de estas señoras escrito, por mandado de su primer confessor, que tuvo estando en el Convento de santa Clara, muchas cosas de las que passaron por su alma, tuvo maña, allandose Prelada en el de la Concepcion, de conseguir licencia de quemar lo que avia escrito. Y estando enferma en la cama, se valiò de vna Monja recien professa: en quiē advirtiò notable promptitud, y diligencia en obedecer. A èsta la mandó, que sin replica fuesse à cierto puesto escondido, y le trajesse los papeles, que allì encōtrasse. Hizolo assi, y traìdos, les mandò hechar en la lūbre; con orden de no apartarse hasta verles cōvertidos en pavesa. Obedeciò la Monja; y aunque reparò el hecho, le pareciò menos incōveniente entregarlos à las ascuas, que faltar à su obediēcia: que la que es perfecta, tiene siempre por mayor daño resistirse à la execucion de lo que se manda.

Esta cautela, en que siempre se an conservado, nos à quitado muchas noticias de cosas maravillosas, trasluciēdose las

que

que se saben, por sus causas, ó effectos, q̃ no an podido ocultar. Ya dixe la vida rigorosa, que hizieron en su primer Convento de santa Clara; ya el fervor, con que entraron en este, con sus diversos exercicios, q̃ fuerõ comunes à todas, y quedan ya referidos. Es agora mi intento tratar de cada vna en particular, en que ay mucho, que aprender, y auria mucho mas, si no estuviessen tan escondidos sus hechos.

Haze tanbien mucha falta aver muerto el P. Jacinto Piquer, sin aver manifestado vn buẽ volumẽ de papeles, q̃ de esta materia tenia tã guardados, que hasta oy no se an podido descubrir; y no menos aver faltado el M.R.P.M. Joseph Salvat, que las tratò muchos años, y tenia observadas varias cosas, que intentava historiar, y y lo omitiò, porque vivian entonces los mas de los sugetos, de quien en esta historia se deve hazer mencion. Y por averla yo hecho de este insigne varon, que fuè director de muchas, de cuyo dicho, por relacion de las que oy viven, è fiado algunas cosas de las que refiero, me à parecido antes de proseguir, dar vna breve noticia de su persona.

CAP. XXVII.

ALGVNAS NOTICIAS DE èl Muy R. P. M. F. Ioseph Salvàt de èl Orden de Predicadores.

EL M. R. P. M. Fr. Joseph Salvat natural de Tortosa, hijo de Joseph Salvàt Mercader, y de Isabel Tixell; personas de mucho credito; vezinos los dos de esta Ciudad, naciò à 4. de Octubre de èl año de 1600. Fuè religioso de èl sagrado Orden de èl Padre Santo Domingo: varon prudente, grave, docto, de todas las prendas, que requiere en sus sugetos aquella doctissima Religion, para conferir, por proprios meritos, el

grado de Maestro de su Orden. Fuè muy dado à la oracion, y trato con Dios; penitēte, y de singular talēto, y habilidad en dicernir espiritus, y dirigirlos en la vida espiritual. Dios, que se quiso servir de su intencion, y trabajo, para que con los de la Compañia cultivasse las nuevas plātas de este jardin, le introduxo, no obstante el cuidado, que el Señor Obispo tenia, en que en su Convento no entrassen multitud de directores, ni diversidad de espiritus.

A quatro años, que estava fundado el Convento, sobrevino la entrada violenta de èl Francès; de que hablarè mas abajo; y aviendo posseído la Ciudad, y allado ser Aragoneses los sugetos, q̃ entōces tenia la Cōpañia en Tortosa: porque al P. Piquer avian llevado à ser Retor de èl Colegio de Mallorca: les mādò desterrar à todos. Entre tanto, que dispuso el P. Provincial, viniessen otros de èl Principado, se allaron las religiosas sin tener quien las assistiesse: que en tiempo de tanto afan, trabajo, y afliccion, les era muy penoso. Con esta ocasion, llamarō al P. Maestro Salvàt, que allaron en sus caritativas entrañas mucho consuelo en sus penas. Supolo el Señor Obispo, que estava en Morella desterrado; y conservando su primer idea, lo llevò muy mal.

Escrivirò à las Religiosas cō muestras de mucho enojo, que expressavan palabras bien sentidas. Significaronle la ocasiō, que para ello avian tenido: con que parece, se sossegò: y mucho mas quādo le informaron del mucho acierto, discrecion, y cordura, con q̃ las avia governado, sin aver querido immutar cosa alguna, por minima q̃ fuesse; aprovando, y ajustandose al modo, con que hasta allì las aviā dirigido los de la Cōpañia. Por lo qual, le significarō, ser de èl servicio de nuestro

Señor,

Señor, y consuelo de las religiosas, que su Illustrissima, no solo lo tuviesse por bien; sino que permitiesse, que en adelãte acudiesse con los hasta allî señalados à assistirlas, aviẽdose experimentado ser su dictamẽ muy cõforme cõ el de su Illustrissima, y los demàs de la Cõpañia; à quien la haria muy buena su assistencia, y ayuda.

Vino bien el Señor Obispo, q̃ no ignorava las muchas partes, y escogidos talentos, de èl P. Maestro Salvàt, y solo recelava, no se introduxesse diversidad con la multitud, que es muy dañosa en las comunidades, è impiden mucho los adelãtamiẽtos de èl espiritu. Quedò con esso por director de las que se quisierõ aplicar à su trato; logrando en el muchos aumentos de virtudes, y provecho espiritual.

Diez, y seis años perseverò en su assistencia, que interrumpió su muerte, de los quales cõ servan las religiosas muchas memorias; assi de sù exemplar vida, como de su singular agrado, afabilidad, y buen modo, con que governò las que estavan à su cuidado.

Conocia con luz superior lo interior del alma de la que tratava. Cõfessando vna vez à vna religiosa, que le ocultava vna culpa, le dixo: como no se confiessa de esto? y como la penitente prosiguiesse en su proposito de no dezirla, y se escusasse, haziendo de la que no lo sabia, le especificó la hora, como, y quando avia sucedido: con lo qual la obligó à confessarla.

Embióle à llamar vna Monja, que se allava muy afligida de vna pena interior; entró en el confessonario, y la mandó: no dixesse nada, sino q̃ le ayudasse à rezar el santo rosario. Rezaronle à coros, y aviendo acabado, le dixo su pena, y lo que avia passado por su alma, y le

le dió medios efficaces para templarla; dexandola del todo aliviada.

Tuvo gran cuidado en exercitar cõ diversas mortificaciones à sus encomendadas, trayẽdolas con frequencia al ajunque de la paciencia: fragua en que se acrisola el oro de la virtud, y donde se examina, y discierne la verdadera de la sobrepuesta, y fingida. Estando vn dia dentro de la clausura, mandò à la tornera, embiasse en su nombre al Convento de santa Clara à vna religiosa, que oy es Prelada, que le remitiesse vnos dulces; vinieron luego, y se los subiò muy contenta; y al ponerseles delante, le dixo en presencia de las Monjas, que allî estavan, que avia hecho? Y como no avia reparado en lo que diria la religiosa con tal recado? Que bien se conocia su poca mortificacion, y mucha golosina. De aqui pasò à dezirle palabras muy sentidas, y à castigarla con severidad, dexandola bien mortificada.

A otra religiosa muy vigilante en ocultar sus cosas, la mandò en visperas de S. Joseph dezir su culpa en refitorio. Y quando la materia de esta es alguna falta, de que piden perdon, y penitencia, ordenò dixesse estas palabras: Madres, y Hermanas mias, yo les ruego por caridad den las gracias à Dios nuestro Señor, y à la Virgen nuestra Madre, por averse dignado de traer à esta casa vna muger tan santa, y edificativa como yo. Huvolo de executar con lagrimas, y sentimiento de la que tenia tan bajo concepto de si, y no sin confussion, y ternura de las que admiraron tal hecho en el espiritu de quien lo executó, y zelo de quien lo disponia.

Instigada cierta Monja de èl mal espiritu con vna vehemente tentacion, en materia de Caridad, contra su Hermana, la

traìa

traìa varias ideas de vengança de las que imaginava injurias. Diſpuſo el Padre Maeſtro Salvàt para remedio de ſu dolencia, fueſſe cada dia, à dar cuenta de ſus poco caritativos ofrecimientos à la meſma, contra quien eſtava indignada. Huvolo de hazer, haſta llegarla à dezir: querria ver mas à vn demonio, que à ella: tanto puede en vn alma vna paſſion deſreglada. Eſtava eſta inſtruida en el modo con que la avia de recibir, que era con la mayor aſpereza poſſible; moſtrandola ſentimiento, y tratandola mal en palabras, y obras; fuè medio eficaz, para que vencieſſe aquella moleſta tentacion.

Algunas vezes diſpuſſo, quãdo ſe cometia alguna falta, fueſſe la notada à dezir la culpa à alguna de las ſeñoras ancianas, previniendolas en la penitencia, que le avian de dar. Otras vezes ordenava à la Maeſtra de Novicias, dieſſe algunas diciplinas à ſus diſcipulas, ſin darles razon porque; aunque no huvieſſe culpa, à fin de examinar ſu paciencia, y exercitarlas en la mortificacion.

Notóſele à eſte inſigne varon vn mas que natural conocimiento de las coſas venideras, que predixo. Vna bien ſeñalada es; que viendole ya anciano, y cõ algunos achaques, le pidieron las Monjas, les introduxeſſe otro religioſo de ſu orden, que, faltando ſu Paternidad, ayudaſſe en ſu auſencia à los Padres. A que reſpondiò: le ſeria muy facil traer vno, y muchos; pero que no les convenia, porque no todos ſon de vn dictamen, ni todos ſe quieren ſugetar à vn modo de direccion. Y que en ſemejantes comunidades, ocaſiona mucho daño la diverſidad de eſpiritus, y mucho mas la opoſicion de pareceres; que el avia trabajado mucho conſigo miſmo para conformarſe, y no eſtorvar

con

con la oposicion el fruto, que en almas religiosas, que van por el camino espiritual, impidē los juizios de quien las govierna; que su Religion zelava mucho, q̄ à las Mōjas de su orden, que governava, las tratassen pocos, y de vn sentir, y parecer, y lo mesmo diligenciavan otras religiones con sus Conventos subditos.

Por lo qual les aconsejava, no buscassen otros, que los Jesuitas, cuyo espiritu avia informado sus almas desde antes de la fundacion; que estos eran los que mas convenian por las razones, que alegava, y yo por encogimiento, con cuidado omito. Y que no temiessen la permanencia; porq̄ Dios les traeria vno muy à proposito, que las assistiria mas tiempo, que el que les avia assistido. Assi sucedió: porque, poco antes, q̄ muriesse dicho P. Maestro, embió el P. Jacinto Piquer, que era Provincial, al P. Bernardo Rey à Tortosa; y aũque no fuè su intento tenerle aqui muchos años, y aunque despues le an querido sacar para el govierno de èl Seminario de Cordellas de Barcelona, y en otra ocasion para el Retorado de èl Colegio de Manressa, siēpre se à estorvado, y permanecido en este empleo, por espacio de 28. años, en que aun permanece: cumpliendose al pie de la letra, lo que el P. Maestro Salvàt avia pronosticado.

Assistia à vna moribunda religiosa, y estando comiēdo, dixo à vna de las que en la mesa le servian: seas buena, y santa, y aprovechate de lo que te è enseñado, porque ya no me serviràs mas. Pues Padre, dixo la Monja, le an de hazer Provincial, y ausentarsenos? no hija, respondió el Padre. Pues que acaso, replicò, me è de morir? à que bolviendo el P. Maestro el rostro lleno de severidad, y ternura respondió: no hija; no

te

te as de morir tu, sino yo. Prorrumpió en lagrimas la religiosa, que procuró aconsolar; pero sucedió como lo predixo.

Avia dado la extrema-vnciō à vna religiosa, y poniendosele despues à la cabeçera de la cama para alentarla, à passar cō resignacion su trabajo; quando esperavā la exortaria à que se dispusiesse à morir con cōformidad en la voluntad divina, la dixo: no temiesse; que no moriria de aquella enfermedad. Instóle la enferma, le dixesse: quando seria su muerte? respōdiòle; que estuviesse fuera de cuidado, q̄ èl la avisaria. Mejoró la religiosa, y poco despues murió el P. Maestro Salvàt; y cayendo despues enferma la mesma Mōja, le vió ella, y la enfermera, que le assistia, que oy vive, y lo depone, entrar por la puerta de la enfermeria, que dà azia el refitorio, con su manto negro; y haziendo inclinacion profunda al altar, passò à la cama, que estava enfrente el salon del antecoro, y le dixo estas formales palabras: *Preparate, que ya es ora*, y luego se salió por la otra puerta. Refiriòlo por la mañana; dispusose con actos muy fervorosos à vna santa muerte, que sucedió antes de muchos dias.

Dexo, por no salir de la brevedad, que profesò, otros muchos acōtecimiētos; por dezir algo de sus virtudes, que son el argumēto mas firme de la santidad. Fuè verdadero humilde; diestrissimo en huir los puestos, y dignidades, que seguian à sus calificados merecimientos. Pudo ser Provincial de su Religiō, pero jamàs diò oìdos à quiē le proponia tal platica. Cerròse vna noche muy temprano en su celda, allādose en vn Capitulo provincial, en que estava muy ambigua la eleccion: quando, à desora llamaron à su puerta; quiso hazer el sordo: pero importunado, se le-

vãtò à abrir; y, acercãdose, oyò, q̃ dezian los de fuera: P. Maestro abra, que solo falta su consentimiẽto, para quedar elegido Provincial. Al instante desistió; bolviendose sin querer abrir la puerta, para cerrarla de èl todo à sus importunaciones, y pretension.

Tan desapegado del affecto à los parientes, que, diziẽdole, al tiempo de partirse à vn Capitulo, su sobrino Joseph Periz, hijo de Agueda Salvàt su hermana, que si le hazian Provincial partiria luego à Valencia, le respondió; que èl sabia no seria, assi se lo avia dicho vna religiosa, cuyas prediciones fuerõ siempre muy verdaderas; pero que, si sucediesse, no executasse tal atentado; porque no le admitiria, ni aun daria permissiõ para que le viera.

Lo mas calificado en esta materia fuè, que consultado en terna para Obispo de la Iglesia de Solsona; sabiendolo su sobrino, le quiso con eficacia persuadir, interpusiesse algunos favores, y empeños para conseguir el Obispado, nunca lo pudo alcanzar: porque dezia: que ni lo buscava, ni avia de buscar; y que si pensava, avia de ser para èl de emolumento; que se desengañasse, que no tendria mas por ser èl Obispo; que las rentas eclesiasticas son para favorecer à pobres, y socorrer necessidades, y no para enriquezer à parientes: y mas no faltandoles à estos lo necessario para vivir.

Fuè vn vivo retrato de Job en la paciencia. Sufrió muchos años vn corrimiento en el ojo isquierdo, con vehemẽtissimos dolores, y vn Cirujano diestro, que le curava, y queria muy de coraçon, viendo su invencible tolerãcia, y desseoso de dar remedio à su mal, aplicó todos los remedios fuertes, que pudo alcançar su arte; y viendole tan sufrido, y tan sin quexa en

tales

tales martyrios; exclomò diziẽdo: *no es possible, sino que este hombre es santo.* Permitiò Dios, que para merito de èl paciẽte, à vehemencia de èl dolor se le vaciasse el ojo; quedando con la mayor conformidad, que dezir se puede en semejante trabajo.

Con la mesma tolerãcia passó los terribles dolores, que le ocasionarõ los achaques de retencion de orina, y mal de piedra, que le atormentaron algunos años con persistencia, y rigor: y al fin le acabaron la vida, sin oìrle la menor señal de impaciencia, ni levantar la voz en el menor quexido.

Lleno pues de merecimientos; aviendo ocupado muchos años el cargo de Retor perpetuo de èl Colegio Real, y seminario, que tiene su Religiõ en esta Ciudad, y la dignidad de Letor de esta insigne Iglesia Cathedral; con mucho credito de su erudicion, y alta inteligencia; con el testimonio de vna vida inculpable, exemplar, religiosa, y edificativa, reposó en paz Jueves à 17. de Março de 1667. entre nueve, y diez de la mañana, à los sesenta y seis, y aũ no cumplido el medio de su edad, empleada en tã santas obras, y singulares virtudes, que nos prometen estàr gozando de Dios en la eterna, y feliz bienavẽturança de los justos.

Fuè su muerte sentidissima; porque era venerado de todos; y el Illustrissimo Señor D. Gregorio Parcero de Castro, Prelado de los mas insignes, que à tenido esta Iglesia, dixo, al llegar la noticia de su muerte: Nadie sabe quanto emos perdido faltandonos el P. Maestro Salvàt; yo solo se dezir, no allaremos tan facilmente otro; porque no tiene segundo. Gran calificacion de los meritos de este tan adelantado Maestro, y admirable varon.

(***)

CAP. XXVIII.

VIDA DE LA V. M. SOR Beatriz de la Concepcion, primera Abadessa de este Convento.

LA fervorosa Madre sor Eufemia Pastor, que por la innata devocion, que tuvo à este Mysterio de la pureza de Maria, y cordial afecto à la V.M. sor Beatriz de Silva, fundadora de este religioso instituto, se llamò en este Convẽto sor Beatriz de la Concepcion: piedad, que remunerò la Virgẽ Madre, trayendola para fundadora, y primera Abadessa de esta su devota familia: naciò en la villa de Fõt Espalla, en el Reyno de Aragon. Se llamò su Padre Miguel Pastor, de profession mercader, y su Madre Eleonora Fort, personas de lustre por su sangre, y mucho mas por su virtud. Luego que le rayó la luz de la razon, estuvo tan prevenida de la divina gracia, que con vn conocimiẽto, mas que natural, de èl mundo, sus engaños, y vanidades, manifestò luego vn gran desseo de repudiarle, menospreciando sus esperanças, que traen à tãtos detenidos, dẽtro de vna falsa apariencia, y verdadero engaño; y hazer desi vn perfecto olocausto, ofreciendose en sacrificio en las aras de la religiõ. Aborrecia desde aquel tiẽpo las galas: cèbo de que se alimenta la vanidad. Pero viendose obligada à vestir segun las donzellas de su estado, y con mas asseo, y gala en los dias festivos, que queria, y no podia escusar, por no dar disgusto à sus Padres, se valiò de vna bien rara estratagema para evitar aquel trage.

Diez años tenia la devota niña, quãdo sus Padres, por cierta diligencia piadosa, huvierõ de hazer jornada, en q̃ emplearõ algunos dias, y los bastãtes, para que ella executasse cõ resoluciõ varonil, cortarse de vn

vestido

vestido honesto, que tenia, y muy conforme en el color, vn habito, y escapulario de la forma, que vsan las religiosas de santa Clara; y vestida con èl, y los velos de Monja muy ceñidos, y regulados, se presentó delante de sus Padres, lleno el rostro de celestial alegria. Suspendióles la novedad: y anticipandose à hablar, les dixo: perdonassē su osadia, que no avia podido resistir al superior impulso, q̄ la avia movido, à executar aquella accion; que les rogava, la tuviessen por bien; y pues para ser Monja solo faltava la llevassen al Convento, no le dilatassen essa buena fortuna; pues toda dilaciō seria aumentar su tormento. Enternecierōse los dos, y llenos de vna affectuosa piedad; despues de aver dado gracias al Señor por ver en aquella niña, que amavan tiernamente, tan santas resoluciones, la consolaron, alentaron, y ofrecieron cumplir sus desseos.

Correspondieron desde luego sus obras al trage de religiosa; retirada de los divertimiētos pueriles; ocupada solo en exercicios de devocion, y piedad. Nunca quiso oìr, ni allarse en platicas de casamientos, retirandose de ellas, ò mostrādo mucho disgusto en oírlas. Resplandecieron, ya desde entoces admirables virtudes, singularmente vn gran recato, y singular pureza. Quisola en aquella edad tomar en braços vn hombre, para acariciarla: y, la que llevava tā mal tales caricias, se resistió: y no pudiēdo de otra suerte, le arañó la cara, y meso la barba, con tal fuerça, que se vió obligado à dexarla bien apriessa.

Insistiendo pues sin cessar cō sus Padres, en que la cumpliessen lo que la avian ofrecido, la huvieron de traer, siendo de edad de doze años, al Convēto de santa Clara, donde, llēna

de

de celestiales consuelos, entró à dos de Mayo de 1604.

Allí; sin poner la mira en que no tenia edad para entrar en el año de probaciō; ni querer admitir los ensanches, y exēpciones, con que viven las que no an entrado en el noviciado; conociendo, que la virtud es semilla, que deve sembrarse en la niñez, para coger, y assegurar en edad mayor el fruto de su cultivo, se entregó desde luego à los empleos, y exercicios de la religion, como si fuera muy professa. Era devota, humilde, modesta, caritativa, y mortificada: pũtual al coro, à la oracion, y demàs obediencias. Nadie la viò desazonada, ni impaciente. Nadie la huvo menester, que no la tuviesse prompta. Hablava poco, y era en su conversacion edificativa, tratando solo de cosas, que pudiessen aprovechar à su espiritu, y fomentar la devocion.

Para llevar adelante este tenor de vida, resolvió tomar por director de su alma, à vn Religioso grave, Carmelita descalço, varon espiritual, y de perfeccion de vida: cuyos documentos santos la adelantaron mucho, llevandola à estado, q̃ parecia à todos vn vivo retrato de la santa Madre Theresa de Jesus. Començó Dios à favorecer su alma ya desde el dia, en que professó, que fuè en 30. de Abril de èl año de 1607. vsando con ella aquellos favores, y singulares misericordias, que vsa con sus mas queridas, y estimadas.

Mandóla su confessor, escriviesse lo que passava por su interior; assi lo hizo, aunque con gran repugnancia, que venciò el deseo de obedecer, y no salir vn pũto de èl orden de quiẽ la dirigia; notando lo que en mas de quarenta años favoreciò la divina Magestad aquella alma, objeto, por su santidad,

de

de los cariños de Dios. Pero su humildad, y bajo conocimiento, que de si tenia, en medio de tan divinas luces, le hizo, siendo Prelada en el Convento de la Cõcepcion, representar con tanta expression sus faltas, y desmentir aquellos favores con tantas veras, y persuadir cõ tan eficaces razones, convenir se ocultassen, y ofreciessen al olvido, que obtuvo licencia de entregar aquellos escritos à las llamas, como lo hizo estando enferma por medio de vna religiosa, à quien con autoridad de superiora lo mandò.

Nunca se vió mas reprehendida la obediencia, si puede ser reprehensible, que en esta accion de esta religiosa; porque buscando las demàs con ansia, luego que muriò la Madre Beatriz, estos papeles, y sabiendo el caso, fuè comun el desconsuelo, y casi tan grande como el de su muerte, con aver sido excessivo, por averles quitado en sus escritos vn dechado de perfeccion, vna copia de su fervoroso espiritu, y vn testimonio irrefragable de quan bien paga Dios, aun en esta vida, los servicios de sus siervos. Y llevadas de vna santa impaciencia, y dolor, que aun les dura, se buelven contra la incauta obediente, como culpando piadosamente en cierto modo su diligencia en obedecer, en cosa que les avia de dar tanto que sentir. De esta suerte nos quitò la materia, que llenaria este assumpto: si bien, en esto nos dexò vna señal expressa, è individual por donde podamos conocer quan verdaderas, y solidas fueron sus virtudes, que son entonces mas calificadas, quando, manifiestas solo à Dios, estan mas escondidas à los ojos humanos.



CAP.

CAP. XXIX.

OFICIOS QVE TVVO EN la Religion, y como se portó en ellos.

POr mas, que esta fiel esposa de Jesu Christo intentò, y solicitò ocultar los dotes, y virtudes de su alma, no pudo evitar se trasluziesse à lo exterior la interior llama, que fomentava su pecho. Descubrióse en su fervoroso espiritu vna viva fe, cierta esperanza, y encendida Charidad, para con Dios, y sus proximos; don de oracion con abundantes lagrimas; y en sumo grado la humildad. Por dõde, en pocos años de religon, la allaron apta para el cargo de Maestra de Novicias, que exercitó por espacio de nueve años, con notable aprovechamiento de sus dicipulas, que sacò algunas de grande espiritu. Era la primera en los exercicios de èl Noviciado; en el coro, y en las demàs obedîencias: enseñandolas primero con el exemplo, y amonestandolas con palabras suaves: si bien quando cõvenia, vsava de rigor, y aspereza; pero con tal modo, q̃ mas conpungia, que irritava: consiguiẽdo por este camino la correccion de la que deseava emmendar. Vsò en este tiẽpo postrarse en el suelo, para que las Novicias la pisassen, diessen bofetadas, y escupiessen el rostro, y tratassen con baldones: venciendo, con vn orden expresso de obediencia, la repugnancia de las que con efficacia la rehusavan, y se escusavan con lagrimas de sentimiento, y ternura.

Fuè singular en esta sierva de Dios el don de oracion. Empleava en ella muchas horas; levantãdose à vezes à las quatro de la mañana; y no dexava el coro, hasta que la obediẽcia la llamava, que era comunmẽte, à la ora de èl comer. Veíanla las religiosas immoble con vn aspecto abrasado, y encendido

dido

dido como vna llama; regãdo ſu venerable roſtro cõ dos raudales de lagrimas; en tanta abundãcia, que era forçoſo mudarle el eſcapulario, para enjugar el que traìa, y dexava empapado en el agua, que vertian ſus dos ojos.

Conociaſe la ſilla, que ocupava en el coro en tiẽpo de los oficios, porque el breve tiempo, que ſe inclinava al dezir el Gloria patri &c. dexavã regado el ſuelo ſus dos vertientes.

Regalava Dios ſu eſpiritu con altiſſimos ſentimientos, y ſuaves dulçuras; viviendo en abraſados incendios de amor divino. Comunicòle vn altiſſimo conocimiento de ſu grandeza; en cuyo pielago immenſo vivia dulcemente ſumergida: vſando con aquella alma extraordinarias miſericordias, que llevada de ſu humildad hurtò à nueſtra noticia ſu religioſa cautela.

No pudo con todo eſconder nos averla Dios comunicado ſer eſcogida con otras, para fundadora de vn Cõvento muy recoleto, que no ſe le eſpecificò, con cuya noticia emprendiò vna vida mas auſtera, y penitente; viſtiò deſde luego tunica de lana; raſgava ſus carnes con ſangriẽtas diciplinas; dormia ſobre vnas deſnudas tablas: tolerancia, que fuè de admirar en lo delicado de ſu complexion. Nunca auyentò de ſi ſavandija, que pudieſſe atormentarla, y ſervir de exercicio à ſu mortificacion: y es lo mas admirable lo vivo de eſta pena; en quien era tan ſumamente aſſeada, que no podia ſufrir la menor ſaliva en el ſuelo, que por ſus manos no limpiaſſe, aviendo pueſto orden, ſiendo Prelada; para merito de ſu obediencia en las religioſas, que levantaſſen el menor atomo de la tierra, à fin de conſervar el aſſeo, y limpieza. Solia dezir: que quiẽ ſufre mã-

chas, y desaliños en su casa, y vestido, tanbien los sufrirà en su conciencia; y que la compostura exterior, era vn diseño, que manifiesta la composicion interior, y atavio de èl alma.

Congregòse con otras religiosas, q̃ guiadas de vn mesmo espiritu, observavan en quanto podian, con rigor, y puntualidad la primera Regla de la Madre santa Clara, ensayãdose en la vida, que avian de exercer quãdo Dios las trasladase, à la fundacion, q̃ les avia prometido. Exercitavan entre si la caridad; amonestãdose de sus faltas, y alentãdose à seguir, y no desmayar en el camino començado. Exercian la Obediencia; dandola à vna de las cõgregadas, q̃ segũ su dictamen nõbravan. Guardavã vna estrecha pobreza evangelica, sin tener nada, desposeyendose de quanto tenian, y ganavan con la labor de sus manos; pidiendo de limosna, à la que era depositaria lo que avian menester para su vestido, y necessaria assistẽcia. Dispuso la Madre Beatriz para esto vnas constituciones, ò reglas llenas de divina prudencia, y perfeccion religiosa: por donde, sin faltar à las obligaciones de su estado, se governavan en sus exercicios, y empleos privados.

En este estado de vida se allava; quando pusieron los ojos en ella las Monjas de santa Clara eligiendola Abadessa, y Prelada de su Convento: cargo de q̃ no la pudo eximir su humildad, repetidas instancias, y obsequiosos ruegos, con que propuso su inhabilidad, y demeritos. Fuè admitida esta elecciõ con gran cõsuelo, y aplauso de casi toda aquella santa comunidad: que zelosa de èl mayor bien, y servicio de nuestro Señor, les parecia asseguravan en ella la regular observancia, y aumento de su casa; ocasionãdo en algunas menos observã-

tes, que no ignoravan la rectitud, y buen zelo de la nueva Prelada, los descaecimientos, y temores, q̃ ocasiona en nocturnas aves el nacimiẽto de èl sol en su orizonte. En vna fuè tanto el susto, que: faltandole el aliento, cayò desmayada. Acudieron à su remedio, llevaronla à la celda en braços de otras religiosas, donde la venerable Madre con dissimulacion prudente la visitó, y animó, y con palabras suaves, blãdas, amorosas, y llenas de caridad, ganò à aquella religiosa para Dios: desuerte, que fuè en adelãte muy edificativa, y vna de las mas apassionadas de la Prelada; y tanto, que pretẽdió, y consiguió bajar en su Compañia, para confundadora de la nueva fundacion.

Governó su Convento con admirable prudencia, zelo, y discrecion. Suave, y blanda para todas; solo para si austera. Mostrava muchas vezes la repugnancia, con que vivia en aquella ocupacion, y la embidia, que tenia à las que en estado humilde de Freylas, vivian en paz, y santa obediencia, exercitadas en los oficios humildes, y domesticos.

El zelo de la gloria de Dios, y vigilante cuidado, que puso en la regular obseruãcia de su ordẽ, le ocasionó muchas persecuciones, que toleró con invencible paciencia, sin ceder vn punto en lo que jusgó ser de la obligacion de sus reglas, y santas constituciones. Venció todas las adversidades, valiendose de su blandura, y à las vezes del rigor. Tenia vnas sobrinas religiosas, y era ya sabido ser las primeras en ser castigadas, y con menos ocasion, que las otras. Resistiósele à todas estas diligencias vna Monja, que no pudo conseguir viviesse recogida; y viendo frustrados varios medios, y descarriada aquella oyejuela, q̃ Dios

avia dexado à ſu cuidado, tomó averlas con ſu divina Mageſtad, haziendo varias penitencias, y mortificaciones; empleando muchos ratos de oracion fervoroſa: cuya efficacia ſabe ablandar el mas duro diamante; y pudo atraer al deſſeado retiro à eſta religioſa; que movida de Dios, ſe reconoció, pidió perdon à ſu Prelada, y viviò cõ notable exemplo en lo por venir; cõfeſſando dever eſta mudança à los meritos de la que con zelo de verdadera Madre, avia ſolicitado, y conſeguido la mejora de ſu vida.

CAP. XXX.

SALE PARA FUNDADOra de èl Convento de la Concepcion, y la hazen Abadeſſa.

QViſo Dios, que eſta hermoſa lumbrera fueſſe à illuſtrar, con las luzes de ſus virtudes, vn nuevo orizonte, que ſe empeçava à deſcubrir en Tortoſa; y entre dudas de quiẽ harian luminar mayor, y preſidente de aquella esfera de luz, y hermoſura, ſe inclinó mucho el Señor Obiſpo à otra, que concibió ſer muy à propoſito. Eranlo las mas de las que fueron eſcogidas para eſta empreſa. Pero fueron tales los informes, y tal el concepto, que todas hazian de las prendas de la Madre Beatriz: tal la ſatisfaciõ, que de ſu perſona tenian, que ſe vió obligado à venir en que la eligieſſen por Madre comun de todas.

Colocada en ſu Convento, y conſtituida en el mando, ſe manifeſtaron aun con mas claridad los rayos de ſus muchas virtudes. Depende en eſta religion quanto ſe exerce, de la mayor à la menor accion, de èl govierno de la Prelada, q̃ deve acudir à todo, y aſſiſtir à todas, haſta en vn alfiler, de q̃ neceſſitẽ. Ella es las manos, pies, boca, y ojos de las religioſas; ella el alma de aquel cuerpo, y

eſpiritu

espiritu de aquel relox, cuyo movimiento regula el de las demàs piezas: con esso es necessario, que acuda à todo, y estè con todas.

Toda la vida parece se avia criado la Madre Beatriz en este modo de govierno: tanta assistencia allavan las religiosas en su agrado. Alẽtavalas à passar los trabajos, que son impõderables los de vna nueva fundacion; y era la que en medio de su delicada complexion; en cinquenta, y dos años de edad, fatigada cõ el rigor de tantas, y tan continuas mortificaciones, abraçó con mas fervor, y valentia aquella vida austera, rigorosa, y penitente; siendo la primera, y mas puntual en todos los exercicios. Era con todas afable, amorosa, y caritativa: cuidadosa de que se assistiesse à las enfermas, à quien animava à passar sus dolencias con fruto, y consolava concediendolas quanto querian para su alivio espiritual, y corporal; con tan piadosas entrañas, que si podia mas, nũca quedava satisfecha de lo q̃ avia obrado; todo lo que hazia, era menos de lo que desseava. Sobre las demàs virtudes, se esmeró aqui mucho en la templança; comiendo, y beviendo tan poco, que no parece ser possible poder passar con el corto sustento, que tomava.

En las exortaciones, que hazia à sus subditas en visperas de festividades de Christo, y su Madre santissima, assi en Capitulo, como en refitorio, era tanto lo que ardia su pecho, q̃; prorrumpiẽdo à lo de fuera, se inflamava el rostro en la ponderacion de aquellos sagrados mysterios: en q̃; como saliendo de si, era forçoso parar vn poco, para reprimir la avenida de affectos, y enjugar las lagrimas, q̃ destilavan sus ojos; y tal vez, huvo de cessar de èl todo, sin poder proseguir, quedando

todas las religiosas llenas de vn superior consuelo, y muy alentadas al servicio de nuestro Señor. Y no solo sus fervorosas palabras, su aspecto grave, y devoto causavan devocion à quãtos la veían, y oîan; si que aun cierta religiosa, que oy vive, depone: que todas las vezes que la mirava, se compungia, y recogia en su interior, causandole su presencia tales effectos, que parece tirava flechas de caridad à su alma.

De las grãdes ocupaciones, y cõtinuos desvelos de tan molesto govierno, se valió el demonio para perturbar su espiritu; trayendole algunas dudas sobre la eternidad; pero burlava sus intentos, armandose cõ el escudo de la fe. Padecia algunas sequedades, y distracciones en la oracion: pero sin perder la paz de su alma, dezia para culpar su negligẽcia, que tenia perdido el ilo de la meditacion, y que al cabo de tantos años no sabia tener vn rato de oracion; por lo qual implorava la de sus subditas.

Valiase en estas ocasiones de hazerse traer vna florecita de èl jardin; y al descubrir su hermosura, y percebir su olor, elevava su espiritu à la ponderacion de los gustos eternos, y prorrumpia en lagrimas de afecto, y en alabanças de su hazedor: saliendo tan fervorosa, y devota, que se le oìan todo el dia frequentes jaculatorias, empleando muchos ratos en coloquios con su Dios: en cuya presencia vivia sin olvidarla vn punto.

Quando las religiosas la traían alguna florecita, ò fruto, que producian los arboles, que avia plãtado en el jardin, para darle el contento, que cõcebia en el logro de su trabajo, despues de estimarselo, dezia: Hermanas pidan à Dios, q̃ sepa yo trasplantar de èl bosque de èl mundo, à este jardin

frondoso

frondoso muchas almas, cuios saçonados frutos de virtudes, podamos ofrecer à N. Madre la Virgen santissima; en que logre sus delicias.

Estava para entrar la Madre sor Ana Maria de S. Francisco, que à sido Vicaria de èl Convento, y no pudiendose convenir los votos por las dificultades, que se ofrecierō en los interesses, y seguridad de èl dote, se viò obligada la M. Abadessa à dezir para consuelo de las que sentian tanto la dilaciō en admitir sugeto tan à proposito para la religion: estuviessen sin cuidado, que sabia de cierto, que Dios la tenia destinada para religiosa de la Concepcion.

Fuè devotissima de èl Santissimo Sacramento. Acudia con frequencia à visitarle desde el coro, y recrearse en la consideracion, y alteza de aquel soberano beneficio. Salia à vezes descōsolada, advirtiendo estar la Iglesia desierta, y admirandose de que no entrasse la gente, que passava por la calle, à venerar, y adorar aquel Señor, y darle gracias por la merced, que nos hizo en dexarse sacramētado, para nuestro cōsuelo.

Cinco años antes, que muriesse, exercitò Dios à su sierva con gravissimos dolores de vn rigoroso mal de piedra, que padecia con tanta vehemencia, q̃ cada vez, que la assaltava parecia querer espirar. Vivian las Monjas en continuos recelos, temiendo la mucha falta, que haria à su comunidad, el exemplo de tan santa Madre. Era admirable la paciencia, con q̃ sufria tan intolerables, y sentidas penas, y el agrado, con que en medio de ellas recibia, à las q̃ venian à visitarla; sin immutar el dolor de èl cuerpo la serenidad de èl espiritu. Al pregūtarla como se allava? cō rostro risueño, y apacible voz respōdia, vnas vezes: que con su es-

poso

poſo en el pretorio de Pilatos, y otras: que le acompañava en las agonias de muerte, que padeciò en el Huerto: Con tanta entereza, conformidad, y reſignacion eſtuvo en tan graves dolores.

Vivia en eſte tiempo en el religioſo Convento de S. Juan Bautiſta, entre otras, vna ſeñora de mucha virtud llamada: ſor Thereſa Parent, en quien obſervarõ, predixo muchas coſas, que cõprovaron los ſuceſſos. Vna fuè dezir: que dia de S. Andres baxaria à comulgar, y oír miſſa vna religioſa de la Concepcion, que eſtava muy peligroſa de virhuelas, y ſin eſperança de vida: y el dia, que le naciò vna hija à Pablo Mirò Ciudadano de Tortoſa, dixo: oy à nacido otra Thereſa, q̃ à de entrar en mi lugar. Todo ſucediò como lo avia dicho, y ambas à dos Monjas viven oy; vna en el religioſo Convento de S. Juan, y otra en el de la Concepcion. Otras muchas coſas ſe vieron cumplidas, que omito por no ſer de mi aſſumpto.

Eſta ſeñora; hablando con el P. Maeſtro Salvàt, con quien tratava las coſas de ſu alma, y diziendole eſte, por el amor grande, que tenia à la Madre Beatriz, que la encomendaſſe à Dios pidiendole la mejoraſſe de ſalud, le reſpondio: que no cõvenia mejorar: ſino el padecer; porq̃, añadió: no teniẽdo faltas, que purgar, quiere Dios, viva entre dolores; para que multiplique meritos, y adquiera coronas con ſu paciẽcia. En eſte meſmo tiempo vió ſobre ſi la enferma, deſde la meſma cama, vna cruz; pero toſca, y mal adornada. Davale pena, y cuidado ſu poco aſſeo; y deſeando alcançarla para cõponerla, oyò que la dixeron: con la paciencia en los dolores de tu enfermedad quedarà adornada, labrada, y de èl todo perfecta.

con

Con tan prolongadas fatigas, y continuado martyrio, llegò à padecer vna total inapetēcia; desuerte, q̃ no podia atravesar bocado, que antes de introducir no huviesse de bolver, sin bastar preparativos, ni ayudarla sainetes. Ivase por pũtos extenuando su flaqueza. Vn dia, que se vió mas afligida de este accidente; cuidadosas las Monjas, y mucho mas la enfermera, le persuadiò con instancia, le dixesse: que comeria? porque el Medico, al ver su desmayo, ordenò le diessen lo que apeteciesse. Reusó el responder à esta pregunta; pero instada con importunaciõ, dixo: le parecia comeria vnos pajaritos: pero de dõde, añadiò, les an de sacar agora? dexenlo estar, que comere lo que pudiere. Descõsolóse la enfermera viendo la dificultad de allar lo que desseava: y mientras iva à la cozina, discurriendo el medio de conseguirlo, y si tomaria el de dezirlo à las Torneras, vió por el jardin venir azia si vn gato con vn pajaro en la boca; llamóle acariciandole como mejor pudo; dexóse vencer el animal de las caricias, de que se obligã hasta los irracionales: y sin dificultad dexó en sus manos la presa. Miróle cuidadosa, y alló ser vn pajarito bien abastado; pero, no contenta cõ el, que era poco, le dijo cõ alago: ay gatico mio si me trujeras otro. No avia acabado de desplumar el que tenia; quando le vió venir con el segundo, que apresurado llevó, y dexó en sus manos, de que cenò aquella noche con alto apetito la enferma.

Quien en este caso no pondera prodigio, que con razon admiró el mundo en el cuervo de los Elias, Pablos, y Vicẽtes; en los leones de Geronimo, y Antonio; y en la cierva de san Gil? Quiẽ al ver la natural voracidad de aquel animal; las

ansias, y desvelos, con que solicita esta caza; la diligencia, cō que al tenerla huye al mas alto desvan, por el recelo de que no se la vsurpen: no conoce ser vn prodigio, con que Dios quiso dar à entēder el alto grado de perfecciō de esta su sierva? Supose el caso en el Convento: y en medio de la admiracion, la enferma lo atribuia à las oraciones de las religiosas; otras al buen desseo de la enfermera; nadie juzgó en aquellas circunstancias ser acaso; y todas ser premio de los relevātes meritos de la Madre Beatriz, cō que quiso Dios manifestar el amor, y benevolencia, que la tenia como à tan fiel esposa.

C A P. XXXI.

MUERTE DE LA V. M. sor Beatriz de la Concepcion.

ENtre otras misericordias, que Dios à hecho, y de presente haze à este religioso Convento: y en que à mostrado la particular providencia, que de èl, y sus Monjas tiene, es vna, biē singular: percebirse vn señal, ù otro, antes que suceda la muerte de alguna de sus religiosas, en que tienen larga experiencia, por las vezes, que an oìdo preceder diversas señas.

Antes que muriesse la Madre Beatriz, percibió la enfermera cerca de èl coro vn grāde ruido, que durò algunos dias. No ignorava lo que podia ser; pero callò, hasta que la mesma enferma desde su cama oyò articular estas vozes: la Madre està muy mala, y proxima à morir. Creyò ser voz de alguna Monja, y que auria tomado algun accidente à la Madre Vicaria. Llamò; pero no allando persona, que tales palabras huviera dicho, ni en la casa novedad, se diò por entendida.

Dispusose desde luego, recibiendo con affecto, devocion, y ternura los santos sacramentos;

tos; despidiòse de sus hijas, dãdoles saludables documentos; pidiendoles perdon de las faltas, que en su govierno avia cometido; è implorãdo sus devotas oraciones. No es ponderable el sentimiẽto vniversal, cõ que todas lloravan inconsolables la perdida de tal Madre. Fueronsele agravando los accidentes; y conociendo se llegava la hora, abraçada cõ vna devota imagẽ de vn santo Crucifixo, se enagenò toda en la consideracion de aquel Dios, que en vn leño avia dado por su redencion la vida. Encendiòsele el rostro: effecto de la llama interior, en que se abrasava su pecho; y la que toda su vida avia sido devotissima de los nueve coros de los Angeles, prorrũpiò en aquella hora en estas vozes: *Angeli, Archangeli, Troni, Dominationes*: y con tan devota invocacion espirò, Viernes à 19. de Mayo de 1662. siendo de edad de 70. años: de los quales estuvo doze en el siglo, 40. en el Convẽto de santa Clara, y los 18. vltimos governãdo el de la Concepciõ: muger verdaderamente humilde, prudente, y mortificada.

Fuè de estatura mediana, los ojos grandes, la nariz proporcionada, blanco el rostro, y aun en su anciana edad sin arrugas; su aspecto venerable, lleno de de religiosa gravedad; solo el mirarla cõponia. Quedò el difunto cuerpo con mas apariẽcia de vida, q̃ de muerte: pues quãdo vivia, le traía la mortificaciõ tan muerto, q̃ para hazer la muerte mudança en èl, huvo de darle visos de vivo: hermoso, y apacible el rostro; blãdos, y suaves los pies, y manos; todo el tratable, y flexible donde le querian manejar; y tan sin horror de las que le miravan, que vna religiosa, que oprimida de èl temor, no se atreve à ver vn cadaver difunto, ni cercarse à èl; desuerte, que la eximen de

acudir à los entierros, por lo q̃ la atierra, y lleva pavorosa, y afligida, la especie de lo q̃ descubre en vn feretro por despojo de la muerte: en esta ocasiõ no solo assistiò; sino que llegò à tocar el cuerpo de su diffunta Madre, tratandole, y besandole las manos, sin quedarle el menor recelo de pavor.

Al señal de la campana, resonò por la Ciudad, aver muerto la sierva de Dios. Fuè vniversal el sentimiẽto; muy en especial en casa de su sobrino, el Dotor Gaspar Gassia, de quien hizimos mencion en el Cap. 16. Y aũque el estilo de estas señoras es enterrarse sin ningun fausto, con pobreza, y humildad religiosa: pidiò cõ instancias su sobrino le dexassen honrar en la muerte, à quiẽ deviò tãto en la vida. Para dar algũ desahogo à su sẽtimiẽto, y alivio à su pena, le permitieron, hiziesse alguna demostracion, que fuè: hazer, que en la grada, donde estava el cuerpo, ardiessen muchas luces, y doze blandones con sus achas; y fuè cosa patente à todos, que: quemando estas todo el tiempo, que las religiosas dixeron el officio de difuntos, de tres nocturnos cõ mucha pausa; missa cãtada de cuerpo presente, y muchos salmos, y responsos, que dizen antes de enterrar la diffunta, q̃ ocupa mucho tiempo; pesando despues toda la cera, allaron no averse consumido vna onza, y tener el mesmo peso, que tenia, antes que empezassen à arder. Al dexar el cuerpo en la sepultura, se levantò vn nuevo, è inconsolable llanto de las religiosas, que durò dias, sin poderle reprimir: siendo aqui el vnico alivio de su pena, la seguridad de tener en el cielo quien con tanto amor las governava, y amò en la tierra.

***

CAP.

CAP. XXXII.

VIDA DE LA V. M. SOR Paula de Iesus Maria, fundadora, y primera Vicaria del Convento de la Concepcion.

LA divina providẽcia, y poder divino vsãdo cõ alta sabiduria del arte chymico, para sacar en la oficina de su amor, de duros pedernales muertos, vivos hijos de Abraham, se ve resplandecer en la vida exemplar de Doña Isabel Ana Pegueroles, (assi se llamò en el siglo) à quien en medio de èl fausto, gala, donayre, y esperanças vanas de èl mundo, y lozania de su edad, supo desengañar, desemmarañandola de sus intrincados laços; para hazerla dechado de Religiosas, y vna de las piedras vivas, y fundamentales de este nuevo, y edificativo edificio.

Naciò esta señora en la villa de Ginestar, Obispado de Tortosa, por los años de 1608. de Padres calificados, ricos, emparentados con lo mejor de estas riberas de èl Ebro, y deudo muy cercano de la illustre casa de los Mecas de Cataluña. Llamòse su Padre Don Pedro Peguerolas, y su Madre Doña Angela Jordà. Dotola Dios de raras prendas naturales, que ayudadas de èl arte, y cuidadosa compostura, fuè el atractivo de los ojos de todos. Era muy amiga de engalanarse; de ir ataviada; rozando costosos, y biẽ ajustados vestidos, y joyas de valor; de allarse en festines, saraos, y comedias, donde amanecia hecha vna primavera; dibujada al perfil, y cuidado de èl pinzel: sin q̃ ignorasse trage con q̃ sobresaliesse su bizarria; ni vso nuevo de gala, que no fuesse luego empleo de èl suyo. No avia fiesta à que no acudiesse, y no acudir era motivo bastante, y titulo de dilatarse.

Empapada de èl todo, y embevezida en estos vanos cuida-

dos, y diversiones: de que iva sedienta, y nunca bien satisfecha: que mundanos gustos nũcã llenan el deseo: dexando al acabarse entre sequedades el alma de quien cõ ansia los apetece, y los busca con afan: se avia buelto à su casa de vn festin, que avia deseado mucho, y logrado à su satisfacion. Y quando creyò aver contentado su anelo en el plazer, que en tal logro se prometia; allo tal dessazon en su alma, que assi mesma se era enfadosa. Aviasse acabado el contento, y encontrò con las amarguras remordimientos, y disgustos, que consigo traen bienes perecederos: en quien solo tener fin, es desgracia, que ahoga qualquier contento, y le convierte en pesar.

Comenzò à discurrir consigo misma el sucesso de aquel dia; quantos cuidados le avia costado: quan presto avia llegado su termino, y quan en vn punto se avia convertido en desassossiego. Assi dezia: alumbrada de Dios, se acabaràn los demàs quantos pueda adquirir mi cuidado; assi mis dias; assi mis años; assi los passatiempos, hasta dar en la sepultura. Y que tendrè yo entonces de mi gala; de mi fausto, y pundonor? Que de aver contentado mi cuerpo? Que de las galas, y vanidades? Que de los convites, y passeos? Que de todos los gustos de esta vida; si ya producen tal desazon en mis affectos? Y que, si viviendo tan olvidada de lo eterno, doy en cavernas infernales, dõde se truequen fingidas diversiones en verdaderos tormentos? Burlarte quiere el mundo, y engañarte el demonio; que ya te tiene pressa en duras cadenas de servidumbre; desatarme podrè, y engañar al vno, y burlar al otro. Nueva vida Isabel, nueva vida: pon grillos à tu libertad, y modo à tus cuidados: que importa mu-

mucho assegurar lo q̃ para siempre dura. Los banquetes se an de cõvertir en abstinencia; los laços, en disciplina; los rizos, en ceñidas tocas; las galas en vn cilicio; las sedas en tosca lana, y en sayal los atavios.

Cavó tanto en su vivo, y perspicaz ingenio; illustrado con luces superiores, que aquella noche se resolviò à dexar el mundo, y recogerse al asylo de la santa Religion. Buscó à la mañana vn vestido, el mas honesto; y salió solo para oír missa; donde estuvo con el mãto tendido, y destilando agua sus dos ojos; gimiẽdo el tiẽpo mal logrado: afiançando en la firmeza de su resolucion la mejora en lo venidero.

Notósele la mudança en el porte, apareciendo con traje humilde, semblante modesto; muerto el brio juvenil, y desfallecida de fuerzas; y preguntada de los suyos, significó sus propositos. Rijeronlo mucho, y la dexaron; juzgando, que presto serian otros; y lo mesmo sucedia en quantos la allavan menos en los puestos, en que acostumbravan encontrarla, y sabian su mudança. No es ella, dezian, para Monja, y si entra, presto se bolverà à salir; no es ingenio para cerrada: ni su viveza para clausura.

No dexò el Demonio de hazer sus diligencias, ya por medio de sus amigas, compañeras, y parientes; ya representandole los gustos, de que se privava, y licitamente podia lograr; ya por la aspereza de vida, que se obligava seguir, dexando en la flor de su edad los passatiempos licitos, de que tanto gustava; haziendose verdugo de su temprana vida.

Fuè mayor el combate el primer dia, que queriendo poner en execucion sus propositos, se ciñò vn aspero cilicio. Sintiòlo la que estava hecha à vestir olandas: y allandose tan

emba-

embarazada, y aterida, que sin mover pie, ni braço sin dolor, no allava puesto donde estar libre de pena: huvo de sentarse en vna silla con resolucion de no moverse. Allì fuè la guerra con la persuassiõ de que no seria possible à su delicadez tolerar toda la vida aquel rigor, q̃ con tan breve tiempo la avia postrado, y sugetado tãto; dandole nuevos assaltos al vsar la diciplina, cuyos sensibles golpes, governados de su primer fervor, se alternavan correspondiendo à cada latigazo vn quexido.

Pero assistida de Dios, y su gracia, que con tanta fuerza interior la atraìa, vẽciò todos los ardides de èl enemigo; fortaleciendo su flaqueza de modo, que ya llevava con mas gusto el retiro, la mortificacion, y penitencias, que en otro tiempo sus devaneos. Instò, y consiguiò cõtra el sentir de los suyos, la traxessen al Convento de santa Clara; donde entrò à 11. de Agosto de èl año de 1629. mudando el nombre de Isabel Ana, en el de Fulgencia Pegueroles.

En esta sagrada clausura allò descanso su espiritu, continuãdo sus propositos; y adelantãdo sus fervores. Fuè notable la edificacion, que ocasionò en toda la comarca de esta ribera, donde era muy conocida; y mas, quando sabian el sumo retiro, con que se portava en la religion, rehusando salir à las rejas, aun para ver à sus pariẽtas: y quando salia, con grande modestia, brevedad, y recato; gastãdo pocas palabras, y estas edificativas, sin pregũtar, ni acordarse de cosas seculares, ni aun de los suyos, mas, q̃ si nũca les huviera tratado, ni conocido. Embevida toda en Dios, compungia à quantos la veìan, y avian tratado; alabando la divina providencia, que assi muda los affectos de las almas,

mas, que tiene escogidas.

Tal fue su vida en el noviciado, y tan deseossa estava de cõsagrarse à Dios por medio de la professiõn, que viniendo en ello todo el Convento, no la dilatò vn punto; venciendo todas las dificultades, que se interpussieron algunas, y la hizo à 13. de Agosto del siguiẽte año de 1630. siendo de edad de 22. años.

Quinze estuvo en el Cõvẽto de santa Clara haziẽdo vna vida angelical, y divina. Era muy dada à la oracion; fervorosa en los exercicios espirituales; diligente en la obediencia; paciente en la mortificacion; cõstante en sus propositos; rigorosa en la penitencia; y en medio de la libertad de poder tratar con los seculares, sumamẽte retirada de todo lo que es mundo.

Fuè vna de las Monjas, de q̃ hablè en el Cap. 17, y aquî no repito; porque allî queda dicho. Y cõ ellas hazia vna vida de estrechissima observancia, humildad, y pobreza. Aviala Dios dotado de vn vivo, perspicaz, y agudo ingenio; notable discrecion, y prudencia. Empleólo todo en saberse aprovechar, y adelantar en las virtudes, sin divertir su discurso à otros cuidados: deviendo ser este el primero, y vnico de vna alma religiosa, que se à consagrado à Dios.

No ay negociante avaro, que mas estudie en sus logros, y mas estratagemas invente para acrecentar sus averes, que traças discurria su fervor, para enriquezer su alma. Consultava quanto le dictava su buen desseo con el P. Piquer: à quiẽ tomò por su director, luego q̃ vino à vivir à Tortosa: y à quiẽ estava totalmẽte sugeta, y con sumission rendida: de cuyo cõsejo dependia la execucion de quãto avia arbitrado. Cõ tal assistẽcia llegò à vn grado tan sublime

blime de perfecciõ,prudẽcia,y demàs prendas de govierno, q̃ à no averla llamado Dios para fundadora de la Concepcion, la huvieran sin duda alguna las Monjas de santa Clara elegido por Superiora de su Convento.

CAP. XXXIII.

VIENE POR FUNDADOra al Convento de la Concepcion, y los officios que tuvo.

AVnque era tanto el cuidado,con que viviã, las que tenia à su cargo el P.Piquer,en q̃ se ocultassen sus exercicios, y acciones; y à la sutileza de Sor Fulgencia, en buscar modos de dissimulo, nadie excedia: fuè cõ todo necessario manifestarse al Señor Obispo Cãpaña, al tiempo de hazer eleccion,de las q̃ se avian de admitir para fundadoras de su Convẽto.Ordenò el P.Piquer diessen à su Illustrissima cuenta individual de su conciencia; y à parte le informó de lo que le pareció convenir; para que se hiziesse el cabal cõcepto de las que admitia. Formóle tal de las prendas de esta religiosa, que intentó con efficacia hazerla primera Abadessa de la nueva fundacion. Y lo huviera executado,à no intervenir, sobre su virtud, la edad, y experiẽcia en el govierno de la Madre sor Beatriz: de quien diximos avia governado,y con todo acierto,el Convento de santa Clara.

En el oficio caritativo de enfermera, se allava sor Fulgẽcia al tiempo de salir à fundar la nueva casa,donde tomó el nõbre de Paula de Jesvs Maria: apellidos,que tenia escritos en su coraçon. Y ya que no la hizieron Abadessa,dispuso el Señor Obispo la nombrassen Vicaria, y Maestra de Novicias;y estos empleos fueron su ocupacion algunos años.

Aneló, y solicitó con el Señor

ñor Obispo, en que la dispensasse su primera professiõ: y en la que de nuevo aviã de hazer, la admitiesse para Monja freyla; pero nunca la dieron oìdos; antes, persistiendo en su pretencion, la huvieron de poner precepto de obediencia, ordenandola, no propusiesse tal peticion en adelante.

Era admirable su actividad, solicitud, y diligẽcia en el govierno, y en disponer las cosas, desuerte, que el corto numero de Monjas, que entonces avia, llenasse las obligaciones de sus oficios, y no se faltasse al coro, y exercicios espirituales. Para esto se aplicava à ayudar à las mas ocupadas, y mas atrasadas, en lo que les faltava, q̃ hazer.

Era muy frequente en ayudar à las de la cozina; limpiando por sus manos el pescado; fregãdo los platos, y barriẽdo estas, y otras oficinas; assistiendo indiferẽtemente à la oficiala, q̃ necessitava de ayuda: y cõ mas gusto; siẽdo el empleo humilde, y cansado.

Añadiosele nuevo trabajo: porque aviendose buelto à santa Clara las dos que cuidavan de èl torno, huvo de hazer officio de Tornera, Dispensera. A todo acudia, y de todo dava cabal satisfaccion su cuydado, amor, y zelo, que tenia grande de que las cosas de la comunidad se executassen con pũtualidad, y edificacion religiosa. Y en medio de todo este trabajo era vigilantissima en acudir al coro, y demàs obediẽcias: puntual, è indispẽsable en levãtarse à Maytines; en que le veìan con tanta atencion, devocion, y sossiego; como sino la ocupasse ningun empleo, quien tenia tanto à que acudir.

Acabados estos, se retirava à vn rinconcito de èl coro, allî se estava, ya arrodillada, ya postrada en tierra en profũda oracion. Allî la allavã las religiosas à las cinco de la mañana;

quando acudia la comunidad à tener la ora, que todas tienẽ:y con todas proseguia, hasta que su obligacion la llamava à las ocupaciones de sus oficios.

Fuè singular su providencia en el manejo de la hazienda;y mucha su comprehension, assi en la advertencia, y cuidado de lo que se avia de proveher el Convento: como en llevar las cuẽtas, en que era diestrissima, y muy intelligente:de manera, que la Madre Beatriz le dexò de èl todo el cuidado de lo tẽporal;y lo supo repartir desuerte, que con la poca renta, que tenian (era mucha la que perdieron en la entrada de èl Frãcès en Tortosa, como veremos) sustentò la casa, y empleó despues cantidades en levantar vn nuevo transito doble, y en el algunas celdas, de las mejores, que oy tienen en la clausura.

Diez y siete años viviò en el oficio de Vicaria. Aviendo dado cabalissima satisfaccion de este, y los demàs empleos;y allãdose la Madre Beatriz muy descaecida en la salud, de las continuas enfermedades, y vivos dolores, que la afligiã: pocos messes antes, que muriesse, eligiò toda la comunidad, que ya entonces constava de 24. religiosas, à la M. Vicaria con comun consentimiento, por su Abadessa.

CAP. XXXIV.

HAZENLA ABADESSA, Y como se portò en este oficio.

EN el nuevo cargo mudò de costumbres; y assi como à otras los goviernos engrien; y dexadas llevar de la autoridad, y mando, se hazen absolutas: à la Madre sor Paula mudò su nueva eleccion en mas humilde, y rendida à todas: cuidadosa de su descanso, y ansiosa de su cõsuelo. Quantas vezes descargò sobre sus desnudas espaldas vna lluvia de açotes: recibiendo en su persona el castigo,

tigo, que merecian agenos defectos; y quantas tomó otras penitencias, que segun su regla devia imponer; para aliviar la culpada: consiguiendo por este camino, la correccion de la subdita? Llevavala los ojos la que veía mas observãte, alentava à la que menos; y siendo para todas muy vna, y muy igual; solo se llevava las mejoras (si las avia) la que veìa mas puntual, mas mortificada, y cuidadosa de cumplir con sus obligaciones.

Tuvo vn coraçon magnanimo, generoso, y nada estrecho con sus subditas. No perdonava gasto para su consuelo. Era ya estratagema de las que cuidavan de la enfermeria, para tener buen despacho, y salir biẽ provehidas, acudir à la dispensa à buscar postres para las dolientes: quando sabian estava por allî la Madre, que era muy frequente. A ella embestian, y era gusto verla hechar mano de lo mas precioso, y de màs regalo, y darlo con franqueza, y liberalidad. Sucedia, que el zelo de guardar, compañero inseparable de dispenseros, queria representar à vezes la falta, que esta sobra ocasionaria para otras. A que respõdia con gracia: quitese miserable: para q̃ tẽgo yo esto, sino para las siervas de Dios? arto se mortificã sanas, deles quanto necessiten enfermas, y en faltando acuda à mi, y fie de Dios, que nos provehera.

Llevóla Dios algun tiempo por el camino tempestuoso de desamparos, sequedades, y tẽtaciones. Pero en medio de ellas, rara su conformidad, y constante su teson, nunca diò lugar à que en lo exterior, siẽpre vno, se conociessen sus interiores batallas, y desconsuelos. Supose algo por lo que llena de humildad, y compassion decia à las que afligidas con semejantes pruevas, conocia tener

ner

ner nececidad de alivio. A estas hablava con amor; alentava con cariño; y para su mayor consuelo, y conformidad, ella le descubria sus faltas, y desamparos: con que remediò muchas veces los agenos.

Ya era sabido, que no teniẽdo otra ocupacion, la allarian en la cozina en talle de oficiala de aquel empleo, con la sarten, el estropajo, olla, escova en la mano, y tal vez con el cuchillo escatando el pescado. Allî recibia las religiosas, y dava los ordenes, y licẽcias, que la pedian, y desde allî governava con admirable direccion su Convento.

La cõfiança en la divina providencia se conociò en varias ocasiones. Apeteciò estãdo enferma, y con notable inapetencia, cierta cosa de comida, que no avia en casa; y pareciendole regalo, pidiò licencia à su confessor para enbiarla à pedir fuera. Negósela diziendo; se dexasse en manos de la divina providencia, que la daria apetito para comer lo que avia en casa, ò la proveheria de lo que huviera menester. Assi lo hizo, quedando con mucha tranquilidad de animo; y à poco rato moviò Dios algunas personas devotas, que embiaron de limosna varios regalos, y entre otros, el que desseava, con que tuvo socorro su necessidad.

En otra ocasion faltò el dinero, y se allava sin tener con que comprar de comer el dia siguiente. Viendo las religiosas à su Prelada cuidadosa, aunque no desconfiada, le pidierõ que las dexasse trabajar aquella noche, y à la mañana acabarian vna labor, que tendria prompto despacho; para remediar su necessidad. Y viendo que avia de ser, faltando algunas à la oracion, y otras à Maytines, no lo permitiò: teniendo esta por mayor perdida, que seria de ganancia su trabajo. Mandò fuessen

sen à su oracion, y lo encomendassen à N. Señor. Obedecierõ las Monjas, y à la mañana les trajeron sin diligencia alguna, vna suma mayor de lo q̃ podria aver ganado su trabajo. No ay memoria si fuè limosna, ò cobrança: pero tuvo de esta suerte remedio su necessidad.

Conservó toda su vida vn olvido total de sus parientes: no acordandose de ellos sino para encomendarlos à Dios. Siendo Abadessa, vino al torno vna parienta suya muy pobre: que no todas las ramas de vn arbol participan igualmente el jugo de la tierra; chupan vnas todo el humor, y quedan otras aridas, y con menos substancia. Pidióle con llanto la socorriesse, representandole vivamẽte su pobreza. Le respondió: que ella tambien era vna pobre Monja, y no tenia que darle: que lo que administrava no era suyo, sino de las siervas de Dios, à quien no podia defraudar: teniendo ella solo el cuidado, y obligacion de dispensarlo entre las religiosas, à quiẽ aria falta; por ser tanbien pobres menesterosas, que se veían precissadas à trabajar para alimentarse.

Advirtieron las torneras el desconsuelo, con que la despidiò, sin darle nada; y llenas de vna santa edificacion, se le arrodillaron à sus pies, y con ellas otras de las que supieron el caso, pidiendola con importunacion, remediasse aquella pobre. Escusavase con dezir: podia acudir à otros deudos, à quien sobrava mas, que no à ella, que no tenia nada, y estava escrupulosa en defraudar su comunidad: y mas en cosa de parientes, de que deve estar vna religiósa muy olvidada. Instaronla les concediesse aquella licencia, que concedia para remediar personas de aquella esfera, que no le tocavan nada, que ellas arian lo que en estos lan-

çes

çes hazian con otras eſtrañas, que no conocian. Eſta ſola cõcedió, y las Monjas arbitraron lo que, ſin ſalir de la facultad, que tenian, pudieron, para embiarla con algun conſuelo.

De los continuos trabajos, y canſada edad ſe le quebrantò la ſalud; de ſuerte, que los mas de los años le aſaltava vna, ù otra enfermedad, que la llevava à lo vltimo de la vida.

Era todo ſu tormento verſe privada de comulgar con frequencia. Vn año le diò tal genero de dolencia, que cada viernes amanecia peligroſiſſima; davanle la comunion; con que ſe conſolava ſu eſpiritu, y mejorava en la ſalud.

Tomóle con mas vehemencia el accidente vn dia de la Concepcion de N. Señora, y le dieron la ſanta vncion. Pero, mejorãdoſe, ſe afligió mucho, ya por parecerle deſgracia no aver muerto en tan ſeñalado dia, y tan de ſu devocion; ya llorando con David el que ſe prolongaſſe ſu deſtierro, y ſe dilataſſe el tiẽpo de gozar de Dios; por aver vivido ſiempre con vivas anſias, y deſſeos de que llegaſſe el dia, en que deſpojada de la peſadumbre material del cuerpo; ſegura de no perder la divina gracia, lograſſe la preſencia de ſu amado en ſu compañia.

Quiſo Dios moſtrar, la guardava para mejor ocaſiõ, y mas de ſu conſuelo; porque aviendo ſido devotiſſima de la paſſion de èl Señor, quiſo, que en Viernes à las tres de la tarde, dia de la glorioſa aſſumpcion de la Santiſſima Virgen Maria, de èl año de 1670. rindieſſe ſu eſpiritu al criador, à los 62. años de ſu edad; de los quales viviò 15. en el Convento de ſanta Clara, y 26. en el de la Concepcion, donde fuè Vicaria 17. años, y nueve Abadeſſa.

Quedò toda aquella devota comunidad con ſuma aflicciõ, y deſam-

y desamparo; duròles muchos dias la pena, sin allar alivio; porque, faltando la Madre Beatriz, tenian el consuelo de su dolor, sabiendo les quedava esta insigne Matrona. Pero en su muerte no les pareciò facil encōtrar quien llenase tan grā vacio; y sobre carecer de aquel espejo, en quien como en dechado de perfeccion se miravā sus subditas, era lo mas sensible faltarles el consuelo, y alivio, que en sus maternales entrañas allavan las religiosas en sus mayores oflicciones; y no poco la expedicion, y destreza en el manejo de èl govierno de lo temporal, que adelantò mucho, y dexò muy mejorado.

Sintiòse mucho su muerte en la Ciudad, donde era venerada como santa, desseando todos allar negocio, que pudiera ser motivo de tratarla; porque era afabilissima, discreta, y sus palabras encendian en devocion los affectos de los que las oían. Nadie la tratò, que no saliesse edificado de su conversacion, y religioso modo, y con desseos de bolverla à hablar.

Entre otros, diò muestras de su sentimiento el Hermano Martin Ruiz, de la tercera orden de N.P.S. Francisco, hombre de mucha suposicion, autoridad, y credito: Cirujano el mas diestro, q̄ conociò en muchos años Tortosa; y en sentir de los Medicos mas peritos, el mas intelligēte, assi en lo practico, como en lo Theorico, q̄ se allava en este Principado; Varon espiritual, y devoto, y que à dexado muchos exemplos de vna vida mas religiosa, que secular en los exercicios de caridad, oracion, penitencia, y otras virtudes, de que avia mucho que dezir.

Este pues tan abonado, como seguro testigo, con ocasion de ser cirujano de èl Convento, tratò mucho, y assistiò à esta santa religiosa, y asseguró: con-

seguia su alma muchos logros espirituales en su conversaciõ: que dilatava quanto podia, por no privarse de èl fruto, que experimẽtava. Y que no avia tratado muger, en quien se allasse mas bien copiado aquel espiritu encendido, fervoroso, activo, y devoto de la santa Madre Theresa de Jesvs, cuyos libros tenia muy bien leìdos, que en la Madre Paula. Y, ofreciẽdose vna vez sacarla vna muela, luego que la tuvo en la mano, la llegò à sus labios, y guardò; venerando en cierto modo aquel huesso, como preciosa reliquia. Otros muchos dieron testimonio de èl concepto grãde, que en lo poco, que podian averla tratado, avian hecho de su persona: de que aun quedan vivas memorias en los que la conocieron, y trataron, y mas fixas en las religiosas, que la tuvieron por Prelada, logrando los influxos de su prudencia, y govierno.

CAP. XXXV.

VIDA DE SOR ANTONIA de èl Niño Iesvs.

Llamòse esta devota religiosa en el Convento de santa Clara, Febronia Marco. Fuè natural de Tortosa, y hija de Padres muy hõrados, y assistidos de bienes de fortuna. Tuvo por nombre su Padre Jacinto Marco, y Marcela Bosc su Madre, vezinos los dos de esta Ciudad; acreditados por su sangre, prendas personales, y no menos por su virtud. Ofrecieron estos dos devotos casados cõsagrar à nuestro Señor el primer fruto de su Matrimonio. Naciòles esta hija en vna casa, que oy es templo dedicado al glorioso martyr S. Blas, y Convento de Religiosos de la Santissima Trinidad, Redẽcion de cautivos, q̃ era de sus Padres. Admitieronla como venida de èl cielo, y como primicia, que tenian consagrada à Dios.

Ya en sus niñezes diò muestras

tras de lo mucho, q̃ avia de sobresalir en sus mayores años. Criaronla con recogimiento, educacion, y temor de Dios, à fin de consagrarla al estado religioso, à que la aviã ofrecido. Consolavales mucho verla tan aplicada à las cosas de virtud, y el sossiego, quietud, y modestia, con que, siendo tan de poca edad, estava en el templo, y en los exercicios de devociõ: siẽdo sus juegos no otros, que cõvocar las niñas de èl vezindado, y hazer altares, y processiones, imitando las acciones, y ceremonias que veía en la Iglesia, à que estava muy atenta para aprenderlas.

Era ya entonces muy compassiva con los pobres; davales el pan, que llevava en la mano de su almuerço, ó merienda; y vna vez se quitó la basquiña, que llevava, y se la dió à vna pobre, q̃ iba muy desarropada. Riñóla su Madre, que observava con admiraciõ estas, y otras acciones de su hija; pareciendole ser mas advertidas, que lo, que podia su tierna infancia aprehender.

Creciò con los años su aplicacion à la virtud: y llegando à los 14. les pareció à sus Padres ser tiempo de proponerla sus intentos; à fin de que deliberasse con acuerdo. Llamarõla à sus solas, y la representaron con ternura ser prenda de su cariño, y hija de sus deseos, y que les tenian grandes de que permaneciesse en su casa, y cõpañia. Pero, que les era forçoso significarla, avia nacido ofrecida à Dios; y que quanto era de su parte no se la podian quitar; que solo dependia la execuciõ de este proposito, y oferta, de su voluntad, la qual no avian de violentar, ni constreñir, à tomar estado, que no fuesse muy à su gusto, y menos conforme al dictamen de su inclinacion.

Muy consolada se alló la devota donzella con esta noticia;

y entre lagrimas de ternura les dixo, que no era razon quitar à Dios lo que era ſuyo, y que, ſi de ſu voluntad dependia, deſde luego ſe ofrecia à ſu divina Mageſtad muy de coraçon: y que trataſſen de ponerla en aquel eſtado, en que ſe cumplieſſe ſu promeſſa. Inclinóſe al Convẽto de ſanta Clara, donde tenia vna prima, llamada Sor Felipa Figuerola, y Boſc, religioſa de de notabiliſſima ingenuidad, y rara ſencillez, que muriò con gran opinion de virtud, y nombre de ſantidad.

Dieronla algunos dias de tiempo; en que, con mas madurez, y conſideracion ſe reſolvieſſe; y allandola ſiempre cõſtante, agenciaron ſu ingreſſo, y llevaron al Convento de la Madre ſanta Clara, donde la dedicaron al ſervicio de nueſtro Señor en cumplimiento de ſu oferta. Fuè ſu entrada por el mes de Setiembre de èl año de 1633. Moſtrò quan de ſu voluntad ſe ofrecia à Dios, en el conſuelo, que expreſsò, ſentia ſu alma, y no menor el de ſus Padres, aunque ſentiã deshazerſe de aquella prenda, que era el obiecto de ſu cariño, y en quiẽ deſcubrian ſingulares dotes de ingenio, y expedicion para el govierno de ſu caſa. Pero como tan temeroſos de Dios, poſpuſieron todas ſus conveniencias, y eſperanças à lo que era de èl divino ſervicio, y cumplimiento de ſu obligacion.

Encontró por Maeſtra en ſu Noviciado à la V. Madre ſor Beatriz de la Concepcion, que muriò, como dixe, aviendo ſido muchos años Abadeſſa de eſte Convẽto; cuias ſantas inſtrucciones la adelantarõ en la virtud: ingiriendo en ſu alma los fervores de aquel elevado eſpiritu. Era muy modeſta, devota, penitente, y mortificada; muy dada al exercicio de la oracion, y de la preſencia de Dios: à cuyos ojos conſiderava

execu-

executar todas sus acciones; para hazerlas de èl todo perfectas.

Admitia tan de buena gana las correcciones, y avisos de su Maestra, y las estimò tāto, que, cōcibiendo la haria mucha falta aquella assistēcia, concluido el noviciado, la pidiò con instancias, no la dexasse aunque fuera professa, que ella se sugetaria voluntaria à su direcciō; que la riñesse, amonestasse, y castigasse, si la veìa faltar à sus obligaciones, ò no seguir sus consejos, y avisos, como si le fuera Novicia. Cōcluyò su probacion, y professó en el Setiēbre de 1635. aviendosele dilatado algun tiēpo la Profession, por la desgracia, que sucedió à su buen Padre, que aviēdo ido à bañarse vna noche de èl verano al Ebro: lè arrebató la corriēte, y sumergió en las aguas: trabajo, que llevó la fervorosa Novicia con grande pena; pero con resignacion, afiançada en que la buena disposicion, y aparejo de virtudes, con que siempre vivió su Padre, no le avia cogido desprevenido para aquel trançe, tan de temor en los que no viven tan ajustados, y dispuestos.

Aviendo hecho su Professiō solemne, y salido de su noviciado; prosiguió en poner en practica las instrucciones, y advertencias de su Maestra; viviēdo tan sugeta à sus ordenes como si le fuera Novicia. Admitia con agradecimiento sus avisos; oìa cō humildad sus reprehensiones; y executava las penitēcias, que por sus descuidos la imponia, q̃ no eran pocas: porque viendo la diligente Maestra la apta disposiciō, y bondad de aquella tierra; no dexava de labrarla, y sembrar en ella la semilla de la virtud; con cierta esperança de coger colmados frutos de perfecciō. Con este cuidado, fuè admirable el exēplo que dió; haziēdo

vna

vna vida mas angelica, que humana: de que davã teſtimonio quantas conocian ſu agrado, rendimiento, humildad, obſervancia, y otras virtudes, en que ſe eſmeró.

Como diez años eſtuvo en ſanta Clara; porque ſabiẽdo ſe tratava ſalieſſen algunas à fundar vn nuevo Convento recoleto, la que vivió ſiempre tan amiga de èl retiro, y recoleccion, ſolicitó con todo cuidado buſcar medio de ſer vna de las eſcogidas; ofreciendoſe cõ veras para el empleo, y eſtado, que la quiſieſſen admitir. Supo, que ſu Maeſtra la Madre Beatriz eſtava ya deſtinada para eſta fundacion. Luego acudió; y con ardientes ſuſpiros, y frequentes lagrimas la rogó, no la dexaſſe; y que ſi la tibieza, y flojedad en que haſta allî avia vivido, le era eſtorvo, que ella ofrecia de nuevo mejorarſe, y cuidar con mas afan, y vigilancia aprovecharſe de ſus documentos.

Valióſe de eſta ocaſion la prudente Maeſtra, que deſſeava llevarſe cõſigo la dicipula, de quien tenia gran concepto; pero no queria ſer la primera en deſcubrir ſus intentos. Mas quando la vió tan deſeoſſa, diſſimuló quanto pudo la alegria, y gozo interior, q̃ llenó ſu coraçon, viendo el logro de ſus deſſeos. Y con ſeveridad la dixo, con pocas, y bien ponderadas palabras: que, como propuſieſſe ſer muy otra, y mejor, que haſta entonces, no la dexaria de ſu lado, y ſe interpondria con el Señor Obiſpo, para que la admitieſſe.

Mandóla eſcrivir à ſu Illuſtriſſima; no porque fueſſe neceſſario, ſino para leer en la carta, mas que las letras, el eſpiritu, y mocion interior, que governava la pluma. Expreſsó de tal ſuerte ſu vocacion, y cõ tan vivos ſentimientos ſus anſias,

que

que no dudò ser de Dios aquel llamamiẽto. Embióse el escrito al Prelado; y su Illustrissima se vió desde luego inclinado à admitirla, y solo lo dilató, para consultar à las fundadoras: de quien informado, dió su beneplacito, admitiendola para compañera de las que saliessen à la nueva fundacion.

Muy contenta se allava sor Febronia cõ verse escogida para Monja recoleta: y espoleada de su desseo; con temor de que su imperfecta vida, (assi la juzgava: tal conocimiento ingiere la humildad en el coraçon de quien la adquiere) no agẽciasse la exclusion de lo hasta allí conseguido, se dió cõ mas veras à los actos de virtud, tomando nuevas liciones, y ensayandose en la vida, que avia de exercer; siendo en todo vn perfecto dechado, de quien podian sacar exemplar de religiosa perfeccion.

Bajó pues al nuevo Convẽto, siendo de edad de 24. años. Aqui tomó el apellido de Antonia de èl niño Jesvs, à quien fuè tiernamente devota; trayẽdo su dulcissimo nombre con permanẽcia en la boca, la q̃ lo tenia estampado en el corazõ. Encomendaronla el oficio de Sacristana, en que trabajò con incansable fatiga, adornando cõ singular asseo, y compostura las cosas de la Iglesia: trabajo, q̃ se le hazia muy ligero con la cõsideraciõ, de q̃ ponia sus manos, que tenia por indignas, en alajas, que servian al culto divino, y adorno de èl templo de su Dios. Formavale nuevas preseas de actos interiores, en que entretenia su espiritu, mientras se ocupava en el trabajo exterior.

Abraçò con gran fervor aquella vida rigorosa, y penitẽte, que hazian, luego que bajaron; sin allar cosa dificil su animosidad, ni aspera su fortaleza. Esmeróse mucho en la pacien-

cia,

cia, mortificacion, ſilencio, y deſprecio de ſi miſma; en el exercicio de la preſencia de Dios, y regular obſervancia; y viẽdo en ſu perſona vn tan cabal cumplimiento de todas ſus obligaciones, diſpuſo la obediencia emplearla en el officio de Maeſtra de Novicias, que quiſo, pero no pudo rehuſar ſu humildad.

CAP. XXXVI.

HAZENLA MAESTRA de Novicias, y como ſe portò.

EN eſte cargo procurò corregirſe à ſi la primera, y eſmerarſe en la mortificaciõ, tan neceſſaria en los que la an de enſeñar à otros. Moſtròſe muy zeloſa de las obligaciones de ſu eſtado, y de la religion. Lo primero, en que imponia à las novicias, era en la obediẽcia; refiriendolas varias excelẽcias de eſte virtud; no permitiendo replicaſſen à ſus ordenes, ſino quando la neceſſidad, ò algun grave inconveniente, que advertian, lo pedia, y entonces, cõ reſignaciõ, è indiferencia. No dava mortificacion, que no la huvieran viſto exercitar en ſu perſona. En cayendo en alguna falta, iva luego à poſtrarſe, y dezir ſu culpa à la Prelada, como lo hazen las novicias, tratãdoſe aſſi miſma cõ vltrages, terminos injurioſos, y mortificativos; con que ſe abatia ponderando ſus deſcuidos, y pidiendo penitencia de ellos.

Recibia fuertes diciplinas de mano de las novicias, à quien prevenia, no afloxaſſen, antes apretaſſen mas la mano al aìrla quexar; porque era, dezia, mas effecto del amor proprio, que de èl dolor, que la ocaſionavã. Executavãlo las que tenia tan impueſtas en obedecer: tolerando ſu delicadez eſte tormẽto, de que quedava muy maltratada, con valeroſa conſtancia. Con ſemejãtes exercicios, y tan admirables exemplos, ad-

mitian con resignaciõ, y fruto las novicias sus correcciones, y penitencias, que veían antes executar, con tanto fervor à su Maestra.

Quando les tenia ordenaciones, en q̃ suelen emmendar à las culpadas, y prevenir los defectos, colocava en la silla vna Imagẽ de la Virgen, y ella se sentava à sus pies, diziendo; que aquella era la Maestra de aquel noviciado, à quiẽ todas avian de obedecer, y que mandava cumpliessen todas con las reglas, y constituciones: en que le harian el mayor servicio.

De su rara mortificaciõ avia mucho q̃ dezir, porque en todo el estilo de su vida, y acciones era continua. Trabajó mucho para vencer la passion de èl sueño, ocasionada de vna enfermedad habitual, que la afligia. Tenia prevenida à la que dispertava à Maytines, alçasse la voz para dispertarla, y la tratasse con terminos asperos, y injuriosos, que merecia su descuido, como dormillona, perezosa, llena de amor proprio, tibia, y descuidada, oyendolo cõ regozijo de su espiritu, verdaderamente humilde. Por esto solia dormir à vezes assentada sobre la cama; otras sobre las tablas desnudas, y otras en postura de pena, y dolor, sin dexar medio de aspereza, que no tomasse para vencerse.

Llevava en la boca algun grano de acibar para mortificar el gusto. Poniase en los pies menudas chinas, que le sirviessen de pena, y refrenassen sus passos al andar. Quando llevava alguna vela encendida, de que tuvo muchas ocasiones quãdo era Sacristana, la inclinava azia el braço desnudo, para que cayendo las gotas derretidas, y abrasando sobre sus carnes, la atormentassen cõ tan vivo sentimiento; lo qual vsava mas vezes de las que la oportunidad la convidava, lle-

vãdo los braços llenos de ronchas, que le ocaſionava aquel ardor.

Quando comia,ò cenava, à mas de aver exercitado alguna penitencia de las que vſan en eſtos actos las religioſas,eſtava con vn pie en alto, para ocaſionar eſta pena à ſu delicado cuerpo, à quien nunca diò quartel, mirandole como à cruel enemigo de ſu alma, caſtigandole quanto pudo, para que no privaſſe,con ſus paſſiones,la libertad de ſu eſpiritu.

Faltò la Ropera,y ſiẽdo oficio de tãta Charidad,y trabajo, le pidiò para ſi, y para ſus novicias; à quien quiſo enſeñar deſde luego, que ſe dedicaſſen à tales acupaciones. Las fieſtas acudia con ellas à la cozina à fregar los platos, y ella hechava mano de lo mas ſucio,y ahumado, como: ollas, caçuelas, y otras alajas mas coſtoſas de limpiar; y no las dexava, por mas que las novicias ſe las quiſieſſen arrebatar de las manos; vſando entõces de ſu ſuperioridad,en mandar à las q̃ la importunavan,hazer eſto,ò aquello, en que aviendo de obedecer, era forçoſo dexarla proſeguir.

Fuè eſtratagema de ſu devocion,è inventiva de ſu zelo cõvenir cõ las Monjas,que al encontrarſe por caſa ſe deven ſaludar con religioſa vrbanidad, inclinando la cabeça, ſe acordaſſen entonces, vna à otra, actuar el exercicio de la preſencia de Dios. Y para que eſto ſe hizieſſe ſin quiebra de èl ſilencio, q̃ les impone ſu regla, diò en el medio de poner la mano en la Venera, que llevan en el pecho,para que eſta accion les ſirvieſſe de aviſo de continuar, ò bolverſe à ſu exercicio, ſi las ocupaciones externas las aviã ſacado de èl. Tenia particular gracia en contar los exẽplos,q̃ avia oìdo, ò leìdo;y entretenia mucho el tiempo de èl recreo

en

en referirlos. Y en fin quanto esta devota religiosa obrava, todo era virtud, observancia, y perfeccion.

Assaltóle la enfermedad ocasionada de vna debilitaciõ de estomago, con vna vehemente tos, cuya fuerza la hizo arrojar sangre por la boca. Encendiòsele calẽtura, que los medicamentos pudieron tẽplar, pero no quitar de èl todo. Continuò assi por onze messes, que la tuvo en cama, en el qual tiẽpo fuè mucha su paciencia; sufriendo amàs de la molestia de tan larga enfermedad, el dolor de vna llaga, que se le abrió en vn costado, de la continuacion de estar hechada.

Allî procurava cumplir, en quanto podia, cõ las reglas de su instituto. Al tocar à oracion, assi por la mañana, como por la tarde, pedia à la enfermera la diesse agua bendita, para hazer tambien la ora, al tiempo que las demàs. Tenia sus ratos de silencio, en que se empleava en hablar con su Dios; haziendole tiernos coloquios, y ofreciẽdose con resignacion à su volũtad. Jamàs se quexò, si no se le acudia con tiempo à aplicar los medicamẽtos, ò si la dexavan por descuido, ò por acudir à otras, creyendo de si, era la que menos devia ser assistida en casa.

En los vltimos dias de su vida oyò vna voz, que con distinccion, y claridad le resonò al oído, diziendo: Vado, y ella sin asustarse prosiguiò: à la casa de mi Padre, y de mi esposo. Con esto conociò, se le acercava la ora de su partida. Hizo vna confessiõ general de toda su vida con muchas lagrimas, y grandes demostraciones de dolor de sus pecados, quiẽ avia vivido con tanto exemplo, y tã libre de ocasiones. Recibiò los santos sacramẽtos con mucho acuerdo, y devocion. Allòse en el tranze de su agonia con mu-

cho sossiego de espiritu, y quietud de su conciencia; haziẽdo heroycos actos de excelentes virtudes, que tenia biẽ estudiados en el discurso de su vida. Apretavale de quando en quãdo el ahogo de èl coraçon: preguntava entõces à su confessor si seria el vltimo; y diziendole, que no, se quedava con el mesmo sossiego. Con este mesmo, como quiẽ reclina el cuerpo à tomar el descanso de èl sueño, cerrò sus ojos, q̃ pocas vezes llevó abiertos su modestia, y entregó el espiritu à Dios Miercoles à 4. de Março de 1654. siendo de edad de 34. años, de los quales passó 14. en el siglo, 10. en el Convento de santa Clara, y otros 10. en el de la Cõcepcion, dõde fuè tres años Sacristana, y seis Maestra de novicias: y el vltimo año passò por su enfermedad en la cama.

Causó tal dolor su temprana muerte en toda la comunidad, que, siendo quaresma, en que no tienen de noche recreo las religiosas, se les ordenò se juntassen al puesto de divertirse, para aliviar cõ esto la pena, q̃ les ocasionó. Quedó su rostro hermoso, tan tratable su cuerpo, y tan transparentes sus pies, que los seculares, que le vierõ en el feretro, llegaron à persuadirse se los avian pintado, no pareciẽdoles possible tal transparẽcia, y blãcura en vn cuerpo difunto. Ni avia quien les apartasse de este opinion.

Desengañóles en parte vn olor suavissimo, y deleytoso, q̃ exaló su cuerpo, de que se llenò la grada donde estuvo expuesta, hasta que la enterraron, q̃ por si mesmo publicava no ser de la tierra, y le percibierõ quantos se assomaron à la ventana de la rexa: y aun despues se conservò muchos dias, en q̃ bajaron las religiosas à hazer labor à la pieza, para gozar de aquella celestial fragancia, que

les

les embevia los sentidos, y excitava las potencias en alabanças de Dios.

El mesmo año, que murió, sucedió à vna religiosa, que sor Antonia avia criado entre las novicias de aquel tiempo, que afligida de vn rezio dolor de muelas, rebelde su intensiō à tres sangrias, y otros medicamentos, proseguia su vehemēcia sin conocersele alivio, ni experimentar mejora. No sabiendo à quien apellidar, ni à quiē acudir en su pena, exclamó vna noche: sor Antonia si estàis delante de Dios, apiadaos de esta vuestra dicipula, que oprimida no puedo cumplir cō los consejos, que me distes en execucion de mi obediencia. Sintiò luego le passarō vna mano por la megilla; asustóse, levantó la voz en grito; acudiò la enfermera, y no vieron cosa, sino la doliente sana, desinchado el carrillo, y sin ningun dolor: desuerte, que pudo levātarse luego sin ninguna pena.

CAP. XXXVII.

VIDA DE SOR CLARA DE la Madre de Dios.

SEguiase hablar aquî de sor Emerenciana Fuster; porq̄ aunque era la de menos años entre las que bajarō à fundar, quiso su Illustrissima se antepusiesse en el ordē de antiguedad, à dos mas ancianas en años, y professìon, que fueron: sor Rosa Piñol, que despues se llamó Clara de la Madre de Dios; y sor Leocadia Calduc, despues Maria de la Cruz: por la antelacion, que como corista tenia esta señora en el Convento de santa Clara, aviendo las dos, que è nōbrado professado allà el estado de Freylas, como è dicho.

Naciò pues sor Emerenciana en Tortosa: fuè su Padre Onofre Fuster mercader, y despues Canonigo de la S.ta Iglesia de Tortosa; Esperāça Fanеca su Madre, personas virtuosas

ſas,y acreditadas. Dióle el habito de la Madre ſanta Clara el Señor Obiſpo D. Franciſco Aguilò, ſiendo Camarero, dignidad de eſta Igleſia,y Vicario General, y Oficial de todo ſu Obiſpado, à 16. de èl mes de Junio de 1641. à los 17. años de ſu edad; y profeſsó en 26. de Noviẽbre de èl ſiguiente año. Conſiguió ſer cõpañera de las fundadoras de eſte Convento, donde ſe llamó Inès de las llagas de Chriſto. Fuè la primera correctora de coro; profeſsó cõ las demàs, que fundaron: y al preſente vive ocupada en los oficios, que le encomienda la obediencia.

La devota,y Caritativa ſierva de Dios, ſor Roſa Piñol, fuè natural de la villa de Mora, no diſtante de eſta Ciudad. Naciò por los años de 1590. llamóſe ſu Padre Jayme Piñol,y Catarina Siccart ſu Madre, labradores honrados, y virtuoſos, y quales fueron, tal hija concibieron,y criaron en el amor, y temor ſanto de Dios. Fuè ya en ſus primeras edades muy enemiga de diverſiones,y entretenimientos vulgares,y de mundo, apartãdoſe de juegos, bayles, y ſemejantes devaneos, de que no guſtava; viviendo muy contenta en el retiro de ſu caſa; ocupada en ſu aſſiſtencia, mientras ſus Padres ſe empleavan en los exercicios de èl campo, y ſu labrança.

No diò lugar à trato de caſamiento; porq̃ ſu natural modeſto,y amor al retiro la llamavan al abrigo, y recogimiento de la religion. Creciendo en edad, la llamò Dios con mas ahinco, y fuerça interior: y tal, q̃ pudo perſuadir à los ſuyos, que lo repugnavan, la dieſſen ſu beneplacito, y agenciaſſen ſu ingreſſo. Hizieronlo inſtados de ſus ruegos, y *obtenida* la acceptacion de aquella ſanta comunidad, entrò en el Cõvẽto de ſanta Clara por el mes de

de Março de 1617. siendo de edad de 27. años, donde professó por el Julio de 1618.

Otros 27. estuvo en aquella religiosa clausura, ocupada en los oficios humildes de su profession, en que diò singulares exemplos de modestia, retiro, mortificaciõ, penitencia, y humildad; conservando en su alma vna ternissima devocion à Dios, à su Sãtissima Madre, y à los santos, cuyas imagenes venerava con amor; despertando al verlas en su affecto vivissimos sentimientos de caridad. Tal fuè su vida tan exemplar, y devota, que mereciò ser admitida para cõpañera de las fundadoras de la Concepcion, dõde vino siendo de edad de 54. años; tomò por nombre: Clara de la Madre de Dios.

En esta edad cansada abraçó aquella vida rigorosa, y penitente, con mucho fervor; sin permitir se le dispẽsasse en cosa ninguna. Encargaronla la enfermeria, empleo muy conforme à su genio caritativo. Cuidava mucho de èl regalo, y assistencia de las enfermas, sirviendolas con amor, y puntualidad; acudiendo con gran sossiego, y paz interior, à quanto era de su alivio.

Estendiase su mucha charidad à las sanas: porque; viendo, que alguna se allava fatigada; por averse empleado en alguna ocupacion penosa, y de trabajo, le parecia era accidente de su inspeccion, que devia socorrer, y aliviar la enfermera: y con esso partia à pedir licẽcia à la M. Abadessa para llevarle algun regalito; y conseguida, iva à buscar lo mejor, q̃ allava en la dispẽsa; y lo admirable es, q̃ teniendo necessidad por sus muchos años, algunas vezes, de este alivio; y mandãdóle la Prelada fuesse à tomarle, nunca admitiò sino vn pedacito de pan, diziendo: que bastava para cumplir su obediencia,

diencia, y remediar su necessidad.

Dieronle despues el cuidado de èl torno, y porteria, que en tiempo de entrar tãtos oficiales, por ocasiõ de las obras, le era oficio cansadissimo, por aver de estar todo el dia à vista de los seculares, que entravan; siguiendoles donde se ofrecia ir, y con los velos tendidos sobre el rostro.

Señalòse en la penitencia, y aspereza, cõ que incessantemẽte afligia su cuerpo. Nunca, sino por grave enfermedad, se quitò la tunica de lana, ni el cilicio, que de continuo llevava. Las diciplinas eran quotidianas, dilatadas, y sangriẽtas; vsando en las festividades de su devocion, que eran muchas, de varios instrumentos, como: cadenillas de hierro, hortigas, ò rosetas

Los ayunos, frequentes, los mas à pan, y agua; y aun, quando su fatigada edad no podia llevar esta rara abstinencia, se conservò en ayunar Viernes, y Sabados, hasta q̃ sus Prelados la mandaron comer carne. Entonces viendose privada de estas, y otras mortificaciones, buscò nuevo modo su fervor, llevando en la boca axenjos, ù otra cosa, que le llevasse amargo el paladar, y desazonado el gusto.

Fuè indispensable su assistẽcia, y puntualidad al coro; y quando la mandaron, no acudiesse à Maytines, se llevò à su celda el despertador, y se levãtava à tocar la campana; quedando dispierta, para acompañar como podia, orando en su celda, à las que alabavã à Dios en el coro.

El cordialissimo amor, y afecto, que tuvo à la Virgen Madre, la detenia, sin poderla arrãcar de su presencia. Quando veía alguna imagen, fixava sus ojos con tal ahinco, que parecia querer saltar por ellos el al-

ma con ſus affectos. La octava de la aſſumpcion, que colocan eſtas ſeñoras vna Imagen de la Virgen en el coro, en talle de diffunta, era la feria de ſu devocion. Deſocupavaſe quãto podia, y ſolo la preciſſa obligaciõ de obediẽcia la podia ſacar de èl lado de aquel piadoſo feretro. Allî ſe eſtava como en ſu gloria, recreãdo ſu eſpiritu en la meditacion de las excelencias, y myſterios, que aquellos dias celebra la Igleſia de la ſantiſſima Virgen.

Tuvo ſingular devocion à S. Juan Evãgeliſta; por lo que ſe ſeñalò en la pureza; virtud en que ſe eſmeró mucho, y procurò imitar Sor Clara, viviendo como vn Angel en la tierra. Encomendaron à ſu cuidado, para que la inſtruyeſſe en eſpiritu, à vna niña, q̃ de muy tierna edad puſieron ſus padres en el Convento, para que los primeros paſſos los dieſſe en la caſa de la Virgen. A eſta inſtruyó, y enſeñó con notable aplicacion, y cariño.

Advirtió la dicipula, que ſu devota Maeſtra paſſava las noches en oracion. Exortavala ſe acoſtaſſe, y como le inſtaſſe cõ importunacion, la reſpõdia: calla hija, q̃ el demonio no duerme, y es forçoſo velar, y orar para que la Virgen no me deſampare, q̃ è meneſter mucho ſu ayuda. Otra vez la dixo: duerme hija, y ſoſſiega, que yo eſtoy rogãdo por ti, que el enemigo te azecha tentando por donde podrà aſſirte para perderte: Fia en la Virgen, y vive con cuidado.

Con eſta guerra, que hazia al demonio cõ ſu fervoroſa oracion, rabioſo, y ſañudo, la afligió vna noche el infernal dragon, amenaçando, que à la ora de la muerte ſe verian, y entõces lo pagaria todo. Atemorizoſe la ſierva de Dios; pero en ſus temores, era ſu refugio ponerſe à la ſombra, y protecciõ

de la Virgen ſantiſſima, de èl Archangel S. Miguel, y S. Juan Evangeliſta, cõ vna cierta confiança en Dios, en que ſe aſſegurava, como en firme anchora, de ſu defenſa.

A ſus muchas virtudes añadió vn tierno affecto à los dolores, y vltrages de la paſſiõ de Christo, que meditava con ternura, y devoto affecto: Al Santiſſimo Sacramento de la Euchariſtia; ſin omitir ocaſiõ de llegarſe à aquella divina meſa, ni perder comuniõ alguna: Al dulce nombre de Jesvs, que tenia muy frequente en la boca, y eſtampado en lo intimo de ſu alma: A las almas de purgatorio; por quiẽ rogava, y ofrecia muchas obras de penitencia.

Llegóſe el termino de ſu vida; previno Dios ſu muerte, haziendo oyeſſe vna muſica celeſtial, de tres bien templados inſtrumentos, al tiempo, que oia miſſa, que diſtinguió con individuacion. Averiguó, no la avia oìdo otra de las muchas, que allî ſe allavan, y lo hecharon à ſueño. Pero la que ſabia quan de cierto era, y quan diſpierta ſe avia allado, y quã advertida, y cõſolada, y los affectos admirables, que avia ocaſionado en ſu alma, conoció ſer aviſo, que la llamava à diſponerſe.

Dióle luego la enfermedad de dolor de coſtado; y aunque, por aver paſſado otros, no dió ſobrado cuidado à las religioſas: ella pudo aſſegurar ſeria el vltimo accidẽte de ſu vida. Eſtando ya en la cama, oyó à ſu cabezera ſiete diſtinctos golpes, q̃ oyeron las religioſas: de donde infirió, ſer ſiete los dias, que le quedavã en eſta mortalidad, como ſucedió. Pidió el viatico, que recibió aquel dia con grande cõſuelo, y extraordinaria devocion, exercitando diverſos actos de heroicas virtudes. Y en paga de la devociõ, q̃ tuvo al Santiſſimo Sacramẽ-

to,

to, quiso Dios se dispusiessē las cosas de suerte, que pudiesse recrear su alma comulgando todos los dias, que le duró la enfermedad, hasta el mesmo en que murió.

Poco antes llamó à su dicipula, que sentia mucho dexarla sin ser professa, y la diò saludables consejos en vn tierno razonamiento, que, por estar en èl dibujado el espiritu de esta sierva de Dios, no è querido dexar de poner aquî cō las palabras, con que la mesma dicipula lo escrivió.

Teniendola pues delāte de su cama, cō cariño, amor, y ternura le dixo: Hija de mi coraçon, ya sabes lo que te he amado en Christo, y quāto he buscado tu biē, y aunque è desseado verte cōsagrada à Dios por medio de la professsion; pero ya ves no es su divina voluntad. Yo me muero, y assi te ruego no olvides hazer oracion por mi alma, para que sea libre de las penas de èl purgatorio: Sirve à Dios cō fervor, y persevera en la santa religion: Està vigilante dia, y noche, que el demonio no dexa de armarte por todas partes lazos para perderte: no le dès oídos: armate con la santa Cruz, con la devocion à la Virgen, y à los santos. En especial te encomiendo la llaneza, y obediēcia à tus Padres espirituales: No dexes ningun exercicio de comunidad, no pareciendote la falta de esto leve: En todo procura ser la mas puntual, y observante; y en lo demàs aràs lo que mi confessor te dirà; pues sabes no te faltarà, si tu no quieres.

Diòle su bendicion, y despidiòla con mutuas lagrimas de entrambas. Tratò luego de estrecharse mas con su Dios; y preguntandole el Padre Jayme Hereter, que la assistia, y no ignorava los temores en que avia vivido, de las amenazas passadas, si hazia el enemigo de las

ſuyas? reſpondió cõ ſereno roſtro, que no; Porque aunque lo ſolicitava, le tenia atado la Virgen ſu Madre: y que ſe allava con mucho ſoſſiego. Antes de morir diò mueſtras de tener en ſu preſencia à Chriſto N. Señor en el paſſo laſtimero del Ecce homo: en paga, ſin duda, de ſu mucha devocion à la ſagrada muerte, paſſion, y dolores de èl Salvador; y cõ eſta dichoſa viſta eſpirò, ſiendo de edad de 78. años, llena de glorioſos merecimientos. Quedò ſu cuerpo tratable, y hermoſo: como en ſeñal de la gloria, que piadoſamente podemos creer eſtà logrando en el cielo, en premio, y galardon de tan ſanta vida, y eſclarecidas virtudes.

CAP. XXXVIII.

VIDA DE SOR MARIA de la Cruz.

NVnca ſe vió mas biẽ premiada la virtud; ni mas exaltada la humildad, que en la prodigioſa vida de la humilde, y devota ſierva de èl Señor ſor Maria de la Cruz: cuya relaciõ eſpero à de ſer de ſingular edificaciõ: y en quien vean las religioſas aquellos heroicos exemplos, que ſe ſuelen venerar, y admirar en illuſtres matronas, que an honrado las Religiones.

Leocadia Calduc, ſugeto de quiẽ al preſente hablamos, nació en la Villa de Chert, Reyno de Valencia, y Obiſpado de Tortoſa, por los años de 1604. Fuè ſu Padre Gaſpar Calduc, y Luiſa Ferrer ſu Madre; honrados labradores, y de linage antiguo. Poco cuidado les dió la educacion de ſu hija; porque, apenas rayó la primera luz de èl conocimiento en ſu alma à eſta bendita niña, quãdo ſe vió dulcemente atraída de èl amor à la virtud, y perfecciõ religioſa. Y aviendo oìdo los hechos admirables de èl gran Patriarcha, y Padre de tantos, y tan ſantos hijos el Serafico Franciſco,

cisco, se encendió en su devocion; alentandose à imitarle, y seguir como mejor pudiesse sus pisadas.

Pocos años tenia, quando llena de tã fervorosos desseos, resolvió buscar quien le ayudasse, y alentasse en ellos, y enseñasse como avia de poner por obra, ser verdadera esposa de Jesuchristo, y hija de la Madre santa Clara. Para esto tomó por medio irse à la villa de la Jana; distante vna legua de Chert, donde ay vn edificativo Convento de Religiosos descalços del P. S. Francisco.

Aquî encontró con vn religioso grave, docto, y espiritual, que la admitió cõ agrado, benignidad, y affecto de verdadero Padre. Confessóse, comunicó sus impulsos, diòle cuenta de sus intentos, que alentó mucho el santo religioso, dandole buenas esperanzas, y las instrucciones convenientes; y la primera: que hiziesse cuẽta era religiosa, pues lo era en los desseos, y tenia ofrecida à Dios su voluntad; y que desde luego se esmerasse en la obediencia; tã necessaria al que vive en religion; dandola à sus Padres; obedeciendoles como si le fuessen Prelados.

Impusola cõ el modo de tener oracion mental: fundamẽto solido del espiritual edificio; y en todos aquellos santos costumbres, que, viviẽdo en el siglo, podia imitar de las religiosas, y ella abraçó fervorosa, como: los ayunos de cada semana, las dos quaresmas de la religion, que ayunava con toda exaccion. Iva siempre descalça; sino quando acudia à la Iglesia, que era su vnica salida; retirada lo demàs de el tiempo en su casa, ocupada en orar, y en empleos domesticos.

Era continuo llevar sobre sus carnes vn cilicio. Tomava tres vezes à la semana rigorosas diciplinas, sin otras penitẽ-

cias,

cias,que exercitava à sus solas: Todo con direcciõ de su Confessor; de cuyo orden no salia vn punto.

Aguardava con desseo los dias de fiesta, y en estos se levantava de mañana, y cõ bendiciõ de sus Padres,que no ignoravã los empleos de su hija: venerando en tan verdes años, tan maduros fervores, se iva à la Jana con los pies descalços por camino largo, escabroço, y sembrado de zarçales, que erian,y ensangrẽtavan sus pies, regozijando igualmente su espiritu ansioso de padecer: Sin que la apartassen lluvias,ni detuviessen nieves; ardores de èl sol en el verano, ni rigidas escarchas de èl invierno. Al entrar en la villa,se calçava,y cõponia, buscava su director, se confessava, dava cuenta de lo que avia executado aquella semana, tomava nuevas instrucciones, comulgava; gastando lo demàs de èl tiempo en oracion, hasta que, llena de celestiales consuelos, emprendia el camino para bolverse à su casa en la cõformidad, y con el trabajo, que avia venido; llegando à ella biẽ tarde, despues de tanta fatiga, sin averse alimentado, ni faltar por esso al ayuno, si era dia de hazerle,segun el estilo, que llevava, en los que hazia de religiosa.

Tal fuè la vida de esta piadosa dõzella desde sus primeros años,que prosiguiò invencible su cõstancia: afligida solamente de allarse sin los medios, que podian ayudar à sus designios; porque aunque sus Padres tenian,eran moderadas sus conveniẽcias;bastantes solo para passar sin mẽdiguez,no sufficientes para entresacar la cantidad, que requiere el dote de religiosa,sin que huviesse de ocasionarles alguna falta, è incomodidad,lo qual zelava mucho la piadosa hija. Vivia entretanto con esperãça en Dios;

perse-

perseverãdo en sus santos exercicios; por medio de los quales implorava el consuelo, y cumplimiento de sus desseos.

Entregóse à exercicios de charidad. No avia en el lugar afliccion, à que no se allasse à fin de aliviarla, cõ palabras llenas de dulçura, y edificacion, q̃ compungian, y alentavan: Necessidad, que no procurasse socorrer, y la socorria dependiẽdo el alivio, de su assistencia, aplicacion, y trabajos: Enfermo, que no la tuviesse con frequẽcia à su cabezera, alentandole à passar la enfermedad con paciencia, y resignacion. Todos la veneravan; conociendo los quilates de su virtud; estimavan sus visitas: buscando con ansias el logro de su assistencia, y buena compañia.

Vino en este tiẽpo por Obispo de esta Diocesi, el Eminentissimo Señor Cardenal Espinola: gran favorecedor de Pobres; y visitando su Obispado, llegò à la villa de Chert; dõde le dieron noticia de esta donzella, cuya santidad era muy notoria à todos los de aquella poblacion. Quiso hablarla, y ella acudiò al confessonario: donde aviendola examinado, le refiriò sus intentos, y su desconsuelo en la impossibilidad de conseguirlos,

No pudo negarse el devoto Prelado à tan santos impulsos; y, creyendo, que tan adelantados principios tendriã gloriosos fines, y, que vida tan exemplar, seria en el Convento vn dechado de perfecciõ religiosa, ofreciò dotarla para Monja de coro: lo qual, dixo, agenciaria en el Convento de santa Clara, luego que bolviesse à Tortosa.

Aquí hizo reparo su humildad, y le replicò, que ella desseava imitar à su P. S. Francisco de la manera, que podia: y pues el santo nũca quiso subir al estado de Sacerdote, ella se quedaria

daria gustosa en el estado de Freyla, ò Monja de obediencia. Supo representar este su desseo con tan vivas razones, que edificó nuevamente al Señor Cardenal; y por no desconsolarla, ni apartarla de aquel proposito, y vocacion, para q̃ Dios la llamava, ofreciò hazerla admitir para este humilde estado en la religion.

Muy contenta quedò nuestra Leocadia; dando repetidas gracias à Dios, que es tan fiel en los que se dedican à servirle. No se artava de alabar su altissima providencia, suplicãdole diesse feliz complemẽto à tales principios, en q̃ se mejorasse su dicha. Refirió à su confessor su buena fortuna, y tomó de èl quantas instrucciones, y documentos pudo, para el modo cõ que se avia de portar en la Religion; donde, llamada de su Prelada fuè admitida en 9. de Deziẽbre de èl año de 1625. siendo de edad de 21. años.

Entrò pues esta virtuosa dõzella con tan comun gozo de todas las religiosas, noticiosas ya de sus talentos, y virtud, que al recibirla, todas la abrieron puerta por los braços à los coraçones. Pero quien podrà explicar los Jubilos de èl suyo? Miravasse en el Convento, y no lo creìa. Allavase en la casa de su santa Madre, y aun dudava. Rebentavale el pecho de gozo al considerar su felicidad, y desseava desprenderse de aquellos agasajos con que todas la davan la bien venida, para averlas à sus solas con su Dios. Y viendose en su celda; qual navegante que saliò de las recias tormentas de èl mar, besa las arenas de la ribera, que le recibe, se arrojò à adorar el suelo; para venerarle con sus labios, y regarle con sus lagrimas.

Que ya Señor (*dezia à su Dios*) me aveys acogido à vuestra casa? Que ya estoy en la religion de mi Padre S. Francisco?

cisco? Que ya mi Madre santa Clara me tiene por hija? Que ya se me franqueò la entrada à este paraiso? O bendigante los Angeles; y hos den las gracias todos los bienaventurados; que es corto mi caudal para engrãdeceros: Y como puedo ser agradecida à este beneficio, menos, que viviendo vnicamente de amaros? Hazed Señor, que hos ame, y retorne en amor, lo que no puede mi pobreza satisfazer. Todo aquel dia, y noche, sin poder conciliar el sueño, gastò en dar gracias à su Dios, por este, que tuvo por el mayor beneficio; ni se pudierõ enjugar sus ojos: tal llanto ocasionó en su affecto el gozo de èl coraçon.

CAP. XXXIX.

VIDA FERVOROSA, QUE exercitò en el Convento.

DEsde èl primer dia se allò tan hecha à las leyes de la religion, como quien las traía tan estudiadas, y practicadas de èl siglo. Prompta en la obediencia; fervorosa en la oraciõ; modesta en el gesto; callada en su trato; agena del ocio; aplicada al trabajo; rendida à sus Prelados; respetosa à sus mayores; y obsequiosa à sus iguales. Y como arbol frondoso, y fructifero trasplantado à vergel de mejor cultivo, y mas abundantes riegos, se fecundó en admirables frutos de virtudes.

Allì; como quien comienza à vivir à Dios, renovò sus exercicios, multiplicò penitencias, aumentò sus mortificaciones, dando todo el tiempo, que le quedava à la oraciõ, y trato cõ Dios, que era mucho; porque à fin de lograrle en tan santos exercicios, le concedia su fervor diligencia, para cumplir en breve con todas las ocupaciones de su obediencia: sin que la presteza, con que las hazia, disminuyesse en nada su perfeccion.

Era muy comun en el Convento

vento llamarla: la lega corista; porque nunca faltava à las horas de èl officio; recogiendose à vn rinconcito de èl coro en profunda meditaciõ, mientras las demàs cantavã en versos de los psalmos las divinas alabãças. Concluyò su noviciado, y hizo su Profession; consagrandose con tantas veras à Dios, y con tanta ternura, y abundancia de lagrimas, que en su avenida se le anegarõ las palabras, sin poderlas exprimir. Quedò professa; haziẽdo este olocausto de si por el mes de Deziembre de 1627. ofreciendo con los quatro votos los affectos de èl coraçon.

Viendose ya cõ nueva obligacion de ser toda de su amado, se estrechò à vna vida toda espiritual, y penitente; olvidada de quanto ay en el mundo, y solo entregada al trato de su Dios, por medio de la oraciõ. Acompañavala vna continua mortificacion de sus passiones; sugetando su cuerpo, à quien tenia por cruel enemigo, para que no se levantasse contra el espiritu; tratandole con espantoso rigor, y estraña aspereza.

Ayunava lo mas de èl año; los Viernes à pan, y agua, y las quaresmas las passava enteras; comiẽdo vn poco de pan, ojas de lechugas, y cortezas de naranjas. Las diciplinas erã quotidianas; el instrumẽto; las mas vezes, cadenas de hierro, y con tal fuerça, y rigor, que rasgando las carnes, dexava regado con su sangre el lugar donde se exercitava.

Iva ceñida de vna cadena de hierro, q̃ le dava algunas bueltas por su cuerpo, sembrada de agudas puntas. Nunca buscó saynetes de sal, azeyte, vinagre, ni otro ingrediente para lisongear el gusto, que tenia puesto an agradar à su Dios. Eran singulares las traças, que buscava para mortificar los demàs sentidos; con tanto teson, y per-

y permanencia, que nunca la vieron aflojar, ni faltar à la puntualidad en sus exercicios.

Era vno de sus principales empleos rogar incessantemente por los pecadores; llorando su desvẽtura; temiẽdo su cõdenacion eterna. Sacò à muchos, por medio de sus ruegos, de los lazos de satanàs; agenciandoles auxilios efficaces para salir de èl atolladero de la culpa, y restituirse à la gracia, y amistad de Dios.

No pudo el demonio sufrir tal constancia, y tales resplandores de virtud en vna muger flaca, que en pocos años de religiosa, tenia muchos de perfecciõ. Comenzò à perturbarla, llenandola de penas, y congojas exteriores, è interiores; cõ mil representaciones, y desconfianças. Pero; como immoble roca combatida de los golpes tempestuosos de vn alborotado mar, resistia, y se burlava de sus azechanças. Viòle en figura horrorosa amenazandola, q̃ hasta la muerte no la dexaria de perseguirsella, sin perturbarse con tal vista, invocava al Archãgel S. Miguel: de quiẽ era muy devota, y le llamava: el Valenton, y poderoso contra todo el infierno, y huia luego aquella cruel fantasma.

En vna ocasion; en que fatigada de èl rigor de sus penitencias, ofrecia à Dios su trabajo por si, y por los pecadores, se le apareciò el enemigo: y con palabras alagueñas, y fingidas, le persuadia dexasse aquella vida de aspereza, y rigor, porque todo era cansarse, y macerarse en vano: que èl sabia, no se salvaria. A que; humillandose la sierva de Dios, le dixo: nunca hablaste con mas verdad, aunque eres Padre de mentira, tu lo sabes, y lo se yo muy bien, que no me salvarè; mas, salvaràme mi esposo Jesuchristo, q̃ aplicò ya por esta indigna esclava suya los meri-

tos de su sangre: à cuyos ecos, furioso, y embravecido desapareciò.

Aviale arrojado el enemigo à escōdidas en el algive lleno de agua, que tienē las Monjas de santa Clara en el jardin, vna pala grande de hierro, que las hazia mucha falta en la cozina: no pudierō dar con ella por mas diligencias, que hizieron. Cargavan las culpas contra sor Leocadia; notādola de descuidada en su officio, y menos zelosa en guardar las alajas de su obediēcia. Miētras mas se sentia su falta, mas se entonavā las vozes, y las querellas contra la inocente, à quien llenavan de injurias, que sacaran de tino à menor paciencia, que la suya. Callò con notable sufrimiēto, acogiòse à Dios, asylo de todas sus afliciones, pidiendole el remedio conveniente; no tāto por evitar sus afrentas, quāto por escusar la impaciēcia de sus compañeras. Vinole impulso de entrarse al jardin, siguiòle, y descubriò la pala, que perdiēdo su innata pesadūbre; como si fuera de ligero corcho, nadava sobre el agua de èl estanque. Tomóla, y restituyóla à su lugar, dissimulādo el puesto donde la avia encontrado.

A vida tan fervorosa, y llena de tātos merecimiētos, correspōdia con extraordinarios favores la liberal mano de Dios. No quisiera en este punto permitirle à la pluma muchas cosas de portento, y que suenan prodigio, hasta que mas averiguadas, salgan à luz con la calificacion, que merecen.

Lo que no puedo callar es, lo que fuè muy patente à muchas personas. Desseosa de mayor perfeccion, pedia à Dios la trasladasse à algun Convento recoleto. Diòle su Magestad esperanças de que cumpliria sus desseos. Con esto codiciosa de tener compañeras, movia à las que podia, exortandolas à mayor

yor estrechez, y observancia, sin perder ocasion de introducir esta platica. Diò en algunas, que recibieron estos consejos con dessazon, tratandola con desvios, y palabras sacudidas, de desprecio, y vilipēdio de su persona. Cōfundia su poca cordura la modestia con que se portava, y la alegria con que recibia estas mortificaciones, y vltrages.

Diò en otras, à quien Dios tenia escogidas con la mesma prevencion, y seguridad. Estas le sirvierō de aliento, y de descanso: Estas eran el centro de su quietud: Con estas se hermanò, y hizo vn cuerpo, viviendo en estrechissima observancia, y como si fuerā recoletas, y queda ya referido en la vida de la V. Madre Beatriz.

Manifestòle Dios, como dixe en el Cap. 7. antes que por aca huviesse la menor noticia, q̄ vendria à ser Obispo de Tortosa vn religioso Francisco, devotissimo de N. Señora, y de su purissima Concepcion, q̄ cumpliria sus desseos en la fundacion, que esperava. Y finalmēte esta sierva de Dios fuè la que por su confessor, que era el Padre Jacinto Piquer, embiò à dezir al Señor Obispo, muy segura de èl sucesso, que libraria Dios la Ciudad con hazer voto de fundar vn Convento de recoletas à su Madre Sātissima. Los effectos nos an mostrado quan ciertos fuerō sus dichos, y nos dà fundamento para juzgar aver sido singulares misericordias de Dios, que vsò con alma de tanta perfeccion, y de tanto exercicio de virtudes: q̄, donde median estas, no es extraordinario en la liberalidad divina franquear con largueza aquellas à almas, que se saben disponer à merecerlas.

Adolesciò Sabina Terròs, bien conocida en esta Ciudad, de vn grave accidente: y desauciada de los Medicos, singular-

mente

mente vno muy afamado, que se llamava Rebull, asseguró no podia dar esperança alguna de que huviesse de vivir. Despidiòse con ordē la administrassen el vltimo sacramento. Esta noticia atravesó el coraçon de sor Adriana Terros, Monja de santa Clara, tia de la enferma, que la estimava con todo cariño; y llevada de èl sentimiento, prorrumpiò en lagrimas, y lamentos. Llegòse à aconsolarla sor Leocadia, y la dixo: diesse alivio à su pena, que la asseguрava con todas veras, que su sobrina llegaria al vltimo riesgo; pero q̃, mejorando, viviria mas que ella. Años à, que muriò la religiosa; y la entonces enferma à contado el caso este mesmo año delante de muchos, y calificados testigos.

Nunca quiso venir bien, ni fuè de sentir, bajassen à fundar las tres religiosas, que se bolvieron à santa Clara. Dezianla al verla tan tenaz en este dictamen, que tenia espiritu de contradiciō. No por esso le mudò: y aunque no fuè el que siguieron, mostrò el effecto de que causa, ò noticia podia aver nacido su apinion.

Dixo muchas vezes, al tiempo de estar sitiada la Ciudad; que no temiessen el primero, y recelassen mucho el segūdo sitio de èl Francès, donde por castigo de culpas, quando mas descuidados, se verian oprimidos. De que forma sucediò, lo veremos mas adelante. Ay en este genero otras cosas, que por portentosas omito, hasta mayor averigacion: siendo mi intento; mas que referir acciones, que parecen milagrosas; calificar virtudes, en que principalmente consiste la verdadera santidad.

CAP. XXXX.

SALE CON LAS FUNDAdoras al Convento de la Concepcion, y vida que allì hizo.

En

EN este estado de perfecciõ, y religiosa vida se allava Sor Leocadia al tiempo, que se hizo eleccion de las que avian de habitar el nuevo Convẽto; y nũca se puso en duda ser vna de las escogidas: como quien avia promovido esta fundaciõ, y excitado el animo de èl Señor Obispo. Desseava proseguir en el estado humilde, que avia professado; pero la significarõ la necessidad, que por entõces avia de Monjas de coro: q̃ assi seria mas facil su admission; y por no poner en contingencia lo que tanto dessava, se dexò llevar de la voluntad de èl Prelado, que dispuso se dedicasse al coro, à que fuè puntualissima, acudiendo à Maytines, hasta que por su edad cansada la mãdaron no assistiesse; pero à las demàs oras acudiò, hasta quatro dias antes de morir, que fueron los que le durò la enfermedad.

En esta clausura estrecha se allò su alma como en su cẽtro. Treinta, y ocho años tenia quãdo saliò; y professò con las demàs à los quareinta. No es dezible el valor, y tolerancia, con q̃ llevò los trabajos de la nueva fundacion: y como si entõces entrasse à ser religiosa, cõmençò de nuevo à exercitarse en las virtudes; la que estava tan diestra, y tan exercitada en todas ellas.

Hizieronla Sacristana; luego Enfermera; despues fuè Maestra de Novicias, en que se esmerò con excelencia: sacando de su escuela adelantados espiritus en todo genero de virtud, q̃ enseñò mas con sus proprias acciones, q̃ con palabras: Que su hablar en esta materia era: exercitar lo que queria aprendiessen. Aviendo dado tan cabal cuenta en todos estos officios, dessearon emplearla en otros mayores; pero ensordeciò desuerte en sus vltimos años, que no fuè possible ocuparla

parla en otro alguno.

Mas quien podrà referir los raros exemplos de todas virtudes, que dexò? Ceñireme; para no salir de mi acostumbrada brevedad. Fuè en extremo humilde, y pobre; tomãdo para si lo mas vil, y despreciado. Nunca quiso habito nuevo. Era cõsuelo de su espiritu vestir alguno de los q̃ las otras dexavan; lo que agenciava con el ahinco, que otras vestir lo mejor. Acudia à las oficinas mas humildes, y las limpiava, y provehia de las alajas necessarias, q̃ dependian de su diligencia.

Dezia: que ella na queria sino à Jesvs pobre, y desnudo en la Cruz. Esta meditaciõ era su recreo: y mayor quando imitãdole, se veía falta de lo necessario, que jamàs pedia, si la providencia de las Preladas no se lo diligenciava. Oìanla dezir: aquî està la pobre, la inutil, el dessecho de èl mundo, el polvo de la nada, y la escoria de la tierra: y la allavan en vn rinconcito de la celda, ò postrada en el suelo, haziendo semejantes actos.

Acõpañava estos sentimientos vn conocimiento de que era inutil en aquella casa: que la tenian de balde; siendo sin fruto ni provecho: y que se comia el pan, que sustentaria à otras, que sirvirian mas à Dios, y à la religiõ. Con esto se aplicava à trabajar para ganar, como dezia, el sustento de su pobre comida. Era cabal en todo genero de labor, particularmente en bordar, y formar los ornamentos sacerdotales. Hizo vn terno, en que esculpió todos los instrumentos de la passion, pintando con la aguja lo que tenia tan vivamente estampado en su coraçon.

Dexò otros muchos adornos de curiosidad, y asseos sin perder punto, que pudiesse emplear en servir à la religion; y aun quando estava enferma, en

pudien-

pudiendo estar sentada, pedia la almoadilla, ù otro empleo en que ocuparse: con que nunca viviò ociosa. Solia dezir, como en proverbio, à las que satisfechas con estarse tiẽpo en el coro les faltava para sus obediencias, que amar, y trabajar, jũtos an de andar: que à Dios no le es menos grato, en las religiosas, el amor de èl coraçon, que la labor de las manos.

Era perfecta obediente à sus Directores, y Prelados. Ya desde niña se enseñó à no salir de èl orden, que su primer confessor la dió. Dezia: q̃ en manos de la Prelada avia Dios puesto la llave de èl merecimiento: y gustava la mãdassen para obedecer. Y no es mucho gustasse de ser mandada, la que vivia muy persuadida, que lo que dispone la Superiora, era disposicion de Dios: y como tal lo tomava, executava, y enseñava.

No avia cosa, por ardua, que fuesse, que no emprendiera, fiada en q̃ le daria fuerzas la obediẽcia. Estando enferma le dixo la M. Abadessa: oy seremos pocas en el coro, y vuessa caridad impedida (q̃ lo estava arto) nos haze arta falta. Pues Madre V. Rª (dixo) mandeme ir, que tengo por cierto, que la santa obediencia darà aliento à mi desmayo. Pues yo se lo mando en el nombre de èl Señor, dixo la Superiora: quando la subdita obediẽte con diligencia activa se levantò, fuè al coro; sin que en todo el tiempo, que en èl estuvo, le diesse pena el accidente, que la tenia en cama.

La fe, reverencia, y devociõ al Santissimo Sacramẽto fuè vivissima en esta alma, que se alimentava de recibirle, siempre que podia. No se apartava de su presencia. Para hazer labor, se venia à la puerta de èl coro; donde trabajavan las manos, y entretenia su affecto con su Dios sacramentado. En sus vltimos años, en q̃ se hizo muy

ſorda, y no oìa palabra de las que en el recreo hablavan las religioſas, donde era gracioſa, y entretenida en referir los hechos, que avia leído de los ſantos: viendoſe privada de oír, ni poder reſponder, dezia con donaire: tengo tan de zelos à mi eſpoſo, que no quiere, que hable ni trate con otro, ſino cō el. Ivaſe deſde luego al pueſto, dōde ſe eſtava en preſencia de èl ſagrario: allî era ſu recreo: allî ſe oían, y reſpondian los dos amantes, y aquel Dios recreava el alma de ſu ſierva con ſoberanos conſuelos: allî eſtava de atalaya: y ſi paſſava alguna religioſa ſin poſtrarſe, y hazer profundo acatamiento con toda reverēcia, ſe levantava llena de zelo à corregirla, diziendola: tenia muerta la fe, y q̄ ſi lo aria de aquella ſuerte, ſi eſtuviera delante del Rey del ſuelo? Ponderavalo con tal eſpiritu, y affecto nacido de ſu tierna devocion, que compungia, y las llenava de fe, y reverencia à tan alto Señor.

Deſconſolavaſe mucho, quā do acercandoſe al rallo de èl coro, à tiempo de eſtar abierto, veía menos compueſtos *en* el trage, ò poſtura à los que eſtavan en la Igleſia. Dezia: que ſi fueſſen à vn ſarao, ſe pondriā muy galanes, y guardarian las leyes de politica en el modo de eſtar, y delante de ſu Dios no atendian à lo que devian; y exclamava: ò Chriſtianos quā muerta vive la fe en vueſtros pechos!

Solia en ocaſiones, como deſpues dirè, encenderſe en amor de Dios con tanta vehemencia, que parece ſalia de ſi, y y prorrumpia en actos admirables, en dezir coſas venideras. Dudavan ſi ſeria freneſi, ù, otro accidente natural: por lo qual aviēdo pedido le dieſsē el cordero, ſin poderla ſoſſegar: Entrò el P. Maeſtro Salvàt, y con conſejo de èl Vicario General

reſol-

resolviò llevarle entre las formas vna sin consagrar. Hizo ademan de darsela. Y exclamó: no me den esta, que no està en ella el cordero. De donde coligieron ser mas, que natural el accidente, que assi la tenía.

La devocion, que tuvo à la Virgen santissima, especialmẽte à su pura Concepciõ, fuè ternissima. Pidió siempre à Dios, la trasladasse à Convento dedicado à su pureza. Allavanla derretida en lagrimas en presencia de su Imagen. Quando en el coro se dezia la Antiphona: *Tota pulchra*, como es costumbre en la religion de èl Serafico P.S. Francisco, no podia dissimular el alborozo de su coraçon; rebozando en lo defuera, con muestras de vna grande alegria, y gozo interior.

Ayunava à pan, y agua sus vigilias; haziendo en ellas particulares devociones. De sus octavas hazia novenas, y se acompañaya cada dia con vn coro de Angeles: para que la ayudassen à celebrarla, y venerarla. Valiase de èl amparo de esta Señora en sus peticiones, interponiendo los meritos de su primer instante en gracia; por las prerrogativas de su pura Concepcion, tenian buen despacho sus peticiones.

En vna ocasion, que tenia vn grã trabajo, acudiò à su asylo, y esta Señora la fortaleciò, y consoló, diziendo: no temiesse, que la cubriria con su manto. Otros muchos favores escondió su humildad, assi en esta, como en otras materias. Y otros omito, bastando estos para colegir el supremo grado de perfeccion, y alteza de virtud de esta humilde sierva de èl Señor, y hija de la devota familia de la purissima Concepcion.

CAP. XXXXI.
DE SV ORACION, Y ZELO de las almas.

LA virtud de la religion, primer mobil en la esfera de

èl espiritu, es la que en conocimiento del alto ser de Dios le rinde interior, y exteriormẽte veneraciones. Sus actos dize S. Thomas, son la devocion, y oracion. Esta concurre à excitar aquella, y de su mayor intension suelẽ proceder en quiẽ la exercita admirables effectos. Ella imprime, conserva, y aumẽta las virtudes, y por ella comunica Dios sus favores, y llena el alma de misericordias.

Este exercicio fuè cõtinuo en la vida de Sor Maria de la Cruz; sin que la impidiessen ocupaciones, ni estorvasẽ empleos. En qualquier parte allava à Dios, la que vivia toda en Dios. Prevenia con gran cuidado lo que avia de hazer; para acudir diligente, y sin estorvo à tener las oras de oracion con la comunidad. Allì estava immoble, atenta, y devota. Tenia tantos ratos de retiro, quãtos le permitia la obediencia; y, quando llamada de la mesma avia de acudir, la allavan enagenada, y bien ocupada en lo interior. Eximieronla de acudir à Maytines por su edad, y la encontravã en la celda en profunda meditacion; en que passava la mayor parte de la noche. Y en fin se puede afirmar, no se sabia quando la dexava; porque siempre estava en ella.

Pero quien podrà hablar de èl fuego interior de caridad, q̃ de tan continuo exercicio se prendia, y avivava en su coraçõ. Encẽdiase en vivas llamas, con que se abrasava su pecho; y, como pastilla compuesta de todo genero de aromas, se exalava por la boca en fragantissimos olores de affectos amorosos. Continuava este ardor sin dexarla sossegar: traíala dulcemente inquieta, hasta que, encendida en vivo fuego, potencias, y sentidos, salia de si: aunque nunca mas dentro de si, q̃ entonces; y padeciẽdo vn cierto genero de frenesi, ò, enagenamiento,

namiento, sin caberle el coraçon en el pecho, prorrumpia en vozes, con que desahogava el alma.

Allî era, sin advertirlo, descubrir aquellos altissimos sentimientos, que tenia de las cosas divinas. Allî dezir lo mas escõdido, que Dios le comunicava, y su humildad encubria. Allî hazer heroicos actos de virtudes, singularmente de humildad: llamandose con vilipendios, y vltrages. Aquî està Señor, dezia, la esclava, la indigna, el polvo de la tierra, el desprecio de èl mundo, la escoria de èl suelo, y la mas ingrata criatura, que criãstes. Arrojavase anelãdo à sumergirse à lo mas profundo. Encẽdiasele el rostro desuerte, que compungia à quantos la miravan.

No es facil saber à que feliz estado levanta Dios à las almas, que se digna admitir à tales favores; porque quãto mas favorecidas, mas humildes; y quãto mas humildes, andã mas atentas à no parecer favorecidas. Rehusava esta sierva de Dios referir las misericordias, que vsava con su alma, y los exitos, que tendrian los negocios, que le pedia, y à sus solas la manifestava; pero dióla à entender lo diria sin advertirlo. Assi le sucedió algunas vezes, que en su vida le sobrevino este enagenamiento, y buelo de espiritu.

Ordinariamente parava en pedir el cordero; y reparando en comulgarla, se hizo la experiencia, que dixe en el Capitulo passado. En otra ocasion huvo de entrar el P. Pedro Trullàs Superior de la Compañia, y la sossegó dandole la comunion, que pedia; porque teniẽdo à Christo en su pecho, recogia à lo interior toda la fuerça de èl espiritu: empleando su amor en aquel Dios, que era todas sus delicias.

De este mismo amor, con que

que ſe ama à Dios, ſuele nacer el amor, y caridad con los proximos, y el zelo de la ſalvacion eterna de los hombres. Tuvole ardentiſſimo eſta ſierva de èl Señor; porque al ver à ſu Dios ofendido, y en rieſgo de perderſe para ſiempre vna alma, ſe deshazia en lagrimas, ſe macerava à penitencias. Ofrecia al eterno Padre derramar ſu ſangre: ivaſe por lo mas eſcondido de la caſa pecho por tierra, arraſtrando la lengua por el ſuelo; regandóle con el agua, que vertiã ſus dos ojos, y exclamando: Señor yo erirè mi cuerpo, darè golpes à mis pechos, expondreme al màs duro caſtigo, irè como la culebra rozando la tierra, ſolo convirtays, y perdoneys eſtas almas, vſando de vueſtra miſericordia.

Interponia los merecimientos de la ſangre de Chriſto; valiaſe de la proteccion, y amparo de la Virgen; y vna ocaſion, eſtando en preſencia de vna Imagen de nueſtra Señora, à quien entre caricias, alagos, y ſumiſſiones la rogava, llamandola: toda hermoſa, y linda; aurora en las tinieblas de eſta vida; ſol que deſtruye la ſombra de èl pecado: pidiòla el remedio de los pecadores. Saliò de la Imagen vna voz, que con vehemencia de rayo la derribò; percibiendo la dezian: ſi ſoy madre de vn Dios ofendido, ofendida à de eſtar la madre, y no me llames toda hermoſa, ſino toda ofendida. Prorrumpiò en lagrimas poſtrada en el ſuelo: Teneys Señora, y Madre mia razon, replicò con reverencia humilde, pero os lo pido por vueſtra puriſſima Concepcion, y por la gracia con que fuiſteys adornada, y hermoſeada en vueſtro primer inſtante. Aqui aſſegurava ſus peticiones.

En otra ocaſion haziendo la meſma peticion à vn niño Jesvs, que oy tienen las reli-

religiosas en el Convento, le dixo, como en seguridad de quererla oír: anda, y desenoja à mi Madre: dando à entender quanto se ofende Maria Santissima en los pecados, que contra su hijo cometen los hombres, y como quiere Dios, sepamos obligar, y desenojar à esta Señora para conseguir el perdon de nuestras culpas.

Quando veìa à las religiosas exercitarse en las muchas, y varias mortificaciones, que acostumbrã en el refitorio, bañava su rostro con suaves lagrimas; y levantando el coraçon à Dios, le dezia compassiva: satisfagase vuestra justicia, y obliguese vuestra misericordia con la maceracion penosa de estas esposas vuestras, y admitid estas penitẽcias, con que se afligen estas almas innocentes en desquite de los delitos, con que os ofenden culpados. Poniase à vezes en cruz en medio de el refitorio, sustentando los braços en vna pesada barra de hierro, que atravessava por encima de los ombros. Cõ este peso, que la abrumava, perssistia hasta que ordenavan se la quitassen.

Dia de S. Pedro de èl año de 1679. antes de comulgar, la viò vna religiosa muy confidente, ir azia el coro con mas ligereza, y velocidad de lo que naturalmẽte podria en aquella edad alargar los passos, pues parecia la llevava el viento en sus alas. Alcançòla cõ dificultad: y bolviendole el rostro, le pareciò encendido, y circuido de luz. Preguntòle donde iba? Respõdiò con la llaneza, y sinceridad, con que solia tratarla: dexeme, que el Padre celestial me llama, y el Apostol S. Pedro me brinda abriẽdome las puertas de èl Cielo. Pusòse en profunda oracion: comulgò con mucho affecto, y ternura, gastando mas tiempo de èl que solia en dar gracias entre sus-

piros

piros, y abundantes lagrimas, que derramó de ſus ojos.

De allî ſe puede dezir, ſe levantó para ponerſe en la cama; porque aviendo comido, le aſſaltó la vltima enfermedad. No dava por entonces eſta mucho cuidado; pero, aviendo entrado en la clauſura el cõfeſſor à recõciliar, y conſolar otra religioſa enferma, le pidió la confeſſaſſe. Valiaſe eſta ſierva de Dios de eſtas ocaſiones ſiẽpre, que podia; porque era de dictamen, ſe aviã de eſcuſar las entradas en la clauſura, aun de los confeſſores; ſino en caſo de mucha neceſſidad; por lo qual pocas vezes los llamava para ſi, pero lograva la ocaſion quando entravan para otras, ſi ella hazia cama.

Dixola el confeſſor: que ſe allava acoſado de vn negocio, que apriſſa le llamava, que el dia ſiguiente la confeſſaria. Inſiſtiò, que otro dia no tendria lugar. Si tendrè; dixo, porque eſta tarde concluirè mi ocupacion, y mañana tendrè todo el dia libre. Deſpidióſe con eſto, y al bajar la eſcalera, hizo reflexa ſobre las palabras de la enferma: y como quien conocia de donde podrian nacer aquellas inſtãcias, tuvo reparo, è hizo eſcrupulo en dexarla aſſi. Bolviò, omitiendo ſu negocio, por el que pareciò mas preciſo. Detuvòle vna larga ora, en que la dexò muy conſolada, y el Sacerdote no menos de averla oìdo; porque aquella noche la apretó el accidente, y por la mañana de èl dia de la Viſitacion de nueſtra Señora, como piadoſamente podemos creer, boló ſu dichoſa alma al Cielo, à gozar el fruto de los trabajos de vna vida tan religioſa, y penitente.

Murió à los 75. años de ſu edad, aviendo gaſtado los 21. en caſa de ſus Padres viviendo mas como religioſa, que ſecular. Los 19. en ſanta Clara; y los

los 35. en el Convento de la Cõcepcion. Al tiempo de darle la Extrema-vncion descubrió vna de las Monjas vn prodigio; pero no teniendo toda aquella prueva, y certeza, que en semejantes cosas desseo, me abstẽgo, hasta mayor averiguaciõ, en que salga à parte la vida de esta insigne religiosa: Contentãdome con aver hecho vn breve resumen de sus heroicos hechos, y esclarecidas Virtudes, para testimonio de lo mucho, que puede la divina gracia, en quien se dispone à merecerla: y lo mucho, que favorece Dios à las almas, que de todo su coraçon se dedican à servirle.

Fuè su muerte muy sentida, assi de las religiosas, como de los de fuera, que acudieron en gran numero al tiempo de los oficios, à ver aquel cadaver, cuya alma consideravan ya estar gozando de la gloria. Pedian con instancias las flores, con q̃ la piedad de las religiosas avia enramado su cuerpo diffunto: y rehusãdolo estas señoras por su humildad, se valierõ de los que entraron à colocarle en el sepulchro, persuadiendoles sacassen alguna prẽda, que guardasse su devociõ. Con esto, sin poderlo evitar, estando ya dẽtro del vasso sepulchral, le rompieron el rosario, que llevava pendiente al pecho, y se repartieron en la Iglesia, con ansiosa porfia, las cuentas: Señal manifiesto de èl gran concepto, q̃ tenian de la virtud de esta insigne Matrona, sierva de N. Señor, à quiẽ la divina mano previno para exemplar de religiosas, y fundamento de este religioso Convento de la purissima Concepcion.

CAP. XXXXII.

VIDA DE SOR MARGArita de la Corona de Christo.

EL primer fruto, que Dios cogiò de este jardin, para

trasladarle al vergel de èl cielo, fuè la alma dichosa de la fervorosa sierva de èl Sr. sor Margarita de la corona de Christo: cuya vida llena de virtudes, y gloriosos merecimientos es la que se sigue.

Margarita Auger, sugeto de quiẽ hablamos, naciò en Tortosa de Padres muy acreditados, y conocidos. Fuè su Padre Juan Auger mercader, y Geronima Canòs su Madre. Diòles Dios por fruto de su cõsorcio esta niña, y despues vn niño, q̃ à pocos años le colocò nuestro Señor en mejor esfera. Quedó nuestra Margarita sola con su Madre; porque siẽdo de pocos años, la dexó Dios huerfana de Padre, y heredera de vn pingue patrimonio; con lo qual, su docil, amable natural, y escogidas prendas, le assegurava vna suerte muy afortunada. Cõsiguióla mas feliz, por averse dedicado à nuestro Señor en la santa religion; porque al conocimiento de quan deleznable, y fragil es esta miserable vida, resolviò olvidar sus empleos, y sacrificarse à la virtud.

Tratava sus buenos propositos con vn devoto religioso Capuchino; que viendo sus intentos, y santos impulsos, la alentó, y ayudó. Enseñóla à tener oracion mental con fruto: à llevar la presencia de Dios: à exercitar la penitencia, y otras virtudes. Imprimiansele sus sãtos consejos en el alma como en blanda cera; ponialos en execucion con toda diligẽcia. De aquî era, no verla jamàs en passatiempos seculares, y de otras de su edad, y esfera. No la vieron salir à puerta, ni ventana, sino era por orden de su Madre, à quien vivia estrechamente sugeta, y obediente. Todo su deporte era rezar, orar, ò entretenerse en leer libros devotos, que la hazian muy buena compañia, y apenas se le caìan de las manos.

Este

Este era el tenor de su vida, à tiempo, que tratavan eregir el Convento de la Concepciō. Supolo, y hizo averiguar con prudente diligencia el instituto, y forma de vida de las religiosas, que de nuevo avian de fundar; y avida cabal noticia, que desseava, le pareciò averle Dios abierto el cielo en la tierra, y traído à Tortosa aquella admirable fundacion para su persona; porque todo era vn disseño de lo que desseava executar, para estrecharse à vida perfecta en servicio de nuestro Señor.

Encendiase en vivas ansias de ser vna de sus religiosas; y instada de sus efficaces desseos, se anticipó à proponer su pretension al Señor Obispo. Hizolo por medio de su cōfessor. E informado el Prelado de la firmeza de su llamamiento, y lo q̄ en tal admission podria adelantar el credito de su nuevo Convento, dió palabra de admitirla el mesmo dia, que se effectuasse la fundacion.

Assi lo cumplió; disponiendo, que luego que saliessen en publico las religiosas, vestidas de èl santo habito de la Concepcion, al presbiterio de la Iglesia de santa Clara, se presentasse arrodillada con otra su compañera, delante de la nueva Abadessa, la V. M. Sor Beatriz de la Concepcion, que en presencia de todo el concurso la vistió el santo habito: è incorporādose con las demàs, bajó en su compañia aquella mañana al nuevo Convento; siendo vna de las primeras, que le habitaron.

Toda la provision de alajas, q̄ hizo esta sierva de Dios para su retiro en la nueva habitaciō, que escogió para su morada, fuè, vna calavera, que embió de antemano: à cuia presencia moderava sus affectos, y alentava su espiritu à despreciar todo lo caduco, que tan

en breve ſe convierte en ceniza; à fin de lograr el corto tiẽpo, que nos permite eſta mortal vida, en las virtudes, que ſon el arreo de èl alma, y las que vnicamente la acompañan à la eternidad.

Como en las Religiones de ſemejante recolecciõ ſuele ſer aſpero, de muchas, y rigoroſas pruevas el noviciado, y mas en los principios, en que el zelo de conſervar los primeros fervores no omite mortificacion, en que pueda provar, y adelantar el eſpititu de los que an de proſeguir la regular obſervancia; ſobre la vida penitẽte, que abraçaron eſtas ſeñoras en ſu fundacion, recaían ſobre la novicia otras muchas aſperezas, que llevava con ſuma reſignacion, y conformidad; ſin que jamàs ſe le oyeſſe la menor ſeñal de impaciencia.

Era ſu Maeſtra la V. Madre Sor Paula de Jesvs Maria, Vicaria entõces, y deſpues muchos años de Abadeſſa: que viendo la diſpoſicion, y aptitud para poder labrar eſta precioſa Margarita, puſo ſu cuidado en darle todos los viſos, que ſu prudencia, y deſtreza le dictavã: cõ que la ſacó en todo perfecta, y admirable à los ojos de quantos la veìan, y conocian ſus aventajados quilates. No les dexò Dios lograr mucho tiempo ſu precioſidad; porque à cinco años de ſu ingreſſo ſe les quitò, con la cauſa, que dirè.

CAP. XXXXIII.

SVS VIRTVDES, Y CAVſa de ſu muerte.

RESplandecieron en eſta alma religioſa en ſumo grado de perfeccion muchas virtudes, de que dexò ſingulares exemplos. Fuè notable ſu paciencia: admirable ſu mortificacion en todas las coſas; no dexando ocaſion, en que pudieſſe doblar ſu voluntad, y ir contra ſu inclinacion natural:

y mas

y mas si intervenia la menor insinuacion de la obediencia.

Quando su Maestra, ò alguna otra religiosa la reñia, ò advertia algo, lo oía con rostro, y semblante alegre, y risueño; mostrando apacibilidad de paloma, y mansedumbre de cordera. Iva cada noche à dezir su culpa, admitiendo con gusto las penitencias, que la imponian; executandolas con igual promptitud, y fervor. Vnas vezes la reñian sin causa, otras le impedian, y quitavan las licencias de executar algunas mortificaciones: con titulo de faltarle espiritu para executarlas. Otras la mandavan cosas bien dificiles, y repugnãtes à su natural. Tomavalo todo cõ tanta igualdad de animo; tan sin replicas, ni averiguaciones, que compungia à las mismas, que la provavan.

Allava en todo tiẽpo su cuidado modo con que atormentar su cuerpo; buscava en Invierno el lugar mas frio, y en Verano se sentava à su labor donde el sol le diesse à las manos, abriendo à este fin la vẽtana de la celda: llevava el rostro comunmente lleno de ronchas, q̃ ocasionavan los agudos, y sensibles aguijones de los mosquitos, que nunca auyentó, antes se estava queda como alagãdoles; hasta que satisfechos de sangre inocẽte, dexavã por proprio instinto la empresa. Su sueño era corto, y con grãde incomodidad; porque solia dormir en el suelo, ò sobre las tablas desnudas, teniendo vn faxo de sarmiẽtos por cabezera.

Acompañava tan extraordinario exercicio de mortificaciones vna paz, y tranquilidad interior, que no bastavã à perturbarla los mas adversos acõtecimientos. Avia dispuesto en el coro vn portalejo de Belen con curiosidad, y asseo, formado de papeles: para tener en las fiestas de Navidad sus deportes,

tes, recreando ſu alma con la conſideracion de lo que en el ſe repreſentava. Acabavale ya de componer, deſpues de averle coſtado mucho trabajo, y afan, quando le fuè forçoſo ſubir à prender vna pieza en lo mas alto; y falſeandole los pies à la mal ſegura eſcalera, bolteó, cayendo ſobre la ſutil fabrica, eſtrujandola toda, y deshaziēdola en menudos trozos, deſuerte, que no pudo ſervir. No ſe le notò à ſu manſedumbre prorrumpir en otra acciō, que: arrodillarſe delante de èl Santiſſimo, cruzados los brazos ſobre el pecho, perſeverando vn grā rato en oraciō con tanta quietud, y ſoſſiego, como ſi no le huviera ſucedido tal acōtecimiento; que fuè, ſin duda, muy ſenſible à ſu piedad.

Su aplicacion al trabajo fuè admirable. Tenia al ocio por enemigo capital de la virtud. No viviò vn inſtāte ocioſa: buſcando lo mas peſado, y mas repugnante. Acompañava la labor de las manos con vn continuo exercicio de la preſencia de Dios: en que vivia dulcemente enbeleſada. Allavanla à vezes como abſorta, encendido el roſtro, y regado con las lagrimas, que inceſſantemente derramavan ſus ojos: con eſpecialidad los dias, que ſe hazia mēcion de algun paſſo, ò myſterio de la paſſion, y muerte de èl Salvador. Acōpañava eſtos dias à ſu eſpoſo exercitādo algunas penitencias, amàs de las ordinarias, llevandole preſente en todas ſus acciones.

Pero la virtud, en que mas ſe eſmèro eſta ſierva de èl Señor, fuè la Charidad para cō Dios, y para con el proximo. Deshaziaſe en ſu preſencia, ſin poder reprimir las lagrimas, nì templar la llama, que ardia en ſu pecho; y exprimia en lo exterior, el incēdio de ſu amor. No era dueña de ſi; ni eſtava en ſu mano omitir diligencia, que le

pedian

pedian por charidad, y amor de Dios. Llena de ternura, y devocion, la emprendia, y ponia luego en execucion, por dificil que fuere.

Cargò en este tiempo la divina mano, por sus justos juizios, el golpe de su indignaciõ contra esta Ciudad: y despues de averla afligido cõ los estragos de la guerra, sobrevino la calamidad de la peste. Erã muchos los que de toda edad, estado, y sexo arrebatava esta voraz, y mortifera plaga; faltãdoles vnas vezes tiempo, y otras Sacerdote, que les administrasse los santos sacramentos.

Aquî fuè donde se le arrancavan las entrañas de compassion à sor Margarita: y, movida de su ardiẽte charidad para cõ los proximos, tomó à su cuenta el multiplicar rogativas, oraciones, y penitencias; solicitãdo con su Dios el alivio de tãto dolor. Allavanla, despues de aver castigado cõ horrorosa aspereza su cuerpo delicado, y quebrãtado con tan continuos trabajos, y mortificiones, postrada, ò arrodillada en el coro; cruzados los braços sobre el pecho; fixos en el cielo los ojos, hechos dos fuentes de lagrimas, en continua oracion, que no interrũpia, aun quando la obediencia la sacava à ocupaciones precisas. Pedia à su Dios con frequentes suspiros nacidos de lo intimo de èl coraçon, descargasse el golpe de su justicia en su persona, como merecedora de aquel castigo: y admitiesse su vida en satisfacciõ de las culpas, q̃ le ocasionavan jugar cõ tanto rigor la espada de su indignacion: y perdonasse à tanto inocẽte, como en esta fatal epidemia fallecia. No puede aver mayor charidad, que poner la vida por sus amigos: y acreditò ser grande la de sor Margarita en las veras, con que la puso por sus proximos.

No

No avia herido el contagio à ninguna de las religiosas, ya por el poco comercio, que tiene su estrecha clausura con los de fuera, ya porque las Superioras pusieron algun cuidado, en que aun entõces fuera menos, y que no se abriesse el torno, sino para acudir à acciones de charidad, y necessidad. Pero como en sor Margarita venia de lo alto por effecto de sus oraciones, que mostrò el sucesso averlas Dios oído, se alló luego herida de èl mal. Fuesse llena de gozo à manifestar su dolencia à la Prelada; ya con prevencion de que la apartassen à lugar donde no se extendiesse à las otras religiosas, cuya vida celava, y estimava mas que la suya.

Afligieronse notablemente las Mõjas, mas que por su riesgo, por temer les quitaria Dios aquel Angel, que assi la tratavan, que tan buena compañia les hazia, y en quien veìan resplãdecer tan singulares exemplos de todas virtudes. Allarõ modo de conseguir se abriesse vna pequeña vẽtana por la parte de èl coro de la Iglesia de S. Antonio, que aun entonces no era de las religiosas, y sacar por ella à la enferma à vn aposento muy acomodado, que venia à ocupar el puesto donde està formada agora la media narãja de la capilla de èl Santo Christo. Donde con la mayor conveniencia, y asseo le dispusierõ cama, y todo lo necessario para su assistencia, y pasó con ella vna religiosa, que, llena de charidad, se ofreció à servirla.

Recibió todos los Sacramẽtos con gran devocion, y acuerdo, repitiendo fervorosissimos actos de varias virtudes, y ofreciendo incessantemente cõ resignacion su vida por el remedio, y alivio de las de sus proximos, y hermanos. Y aun que no huviera repugnado su humildad salir al lugar, que la avian

dispues-

dispuesto, creyeron las religiosas, seria muy sensible verse apartar de las que tanto estimava: y para aliviarle en algo esta pena, se valieron de vnos como desmayos, ò arrobos, q̃ de quando en quando la tenian por vn rato sin sentido, y la passaron, sin que lo advirtiesse.

Quando, bolviendo en si, conociò la mudança, y la informaron de èl puesto donde la avian traìdo, con gran conformidad, y alegria alabò al Señor, y pidiò con rendimiento à la religiosa, que la assistia, fuesse de su parte à hablar con sus hermanas, y las significasse, tenia prendas de que Dios avia oìdo sus ruegos, y que sin falta moriria. Que les rogava, la perdonassen sus defectos, y la desedificacion, que con su tibieza avia ocasionado en aquella santa comunidad, y que no la olvidassen en sus oraciones.

Quando bolviò la religiosa de este mensage, la oyò, que entre amorosas vozes prorrumpia en sentidos affectos, y dulces coloquios con su Dios, *Exurge psalterium, & citara*, dezia; quando interrumpiò las vozes al percibir se acercava. Perseverò con la mesma conformidad, y alegria; hasta que, al quinto dia de su enfermedad, Jueves por la tarde à 28. de Abril de 1650. fixos en el cielo los ojos, llena su alma de celestiales cõsuelos, diò el alma en manos de su Criador: siendo la primera, que muriò, y las primicias de los frutos, que este religioso Convento à dado al cielo.

Admitiò la divina Magestad aquella vida preciosa, y llena de relevantes merecimientos, que pudieron satisfacer el justo enojo de Dios, y suspender su justicia: pues luego que muriò, se aplacò su indignacion, y cessò la peste en Tortosa, por aver tenido, como en otro tiẽ-

po aquel pueblo eſcogido de Dios vn Moyſes, cuyos merecimientos pudieron ſuſpender el rigor del caſtigo, con que amenazava las vidas de los hebreos.

CAP. XXXXIV.

FAVOR SINGVLAR, QVE piadoſamente ſe cree, logra oy eſte Convento por interceſſion de Sor Margarita de la corona de Chriſto.

SIendo tan ſeñalada en la Charidad eſta edificativa religioſa, que no perdonó ſu meſma vida, ofreciendola con tantas veras à Dios, para merecerles el alivio à ſus proximos: qual ſeria en lo demàs, que à coſta de menos trabajo podria conſeguir en beneficio de ſus Hermanas las religioſas? Son muchos los caſos, que ſe podrian referir en eſte particular. Es muy ſeñalado vno, que oy logran por ſingular beneficio las Monjas de eſte religioſo Convento; en que à querido Dios dar à entender los meritos relevantes de Sor Margarita de la Corona de Chriſto.

Dudavaſe en eſta comunidad, con baſtante fundamento, ſi ſeria cauſa natural, ò ardid de èl comun enemigo; que, valiẽdoſe de la lana, que en veſtido, y cama vſan las religioſas, avia avivado vna plaga immenſa, moleſta, è importuna de menudas ſavandijas: que ſirviendolas de mordaz viviente ſilicio, ſobre ſentir la falta de èl aſſeo tã natural en mugeres; no baſtando diligencias, cuidados, y deſvelos; ſin poderlas extinguir, no las dexavan ſoſſegar; impidiẽdoles la quietud de ſu oracion, en que parece las avivavan para ſu mayor tormento. Pena ſenſible, ò ſea por lo que tiene de cruel, ò por lo que ay menos de propria voluntad en padecerla.

Conocia eſte trabajo, que era tranſcendẽte à todas, la caritati-

ritativa sierva de Dios; y sin perdonar al suyo, buscó medio para aliviarle en las otras, de la manera que podia (Que no discurre, è intenta la Caridad?) Aguardava, que las religiosas estuviessē recogidas: y al tiempo, en que ocupadas de èl primer sueño, seria mas dificil sentirla, ni advertir su diligēcia, se iva de celda en celda: y abriendolas con la mayor quietud, tomava los habitos, que sin entrar podia desde la puerta recoger; llevavalos à vn puesto retirado, donde tenia luz, y los aderentes, è instrumentos con que en breve les sacudia, reconocia, y limpiava; dexandolos sino de èl todo, por la mayor parte libres de aquella menuda plebe de verdugos, q̃ à passo lento como flacos, hazian mas insufrible por dilatado su martyrio, en las que aviēdo de acudir con promptitud al coro à las dos de la mañana, no les dava tiempo entonces de defenderse de sus importunos assaltos.

Despues de esta diligencia de Sor Margarita, allavan las religiosas al levantarse à Maytines notable alivio: y por aquî, y por encontrar los habitos en otra disposicion de la que los dexavan, discurrieron lo que podria ser; y velando cogieron à la que à escondidas, queda, y à sus solas se empleava en tal obra de Caridad. No la dexò por esto; mas porque no se atribuyesse à su persona, buscò vna compañera, que fue la mesma, que la assistiò en la enfermedad vltima. A esta impuso, y enseñò tan piadoso empleo, y caritativo oficio.

Al tiempo de morir, y despedirse de la dicipula, à quien avia enseñado aquella licion de Caridad, entre otras raçones, y tiernos ruegos, con que reencomendò à sus hermanas, la pidiò con todo encarecimiento, prosiguiesse en solicitar

tar à las religiosas este corto alivio, en que, con algun descanso, podian vacar aquel rato de Maytines con mas atẽcion, y sossiego à las alabanzas de Dios: y que esperava en nuestro Señor, que no olvida, ni dexa sin remuneracion los cortos servicios de nuestra insuficiencia, le premiaria colmadamente su trabajo. Y como le ofreciera con veras perseveraria en exercitar lo que tã gustosa avia aprendido, añadiò: que si Dios la llevava à gozar de su presencia, ofrecia quitar à todas este afan molesto; porque no se llevava otra cosa mas reencomendada de su propria Caridad, que solicitar con la Divina Magestad el alivio de esta molesta plaga, que juzgava inducida de èl comun enemigo para desassossiego de las pobres Religiosas: y que iba con vna muy firme esperanza de conseguir total remedio, de la benignidad de su Dios.

Muriò la sierva de èl Señor, y aun mesmo tiempo cessò la peste en la Ciudad, y en el Cõvento este linage de plaga mordaz: tan de èl todo, que las que entran niñas, no conocen tal especie de sabandijas. Y oy perseveran de èl todo libres. Y solo se à reparado algo en algunas Novicias, que an dexado la Religion. Con que ya es señal, y divisa de su permanencia, que notan, advierten, y cuentan con regozijo las recien entradas; como testimonio de su fortuna, y seguro de su perseverancia.

Sepultaron su cuerpo con gran secreto dentro de la mesma Iglesia, entõces de San Antonio: para que no sacassen tan precioso tesoro al comun cementerio, que se hizo fuera de la Ciudad. Y oy jace cerca de èl confessonario al lado de la Sacristia, donde se formò arco, y boveda, para poderle encontrar, quando se ofresça levantar

en

en aquel sitio alguna obra.

CAP. XXXXV.

VIDA DE SOR IACINTA de èl P. S. Francisco.

DIspuesta ya, concluída, y casi para salir esta Historia, se llevò Dios para si à la cōtemporanea, y compañera de Sor Margarita, de quien acabamos de hablar, la humilde sierva de èl Señor nuestra Jacinta del P. S. Francisco: la primera religiosa, que para el estado de Freyla fue recibida en esta santa fundacion: Quizà; para que no faltasse à esta obra el complemento mayor, que pueda illustrarla, en la relaciō de los raros exemplos de vna vida penitente, humilde, mortificada, olvidada de todo lo q̄ es mundo, y elevada à la mas alta perfeccion, por medio de vnas virtudes verdaderamente solidas, y religiosas: de q̄ puedo ser testigo, por averla conocido cinco años, tratado algunas vezes, y assistido con su cōfessor à su dichosa muerte: que fue, qual nos podemos prometer de tan religiosa, y exemplar vida.

Marcela Ripoll, que assi se llamò en el siglo, naciò en Tortosa à 26. de Febrero de èl año 1617. Su Padre se llamó Jayme Ripoll, y su Madre Juana Vidal, pobres, pero muy hōrados labradores, en quien resplādecieron singulares virtudes, de que solo pudieron hazer heredera à su hija. Bevió con la leche de la educacion el santo temor de Dios, que imprimiò, vivamente en su coraçon. Ya en aquellos primeros años de su niñez, temia amancillar su alma con la mas leve culpa; haziendosele grave qualquier pequeño descuido, que congojava su conciencia hasta averla llorado à los pies de èl confessor. Teniendo edad competente la acomodaron sus Padres, faltos de medios para alimentar à su hija en su casa, en

la

la de vn cavallero llamado Severino Thomas, insigne letrado, y sugeto de mucha suposicion; para que assistiesse à su consorte, Señora de muchos meritos, en las cosas, que aquella edad le permitia. Aquî entre otros casos de edificacion, le sucediò llorar con vivas, y sentidas lagrimas, como si fuera vn gran delito, el leve descuydo de aver dexado cerca de èl fuego vna tostada de pan, donde se resolvió en carbon casi sin culpa suya: tan leves faltas, como esta, tenia por muy graves, ya en aquellos primeros años, de que se guardava con notable solicitud.

Sucedió en este tiempo effectuarse la fundacion de la Residencia, que tiene la Compañia en esta Ciudad; y llevada de èl deseo de aprovechar su espiritu, acudió al P. Jacinto Piquer, en cuyo trato, y direccion alló la sedienta cerbatilla las fuentes de las aguas, y en ellas todo el recreo, y alivio de su coraçon. Confessóla muy de espacio, impusola de èl mejor modo que pudo en tener oracion, y como avia de llevar la presencia de Dios, y exercitar otras virtudes; adelantando, como tan diestro Maestro, los fervorosos anelos de aquella doncellita, cuyos principios denotavan quanto avia de crecer en Heroicas virtudes.

Fuè en este tiempo rara la pureza de su alma, y grande èl cuidado de disponerse para las comuniones, que ya eran frequentes, confessandose, y haziendose cargo de cosas muy menudas; repitiendo las recōciliaciones, hasta que el P. Piquer resolvió no oírla, y tal vez la mandó comulgar, sin confessarla, que executó con lagrimas, y vivos sentimientos, y temores. Peró, la que estava hecha à obedecer con rendimiento, no sabia resistirse à la voluntad de Dios, que entendia

dia

dia ser la de èl confessor.

Era todo su anelo executar lo que pensava ser mas perfecto. Llevada de èl amor de la virtud, y deseosa de hazer vn relevante servicio à Dios, y à su santissima Madre; de quien fuè desde niña muy devota; aviendo precedido muchas disposiciones, y prevenciones; dia de las onze mil Virgines se vino al confessonario de èl P. Piquer. Traìa consigo vnas tocas muy reguladas; y quitandose las que hasta allì avia vsado, como en señal de despojarse de los pensamientos de èl mundo, se veló de las mas ceñidas; y en manos de èl confessor se sacrificó à su Divina Magestad, haziendo voto absoluto de perpetua virginidad; vniendo este olocausto, que hazia de su persona, con el que aquel dia le avia hecho santa Vrsola, y sus compañeras, de su vida.

Proveyeron al Dotor Severino Tomàs en vna Plaza de la Cancilleria de Granada; y partiendo tan lexos, huvo de dexar esta donzella en Tortosa; llevando mal sus Padres tenerla tan distante, y apartada de su presencia. Amparóse de ella el P. Piquer, de quien era muy estimada por su virtud: y la acomodò en casa de èl Señor Camarero D. Frãcisco de Aguilò, para assistir à su hermana Doña Elena Romeu, y de Aguilò. Admitiòla, mas por sus muchas prendas, que por ser necessaria en casa, donde era muy numerosa la familia.

Aquî, dandole mas lugar las ocupaciones domesticas, era mayor el cuydado de perficionarse. Fuè sumamente rẽdida à sus amos, à quien obedecia como à Dios; notable la sugecion à sus confessores; rara su modestia, llevando siempre cubierto el rostro; y con ocasion de tener en casa al Señor Camarero, sugeto de las calidades, que en el discurso de esta

ra

ta historia emos dicho, y à quiẽ la avia mandado el P. Piquer acudir en sus aflicciones, recurria con frequencia, no retirandose la noche de èl dia, en que, examinando su conciencia, la parecia aver cometido alguna falta, sin que primero se reconciliasse con lagrimas, y demostraciones de grande sentimiento.

No pudo sufrir el enemigo comun, Padre de las tinieblas, y Habitador de la obscuridad los tempranos, y activos resplãdores de virtudes, que en esta donzella veía campear, y asestó todo el caudal de sus tiros: à fin de derribar esta bien armada fortaleza: que sintiẽdo el combate, se resistia con tal denuedo, valor, fuerza interior, y tales demostraciones, que saliendo al exterior, se llegò à dudar si estava aquella alma mas que obsessa de las furias infernales. No se resolviò la duda; porque viendose el infame invassor cõ tãto valor rechazado, se retirò; dãdo algunas treguas, sin mostrarse à las claras, hasta despues de verla consagrada à Dios, por medio de la Professiõn religiosa.

En este estado de vida se allava nuestra Marcela, quando se intentò la fundaciõ de èl nuevo Convento: y sabido el *instituto*, y modo de *vivir*, que aviã de tener las Monjas, se encendió en desseos de ser compañera de las que fundasseẽ. Pero la falta de medios, è insuficiẽcia, que le persuadia su proprio conocimiento, desmayavã mucho sus interiores impulsos. Mas fiada en Dios, resolvió manifestarlo al P. Piquer, que ya tenia tratado con el Señor Camarero, y Doña Elena su Hermana este negocio, y resuelto interponerse, para que la admitiessen; conociendo quan à proposito seria para este santo instituto.

Quiso ocultarselo, hechandola

dola de si con desvio, mas no se lo permitieron las sentidas lagrimas, en que prorrumpió. Dióle esperanças muy proximas à certeza de que se lograria. Y aunque por entonces tuvo grande consuelo, que llena de regozijo espiritual llevó à su casa à comunicar à sus dueños, fueron mayores las ansias, y congojas de su espiritu al saber, que otra, à su parecer, de mas meritos, y à quien se inclinavan mas las fundadoras, andava en vivas pretensiones, interponiẽdo muchos, y muy efficaces medios, para que la cõcediessen aquella plaça; creyẽdo, la hurtaria de las manos la buena fortuna, que Dios la avia deparado tan fuera de merecerla.

Costòle muchas lagrimas, oraciones, penitencias, entre desasossiegos, y cuydados. Hasta que la V. Eugenia Salçedo, Aguela materna de la R. Madre Methilde de S. Juan Bautista, de quien ya emos hecho mencion, Matrona de raros, y singulares exẽplo de virtudes, de quiẽ, y de su santidad ay en Tortosa repetidas memorias, aviendose cũplido muchas de sus prediciones, la dixo: se cõsolasse, q̃ no solo entraria en el Convento, sino que seria à gusto de las religiosas, que se gozarian de averla recibido, como en effecto sucediò.

Quedò la fervorosa pretendiente con mucho consuelo, por tener alto concepto de la virtud de esta Señora: y entre tanto que se regulava la casa, y trabajavan los albañiles en disponerla en forma de Convento, dava tal diligencia en concluir lo que estava à su cuydado, que acabadas en breve las ocupaciones domesticas, partia, avida la licencia de sus dueños, à la fabrica, ayudava à los oficiales, alentavales al trabajo, acercava los materiales, sacava à espuertas las ruina, acar-

reava agua, y lo demàs necessario: con tanto teson, y brio, que los Maestros asseguravan equivalia su diligencia à la de tres peones; conveniendo todos ser aquel valor, y fuerzas corporales, no de intension humana, sino de aliento divino.

Concluìda la casa, la limpiò de èl todo, sacando immensidad de materiales desechos. Barriò con mucha curiosidad todas las piezas: era de su natural muy curiosa, y asseada. Conpuso las pobres alajas, de que se avia de proveher aquella habitacion, si corta à los ojos humanos, espaciosa morada de la màs estrecha pobreza religiosa, y evangelica. El dia antes de la fundacion conpuso con el P. Piquer en el dormitorio las tarimas, que avian de ser lecho de las religiosas, el refitorio, y demàs oficinas. Aquella noche se quedò sola en guarda de èl ya formado Convento: por lo que solia dezir con gracia, que ella era mas antigua en casa que las Madres fundadoras.

Llegò el dia siguiente, en que la V. M. Beatriz de la Concepcion, primera Abadessa, con las demàs sus compañeras le vistieron el Santo Habito en el presbyterio de èl templo de la Madre santa Clara, como queda referido en el Cap. 21. siendo la primera, que de èl estado de Freyla, fuè admitida en esta santa Comunidad, y que puede ser dechado à las que por tiempo la sucedan. Pusieronla por nombre Jacinta de èl P. S. Francisco, assi por la devociõ, que tenia à estos santos, como para conservar en los apellidos las memorias de los que venerò por Padres en la tierra, èl P. Jacinto Piquer, y el Señor Camarero D. Francisco de Aguiló: à los quales toda su vida reconociò el favor de averla hecho religiosa, sin olvidar lo mucho, que en esto ayudò la Señora D. Elena Romeu, y de

Agui-

Aguiló, cõduciendola al Convento. Esto mẽcionava por singular agasajo su mucha gratitud, y fiel conocimiento.

Hecha ya Religiosa, y puesta en su noviciado, començó vna vida del todo angelical. Cõsideravase muerta à todo lo humano: y olvidãdo desde entonces quanto era mundo, solo suspirava por el cielo. Aplicavase gustosa, à todo lo que podria perficionar su espiritu. Llevava cõ alegria, y notable edificacion los rigores de vn noviciado en vn Convento recienfundado, y establecido cõ tanta estrechez, y aspereza como emos visto. Nada era dificil à su fervor, ni repugnante à su caridad. Hizo la Professiõn con las fundadoras, quedando llena de celestiales consuelos. Viendose ya cõsagrada à Dios solemnemente, no pudo dissimular la alegria de su coraçon, que publicaron las lagrimas, q̃ muchos dias destilarõ sus ojos, nacidas de èl cõsuelo interior, que lograva su alma. Con este, y vn aprecio grande de su vocaciõ à permanecido 49. años, y cinco meses, que vivió religiosa en este edificativo Convento.

CAP. XXXXVI.
BREVE RESUMEN DE *sus muchas virtudes.*

QViẽ podrà reducir al corto limite de vn epilogo el dilatado progresso de tãtas, tan señaladas, y excelentes virtudes, que las tuvo todas en supremo grado? Concibió altamente, que à las religiosas de la Concepciõ las quiere el Señor totalmente retiradas, y olvidadas de las cosas de èl siglo: y luego que estuvo en la Religion, se olvidó de todo lo que era mundo. Nunca mas vió, ni fuè vista de hombre alguno, ni habló de cosa, que fuera la huviera acontecido, como si nunca huviera estado en Tortosa.

Su buena Madre, muger de

mucha virtud, huviera querido ſeguir los paſſos de la hija; pero ya que en eſto no pudo, hizo donacion à las Monjas de vn corto olivar, y vna caſa, que tenia, y ſe dedicó à ſervir al Cõvento. Aquî la ſuſtẽtaron, haſta que deſpues de vna ſanta vida, ſe llevo el Señor en paz ſu eſpiritu. A ſu Madre pues, con tenerla tan cerca, ſolo la habló dos vezes por obediencia de ſus Preladas: y ſe allava tã atajada, y corta de razones en la reja, que eſtando allî, preguntava à la q̃ eſtava de eſcucha, q̃ diria? y acabadas las breves palabras, que la dictavan: oída la reſpueſta, ſe acabava el razonamiento, y ſe deſpedia. Supo otra vez, que la querian hazer bajar à hablar à vna perſona muy conocida ſuya. Previno à la Prelada pidiendo no la obligaſſe; porque dezia: q̃ muy voluntariamente avia dado las eſpaldas al mundo, y no avia de querer bolvieſſe el roſtro à quien era tan bueno para dexado.

Puſo gran cuidado en adquirir la virtud de la humildad, y lo conſiguió; porque la tuvo en ſupremo grado. No ſe vió jamas coſa mas deſpreciada. Tenia ſiempre delãte los ojos los humildes (aunque muy limpios) pañales de ſu nacimiento: con eſſo todo le venia ſobrado. No avia en ſu concepto criatura mas vil, ni que menos mereciеſſe. Con aver trabajado incanſablemẽte en ſervir à la Religiõ, ſin aflojar aun en ſu canſada vejez, ſiempre le pareció ſer inutil, y que comia el pan de balde. De aquî nacia guardar los mẽdrugos, que ſobravan en la meſſa à las otras, y de eſtos ſe alimentava; y haziendoſele con el tiempo duros, los ponia en agua, y aſſi remojados eran para ſu humildad, y mortificacion guſtoſiſſimo alimento.

Quando las religioſas compadecidas

padecidas le davan alguna cosa de regalo, ò no la admitia, diziendo:no comera esso la hija de tal madre, nombrando la suya: para acordarse, que en el siglo no tẽdria semejantes saynetes su pobreza: ò si la admitia, repitiendo el mismo mote, la guardava para darla despues à otra de las q̃ le parecia tenian necessidad de aquel regalo.

Los officios mas bajos, y trabajosos eran en su estimacion sublimes, honrosos, y descansados. Cada dia recogia las vasuras de toda la casa, diziendo:ser piedras preciosas. En pareciendo avia deslizado en alguna falta, mostrava luego su arrepentimiento, diziendo la perdonassen, y sufriessen; porque era muy miserable. Nunca se sentó sino en el suelo; y quãdo la dezian se sentasse en algun banquillo, lo rehusava, juzgãdo no merecer tal puesto delãte de otras, por reconocer en todas superioridad. Tenia gran cuidado, quando caía enferma, y la visitavan Medicos, de advertirles: que era Monja de obediencia, y la mas inutil de casa, para que no la tratassen con el respeto, ò veneracion, que el porte grave, y modesto de estas señoras se à sabido merecer, con quiẽ las trata. En fin su grãde humildad la llevó siẽpre entre desprecios como corrida, y avergonçada: creyendo ser indigna de vivir entre tantos Angeles, que era el termino ordinario de tratar à sus Hermanas.

El aprecio de su Vocacion fuè tan grande, que solo dentro de la clausura se acordava de tres sugetos, porque la aviã traìdo à la Religion, que eran: El Señor Camarero, su Hermana Doña Elena, y el P. Piquer, de quien nunca se olvidó, haziendo su gratitud reconocida, mencion frequente de èl beneficio, que la avian hecho, y tanto estimò toda su vida.

De

De lo encendido de su caridad avia mucho que referir. Amava à su Dios con ternura de esposa, embevida en la consideracion de sus grandezas. De este amor nacia vn gran temor de ofenderle en la mas ligera falta; viviẽdo entre mil recelos cuydadosos. En la oraciõ eran dos fuentes sus ojos, que no cessavan mientras durava. Permanecia todo el dia en la presencia de de Dios. Estando para morir dixo: no avia sabido llevar otra, que dezirle con frequencia le ofrecia su coraçon, y su voluntad, y que todos sus trabajos los avia tolerado gustosa, solo fuessẽ para gloria de Dios, y q̃ esto jamàs lo avia dicho. Oìanla prorumpir algunas vezes, que pensava estar sola, en aquellos ecos: *Deus meus, & omnia*, cuyo sentido penetrava con mas viveza, que yo sabrè exprimir. Era muy de ordinario exclamar: *In te Domine speravi*. Y estando agonizãdo se le repetì: y no pudiendo articular las vozes, se hizo fuerza, y con grande espiritu, fervor, y confiança prosiguió con voz clara: *non confundar in æternum*.

De la Caridad para con sus Hermanas, à quien quiso entrañablemente en el Señor, puedo dezir, no huvo alguna, que no experimentasse muchas vezes sus effectos. Media ora antes de morir, estando rodeada de las Religiosas, dixo: que en toda su vida avia querido, ni pretendido mortificar à ninguna; que si avia sucedido, fue sin pensarlo: de lo qual pedia la perdonassen.

Sirvió algunos años à las enfermas, durmiendo todo este tiempo en el duro suelo, para estar mas cerca de la mas necessitada. Y sin asco, ni repugnancia ponia las manos, para recibir en ellas el vomito de la enferma. Siẽdo dispensera, que lo fue mucho tiempo, observa-

va

va lo que dañava à vnas, ó no agradava à otras, y tenia cuydado de ponerles en la messa aquella vianda, que pudiessen comer, diziendo: no tener las pobres Religiosas otra cosa de que alimentarse sino de lo que allî les davan de Caridad.

Sucedia no pocas vezes, que, concluídas las provissiones, no tenia en la dispensa, que dar de postres à las Monjas. Aquî era su afliccion, y en tales casos se iba à la tribuna de èl Santo Christo: y puesta en cruz delãte de èl Señor, le representava la pobreza de sus Hermanas, pidiendo limosna à aquel Dios, que con su providencia mantiene las ormigas de la tierra; y era lo comun sacarla de allî para entregarle lo que de caridad avian traído al torno para alguna religiosa: y luego llena de contento, se iva à distribuyrlo entre todas; y lo hazia de suerte, que parece crecia en sus manos. Acabando de comer, era la primer diligencia yr à dar las gracias al Señor, que la avia favorecido. Esto sucediò muchas vezes; de que ay casos singulares, y muy notorios.

Recien fundado el Convento les faltavan à las Religiosas, por descuydo de los que administravan, algunas cosas necessarias. Y creyendo ser ocasion, que Dios las traía para exercitar la mortificacion, passavan cenando algunas noches algarrovas secas; otras solo pan. La Caridad de la Hermana Jacinta, que sentia sobre manera ver à sus Hermanas cõ tan parco alimento, la hizo discurrir vn guisado de ojas de vna parra, que avia en la clausura. Y las disponia, y sazonava de manera, que teniã refeccion gustosa, sin saber lo que era; con que las dava este alivio estudiado à diligencias de su Caridad.

Toda la vida de esta sierva del Señor fuè vna cõtinua mortifica-

tificaciõ;porque à fin de guardar en su alma el tesoro de la gracia, vivió siempre en continua vela. Jamàs diò descanso à su cuerpo, à quien tenia por enemigo. Eran sangrientas, y horrorosas las disciplinas, con que macerava sus carnes; frequentes los cilicios. Nunca admitiò el alivio, que dieron los Prelados à las Religiosas, de que vsasẽ alpargates, y medias de lana en tiempo de frios, que son muy rigorosos, por ocasion de los maestrales, y nortes, que conbaten esta region.

Siempre anduvo descalça de èl todo, pisando hielos, y nieves, como si pisara rosas. No pocas vezes se eria, y ensangrẽtava los pies; por lo qual la mãdavan calçar: y aunque obedecia, iva tan enredada, y detenida; tan sin saber dar passo, que aquî tropezava, y allî caía: con lo qual la dexavan en su mortificacion. Era el cuydado en las demàs en recoger los trozos de vidrios quando se rompia alguno, por evitarla el daño que la ocasionavan.

Obligaronla à que durmiesse en vn gergonzillo; hizolò: pero le tenia tan corto, que forçosamente avia de estàr con mucha pena. Siempre durmiò vestida, sin quitarse el habito, sino para mudarse la tunica, que llevó hasta que se puso en la cama para morir. En cierta ocasion que se olvidó la Ropera, la llevò tres meses, sin dar la menor quexa. Si la davan alguna mortificacion, mostrava su sentimiento en dezir con alegria de su coraçon: *Sit nomen Dñi benedictum.*

Quando no la permitian tomar diciplina por alguna indisposicion, se introducia, antes de cerrar la pieza, donde conocia aver mas religiosas, y allî se arrodillava, para que algun golpe de las circunvezinas la alcançasse, è iriesse el rostro, ò las manos, de que solia

salir

salir bien señalada. Conociendo aver deslizado en algũ descuido, por leve que fuesse, se entrava en la dispẽsa, y allî se cargava de baldones; se abria los braços à pelliscos, y el rostro à bofetadas. Con esso iva siempre llena de cardenales.

Con tener à su cuidado, y manejàr por muchos años quãto avia en la casa para alimento de las Religiosas, assi de frutas, como de algunos dulces, de que hazen alguna provisiõ para las enfermas, nunca provò vn grano de huva, ni otro manjar. Y era ya establecido, q̃, verse instigada de el apetito azia alguna cosa comestible, era suficiente motivo para ponerse ley estrecha de no provarla jamas. Cõ esso se abstuvo toda su vida de muchas frutas, y manjares. En tales ocasiones la oían hablar à sus solas, tratãdo à su cuerpo con baldones: A infame, dezia, goloso, atrevido, enemigo de mi alma, saco de tierra, y monton de podredumbre. Esto apeteces? Esto querias? No es para ti. Consuelate, que por lo mesmo nunca en adelante lo gustaràs. Y acabava este coloquio, que durava tiempo, con vna lluvia de golpes, pellizcos, bofetones à dos manos. Assi sugetava sus apetitos.

Con ocasion de èl empleo de la dispẽsa, era ordinario sentarse à la segunda mesa; donde solo comia los mẽdrugos, que el dia, ò dias antes avia recogido. De lo que sobrava, y dexavã las Religiosas de la primera mesa, formava su pobre pitanza: y era lo mas comun passar sin ella con solo la escudilla, ò potage de legumbres.

En el año 1688, en que afligio esta regiõ la mordaz, y nosciva plaga de la langosta: creyẽdo, que sus culpas ocasionavan esta fatalidad, (tal creen de si los humildes) se cõgojó mucho. Tomò à su cargo pedir à

Dios el remedio de tãto daño, como amenazava. Hizo à este fin muchas penitencias para aplacar la divina justicia. Pidiò licẽcia para otras muy extraordinarias, como: ponerse à recibir los ardores de èl sol (era por el mes de Julio) por tãtas oras, sin tener velos en la cabeza, q̃ la defendiessen. No se le cõcediò esto, ni otras asperezas, q̃ podian servirle de manifiesto daño à la salud. Lo cierto es, tuvo remedio conocido esta plaga, sin experimẽtarse daño cõsiderable, siendo tãtas las langostas, que cubrian la faz de la tierra. No me resuelvo à atribuir su remedio à las oraciones de esta Insigne religiosa; como, ni dudo, q̃ pudo mucho para cõ Dios su fervorosa interposicion, y la de sus Hermanas.

La obediencia de la Hermana Jacinta fuè singularissima, y rara la sugecion, assi à sus Prelados, como à sus confessores. Mirava à sus superiores como à Dios, y esto la hazia prorrũpir con presteza à la execuciõ de lo que la mandavan. La voz de la campana de las obediencias, llamavala voz de Dios, à que acudia cõ puntualidad; diziendo à las otras, que le parecia, no erã tan prõptas: Hermanas no sienten la voz de Dios, que nos llama? cõ que las edificava, y promovia. Muchas vezes le sucediò, allandose cõ la sarten, ù otro instrumento semejante en la mano, que, llamãdola con la campana, à que saliesse al claustro, por no detenerse en assegurarla: ni ofrecersele otro medio, salia con ella en la mano à responder, y tomar el orden, que la davan. Jamàs replicò à lo que le ordenò la obediencia, y queria fuessen todas sus acciones reguladas por ella: y assi tenia orden *hasta* de la cantidad de la bevida en comida, y cena; y fuera de estos tiempos, nunca comiò, ni beviò.

En

En las grandes aflicciones, y trabajos interiores, en q̃ padeciò vn prolõgado martyrio, era esta sugecion de mucho alivio para su alma; porque luego se rendia, y sugetava. Tomava, como de la boca de Dios, las instrucciones, y consejos de su confessor; con que se serenavã las tempestades, y tenia remedio su necessidad. En la vltima enfermedad dió muestras de los quilates de su obediencia, como veremos.

Fuè verdadera Pobre de espiritu. Jamàs se vistió habito, ni tunica nueva; sino el primer dia de su ingresso. Vestiase despues los que las otras dexavan. Dieronle en vna ocasion vn habito, no muy vsado, aunque con algunos remiendos, y pareciẽdole sobrado bueno, se le bolvió à la Ropera, diziẽdole: que aquel habito no era para ella, ni le merecia, que le diesse por caridad otro: y allando vno, que apenas se conocia qual era la pieza de su corte, se le vistió con grande alegria de su corazon.

Este mesmo tenor de Pobreza guardó en su parca comida, sustentandose de lo mas pobre, y desecho, como diximos. No se alló en su celda alaja alguna, que poder dar à los que en su muerte la pidierõ para memoria. Todas las de su vso se reducian à vna Imagen de Christo crucificado, que llevava en el pecho, y le avia dado Doña Elena Romeo, à quiẽ, para su consuelo se restituyó.

Poco despues que profesò, bolvió el enemigo cõ mas descaro, y osadia à perseguirla sensiblemẽte. Fueron sus batallas, y luchas continuas, penosas, y crueles: que duraron por toda la vida, hasta el tiẽpo de su vltima enfermedad. No tiene pieza el infierno, que no disparasse contra la fortaleza bien pertrechada de esta valiente Amazona: no ardid, ni traza, que no

executasse para derribarla; pero siempre fuè vano su intento. En vna ocasion tomó su figura, y abrió la puerta de la clausura. Acudieron luego à avisar la Prelada, que la Hermana Jacinta avia incurrido en tã execrable delito. Y aunque, despues de asperas reprehẽsiones, la condenaron à rigurosa penitencia, que aceptó la paciente sin disculparse, luego se manifestó, y descubrió, la verdad, quedando con nuevos creditos su virtud.

Viendola tan incontrastable, resolvierõ estos lobos infernales (dierõ artas muestras de ser muchos los dedicados à su tormento) envestirla cõ torpes sugestiones, y representaciones obcenas: soplãdo aquel fuego infernal de lascivas centellas, q̃ nacẽ de èl fuego de èl abismo, con tal furia, que ardia en vivas llamas, y se abrasava en incendios, viviendo entre insoportables martyrios su pureza.

A la violencia de este fiero conbate, hecha roca firme, se resistia con tal vigor, que hasta en las acciones exteriores se conocia su interior lucha. Sucedióle muchas vezes verse apretada en acciones de comunidad, y estando para recibir à Christo sacramentado, de quiẽ querian por este medio apartarla los enemigos; pero no lo consiguieron.

Pensó el infierno tener victoria por este camino, y assi, persistió toda la vida en atormentarla, hasta pocos dias antes que murió, estando en la cama hecha vn retrato de dolores. Valióse la Hermana Jacinta en estas ocasiones de la oracion, en que con lagrimas vivas implorava el auxilio divino, que nunca le faltó. Acogiase angustiada à la llaga *del* costado de Christo, donde allava toda su defensa. Poniase bajo el amparo de la Virgen, de quiẽ rehusava su humildad llamarse

marse

marse hija. Invocava al Arcangel S. Miguel, olgandose de ver en los simulacros el modo, con que nos le representan, sugetando aquella bestia soez, y asquerosa à su poderoso imperio.

Vsava rigorosas penitēcias; se dava crueles golpes cō el instrumēto, que primero le venia à las manos; se salia descalça al huerto sobre el yelo de èl Ivierno. En vna ocasiō aplicó à sus carnes vna pala de asquas encendidas, con que se abrasó; para que vn fuego expeliesse el otro fuego mas noscivo, y mas dañoso.

De noche, para que el descuido de èl sueño no diesse lugar al enemigo à alguna acciō menos compuesta, aunque sin voluntad suya, sobre no desnudarse, se ponia en postura penosa, se atava los pies cō fuertes cordeles, y tenia dispuestos vnos lazos, para aprisionar las manos, que apretava, y afiançava con los dientes. Assi se entregava al sueño, que con tales tormentos avia de ser forçosamente corto, y penoso.

Con estas diligencias conservó su alma sin mancilla, y triunfó de todas las asechāzas de los enemigos. Y en esta materia assegura su vltimo confessor, q̄ la trató mas de 26. años, y la confessó de toda su vida, no tuvo el menor desliz, ni falta la mas leve: conservādo aquella feliz alma en su entereza, resplandor, y mas pura hermosura, la preciosa, y rica joya de la virginidad.

CAP. XXXXVII.

SV VLTIMA ENFERMEdad, y dichosa muerte.

LLegó el tiēpo, en que quiso el Señor premiar tātas virtudes, y llevar al descāso de su gloria à esta su gran sierva, tomando vna leve ocasion de aversele torcido vn pie, quedandole algun dolor, de que no hizo caso, ni manifestó la que estava tan acostumbrada à padecer

cer

cer mayores dolores, sin hazer sentimiẽto en lo exterior. Prosiguió el daño hasta venirsele à inchar. Supolo la Prelada, y luego mandó, dispusiessen cama en la enfermeria, y llamó al Medico, y Cirujano.

Entumecióse el pie, y poco à poco se le encãgrenó de suerte, que huvieron de passar à sajar, y cortar muchos pedaços de carne, hasta descubrir desnudo el gueso del tovillo, y parte de la canilla. Al tiempo, que se executavan estos remedios tã violentos, y sensibles; quando pensava el Cirujano avia de prorrũpir en lamentables quexidos, por parecerle eran sobre toda fuerza humana, atẽdia solo la paciẽte cordera al afan de èl que la curava, y salia diziendo: perdonasse el trabajo, que le ocasionava: con tal compassion, que enterneció, y edificó al Cirujano: que lastimado ponia diligencia en vsar toda suavidad, doliendose de verla padecer. Pero no sufria mas la dolencia.

Con esta tolerãcia sufrió las curaciones penosas de muchos dias. A la vehemẽcia de èl dolor, solo se bolvia à Dios diziẽdo: Señor fortalecedme, que soy miserable. Quiso su divina Providencia dar mas lugar, y tiempo; para que con su grãde tolerancia, y resignacion, se acrisolasse su virtud, y aumentasse el tesoro de sus merecimientos. Dilatavasele la vida casi milagrosamente. Abriòsele en bocas el pie por dos, ò tres partes. Dilatóse la llaga de èl tovillo. Passò à incharsele el braço drecho, que huvieron de abrir; y por fin sele comunicò la malignidad al isquierdo de suerte, que era toda vn retrato de dolores. Y en medio de tantas ansias, al preguntarle *como* lo passava? Siempre respondia con voz affectuosa, apacible, y tierna: bien, gloria à Dios.

Como era la enfermedad de

tanto

tanto cuydado, dispuso la providencia de la Prelada, que huviesse otras enfermeras amàs de las ordinarias, para que no la dexassen, ni de dia, ni de noche. Era tal el cuydado de la Hermana Jacinta en obedecerlas, que jamàs hizo accion, que no les pidiesse licencia; hasta para bolverse de vn lado à otro, ò estar en esta, ù aquella postura, diziendoles con rendimiento de subdita: quieren que haga esto, ù aquello? Y avida la licencia, lo executava, y no de otra manera.

Era de admirar las diligencias, que ponia quando la dezian procurasse dormir, impidiendolo la violēcia de sus dolores, y el cuidado en executar qualquier orden, que la imponian las enfermeras. Era muy penoso à su humildad verlas tā aplicadas à su assistencia, y teniendose por indigna, de que en su persona, y por su salud, se hiziessen tantas diligencias: y correspondia con palabras de agradecimiento, y accion de gracias.

El dia antes que muriesse, viendo los dos Sacerdotes, que la assistian, para disponerla, despues de averles gratificado, y rogado à Dios les pagasse su zelo, prorrumpió con sentimientos, y langrimas: Bendito sea el Señor: quien me à ganado à mi tanto bien? Y diziēdole: que se lo avia ganado la purissima Virgen de la Cōcepcion, de quien avia llevado tātos años su santo habito, y divissa, en señal de averle sido hija, reparó: Hija? si, aunque muy mala, y indigna.

Lo que causò en su enfermedad mucha admiracion, es que siendo vna Religiosa, por su sumo retiro, tan poco conocida, que ni algunos de sus parientes se acordavan de q̄ tal Monja huviesse, se divulgò por la Ciudad su dolencia, con tal cōpassion de todos, que no podian

dian dar cabo las torneras, ni reſponder à los muchos, que piadoſos, y compaſſivos venian à pedir de ſu ſalud, y ſolicitar ſu impetracion para con Dios, que ſabe publicar las virtudes de quien aſſi las eſconde.

Proſiguiò la enfermedad deſpues de aver recibido el ſanto Viatico con piadoſa devocion, pidiendo perdon à ſus Hermanas de èl mal exemplo, con que, à ſu parecer, avia vivido. Vn dia mientras la curavã, à la intenſion de èl dolor vehemente, poſtrada ya de fuerzas, le ſobrevino vn deſmayo, en que perdiò el habla, y ſe le retiraron los pulſos. Aſſuſtaronſe las Religioſas, y aunque ſe recobrò, pareciò no dilatar mas darle la ſanta Vncion, que recibiò, reſpondiendo à las letanias, è invocacion de los ſantos, moſtrando vna gran conformidad, y alegria. Repetia con conſuelo: la aguardavan los coros de los Angeles; y como otro Pablo: que deſſeavã eſtar con Chriſto.

Gaſtò algunos dias, en que ſolo para merecer parece le cõſervava Dios la vida, en dulces coloquios con ſu amado, repitiendo varios actos de diverſas virtudes; ſintiendo en eſto tanto conſuelo eſpiritual ſu alma, que bolvia al Padre, q̃ la ayudava diziendole con vehemẽcia de affecto: Dios ſe lo pague. Aſſi eſtuvo haſta el Martes à 10. de Noviembre. Comulgó aquella mañana cõ admirable ternura, y devocion. Apretaronle los accidentes, ſin immutarſe haſta la vna de la tarde: en que, aviendo pronunciado: *In te Domine ſperavi*, que fuerõ las vltimas palabras, que dixo, perdió el habla.

Empuñó por ſi meſma la vela bendita. Dixoſele la recomendacion de èl alma, con aſſiſtencia de todas las Religioſas, en quien eran frequẽtes los ſollozos: y acabada, ſe acabó

la

la rica, y bien tramada tela de tan preciosa vida: bolviendo à Dios aquel espiritu retirado, humilde, modesto, caritativo, mortificado, obediente, pobre, casto, fervoroso, y adornado con el arreo de las virtudes, que todas le perficionaron con excelẽcia; para gozar por eternidades las glorias correspondientes à tan esclarecidos merecimientos.

Este es vn breve resumen de las acciones virtuosas de la primera religiosa de obediencia, que recibió esta gloriosa fundacion, que puede servir de exemplar à las que la sucedan en su habito, y estado. No es decible el sentimiento, y lagrimas, que ocasionó su muerte en aquella santa comunidad: siendo su mayor dolor carecer de aquel espejo vivo de toda perfeccion religiosa.

Quedó su cuerpo tratable. Al jũtarle las manos, por si sin violẽcia se cruçaron los dedos; su rostro tã apacible, y hermoso, que confiesso, que al verle poco antes de darle sepultura: veinte, y quatro oras justas despues de aver espirado, dudè si la avian puesto colores, hasta que advertì no ser postizos, sino los que le comunicavan los meritos de tan santa vida.

Resonó la campana: y con ella se excitó vn vniversal sentimiento en toda la Ciudad; repitiendo todos: ya à muerto la santa. Acudieron muchos, à traer sus rosarios: y hasta que la enterraron, no cessaron de entrar varias cosas de devocion, à fin de merecer el contacto de èl cuerpo de la difunta. Otros pedian alguna cosa de su vso; pero avia muerto tan pobre, q̃ huvo muy poco que repartir.

Lo mas precioso, era vna de las medallas, limitadas en el numero, que el Señor Obispo fundador avia dado, para q̃ sucediessen de vnas à otras, y con ellas ciertas gracias, q̃ avia

impetrado de el Sumo Pontifice, y avia llevado toda su vida la Hermana Jacinta, y con ella avia muerto. Esta cupo por su orden à la Hermana Maria Madalena de S. Geronimo, religiosa de coro, que la admitiò gustosa, sin quererla ceder, alegando piadosamente el derecho, por donde como de justicia le pertenecia.

Solo quedó vna, ò dos camandulas: cuyas cuentas repartió la M. Abadessa, dexando à muchos descontentos. Estos se valierō de èl Sacristā, y el Maestro de obras, que entra à fin de descubrir la losa jaspe, que cubre el Sepulchro, y serrarle despues. Previnoles la devociō de los pretendientes de tigeras: y teniendo ya el cuerpo dentro el vaso sepulchral, dōde le bajan por escalera, que ay formada dentro: miētras las Religiosas desahogavā su dolor entre gemidos, y lagrimas, le cortarō el rosario, algo de èl escapulario, y buena parte de la tunica de èl braço. Con esto pudierō consolar à muchos. Miētras estuvo abierta la rexa, intentó, y consiguió la piedad de vn ciudadano traer vn pintor, que sacasse en papel, por no permitir otra cosa el tiempo, vn retrato de aquel rostro, para trasladar despues en lienzo, y conservar esta memoria de vna religiosa tan exemplar, y de quien se precia ser deudo.

Los pesames de este dia, se convirtieron en alegres norabuenas, y con estas consolaron à las Religiosas; ponderandoles el regozijo, con que devian dar gracias al Señor, por averles quitado de su casa esta alma, para trasladarla al descanso de su gloria; que esta muerte no devia ser sentida con lagrimas, sino celebrarse con jubilos: pues conseguian tener vna abogada en el cielo. El Cirujano, que ya aquel dia no se atrevió à curarla, temiendo no se le

quedasse

quedasse en la cura, les dixo cõ sentimiẽto piadoso, y compassivo, no avia allado igual paciencia en tamaños dolores, como padeció; y que no podia dudar en q̃ estava en el cielo.

En Tortosa, aquellos dias despues de su muerte, todo fuè hablar con veneracion piadosa de las acciones heroicas de la Hermana Jacinta; publicandolas el Señor, y estendiendo su nombre, al passo, que ella avia procurado en vida esconderlas, y ser menos conocida en la tierra.

Assi sabe su divina Providẽcia pagar, aun en esta vida, los servicios de sus siervos. Assi satisface à quien con fidelidad le sirve; entronizando à quien se despreció por su amor. Y si esto passa acà en la tierra; no permitiendo su piedad, queden escõdidos los resplandores de las virtudes: sino que salgan à luz para nuestra enseñança, exemplo, y gloria accidental de quiẽ supo illustrar su alma con tan señalados blasones: que serà en el cielo? lugar dõde Dios à depositado los tesoros, que an de enriquezer à sus siervos; dõde tiene fiel correspondencia cada vna de estas acciones heroicas; dõde està aparejado vn Reyno permanente, para coronar con laureola de immortales glorias las breves fatigas, y momentaneos trabajos de vna corta, y miserable vida.

Quien duda, que logra la Hermana Jacinta los braços de su dulce esposo; gozando para siempre sin fin los deleytes, que le merecieron sus fatigas, sus mortificaciones, su humildad, obediencia, y demàs virtudes. Quiera el Señor la sepamos imitar, para assegurar los premios, que piadosamente podemos creer possee en la celestial Hierusalen.

***

CAP. XXXXVIII.

ESTADO DE EL CONVENto, hasta el año 1648. en que entraron las armas de Francia en Tortosa.

ESTas fueron las religiosas, que Dios escogió para fundamẽto de esta hermosa fabrica, y excelso edificio de su Gloria; por serlo de èl culto, y veneracion de la gracia de èl primer instante de su Santissima Madre. Cõponiase esta comunidad religiosa, el dia, que por medio de la professiõ de las fundadoras se estableció su permanencia, de solas diez:ocho, que professaiõ, y dos novicias, que eran sor Jusepa del Archãgel S. Miguel, y sor Methilde de S. Juan Bautista, que recibió el Señor Obispo Campaña su fundador en el año 46. antes que professasse ninguna, como queda dicho en el Cap. 25.

Perseveraron assi, sin aumẽtar, ni disminuir su numero, hasta el año 48: sustentandose en este tiẽpo de lo que de limosna las provehia cada dia el Señor Obispo, por no tener entonces otra renta, ni otros haveres, que vn huerto, que trajo en dote al Covento sor Margarita de la corona de Christo: y aun este no le administravã las religiosas; porq̃ queria su fundador, estuviessẽ libres de agẽcias, y cuidados de lo temporal: para quedar assi cuidadosas solo de servir à nuestro Señor, y à su Madre Santissima. Tenia para esto gruessas cantidades depositadas, parte dentro de la clausura, dedicadas à fundar renta competente; y el zelo de assegurar sus annuos reditos, le hazia esperar ocasion oportuna. Detuvo tanto esta diligencia, que, entrando el Francès à saco la Ciudad, se perdió todo, dexando à su Illustrissima en suma pobreza, desterrado de Tortosa, y à las religiosas en imponderable necessidad.

Pocos dias antes, que sucediesse

diesse esta desgracia, movió Dios el animo de vna donzella de 13. años, llamada Maria Miró, hija de Joseph Miró, y de la señora Candida Ferrãdo, personas acreditadas, de buena sangre, y assistidos de bienes de fortuna, vezinos, y ciudadanos de Tortosa.

Llamóla Dios à la santa Religion, donde fuè admitida cõ comun consentimiẽto, y gusto de todas, à primero de Junio de este año de 48. Es el dote tassado en este Convento, que deven traer las de coro seisciẽtos escudos de plata: siẽdo viudas llevan ochocientos. Amàs de este le sobrevino despues vn legado de mas de ciento, y sesenta, y seis escudos, y vn censal de propriedad de setenta, y tres, moneda todo de plata, que cedió à favor de èl Convento, en que fuè su biẽ hechora. Llamóse esta niña en su ingresso, Theodora de èl Espiritu Santo, hizo su professsion à 24. de Octubre de 1651. vive al tiempo, que esto se escrive, aviendo ocupado varios cargos, y entre otros el de Vicaria de èl Convento.

En 15. de Julio del mesmo año, estãdo ya la Ciudad en poder de Francesses, entrò Maria Torres, Hija de Padres honrados, y virtuosos, mas ricos de virtudes, que de bienes de fortuna. Llamòse su Padre Miguel Torres, mercader en el exercicio, y Maria Torner la Madre: de cuya virtud se tuvo tan alto concepto, que se assegurava, aver sido visitada, y con frequẽcia favorecida del gran Patriarca S. Ignacio, y de la santa Madre Theresa de Jesus: favores, que le mereció el exercicio de sus muchas virtudes. Era entre otras muy señalada, el que, como otra santa Francisca, iva pidiendo de puerta en puerta por Dios.

De tan buenos Padres naciò esta niña. Criarõla con la leche

de

de la piedad, muy recatada, y honesta. Era de linda disposició, y agraciada en todas sus acciones. Once años tenia quando se ofreciò à Dios en la santa Religion, donde professó à 25. de Abril de èl año de 1654. y se llamò Theresa de Jesus, en cuya devoció la avia instruido su buena madre desde sus primeros años.

Fuè muy caritativa, y humilde. Empleola la obediencia, atendiendo al asseo con que disponia las cosas, que estavan à su inspeccion, en el officio de Sacristana, que exercitò con notable providencia, y caridad.

Previniēdo estava las alajas necessarias para disponer, y adornar el monumēto en cōpañia de otras religiosas, quando percibierō tres fortissimos golpes, q̃ las asustò à todas. Animòlas sor Theresa, diziēdolas: era aviso para ella. Pidiò luego al confessor, à quien significò tener cerca su Jornada, y que desseava disponerse para ella. Hizo muy de espacio vna confession general: y de alli à quatro dias cayò enferma de dolor de costado. Recibiò todos los sātos sacramentos muy à tiempo, y estādo muy en si. En la vltima agonia advirtiò el P. M. Salvàt algunos visajes en el semblante, que denotavan alguna lucha interior. Entonò el religioso la voz, con aquellos actos mas proporcionados à vencer las astucias del enemigo en aquel peligroso tranze; con que la sosegò, y restituyò à su primer quietud, y paz: y con ella diò el espiritu al Señor Sabado à 23. de Abril de èl año de 1661. Asegurò su cōfessor, que la cōfessò de toda su vida, que en toda ella no avia perdido la gracia Bautismal.

Al ingresso de sor Theresa de Jesus, sucediò, tres dias despues, el de vna niña de ocho años, llamada Angela Fōtanet, hija de Francisco Fontanet de

Que-

Quexalos, y de la señora Rufina Segarra, naturales de Tortosa, bien conocidos por su calidad, y meritos. Llamòse Angela de S. Joseph, professó en 12. de Deziembre de 1656. vive oy ocupando el cargo de Vicaria del Convento. Dio vn huerto, que oy llaman de S. Joseph de mas de ocho jornales de tierra bien plantada; y en diversos censales mas de mil ducados de plata: en que es bien hechora de èl Convento.

CAP. XXXXIX.

VIDA DE SOR MARIANA de S. Ioachin.

EN 25. del mesmo mes, y año fue admitida Doña Mariana Sentis, donzella de edad de 15. años, señora de mucha calidad, dotada de singulares prendas de discreciõ, y hermosura, hija de D. Antonio Sẽtis, y de Doña Theodora Fortuño, de la villa de Arnes, Obispado de Tortosa. Despues de aver criado sus Padres à esta señora con aquella educacion, que su christiandad, y muchas obligaciones requerian, la significaron el desseo de tenerla religiosa en el Convento de la Concepcion: inclinandoles à ello el buen nombre, que por todo aquel contorno se divulgava de las Monjas de esta santa clausura.

Resistiose Doña Mariana, inclinandose mas à ser religiosa de S. Juan; à traida de la aficiõ de dos tias, Hermanas de su Padre, que viviã en aquel religioso Convẽto. Consultò D. Antonio este negocio con sus dos hermanas, y las dos cõ impulso superior fueron de sentir, y le aconsejaron, prosiguiesse en su assumpto, y la inclinasse à ser monja de la Concepcion; y entre tãtos para tenerla mas guardada en tiempos tan peligrosos de los disturbios de las guerras, la trajese al Convẽto de S. Juã, de donde à su tiempo la podria trasladar al de la Concepcion.

Assi

Assi se hizo. Reduxeronla à entrar, si bien con poco gusto suyo, y con el mesmo se allò todo el tiempo de èl noviciado, aunque cumpliò con exaccion, y observancia cō todas las obligaciones, en q̄ la avia puesto aquel estado. Antes de professar, allandose con el mesmo disgusto, descubriò su pecho, y consultò su duda à su Padre espiritual, que era el R. P. M. Salvàt, à quien vivió sumamēte rendida, y obediente: con el conocimiēto del talento superior de este gran Maestro de Espiritu, que lo mostró en esta ocasion. Aconsejóla, que no obstante su desazon, professasse, que tenia por cierto, le daria Dios mucho consuelo, y que avia de vivir contentissima en la Religion.

Rindiòse la verdadera obediente; y sugetandose al sentir de èl q̄ en lugar de Dios governava su alma, hizo Professión solēne à 29. de Enero de 1651. y se llamó sor Mariana de san Joachin. Emprendió ya professa vna vida devota, religiosa, y mortificada, siendo de notable exemplo en sus acciones, à toda la comunidad: aunque en lo interior siēpre perseverava descontenta, hasta que, à poco tiēpo, aviendo traído de Barcelona la santa Imagen del Crucifixo, que oy tienen las religiosas en su Iglesia, y bajando toda la comunidad à recibirle, le entraron en la clausura. Descubrieron, en aquel divino simulacro, vna representaciō de los dolores mas vivos, y llagas, q̄ nuestro Redētor padeció en su passion santissima; de q̄ enternecida sor Mariana, se estuvo toda la noche en profunda meditacion; sin poder apartar los ojos de aquel Señor, que tan de su volūtad avia sacrificado todo su cuerpo entre tan atroces tormentos, en las aras de vn madero.

Cada llaga, que veía, era vn dardo,

dardo, que heria su espiritu, y cada cicatriz, vn rayo, que comunicãdo luzes à su alma, inflamava su voluntad. Habló este Dios con sentimientos interiores al coraçon de su esposa, increpãdo la tibieza, y disgusto, con que se avia clavado en la cruz de la religion, donde la queria, para que le hiziesse cõpañia; condenando la desazon, con que se avia sacrificado en las aras de este incruento sacrificio.

Tales fueron las luces, que aquel Dios comunicò à esta dichosa alma, que desecha en lagrimas, se ofreció de nuevo cõ mas veras, que nunca, experimẽtando tanto consuelo, y tãto gusto en su estado, q̃ jamàs en adelante se alló con desazõ, ni el menor resabio de arrepẽtimiento. Ya todo le era deleytoso, dulce el retiro, suave la penitẽcia, apetecible la sugeciõ, dilatada, y libre la estrechez de tan estremada clausura, aplicada à todo lo que era obedecer, humilde, rendida, modesta, penitente, mortificada, benigna, afable, amorosa, y caritativa con todas.

Dieronla el oficio de enfermera: para el qual se reconocieron en su trato, y afabilidad relevantes prendas. Exercitóle con indecible caridad, y grande amor à las enfermas: à quiẽ consolava, y alẽtava en las molestias de sus accidẽtes. Sirviẽdo en cierta ocasion à vna tisica, que arrojava por la boca vn hediondo podrido humor, hechò en presẽcia de la enfermera copia de podre, cuya vista le rebolvió el estomago, ocasionandole algunos ascos, que la impelian à retirarse. Corrióse sor Mariana: y bolviendo contra si, reprehendiendo su poca mortificacion: para castigarla, haziendo de si misma el mas heroico vencimiẽto, se arrojó à chupar aquella materia asquerosa, y hedionda; conservando,

la en la boca, hasta que vió vẽcido el asco, y su repugnancia.

Esta, y otras insignes obras, que acreditaron su virtud, y adelantados talentos, movieron à los Prelados, poniẽdo en ella los ojos para el govierno. Hizieronla Vicaria del Convẽto; pero queriendo Dios darle el premio de sus virtudes, le embió vna enfermedad, que la purificó, teniendola vn año en cama; en que dió muestras de su paciencia, y mucha conformidad en la divina voluntad. Cõ ella le alló su vltima ora: en q̃ recibidos los santos sacramentos, dió el espiritu à su criador Jueves santo à las dos de la mañana, que fuè aquel año à 10. de Abril de 1664.

C A P. L.

VIDA DE SOR CANDIDA de la Assumpcion.

ESte mesmo año, el dia 15. de Agosto fuè recibida la Hermana Candida de la Assumpcion, hija de Onofre Bonifaci, cirujano, y de Luisa Trabal, de edad de treynta años. Fuè casada con Pedro Escovar; y assi en este estado, como en el de donzella, dió buẽ exemplo. Solo le notarõ, gustava mucho de engalanarse, y de ser bien vista, y estimada. Tuvo siempre grãde amor à las religiosas de la Concepcion; y amasandose en su casa el pan para el Convento, jamàs quiso interviniesse la criada, que tenia, sino que por sus mismas manos le amasava; y coçido cargava con èl, y le llevava de su casa al Convẽto.

Ya en este tiempo fuè muy caritativa, dando con frequencia dinero à sus hijos, y deudos, para que lo repartiessen cõ los pobres. En cierta ocasion acudió à su casa vn hombre huyẽdo de la justicia, y ella movida à compassion, en puesto arto arriesgado, le supo escõder desuerte, que no le pudierõ allar. Muerto su marido, se pudo exercitar con mas libertad en

obras

obras de piedad cō los pobres, enfermos, y neceſſitados. Quiſo Dios pagarle ſu mucha caridad, llamandola con efficacia à la ſanta religion; y aunque de lo ſuyo, y de lo que le dexó heredera vn ſu cuñado, tenia baſtante dote para Monja de coro, por mas que ſe lo rogaron, no pudierō conſeguir de ſu humildad, que dexaſſe la pretenſion, que avia emprendido de entrar para Freyla.

Luego, que entrò en el Convento, intimó guerra à ſus paſſiones: proponiendo vencerſe en todo, negādo ſu propria voluntad. Por lo mucho, que en el ſiglo avia guſtado de engalanarſe, procuró, en ſatisfaccion, veſtirſe viliſſimamente, y con notable deſaliño, tomando para ſi lo mas remēdado, deſpreciado, y pobre: y ſi llevava algo, que no lo fueſſe, lo veſtia de ſuerte, que cauſava riſa, y deſprecio mirarla: ocaſionando en ſu eſpiritu mortificado mucha alegria el verſe deſpreciada, y vilipendiada de todas.

Eſtando para entrar en alguna funccion de comunidad, en que las religioſas tiēden el habito, que llevan entre dia recogido à la cintura, al deſplegarle, dexava caer algunas peras, ò mançanas, que avia tomado à eſte fin: y deſpues de èl corrimiento, que allì padecia, ſe las prēdia al cuello, y aſſi iva al refitorio, donde poſtrada dezia la culpa, llamandoſe goloſa, y poco mortificada: motejādoſe cō eſtos, y otros oprobrios. Quando la deziā alguna palabra peſada, ò de deſprecio, en qualquier materia que fueſſe, ſiempre reſpondia con ſoſſiego, y paz de ſu eſpiritu: buen amor de Dios, que yo tuviera. Lo meſmo hazia, quādo alguna ſe querellava de otra religioſa: con que evitava la platica, y dexava enſeñada à la que en ella la ponia.

Macerava ſu cuerpo con penitencias;

nitencias: siendo muy frequẽte en las de èl refitorio. Llevãdo vn dia la cruz con grande espiritu, y devociõ, vió à Christo cargado con ella, que guiava sus passos. En vna ocasion, en que, descuidãdose de su ordinaria respuesta, le pareció avia deslizado en vnas palabras menos atentas, llamó à vna religiosa, con quiẽ tenia hechos algunos contratos espirituales à fin de grangear los logros de la gracia, y hizo, que con vna piedra le diesse tãtos golpes en la boca, que bastaron para ensangrẽtarle los labios. Por menores descuidos se imponia otras penitẽcias. Recibia de agena mano sangriẽtas diciplinas: y ella vsava de rigorosos instrumentos, quando se exercitava.

Sorbióse en vna ocasion, el bomito asqueroso, q̃ avia arrojado por la boca vna tisica: vẽciẽdo assi la repugnancia, que sentia de llegarse à assistirla. Su sueño, sobre ser corto, iva acõpañado de alguna mortificacion; y no pocas vezes se acostava con vna corona de espinas en su cabeça.

Por algunas devidas atenciones la eximieron las Preladas de assistir la semana, que le tocava, à la cozina: y viendose frustrada de servir por este medio à las religiosas, meditò modo de compensarlo, consiguiẽdo licencia de tañer à Maytines: empleo à que acudió con suma puntualidad hasta la noche de èl dia en q̃ muriò. Hazia, además de esto, con sũma exaccion todos los oficios, que tocan à las de obediencia: siendo ellos tantos, q̃ muerta la Hermana Candida, y repartidos entre muchas, ay no poca dificultad en poder cumplir con todos.

En medio de tãtos empleos, y tan continuas ocupaciones nunca faltò à los exercicios de comunidad: singularmẽte à las dos oras de oracion, à que era muy

muy aficionada, dando à este santo empleo, despues de aver cumplido con los demàs, todo el tiempo, que podia.

Era muy alegre, y apacible; mostrava esta alegria singularmente en los dias de pasquas del nacimiẽto, de que era muy devota; y gustava mucho, que las religiosas las festejassen cõ regosijos. Quãdo amassava para estas fiestas, sazonava alguna porcion de massa, y formava varias cosillas, que dava à las novicias, para que estas las presentassen al niño Jesvs.

No pudiẽdo el comun enemigo tollerar semejante fervor de vida: atormentavala cõ frequentes apariciones en varias figuras; como de ratones, y otras asquerosas savãdijas: Vna vez la quiso ahogar; diò gritos, llamando quien la defendiesse: dexola luego, y las religiosas creyeron avian sido las vozes en la calle: mas aunque por entonces no se supo de quien erã, manifestolo, despues de muerta, su confessor; el qual como noticioso de la conciencia de la Hermana Candida, dixo, ser esta vna de las almas mas agradables à Dios: y que à fin de atormentarla eran en ella tan continuas las visiones de los demonios, como en los hombres vernos vnos à otros.

Finalmente, aviẽdole sobrevenido vna enfermedad peligrosa, aunque por no ser conocida, dava no mucho cuidado, agravòsele. Cierto dia, pareciẽdoles era medio proporcionado darle alimento, mientras se acudia à las demàs diligẽcias; y aunque conocia la verdadera obediente, que aquel alimento era mas proporcionado para quitarle la vida: aviendole mãdado le tomasse; le tomò, sacrificando su vida à la obediencia: y luego muriò, dexãdonos en vida tan exemplar vna gran seguridad de q̃ goza el premio de sus trabajos. Muriò Martes

à 4.

à 4. de Enero del año de 1667. Fuè su muerte muy sentida de todos, y bien sensible su falta, por lo mucho, que con su trabajo, y aplicacion assistia à toda la comunidad.

Estas eran las religiosas, y este el estado, en que se allava el Convẽto el año, que se perdiò Tortosa, y la ganò el Francès; en cuyo acontecimiẽto, y fatal desgracia de toda la Ciudad, fuè singularissima la providencia de Dios para con sus religiosas; pues siendo assi, que no ignorava el enemigo, que este Convento era el padron de su afrenta, fundado en memoria de su desgracia, y descredito, con que se huvieron de retirar sus armas el año 42, sin poder enseñorearse de vna Ciudad desprevenida, abierto el muro en disforme brecha: y por consiguiente parece avia de tirar à borrar estos recuerdos, de que teniã artos recelos las religiosas, no solo las respetaron, sin quitarles cosa alguna de su casa, y clausura, que fuè abrigo de las demàs religiosas de los otros Conventos, sino que por medios admirables estuvieron assistidas, y abundantemente socorridas de todo lo necessario; aumentandose el numero aquel año en cinco, ò seys religiosas, que quedã referidas: para que se vea quan à la letra cũple Dios sus promessas, y quan cierto es: no à de faltar el sustento material, à los que con amor, y temor le sirven; buscãdo en primer lugar su reyno, y su justicia.

CAP. LI.

ENTRAN LAS ARMAS de Francia en Tortosa, y lo que en el Convento sucediò.

CONservavase esta fidelissima, y Exemplar Ciudad por los años de 1648. en la obediencia de su legitimo Dueño, y Señor. Y apoderada Francia de lo restãte de èl Principado, no perdiò las esperanças de cõ-

quistarla

quistarla con sus fuerças. Resuelto à invadirla, meditó la mas cautelosa prevencion, que pudo idear. Adelantó à principios de Junio parte de las tropas destinadas para esta empressa; cõboyadas entonces de èl Tiniente General Monsiur de Merci, y de èl Maesse de Campo General D. Joseph de Dardena.

Miercoles à diez de dicho mes tomaron los puestos, ocupando todo el llano de la otra parte de èl Rio hasta el puẽte, que llaman de èl Alcanter. Pocos dias despues llegó el Duque de Luì General de èl Exercito con lo restante de la gente, que entre toda serian: tres mil cavallos, y de diez à once mil infantes; y al mesmo tiempo llegaron 16. cañones de batir; parte por tierra, y parte por mar.

Toda esta prevencion dava algun cuidado à los Ciudadanos, aunque vivian animosos con la confiança de que los q̃ se supieron defender allandose desprevenidos, sabrian rechazar al enemigo, allandose con prevencion, y sobre aviso.

Dia diez de Julio se plantò vna bateria de tres cañones en el mõte, que cae à las espaldas de èl Convento de Capuchinos, y otra con mas en vn huerto cerca. Comenzaron, y prosiguierõ à batir la Ciudad, sin cessar dia, y noche; hasta el dia doze; en que, quando mas descuidados estavan, y menos recelosos de que tal sucediesse, al pũto de èl medio dia, se vieron los nuestros dominados, y ocupada la Ciudad por los Frãcesses, entrandola por aquella parte, que hazia frente à sus baterias.

El modo, con que se introduxeron, se cuenta con variedad. Lo mas cierto es, que aviẽdo cegado los nuestros el portal de la Ciudad hasta mas de medio con cantidad de tierra,

tocó

tocó vna bala de las baterias fronteras à lo ſuperior de la puerta, y deſtroçandola, abriò baſtante ventana en ella, por donde introducido el primero de los Frãceſſes, y allando poca reſiſtencia, porque nueſtro Governador avia hecho acudir à otra parte, donde al parecer queriã enveſtir, toda la gẽte, que guardava aquel pueſto, ſe introduxeron facilmente otros, que à toda diligencia deſembaraçarõ el paſſo, y le franquearon à las tropas enemigas. Bajaron eſtas à la plaça, que llaman de la Ribera: donde las vieron eſquadronadas los que de la otra parte de èl Rio tenian atacado el Baluarte de èl puente.

Aquî comenzò la confuſſiõ de los nueſtros, viendoſe tã repentinamẽte dominados. Dexan los pueſtos, y ſolicitan buſcar refugio, donde ſalvar ſus vidas. Retiranſe, las mugeres à la Igleſia mayor; dexando las religioſas de S. Clara, y las de S. Juan ſus convẽtos; muchos al caſtillo; acudieron otros à eſconder, ſin poderlo conſegir, lo mas precioſo, que tenian en ſus caſas.

Fuè el primer cuidado de èl Duque de Luy, q̃ ocaſionado de la gota huvo de entrar en la Ciudad en vna ſilla de manos, mandàr à los Oficiales, ſe apoderaſsẽ, y defẽdieſſen las puertas de la Igleſia mayor, antes que la inſolencia de la milicia, poco ſugeta en eſtos lances, tuvieſſe lugar de ſaquearla, ni dañar à las mugeres, que allî ſe avian retirado. Fuè meneſter todo; porque acudiẽdo muchos de los ſoldados à las puertas de la Igleſia, donde eſperavã mayores intereſſes en el pillage, viendolas ocupadas, hizieron fuerza; y porfiando vno cõ ſobrado ahinco, y oſadia, le diſparò vn catalan, gran ſoldado como cavallero vn piſtolete, y le dexò tendido: ſirviendo de

eſcar-

escarmiento à los otros, que luego desistieron.

Al mesmo tiẽpo; puesta toda la milicia en desorden, entraron aquellos lobos avarientos à hazer exorbitantes estragos en las casas, q̃ estavan opulẽtas, y llenas de riquezas; quitando la vida con alevosia, y crueldad, à los que veían querer executar la menor señal de resistencia, ò defensa. Vieronse los Ciudadanos en breve tiempo, arrojados de sus casas, y desposseìdos de sus bienes: sin tener algunos con que cubrir su desnudez. Toda la Ciudad era vn espectaculo de horrores; sin sentirse mas, que lamentables gemidos, è inconsolables sollozos de grandes, y pequeños: quedãdo todos en estado de la mas misera pobreza.

Aquî sucediò, que aviendo el Señor Obispo Campaña dado orden de retirar, y esconder à toda prissa en mejor puesto buenas cantidades de dinero, q̃ tenia guardado à fin de dotar el Convẽto, fundando à las religiosas algunas rentas, dió en el camino en manos de la avaricia de los soldados; y lo restãte le saquearõ: cõ q̃ se perdió todo: acontecimiẽto, que puso en peligro de deshazer la fundacion. Pero, ya que Dios la conservó, an quedado siempre las Religiosas menesterosas, y con la pension de aver de aplicarse al trabajo de sus manos, para alimentarse.

Vióse en este dia estar persistente en las fuertes Tortosinas aquel antiguo corage, con que en otro tiempo, à fuer de valiẽtes Amazonas siempre invencibles: aviendo conocido el manifiesto peligro, con que estava su Ciudad, sitiada con grande aprieto de vn numeroso exercito de Moros, que la conbatian: salieron de comun acuerdo armadas, y esquadronadas à envestir al enemigo; que, viendolas hazer frente, se

aterró desuerte, q̃ se viò obligado à levantar el sitio, y retirarse, dexando libre la Ciudad: por lo qual se les concedieron singulares Privilegios. Conservase aun vn trage en la toca à modo de peto, y espaldar, como divissa de aquel trofeo.

En esta ocasion no menos animosas, aunque no se armaron, ni salieron; porque mas presto experimentaron el daño de la Ciudad, que temieron el peligro, mas emplearon su valor, que fuè bien menester, en defensa de sus personas: calificando con claros testimonios el buen nõbre, que por su mucha honestidad, y decencia tienẽ grãgeado las Matronas Catalanas; porque desprevenidas, no pudiẽdo todas acudir luego à refugiarse à la Iglesia, quãdo lo intentaron, dieron algunas en manos de los soldados; de quien defendieron su honor, haziẽdoles vigorosa resistẽcia.

Vna señora, que casi arrastrando sacaron de èl azaguan de su mesma casa, envestida en medio de la calle de dos infames, que à vn tiempo la intentaron violentar, se defendió de los dos: haziendo armas de las vñas, y de los dientes con tal valor, que cansó la fatiga de entrambos: tanto, que corrido el vno de ellos, de verse assi *vẽ*cido de la flaqueza de vna muger; añadiendo nueva infamia à su desdoro, levantó el gatillo à vna caravina, y se la disparó à los pechos. Viviò algunos dias; por fin muriò de la erida; pero muy contenta de aver sacrificado su vida en defensa de su honor.

Otra, llamada Frãcisca Prades, perseguida de otros, no pudiẽdo passar à la Iglesia, ni defẽderse en otro puesto, se entró en vna de aquellas casas, cuyas ventanas caen al Rio, y hech*ã*dose el rosario al cuello, se arrojó à las aguas: queriendo antes verse sepultada en la pure-

za

za de sus ondas, que amancillada su honestidad con la torpeza de èl vicio.

Otra, muger de vn cortante: que, viviendo en vn barrio tan retirado, como es el q̃ llaman el Replà, ò por no saber lo que sucedia, ò por no parecerle tan proximo el riesgo, se estava en su casa: se viò allî acometida de vn soldado Esguizaro. Peleò con el à braço partido, hasta que acudiò otra de èl barrio. Armose esta à si, y à la que conbatia, con los cuchillos de su oficio, hechos à degollar brutos, y con ellos degollarō entre las dos al que pretendia ser ladron de su honestidad.

Es entre otros, muy singular el caso, que sucediò en la capilla de santa Candida, que està en los claustros de la Seo, cō vna dōcella de 15. años, que oy vive. Batallò esta, por mucho rato, con vn soldado. Defendiose de èl, à que le ayudavan varios fardos de ropa, que aviā traido à aquel puesto; escondiēdose entré ellos, ò haziēdo broquel quando se desprendia de entre sus manos. Tanto persistiò el infame invassor, y tāto se conservò en su defensa la zelosa de su honrra, que, no allando otro remedio, se abraçò con el para empuñar el espadin, y arrancandosele de èl lado, libre de la vayna, le presentò la punta al pecho, con amenaza resoluta de atravesarle, si se le acercava. Hizo diligencias para ganarle la guarnicion; pero la necessidad, y zelo de defender su honestidad le dierō tales liciones de esgrima, y la sacarō tan diestra, que nunca pudo burlar su cuidado; con que acudiendo otra gente, huvo de desistir; dexando el campo de la vitoria por la doncellita, que se llevò por trofeo la espada de èl vencimiento. Ay otros casos muy singulares, que omito por no dilatarme, no siendo este mi principal assumpto.

Mientras sucedian estos fatales acontecimiẽtos en la Ciudad, donde vivia la confussion, y dominava el furor, y la avaricia, que no perdonò à lo sagrado de los templos; sin dexar cosa, que no arrebatasse su furia, se estavan las religiosas de la Concepcion en su encerramiento, recogidas en el coro, abraçadas con Christo crucificado; poniendo su cõfiança en aquel Señor, mas que en otro socorro humano.

Desde allî sentian el tropel de la gente, el grito, y voceria de los soldados, los gemidos de tantos miserables, los llantos de las mugeres, y los alaridos, que por vna, y otra parte heriã sus oidos, y atravesavan sus coraçones. Y con la aprehencion de que aquel Convento avia de ser donde avia de desahogar la crueldad su furia, aguardavan por puntos la muerte; y deshechas en lagrimas, pidiã à Dios, y à la Virgen socorro: quando percibieron, llegava ya à sus puertas el tumulto. Creyerõ los soldados, al verlas tan cerradas, encontrar grandes thesoros. Embisten con furia à romperlas; y al quererlo executar, se alló en sus lindares vn hombre de aspecto hermoso, alto en la estatura, y muy galan en el traje, que con la espada en la mano defendió mucho tiempo la puerta. Creyeron ser alguno de los Capitanes Franceses, que, sabiendo ser aquel Convento de religiosas, quiso de su volũtad oponerse, y defẽderlas; pero, passado este tumulto, hizieron las Monjas vivas diligencias para buscarle, y agradecerle el agasajo, y en todo el Exercito no se alló quien diesse noticia de tal Capitan, ni que huviera avido en el, en mucho tiempo, hombre de tales señas.

Valieronse de èl Racionero Raymundo Oller, que era Mayordomo de èl Convento, y

avia

avia visto al dicho Cavallero cō la espada en la mano defendiendo la puerta, y assegurava le conoceria, por ser de singulares prendas en lo exterior; pero nunca pudo dar con el, ni quien le diesse noticia de averle conocido. De donde piadosamente creen, fuè el Archangel S. Miguel, Patron, que es de aquella casa, de quien an recibido las religiosas muchos beneficios en su favor, y assistencia.

Mientras durava esta contiēda; persistiendo los soldados en querer romper, y aquel Capitan en estorvarlo, venia de la Iglesia mayor vn Clerigo, llamado Mosē Gaspar Calduc sobrino de sor Maria de la Cruz; y viendo la muchedumbre de gente, y recelando, que si abrian las puertas con violencia, no diessen aquellas mansas ovejas en manos de los lobos carniceros, discurriò, y buscó remedio.

Advirtió salia de la Iglesia de la Compañia el Maesse de campo Monsiur de Mersi. Acudiò, representādole con lagrimas el destrozo, que executaria la licencia militar, si entravā en aquella clausura; donde avia pocas Monjas, y menos haveres; y que, por lo menos, acudiesse à impedir, no se intētasse hazer daño en sus personas; y en fin, que fuesse amparo de aquellas siervas de el Señor, esperādo retornarian en oraciones delante de Dios el beneficio, que de su piedad, y amparo recibiessen.

Movióse con estas razones el Maesse de Campo; acude; māda despejar la puerta; da ordē, que abran; interponiendo graves penas al que se atreviesse à passar los lindares de la clausura. Llamò Mosen Calduc, y conociendole, respondieron de dentro mas cō gemidos, y llantos, que con los accentos. Animólas, diziendo: abriessen sin temor. Bajan algunas con sus velos, y cubiertos sus rostros, abrieron: manifestandose à los

presentes

presentes aquel coro de casta beldad, lleno de tal compostura, honestidad, y modestia, que, à pesar de èl furor, que ocupava el pecho de los soldados, enternenció sus coraçones; de suerte, que Monsiur de Merci no pudo con espectaculo tan piadoso reprimir las lagrimas, que destilaron de hilo à hilo sus ojos. Detuvose algun tiempo, cõtemplando aquel retrato de èl cielo, que en la decencia, y cõpostura de aquellas religiosas se le representava; y por fin mandó, que aquella casa estuviesse preservada à toda invasion, y que nadie se atreviesse à vsurparles la menor alaja, ni ocasionarles la menor molestia.

Mandòles cerrar sus puertas: dexando dos cavalleros del habito de S. Juan para su guarda; los quales en sintiendo algun ruido, acudian à obviarle, y representar el orden, que avia. Portaronse estos cavalleros con tal modestia; y avian concebido tal respeto, y veneraciõ à las religiosas, que, bajando vno de ellos muy fatigado de encima de vna tapia, ofreciẽdole vna Monja vn pañuelo, para enjugarse el sudor, no le quiso admitir: mostrando en las acciones, no dignarse de aplicar à su rostro alaja, que le ofrecian manos tan religiosas, que tanto reverẽciava. Por este camino favoreciò Dios este Convento, sin que se le hiziesse el menor daño, ni experimẽtasse el menor infortunio; ni en adelante les faltò lo necessario; como veremos.

CAP. LII.

PROSIGUE LA MATEria de èl passado.

SEguras ya de èl daño, que tanto temian las religiosas, dieron gracias al Señor cõ humilde reconocimiento de lo mucho, que favorece à los que ponen en èl su confiança. Desde entonces prosiguen todos los años en repetirlas; haziendo

do memoria de este beneficio; celebrando aquel dia: en que despues de la comunion, indispensable en todas, se emplean en agradecer al Señor aquel favor, que fuè singular; pues en daño tan comun: en que todos los Convẽtos, sin eximirse los templos, y todas las casas de la Ciudad, exceptando la Residẽcia de la Compañia, por la cõtingencia de averse entrado en ella Monsiur de Merci, quedaron del todo despojados, y los mas poderosos mas, fuè providẽcia del Señor especialissima averse librado, y quedar sin daño alguno estas señoras.

Por la mañana de èl dia siguiente, no aun saciada la avaricia, durava la invasion. Se estavã las religiosas de santa Claro, y de S. Juã en la Seo, cõ muchas de las señoras de la Ciudad, que para estàr mas defendidas se vistieron, las que pudieron, habitos de Monjas. Y à fin de no estàr entre tanto tumulto de seglares, tomaron acuerdo de retirarse jũtas à vna capilla. Buscaron para esto las de la Concepcion, para vnirse con ellas; creyendo aurian dexado tambien su clausura. Pero, sabiendo no se avian movido, y la buena fortuna, que en tan comun infortunio logravã, resolvieron ir à abrigarse à su Convento; y desde luego buscaron quien las acompañasse.

Al mesmo tiempo, sabiẽdo las Monjas de la Concepcion, que las dos comunidades se avian retirado à la Iglesia mayor, donde estavan con la aflicion, y necessidad, que se dexa ponderar; sin aver tenido que comer desde que començò à entrar el enemigo: discurrian, movidas de compassiõ, medio de embiarles, siquiera algunos panes, para socorrerse por entonces. Pero aun esto no fuè possible: porque todos convenian, en que, si no los soldados, los mesmos de la tierra, constreñidos

treñidos de la hambre, arrebatarian qualquier cosa, que pudiessen aver, por ser en todos comun la miseria, y necessidad.

Estando en estos caritativos cuidados, las sintieron llamar à sus puertas, que alegres las abrieron, dandoles entrada por ellas à su clausura, y por los braços al coraçon. Renovarõse allî los sentimientos, y las lagrimas, que enjugarõ como pudierõ; y luego mandò la Madre Abadessa, se les dispusiesse para todas cena de lo mejor, q̃ avia en casa. Sentadas todas à las mesas de su estrecho refitorio, que entonces ensanchó la caridad, tomaron refeccion, de que venian bien menesterosas. Quedaron allî aquella noche; y à la mañana, sossegado el tumulto, y retirados los soldados, pudieron bolverse cada vna à su Convento; disponiendolo assi el Prelado.

En lo q̃ temieron padecer las religiosas, fuè en poderse alimentar: porque el dinero de èl Señor Obispo se avia perdido; y su Illustrissima despojado de sus muebles, se huvo de retirar desterrado à Morella. Las pocas rentas, que entonces teniã, no se cobravan. Pero, puesta su confiança en aquel Señor, que hasta entonces las avia defendido, y conservado; y que con su alta providencia dà de comer à las aves del ayre; ni dexa perecer las menudas ormiguillas de la tierra, no les faltó, cõ abundancia, quanto huvieron menester; porque los mesmos Francesses, de su motivo, les señalaron cada dia suficiẽte pan de municion; y para que este no les faltasse, movió Dios el animo de èl Marquès de Montpullar Mõsiur de la Força, nieto de èl Mariscal de la Forsa, que se aposentó en la casa frontera al Convento.

Este, aunque grande Herege, edificado de la estrecha clausura, y puntualidad al coro, à la

oracion,

oracion, y demàs exercicios, que la cercania le hazia saber, sin buscarlo, movido à piedad, (q̃ à los mas duros, y obstinados movierõ siempre los buenos exemplos) tomó muy à su cuenta solicitar no les faltasse. Iva de quãdo en quando à hablarles à la rexa. Averiguava si eran puntuales en traer el pan señalado, y si avian menester otra cosa. Davales dinero, y embiava algunos regalos. Significaronle, que algunas señoras ancianas, no podian comer aquel pan por su calidad, y dureza. Luego agenciò, les diessẽ en arina la cantidad correspõdiente, para que dentro se lo amasassen à su gusto. Iva algunas vezes al torno, y bolviẽdo, sin hablar, la rueda, allavan las Torneras, sin saber quiẽ lo dava, algũ doblon. Despues averiguavan ser el Marquès. En otras muchas ocasiones, que esto sucedia, no supieron quiẽ, ni por dõde les proveìa Dios.

Las alajas mas preciosas, y ropas de mas valor, que los soldados tomavan en el saco, no teniẽdo donde assegurarlas, las fiavan à las religiosas. Entró muchissima ropa, y otras pressseas de gran valor. Fueron estas tãtas, que pudieron retirar, y escõder muchas; otras no pudieron, otras no quisieron llevar, ofreciẽdolas à las Mõjas. Quedó en el Convento grãdissima abundancia de prendas, en todo genero, que despues, averiguados sus dueños, restituyeron, sin quedarse cõ cosa alguna. Aquellas, cuyos dueños no parecieron, repartieron por caridad entre necessitados: que en tiempo de tanta pobreza, huvo bien en quien repartir.

Prosiguierõ assi todo el tiẽpo, que èl Francès ocupò Tortosa; y al rendirla, fueron muchos cabos à despedirse de las Monjas de la Concepcion; dexãdolas gruessas limosnas, y encomẽdandose à sus oraciones.

Al Marquès, que tanto avia cuidado de su asistēcia, pidieron se reconociesse, y abraçasse la religion Catholica, pues no le podian desear mayor felicidad; èl les rogò le encomēdassen à Dios; assegurandoles, no iva fuera de esse proposito. Salidos los Francesses, se restituyò el Señor Obispo Campaña; y aviendo visto, con quanta observancia, y edificacion se avian conservado las Monjas, diò muchas gracias al Señor, y prosiguiò en asistirlas, hasta que partiò à Puzòl.

CAP. LIII.

APENDIZ A LO REFErido en los dos Capitulos antecendentes.

POr lo referido, asi en estos Capitulos, como en el Capitulo 8. de esta Historia, se puede inferir la lealtad, valor, y fidelidad de los hijos de Torrosa, y de que manera la ocupó Francia, y quan mal informado de lo sucedido, escrivió el Autor de la sexta parte de la Historia Pōtifical, en el tom. 2. lib. 8. cap. 4. fol. 216. al fin de la segunda columna, impressa en Madrid año 1678, vna noticia, que ocasionò vehementissimo dolor en los muy fieles animos de los hijos de Tortosa. Y aun que le suaviza en parte saber, es tan patente, y manifiesto en Cataluña, en España, en toda la Europa, quan agenas de verdad sean aquellas clausulas, que dictó à su Escritor algun mal intēcionado affecto, quedan siempre con el recelo de que, escriviendolas persona de tanta autoridad, y credito, no se les dè en lo por venir alguna calificacion, ò especie de verdad. Son pues, en el lugar citado, las palbras estas.

El Rey parece, quiso salir en persona; mas fiò el peso de tanta consideracion en el valor, y muchas obligaciones de èl Marquès de los Velez. Entrò con su exercito.

cito. Y la Ciudad de Tortosa, fronteriza al Reyno de Aragon, y buelta al conocimiento de lo que devia à su Rey, se restituyò la primera de las demàs à su Obediencia; mereciendo el titulo, que la diò el Catolico Monarcha en vn Privilegio de èl año 1642. De la MVY EXEMPLAR, Y FIDELISSIMA: y admitiendola à la participacion de las prerogativas, fueros, y honores en los Reynos de la Corona de Castilla &c.

De cuyo cõtexto formò este entimema: *se restituyò Tortosa la primera de las demàs Ciudades à la Obediencia de su Rey? Luego algun tiempo se apartò.* Es consequẽcia necessaria, pero de èl todo agena de la verdad, por ser falso el antecedente de donde se deduce: Porque nunca jamàs Tortosa se apartò de la Obediencia de su legitimo Señor. Y quando entrada à fuerça de enemigas armas, como emos visto, la subyugò Frãcia, se despobló de moradores; desterrandose voluntariamente la mayor parte de sus Ciudadanos; padeciendo inmensos trabajos en tierras estrañas: desposeìdos de sus haziendas, fuera de su Patria, y de sus casas; tolerando tãtos infortunios su paciencia, por no manchar su honor con la mas leve sospecha de infidelidad: queriendo mas padecer, que parecer aviã sugetado la cerviz al yugo de otro dueño, que de su legitimo Rey, y Señor.

Puede ser, que informado dicho Autor de lo que sucedió en Tortosa la noche de èl dia 21. de Julio de èl año 1640. en que amotinada gran parte de la plebe, dió sobre las casas, y personas principales de la Ciudad: se le cayesse semejãte proposicion. Pero este sucesso fuè el mayor testimonio de su fidelidad.

Avian precedido en Barcelona los fatales acontecimientos

tos de vna impensada sedicion popular; y à su furor se siguieron los estragos, que nadie ignora; quando el Principado quiso vnirse, solo à fin de buscar medios para aplacar el animo de su Rey, gravissimamente ofendido, temiendo no recayesse sobre todos, los mas de ellos inocentes, el golpe de su justa indignacion: recelo, que creció mas, al ver varias operaciones: y entre otras disponer vn formidable exercito cõtra la Provincia, obligandoles el temor, que propuso el peligro, ò verdadero, ò imaginado, à acciones de justa defensa: de que se valen los aversos, para la calũnia de vn Principado, que con tantos, y tan repetidos actos positivos tiene provado el innato amor à su legitimo Monarcha.

Solicitò la Provincia traer à su dictamen, y operaciones à Tortosa. Resistiòse, por parecerle menos decentes los medios, y por otros prudẽtes motivos, que no refiero. Pero el vulgo, que oía los estragos, y fatalidades, que amenazavan à sus moradores, sino se vnian con lo restãte de la Provincia, oprimido de èl miedo, incitado cõ varios rumores, que corrian, embueltos, ya entre terrores, ya entre alagos, y promesas: sin oìr las razones, que tenian los de èl Govierno de la Ciudad, ni quererlas entender, tomò las armas contra los que mas se señalavan en oponerse à sus sediciosos dictamenes.

Dieron aquella noche vna cuchillada en la cabeça, à la Cabeça de la Ciudad, y Jurado primero de ella. Embistieron à querer quitar la vida à D. Luís de Monsuar, Bayle General de èl Rey: y lo executan, sino le sacan varios eclesiasticos de èl Castillo, bajo la custodia de èl Santissimo Sacramento, como se dize en el Cap. 62. Quisierõ bolar las casas de Don Jacinto

to

to Miravall; acudiò con valor heroyco el V. P. Jayme Torrens de la Compañia de Jesvs, Mallorquin de nacion; el qual reconciliandose publicamẽte, sacrificò su vida, subiendo sobre el saco de polvora con el Santissimo Sacramento en las manos; y aunque, clamando cõtra los atrevidos, les detuvo, mas entraron à saquear la casa, y hecha hoguera, quemaron quantas alajas avia, que eran muchas, y muy preciosas; robando otras de menos bulto, y mas valor.

Passaron à las de D. Joseph Romeu, y de Onofre Cabrera, y otras, en que hizierõ el messmo estrago, matãdo à muchos; y aun intentaron quitar la vida à mil, y quiniẽtos soldados de èl Rey, que estavan desarmados en el Castillo.

Huvo de tolerar la Ciudad, y demàs de èl Govierno estos atentados atrevidos; pero sin dar jamàs assenso à tales operaciones, que no podiã reprimir, donde governava el furor popular, que hazia leyes à su modo, y fulminava castigos à su arbitrio.

Cessó aquel tumulto fatal; passaron algunos dias; y entretanto instava el Principado à que se resolviesse Tortosa à seguir sus designios. Conservavase en su primera resolucion; mientras los de èl Consejo, y demàs principales de la Ciudad discurrian con prudente cautela, y mutuo secreto el modo de prender à los solevados, y castigar à los principales.

Convenidos entre si; sin aguardar, ni tener mas assistencias, que las de su proprio valor, y zelo, el dia 4. de Setiembre à las ocho de la mañana, al toque de cierta campana, saliecrõ armados à ocupar cada vno su puesto; cogidas las bocas calles apellidaron la voz de èl Rey, y prendieron quantos pudieron aver à las manos. Huyeron

yeron muchos, por no averse cerrado prõptamente las puertas de la Ciudad; y en los que aprisionaron de los mas culpados, dierõ luego garrote à seis; ahorcaron à nueve; embiaron otros à galeras, y desterraron varios: quedando la justicia en su autoridad; conservandose la Ciudad siempre fiel à su Rey; oponiendose con todo ahinco, y esfuerzo à los que intentavã atraerla à otro dictamen, y diversa operacion, en que ay mucho que referir.

Si este fuè el motivo de parecer avia faltado Tortosa, biẽ se vè quan otro es de èl que exprimen aquellas palabras; pues esto no fuè restituirse à la Obediencia de su Rey; sino castigar à los pocos de la plebe, que intentavan con violẽcia apartar de ella al comũ, y mas principal de la Ciudad, que siempre se conservò obediente, sin admitir operacion, que aun de lexos tuviesse sombra de menos fidelidad.

A mas, que el contexto se contradize en sus mesmas palabras: pues parece dà à entẽder, que al entrar el Marquès de los Velez con su exercito, se restituyó Tortosa: Como puede ser esto, si lo referido sucediò desde el Julio al Setiẽbre? quãdo no se mencionava la venida de èl Marquès de *los Velez*, ni vino hasta los primeros de Deziembre; y mucho antes del Setiẽbre, la Ciudad de Tortosa avia embiado à dicho Marquès, Virrey entonces de Aragòn, con embajada al P. Jacinto Piquer de la Compañia de Jesvs, por socorro de gente, por si era menester, para sugetar à los que intentaron el motin. Y quando vino cõ su exercito, allò la Ciudad sossegada, castigados los inquietos, permaneciendo en su innata fidelidad, y sin tener que hazer, mas que entrarse por sus puertas, como por las de la Corte

del

del Rey Catholico.

Y no menos se deve ponderar, dè à entender, que por este reconocimiento, y restitucion se mereciò Tortosa el Titulo de la muy Exemplar, y fidelissima:lo qual es tābien engaño manifiesto: que esse titulo se le concediò, no por restituirse; que ni huvo, ni pudo aver tal restitucion; sino por el valor heroyco, y denodado esfuerzo, con que sus Ciudadanos se defendieron en el assedio, y acometimiento de Francia, que sobrevino en el Mayo de 42, y queda referido en el Capitulo 8. Y se vè à las claras, sucediò este à los vltimos de Abril, y se levantó el sitio à los tres de Mayo; dexando el enemigo mas de dos mil Francesses muertos al contorno de la Brecha, que no pudo ganar; y à 30. de Julio del mesmo año, sabido el valor, con que en esta accion se portaron, mandó su Magestad expedir el Privilegio, en que le dà tan gloriosos titulos, y esclarecidos renombres.

Todo lo qual arguye, y confirma, quan mal informado estuvo, y falto de veridicas noticias; pues no es de creer, que Autor tan preciso en Historia, quisiesse escrivir siniestramente; sino que tomando ocasion de este tumulto, pudieron tener donde asir, para dar vn falso informe, à quien avia de escrivir por relacion.

C A P. LIV.

VIDA DE SOR SERAFINA de la Natividad.

ENtre otras obras de piedad, que queria el Señor Obispo Campaña quedassen establecidas en su Convento, era vna; el que huviesse permanente, y successivamēte vna religiosa, cuya ocupacion principal avia de ser el cuidado de dedicar sus oraciones, y buenas obras à Dios por la conservacion, y aumēto espiritual

de

de esta religiosa comunidad, y prosperidad de todo el Principado: ordenando, que para esto, se eligiesse persona de aquellos meritos, que pedia tal empleo, y ocupacion. La qual avia de ser admitida de pura Caridad, y sin dote alguno. Pero aviẽdo muerto antes de dexar fundada la renta necessaria para esta, y otras obras de piedad, no à sido possible proseguir.

Dando pues principio à esta disposicion, dia de la Natividad de nuestra Señora à 8. de Setiembre de èl año de 1649. mandó su Illustrissima admitir vna donzella, llamada Seraphina Pons, hija de Joseph Pons, architecto, y de Vicenta Morera, personas muy honradas, vezinas de Tortosa; la qual en edad de cinco años, ya dió notables indicios de lo mucho, q̃ en lo por venir avia de crecer en el exercicio de las virtudes, y perfeccion religiosa. Era modesta, recogida, humilde, silenciaria: y en aquella tierna edad, tan aplicada à las cosas de devocion, que no sin fundamento jusgaron aver Dios estampado en su alma vn mas que natural conocimiento de las cosas eternas.

Admitida, que fuè en el Cõvento; tomando el nombre del dia de su admissiõ, se llamó: Seraphina de la Natividad. Quiso desde luego seguir à las otras religiosas; desechó el lienzo, y pidió la vistiessen tunica; levantavase à Maytines; acudia à la oracion, à la diciplina; y en todo seguia las acciones de comunidad, con admiracion de quien veìa en tan temprana edad tales adelantamientos en la virtud.

Era muy aplicada, y puntual al coro; donde con grande pena suya faltava. Quando su maestra la ocupava en alguna cosa forçosa, allavase allî atenta, y devota; y se hizo, por este medio, tan capaz de las rubricas;

bricas:estilo, ceremonias,y acciones,que la hizieron exercitar muchos años el officio de Correctora:en que no passó,ni permitiò la menor omission; previniendo deantemano quãto conducia,à que los divinos officios se hiziessen con la mayor puntualidad, exaccion, y perfeccion possible.

Fuè muy modesta,y recatada,conservãdo en todas las acciones vna compostura grave, y religiosa. Siendo, como fuè muchos años, Enfermera; y aviendo de assistir por su officio al tiempo de entrar Medicos,y Cirujanos,jamàs la vierõ el rostro; y lo mas admirable es,que, entrando su Padre con frequencia en la clausura, por ser oficial de las fabricas de èl Convento;temiendo no intentasse con el cariño de Padre levantàrle el velo, y descubrirle la cara, huía de èl,y se retirava donde con dificultad la allavã.

Intentó el enemigo perturbar el sossiego de su alma, trayendole varios pensamientos à la imaginacion entre molestissimas sugestiones, que la afligian.Era en estos ahogos su alivio acudir por remedio à sus confessores; à quiẽ siempre venerò, y obedeció con rendimiento,y prõptitud. Ivase despues à Christo crucificado: à cuyos pies se postrava pidiendo el remedio de su afliccion. En la pureza de conciẽcia fuè rara:haziendo mucho escrupulo de faltas muy ligeras, q̃ llorava como si fuessẽ culpas graves. En la paciencia,y conformidad con la volũtad de Dios, dexó singular exemplo, quando,aviẽdo muerto su Padre repentina, y desgraciadamente, prevenidas las otras con aquellas razones,que pudiessẽ templar la pena de tamaño sentimiento, levantó al saberlo los ojos al cielo,como quien ofrecia à Dios aquel dolor;sin que en lo exterior se le notasse otra

demonſtracion de ſu pena.

La mucha caridad, que con todas vſava, la llamó al oficio de Enfermera, que exercitó por onze años, ſin poderla eximir, por el deſconſuelo, que en eſto tenian todas las religioſas. Era todo ſu anelo, y cuidado el alivio de las enfermas; ſiendoles Madre en el cariño, y Hermana en el deſvelo, cō que las aſſiſtia à todas; ſin differencia de mas, ò menos autorizada: ſiendo igual ſu aſſiſtencia con la Prelada, que con la ſubdita; y en ſu eſtimacion peſava tanto para la ſolicitud la de coro, como la que no lo era: mirando en todas à Dios, à quien contemplava en cada vna de ſus Hermanas.

Buſcavales todos los alivios poſſibles, ſin omitir diligēcia; agenciavales, à las que padeciā inapetencia, aquellos ſainetes, que podiā abrir el apetito, haſta pedirlos algunas vezes à ſu Madre, quando en caſa no ſe allavan: coſa que pareciendo ſobrada, à ſu modo, la ocaſionó algunas mortificaciones: por todas paſſava, ſolo pudieſſe dar algun cōſuelo à ſus Hermanas. Si las veìa triſtes, las procurava divertir; y no conſigùiendolo por ſi, buſcava otra, que fueſſe del genio de la enferma, que la pudieſſe alegrar.

En lo que toca à ſu *perſona*, no perdonava trabajo; aplicada noche, y dia à ſu caritativo deſvelo. Era ſu ſueño poco, y eſte encima de la dura tabla de vn bufete eſtrecho, y bien corto. Aquî, deſpues de la fatiga de todo el dia, tomava vn breve repoſo, en lugar, que parecia mas potro de tormēto, que lecho de deſcāſo. Eſta, y otras mortificaciones, con que macerò ſu cuerpo, la ocaſionaron vnas calenturas, que paſſando à etiquez, la conſumierō en breve tiempo. Aviaſe oìdo en caſa vn grande ruido; y la q̄ nunca vivió deſcuidada, entonces,

con

con mas desvelo, procuró estrecharse con su Dios, enfervorizando su espiritu, para disponerle à lo que fuesse de su santissima, y divina voluntad.

Declarado su peligro, se dispuso para recibir el Viatico; llamó à todas las religiosas; y teniendolas presentes: hechos sus ojos dos fuentes de lagrimas; con vivo sentimiento de su coraçon, la que avia vivido vna vida perfecta, è inculpable, acusó delante de todas su vida; pidiendo perdon de los malos exemplos, y desconsuelos, que cō su tibieza avia ocasionado en aquella comunidad; individuando lo que le pareció mas grave: como, à vna, que estando enferma, dixo: avia engañado, disminuyendo la dolēcia à fin de consolarla; y à otra, que era muy sencilla; à quien avia incitado, para hazerla salir con algun dicho gracioso, como solia, q̄ en tiempo de los recreos de Navidad divirtiesse à las religiosas. Aquî le pareciò, avia hecho burla de su Hermana; y por consiguiente, aver cometido vna gran culpa, que llorava inconsolable: que ligeros defectos suelen en aquella ora, en que se miran à mejor luz, parecer faltas muy graves.

A este tiēpo entrò en la enfermeria à visitar otra enferma el Hermano Martin Ruiz, Cirujano, de quien hablamos en el Cap. 34. Acostumbrava este devoto varon pedir à las que encontrava alguna memoria; y en esta ocasiō la sierva de Dios, despues de averle pedido perdō de las faltas, que en su presencia, y por razon de su officio de enfermera avia cometido, acusò su negligencia en no aver rezado, por sus ocupaciones, algunas de las ave marias, que le avia pedido; y que la encomendasse à Dios nuestro señor, porque conocia ser merecedora de vn nuevo infierno: pues quāto en ella avia, era mas hipocresia,

que virtud verdadera. Enterneciófe el Cirujano; y lleno de vna fanta edificacion, fe le añudò la voz; y fin poder pronunciar palabra, fe falió de la enfermeria; y prorrumpiendo en vn fentido llanto, exclamó: ay infeliz de mi! con que lagrimas llorarè yo la gravedad de mis culpas, fi faltas tan leves llora efte Angel con tan crecido fentimiento!

Rogó à las religiofas, que con fu fervor fomētaffen fu tibieza; ayudādola à repetir muchos actos, con que difpufieffe fu alma para morir. Llegò à no poder hablar; y el dia antes que murió, quifo nueftro Señor pudieffe articular las vozes: con q̃ fe bolvió à confeffar, y recibió otra vez, con grande confuelo de fu alma, à fu Criador facramentado.

Ocupada finalmente en eftos, y otros heroicos actos de varias virtudes, que exercitò, llena de vna gran cōfiança en fu Dios, Sabadò à 23. de Julio de 1672. años, y à los 28. de fu edad, rindió fu efpiritu en manos de fu criador; dexando en tan vivos exemplos vna grande feguridad de que logra los gozos eternos, que tiene Dios depofitados en la bienaventurança, para los que de coraçon le firven.

CAP. LV.

DISPONESE LA IGLESIA, que oy tienen las Religiofas.

LA fuma neceffidad de aquellos tiēpos, defpues de tantos años de guerras, no dava lugar al Señor Obifpo de juntar cantidad, para poder fundar renta competente, y adelantar el Convento; porque eran tan cōtinuas las limofnas, à que no fe podia negar, por fer tan extrema la pobreza de tantos, q̃ le fobrava à fu Illuftriffima poco, ò nada de fus rentas, que poder ahorrar.

Refolvióse con efto à admitir

tir

tir el Obispado de Puzòl: no porque fuesse mas pingue, que el de Tortosa; sino porque creyó conseguir juntamente otro empleo autorizado, y provechoso. Jusgó assimesmo, podria adquirir mas, no aviendo allà tantas necessidades, que socorrer. Tenia amàs de esto muy fundadas esperanças en el valimiento de èl sumo Pontifice; y estas se frustraron, de la suerte, que vimos en el Cap. 12.

Antes de partir, dexó cargada sobre la Mitra la pension, q̃ por 20. años cobraron las religiosas; y concluído el pleyto, que fuè muy porfiado, entre su Illustrissima, y los de la Cofradria de Labradores: no queriẽdo estos ceder la Iglesia de S. Antonio, que tenian lado por lado de èl Convento: en que estuvierõ tan tercos, que, porque vno de los Cofradres se inclinó en la junta à q̃ se hiziesse este agasajo al Prelado, pues ofrecia dar suficiente suma de dinero, para que en otro puesto fabricasse otro tẽplo la Cofradria, aquella noche le disparon vna boca de fuego, con que le quitaron la vida.

Huvose de interponer su Magestad; y por su Real decreto mandó se hiziesse tasar el templo por hombres expertos en el arte; y que, dando el Obispo el justo valor, segun la tassa, se le diesse la possession de èl. Apreciaronle en tres mil ducados de plata, que pagó su Illustrissima, quedando con obligacion de darles las piedras del portico exterior, en caso, que le huviesse de deshazer.

Es este templo no grande, pero bastante, de muy proporcionada architectura, sobre la qual campea, y sobresale el mucho adorno, con que despues se dispuso. Quedó con este cuidado el señor Camarero Don Juã de Aguiló, que à toda costa hizo venir de èl Reyno de Valencia los oficiales de mas

nom-

nombre; y ſin limitarles gaſto, les dió orden añadieſſen toda aquella perfecciõ, que pudieſſe dar el arte. Aſſi ſe executó; ſaliendo con tanta, y tan extremada hermoſura, que oy es el templo mas primoroſo, y bello de quantos ay en Tortoſa.

Al paſſar ſu Illuſtriſſima por Genova de camino à Italia, cõcertó el retablo de èl altar mayor, que es de finos jaſpes, y marmoles de grandeza, formado para el pueſto; y aunque, prevenido con la muerte, no dió mas, que ducientos eſcudos en ſeñal de èl contrato, las Religioſas pagaron lo reſtante haſta tres mil, y quinientos de plata, en que ſe cõcertó; hizieronle traer à ſus coſtas, viniendo oficiales de Genova para aſſentarle. Paſsó el gaſto de quatro mil ducados.

Quedò tan ſumamente perfecto, que cõ ſu admirable hermoſura, dà alma à todo aquel bello cuerpo de Igleſia: porque no ſolo el retablo; pero el ſagrario, meſſa, frontal, gradas, patio del presbiterio, balauſtrado, y laſtres gradas, que ſe levantã ſobre el pavimento de lo raſtante de la Igleſia; todo ſon piedras jaſpes, marmoles, y otras de muy linda apariencia, bien labradas, y bruñidas: entretegiẽdoſe en varios pueſtos embutidos primoroſos, que hazen admirable correſpondencia con la trepa de ayroſa, y bien executada talla, que ſobre pardo, viſte todo el cuerpo de la Igleſia. Penden à trechos de los arcos ciertos florones, dorados en el presbiterio; donde ſon mas frequentes por las varias faxas, que entretejen allî la boveda.

Recibe luz eſta fabrica por dos obolos grandes, que eſtàn ſobre la corniza à los dos lados del presbiterio, y fuera de eſte, por quatro ventanas raſgadas, que ſe correſponden: guarnecidas todas con vidrieras

ras de diversos colores. Dà cõplemento à toda esta hermosura, estàr toda la Iglesia rodeada por todas partes; dando lugar à la rexa de la grada, mas de vn estado en alto de azulejos pintados de arte al intento; y en los que vistẽ el frontispicio de las pilastras, muy bien esculpidas las armas del Señor Obispo fundador.

Dentro de èl Presbiterio à la parte del Evangelio està el sepulcro cõ su estatua de cuerpo entero de Marmol de èl Señor Obispo, y haze frente à la rexa de la grada; à cuyo lado està el comulgatorio; y encima, vn hermoso lienzo de grandeza del Archangel S. Miguel, Patron de aquel religioso Convento.

En lo restante de la Iglesia ay quatro capillas, que forman bien dispuestos, y proporcionados arcos, cõ sus bovedas interiores. La primera de la parte del Evangelio, dedicada al glorioso Precursor S. Juã Bautista; la de enfrente, al Patriarcha S. Joseph; venerãse los dos santos en sus lienzos; y llenan el campo interior de las capillas dos primorosos retablos de Maçoneria, que à sus expẽsas mandò fabricar Doña Elena Romeu y Aguiló, hermana del señor Camarero D. Juã de Aguiló, que supo con la sangre heredar los cariños, cõ que todos los señores de esta casa se an dedicado à favorecer, y adelantar este religioso Convẽto.

En vna de las dos vltimas capillas, se venera la Imagẽ de èl glorioso S. Antonio de Padua de cuerpo entero, de estatura natural, y perfecta, represẽtãdo las delicias de vn gracioso niño, q̃ tiene en sus manos. En la que le corresponde, mas onda, que las otras, cõ capacidad de media naranja, y otros adornos de veneracion, està colocada vna piadosa, y milagrosa Imagen de Christo

en

en la cruz: es admirable ſimulacro, que trajo deſde Italia el Señor Obiſpo, y de que hablarè en el Cap. ſiguiente.

Otra Imagen devotiſſima de Chriſto en la cruz, de quatro palmos, veneran en el coro, ſobre el fariſtol, las religioſas; hechura de primor: dizen ſer de la meſma mano, que el grāde, que eſtà en la Igleſia; y fuè la que guió la proceſſion, quādo las Monjas bajaron de èl Convento de ſanta Clara. Sobre el altar del meſmo coro reverenciā vna Imagē de la Virgen Sātiſſima, repreſentada como difunta en vn biē diſpueſto, y viſtoſo nicho à modo de ſepulchro, que circuyē hermoſas, y tranſparentes vidrieras, que la dexan manifieſta à la devocion. Es la meſma, que ponen en la cama los ocho dias de la octava de la Aſſumpcion, ataviada de ricos, y coſtoſos veſtidos: que todo, llevado de ſu devociō, hizo à proprias expenſas el ſeñor Dotor Franciſco Martì, Arcediano de Corbera, Canonigo, y Vicario General, y Official de eſte Obiſpado, devotiſſimo de eſta Señora, y bien hechor de eſte Convento. Dexo otras reliquias, adornos, y coſas de veneraciō, contentādome con aver dado por mayor vna breve noticia de eſte ſantuario, y devotiſſimo templo.

CAP. LVI.

DE LA IMAGEN DEL Santo Crucifixo, que eſtà en la Igleſia de las Monjas de la Concepcion.

PIde particular mencion el ſuceſſo de eſte devoto ſimulacro; harela breve. Es de primoroſa talla, formado muy al proprio de lo que repreſenta, de eſtatura natural de vn hombre de alçada proporcionada. Fabricóſe en Napoles por manos, ſegun dizen, de ciertos Sacerdotes religioſos del habito de èl P. S. Franciſco; y aviendo

ſalido

salido muy perfecto en todas sus facciones, y proporcionado en sus miembros; tan tiernamiente piadoso, y tan al vivo lastimado, que causa aquella compassion en los mas duros coraçones, q̃ pudiera causar su original. Quiso el Señor Obispo traersele consigo: siendo vna de las prendas, que conservó desde que fuè General de su Religion.

Desembarcó en Barcelona, y le depositó en casa de vn mercader, por jusgar estaria mas seguro, que en su Convento de S. Francisco; donde temiò, que la devocion, y piedad de sus Frayles no le solicitasse para su Iglesia, por medios, à que no pudiera negarse. Vinose à su Obispado, de donde pensó dar providencia para traer à su palacio esta Santa Imagen.

Sucedió en aquellos mesmos dias la rebolucion de Barcelona, à que siguiò lo demàs de Cataluña; y de este tumulto, en que no avia alaja segura, que no hiziessen agenos propria, tomarõ ocasion los Frayles para entrarse en casa de èl mercader; y con titulo de ser aquel simulacro de vn religioso Frãcisco, y pertenecer por esto à ellos mas que à otro, de potencia se le sacaron, y llevaron al Convento. Y aunque èl motivo fuè assegurarle en su casa; no faltò quien dixo: que bienes avidos en semejantes disturbios, hazẽ suyos los primeros, que los pillan. Se les assentò muy bien à su devoto desseo esta dotrina; y como cosa propria, y que no avia ya de salir de sus lindares, le erigierõ vna ostentosa capilla en su Iglesia, y con grande fiesta colocaron en ella con mucha veneracion esta sagrada Imagen.

Desde luego robò su lastimero espectaculo los coraçones; y, representando tan al vivo las penas, y dolores de la passion de nuestro Salvador:

como estas, bien consideradas, hazẽ tan grande impression en las almas, que con atencion las contemplan, y meditan, llenò de vna viva compassion los corazones, y tràjo assi los affectos de quãtos le miravan. Era frequẽtada aquella capilla, y venerada esta sagrada Imagen, acudiendo piadosos à implorar à sus aras el remedio en sus mayores necessidades. Lo que favorecia à sus devotos, se conociò en las muchas presseas, en todo genero, que pendian de las paredes, de que se llenò el ambito de aquel oratorio.

Bolviò Cataluña à la Obediencia de su natural Señor, y trataron las Monjas, que siempre creyeron tener este tesoro como en deposito en el Convento de S. Francisco de Barcelona, pedirle como suyo: que lo era por donacion, que les avia hecho el Señor Obispo. Pero, viendo despreciadas sus razones, y que absolutamẽte les negavan lo que con tanto drecho pretendian, resolvierõ embiar con procura à Mosen Gaspar Calduc, para pedirle por terminos de justicia. Este, instruido de èl Señor D. Joseph Romeu, presentò vn memorial al Señor D. Juan de Austria: q̃ vistas sus razones, proveyò se restituyesse. Resistiãse los Frayles, haziẽdoseles muy duro sacar de su casa aquel objeto de sus cariños, y tesoro de su devocion: y aun se indignava su piedad con el mesmo P. Provincial, porque le veìan inclinado, à seguir el orden de su Alteza; y resistian juntarse en Capitulo, quando recelavan se avia de tratar de este punto; y aun dieron à entender à Mosen Gaspar, no frequẽtasse el Convento, por el recelo de que no fuesse mal recibido de los que llevados de su devocion mostravã menos affecto al que era instrumento de su pena.

Viendo la materia en tal estado,

rado, y las muchas replicas, y propueſtas, que à cada razon davan: concluyendo al fin en no querer, diò cuenta por menor à ſu Alteza, que con reſolucion executiva, les embiò à dezir, que ſi aquella noche no ſe avia entregado, iria con gēte, y le ſacaria de ſu templo cō violencia. A viſta de eſta amenaza, convinieron con Moſen Calduc, à quien no quiſieron dar la cruz, que con notable curioſidad aviā hecho: aunque pagaſſe el coſte, en que le ſacaſſe de noche, y en ſecreto, para tener lugar de colocar en aquella capilla, al meſmo tiempo, otra Imagen, que tenian prevenida. Aſſi lo ofreció.

Embiò Dō Joſeph Romeu vn alguazil Real con doze hōbres prevenidos de armas, no para prender, ſi para reſcatar aquel priſionero de la piedad, q̄ en otro tiempo puſo en cautiverio la malicia de èl dicipulo; y al ſalir de la Igleſia, à la voz de vna ſola luz, acudieron tantas antorchas, que pudo formarſe proceſſion, que le acompañò haſta la caſa de dicho D. Joſeph; de dōde embuelto curioſamente en vnos tafetanes, y cerrado en vna caxa, le embarcaron en vn pinco; y navegādo azia Tortoſa, ſobre el parage, que llaman Coll de Balaguer, ſobrevino vna eſpantoſa borraſca, que tronchandoles el maſtil, les puſo en cuidado. Alentòles Moſen Calduc con la confiança del buen piloto, q̄ cōſigo llevavan. Bajò al pueſto donde venia la caxa; y haziendo vna breve deprecaciō, ſe ſoſſegó el viento, y puſo en tranquilidad el mar, y llegaron ſin deſgracia al puerto de la Ampolla: donde recibiò aquel teſoro vna carraba, para ſubirle rio arriba; y al deſcubrirla, huvo en la Ciudad general repique de campanas; recibiòle à la orilla de èl agua el Illuſtre Cabildo, y todo el Clero; pero

siendo ya muy tarde, dexaron para el dia siguiente hazerle, en ostentosa procession, entrada solemne; depositandole aquella noche en la Iglesia de èl Temple, que està en la mesma ribera de èl Rio.

Pero codiciosas las religiosas de ver aquel tesoro, cō tantas ansias codiciado; pareciendoles dilatado espacio el de toda vna noche, insistierō, piadosamēte importunas, con el motivo de componerle; para que saliesse manifiesto en la procession: y consiguieron, que luego con el mayor secreto se les entrassen en la clausura. Allì le sacaron de la caxa; y al ver aquellas piadosas almas aquel simulacro de los mas vivos dolores, que Christo padeció, se enternecieron sus affectos: saliendo en vivas lagrimas por los ojos desleído el coraçō. Toda aquella noche passaron en vela, cortejando à su huesped, y dandole amorosas quexas de la tardança, y cuidado en que las avia puesto la dilacion en venir à consolar sus esposas.

Vna Monja, que tentada en su vocacion, vacillava afligida; ocasionandole el enemigo, por este camino, notables inquietudes à su alma, à vista de esta devotissima Imagen, de quien se sintiò interiormente reprehendida, se enfervorizó aquella noche, auyentando de si el mal espiritu, que la atormentava; ofreció à su Dios seguirle gustosa en la cruz de la religion; como lo hizo, viviendo en adelante muy contenta; sin que jamàs le assaltasse semejante genero de tentacion.

Antes que se abriesse el dia, aviēdo dispuesto cruz, y adornado como mejor pudieron, se restituyó con el mesmo secreto à la capilla de èl Temple; de dōde salió despues vna solemne procession, con grande acōpañamiento: assi de los Señores Capitulares, como de èl Clero,

Noble-

Nobleza, y demàs de la plebe. Guiaron à la Iglasia mayor; y hecha vna breve deprecacion, passaron al Convento, y le colocaron en vna capilla de la Iglesia antigua, que estava en el espacio, que oy es porteria: mientras se acabava de disponer la capilla sumptuosa, donde al presente se venera; y donde à obrado, y obra muchos favores, y singulares maravillas para con sus devotos.

Es muy singular el que hizo à vn señor Eclesiastico de la Ciudad de Valēcia, Beneficiado de vna de las mas principales Parroquias de aquella Ciudad: hombre, que era de costūbres menos ajustadas à su obligacion; y que avia vivido con mucha nota de distraído. Este pues; passando por Tortosa de buelta de Barcelona, quiso ver esta santa Imagen. Y, siēdo hōbre de duro coraçon, y que, como dezia, no se avia visto jamàs lagrimas en sus ojos por ningun acontecimiēto; ni aun en la muerte de sus Padres: al ver este Señor tan lastimado, se le imprimieron sus penas con tanta viveza, que no pudiendo sossegar el sentimiento dentro de su pecho, rebentò por los ojos, en raudales: à que se siguiò vna reforma de vida, tal, que oy permanece con edificacion, y exemplo muy conforme à su estado, y dignidad.

No es de menor admiraciō lo que sucediò con vn sugeto de suposicion, Catalan, que vivia divertido con vna compañia menos decente, y escandalosa. Vino à esta Ciudad. Llevaronle dos personas de calidad, à ver el santo Crucifixo, y al descubrirle, todos notarō tenia el rostro como sudado, y las lagrimas mas vivas de lo que en otras ocasiones avian visto. Reparò mas en ello el tal sugeto; y tomando en sus manos la caña; en cuia extremidad ponē vna vela encendida; para asse-

gurarse,

gurarse, la aplicò con cuidado à vna, y otra megilla. Vió con certeza, y pasmo, que la santa Imagen destilava tiernamente vivas lagrimas de sus ojos, que le enternecieron el coraçon, y le llenaron de cuidados.

No dudò, que la causa de tal portento era su mala vida; y que llorava Christo sus desaciertos. Fuè luego à remediarlos; despidiò la ocasion; proponiendo, con dolor de sus culpas, la enmienda. Pasò aquella noche entre cõgojas, lagrimas, y suspiros; pidiendo al Señor perdon, y tiempo de mejorarse. Tuvo cuidado de levantarse à la mañana; y luego à solas partiò ansioso à registrar el gesto de èl Salvador, y examinar su semblante. Allòle sereno, y afable, y sin las lagrimas, que el dia antecedente. Quedò con gozo, que no supo dissimular, y comunicó à vna de las dos personas, que le avian acõpañado: diziendo, que las lagrimas, que en la santa Imagẽ avian visto el dia antecedente, eran por el; y que, aviendo quitado la causa, ya no llorava el Señor: Tales effectos haze en las almas la memoria de las penas de Christo, que tanto exprimen los diseños de este devotissimo simulacro.

CAP. LVII.

PROGRESSOS DEL CONvento despues de rendida Tortosa, y vida de sor Madalena de S. Pedro.

DOs años, y medio estuvo esta Ciudad en poder de Franceses; y rendida à España por el Deziẽbre de 1650. buelto el Señor Obispo à su silla, trató de cõservar, como mejor pudo, el Convento. El año siguiente de 51. en 16. de Agosto entró para Monja de obediẽcia Vrsola Boria, oy sor Vrsola de S. Joseph, donzella de edad de 25. años, hija de Pedro Boria, y de Catariña Socarrats, de la villa de Alcanar, Professó à

8. de

8. de Setiembre de 1653. Trajo amàs de los 200. escudos, que es el dote ordinario en las que no son de coro, mil Reales de plata de vn legado, en que benefició al Convento. Vive ocupada en los Ministerios de su estado.

El mesmo año à 4. de Setiẽbre fuè admitida para corista Maria Joanies, donzella de 21. años, hija de Juan Joanies insigne architecto, y Maestro de las obras de la Iglesia Cathedral, y de la Señora Cãdida Talarn, vezinos de Tortosa. Professò à 3. de Junio de 1653. llamòse: Sor Ana Maria de S. Frãcisco; vive: aviendo ocupado el puesto de Vicaria, y Presidenta de su comunidad el tiempo de vna vacante, que huvo en el Convento.

Por el Abril de èl año 55. fuè admitida vna religiosa Professa de Santa Clara, llamada allì sor Theresa Gil, q̃ desseosa de mayor perfeccion, pidió, y cõsiguió recluirse en esta estrecha clausura. Fuè esta señora hija de Geronimo Gil mercader, y de Isabel Ana Fort, de la villa de Tibiza. Siendo de edad de onze años, la trajeron à dicho Convento: donde se crió con dos primas suyas, al abrigo, y direccion de la V. M. Beatriz de la Concepcion, su Tia, de cuya enseñanza logrò los adelantamientos de su educacion.

Vivia muy retirada; sin salir de su celda, sino para ocupaciones forçosas; no tenia trato alguno, sino con su Dios, por medio de la oracion, que era su continuo empleo: exercitãdola nuestro Señor en ella cõ muchas sequedades, y penas interiores, que comunicava con el P. Maestro Salvàt su confessor, governãdose por sus consejos, sin salir de los ordenes, que en su direccion le dava. Llegò el tiempo, en que se tratava de la nueva fundacion; y codiciosa

de

de estrecharse mas cō su Dios, y de abraçar vida de mas rigor, y clausura, pidiò, y consiguiò ser vna de las escogidas para habitar el nuevo convento.

Pero al tiempo ya de effectuarse, su confessor, ò fuesse para provar su constancia, ò por otros motivos superiores, que no descubriò, la aconsejó desistiesse: diziendole no le convenia mudar por entonces: assegurandola, que quando conviniesse, y nuestro Señor descubriesse ser esta su voluntad, y no se allassen los inconvenientes, que descubria, el mesmo la llevaria al estado, que desseava.

Que inconveniētes fuessen, nunca los descubriò. Rindiòse la Religiosa obediente; y passados once años; perseverando siempre sor Theresa en sus desseos, en el 44. de su edad, ajustò el mesmo P. Maestro Salvàt su ingresso, por medio de èl señor Camarero Don Juan de Aguilò, que tenia entonces las vezes de Prelado, y fuè admitida en el Convēto de la Concepcion à 6. de Abril de èl año 1655; diòle el habito su Tia, la V. M. Sor Beatriz con grande jubilo de su alma, y no menos de sor Teresa: cuyo nōbre mudò en el de Madalena de san Pedro.

No es dezible el consuelo, con que se alló en el nuevo estado; no acabava de dar gracias al Señor, y entre lagrimas de alegria dezia: que Dios se avia mirado en si mismo, y en su bondad, y misericordia, para concederle lo q̄ tan sin propios meritos lograva, por allarse de èl todo indigna de vivir entre religiosas tā favorecidas de lo alto; y que no podia hazer mas para satisfazer en algo à lo que devia à Dios, y à la religion, que ofrecerse por sierva de todas, dedicandose à servirlas con rendimiento de esclava. Assi lo executava, haziēdo con mucha presteza, cuida-

do, y

do, y vigilancia, quanto era de alivio de sus Hermanas; ofreciase à qualquier trabajo; assistia à quanto le mandavan con alegre, y apacible semblante; singularmẽte en las ocupaciones donde se exercita mas la caridad.

Quedò su mesma Tia la V. M[dre] Beatriz constituida maestra de esta professa novicia; dióle vn aposento estrecho, de èl qual no salia sino para los actos de comunidad; guardando vn estraño recogimiento; y en lo demàs dió grande exemplo; y ocasionò notable edificaciõ à la comunidad ver vna muger de 44. años de edad, y muchos de religion aplicarse à las menudencias, y exercicios varios, en que esta religiõ santa, exercita à sus Novicias: tanto con mas puntualidad practicados, quanto es mas nueva la fundacion.

Diò tal cuẽta de si, y se allaron las religiosas tan obligadas de su edificativo modo de proceder, q̃, viendola tan rẽdida, y humilde, quisieron ensalzarla como pudierõ; y al tiempo de acceptarla para darle la profession, no solo le dieron el voto, sino que cada vna le cedió el lugar; para que la colocassen en aquel puesto de antiguedad, que tendria si huviera bajado con las fundadoras.

No es dezible el sentimiẽto, que ocasionó en su humilde espiritu esta antelacion impensada; resistióse con efficica, proponiendo varias razones, que su humildad la dictava. Mandaronla la acceptasse, y fue necessario rendirse: aunque entre sentimiẽtos repetia, que à pensar pudiesse suceder tal, huviera pactado en su entrada; porque ella no venia sino para posponerse, y servir à todas: pues todo obsequio no seria bastante à satisfacer el favor de averla admitido en su compañia.

Poco mas de quatro años

viviò en este Convento, haziẽdo vida mas de Angel, que de muger. Era su trato apacible, y tan religioso en todo su modo, que era de todas aplaudida, y estimada. Ocuparonla en los oficios de mas autoridad, y cõfiança, en que diò cabalissima satisfaccion de su zelo, y observancia. Assaltola vn dolor de costado; y conociẽdo estar proxima su ora: se dispuso, confessandose muy de espacio, y recibiẽdo el Santissimo Sacramẽto de la Eucharistia cõ gran devocion, y conformidad con la voluntad divina. Sobrevinole el dia 14. de Enero de 1660. de repente vn accidente de apoplexia tan activo, que dentro de media ora le hizo mudar esta vida temporal con la eterna: donde segun sus muchos merecimientos, y virtudes creemos piadosamente goza de la patria celestial de los viviẽtes.

Antes q̃ bajasse de santa Clara sor Madalena de san Pedro, avia sido recibida en 29. de Setiembre de 1653. Barbara Reverter, donzella de 27. años, hija de Andres Reverter, y de Quiteria Reverter, labradores honrados de la villa de Alcanar. Vino desde Valencia, donde vivia, por direccion de èl P. Jacinto Piquer, su confessor. Llamòse: sor Barbara de S. Ignacio; professó à 4. de Octubre de 1655; su dote se empleò en vna casa al lado de la clausura, para habitaciõ del sacristan de èl Convento. Vive al tiempo que esto se escrive, ocupada en los ministerios de su estado.

CAP. LVIII.

VIDA DE SOR ELENA de la Cruz.

EN el año de 1654. à los 19. de Febrero fuè admitida para religiosa corista, vna donzellita de 12. años, llamada Elena Planelles, hija de Benito Planelles mercader, y de Elena Roans, vezinos de Figueres en el

el Lempurdan. Llamóla Dios à la Religion, siendo de 8. años por medio de vn aviso, que tuvo durmiẽdo. Estava en lo mas sossegado de la noche; quando sus Padres percibieron, que se despertó exclamando: Virgen Santissima, y Madre de Dios Monja me quereys? Jusgaron ser discurso del sueño: de que no hizieron ningun caso; pero el effecto mostrò lo que fuè: porque en adelante siempre tuvo en su idea ser Monja de la Concepcion.

Hizieron sus Padres, que eran virtuosos, y temerosos de Dios, quantas diligencias pudieron para examinar sus intentos; y allandola siempre cõstante, agenciaron su entrada; y admitida, la trajò su Padre à Tortosa. Apearon en la mesma porteria: de donde la niña no quiso salir, ni detenerse à passear, ó ver las cosas de la Ciudad; encerrosse en la clausura, y el dia siguiente la dieron el santo Habito, con tan gran consuelo de su alma, que se conociò bien aver sido escogida de la santissima Virgen por vna de sus hijas.

Viendo ya cumplidos sus deseos, y codiciosa de imitar à las religiosas, se levantò al otro dia con la comunidad; y siguiẽdo las demàs, se allò en el puesto donde acostumbran hazer la disciplina los dias señalados; desconsolose, por allarse sin instrumento, con que exercitarse; y llena de fervor, se introduxo en vn lugar, donde le pareciò avia mas religiosas, para que la alcanzassen algunos golpes: sin reparar en que podrian herirle, y señalarle el rostro.

Passados algunos dias, se despidiò su Padre; à quien hablò como si tuviesse muy estudiado el verso del Salmo de David: *Obliviscere populum tuum &c.* Con tales razones, que causaron admiracion; concluyendo por fin: no se acordasse de ella,

ſino para rogar à Dios, la hizieſſe digna eſpoſa ſuya, y hija de la Santiſſima Virgen; y que lo inſinuaſſe aſſi à ſu Madre, y deudos, que de ſu parte proponia hazer lo meſmo, y no acordarſe de ninguno, ſino para encomendarlos à Dios. Dixo eſto con tanta gracia, y energia de palabras, que enterneciò à las, que la oyeron; prorrumpiendo ſu buen Padre en lagrimas de alegria, con el conocimiento de aver ofrecido à Dios prenda, q̃ juſgava ſer de ſu agrado.

Puſola luego ſu Maeſtra à leer; y ella ſe aplicava, y dava priſſa à eſtudiar con la licencia, que la avian dado, y ella de ante mano pedido, de que en eſtando ſuelta en el leer, le daria libres los dias de fieſta, para emplearlos todos en leer, y orar. No tuvo mucho trabajo la Maeſtra en enſeñarla quanto fue neceſſario ſupieſſe; por que en ſu aplicacion, y docil natural ſe le imprimian ſus inſtrucciones como en blanda cera. Admitieronla à la Profeſſion, que hizo en 12. de Noviembre de 1658.

Viendoſe con la nueva obligacion de profeſſa, començò nueva vida; viviendo muy retirada; entregada del todo à la oracion, licion, y meditacion. Era muy humilde, mortificada, y penitente. Paſſava las oras de oracion arrodillada ſiempre; y dexava regado el ſuelo con copioſas lagrimas de devocion, que deſtilavan ſus ojos: cauſando ſu compoſtura exterior conpuncion, y fervor en las que la miravan.

Tuvo gran Caridad con ſus hermanas; particularmẽte con las enfermas; vinole à las manos la ocaſion de exercitarla; ſiendo mas de quatro años enfermera. En eſte tiempo fue admirable ſu aſſiſtencia, y cuidado en ſolicitar à coſta de èl proprio trabajo ſu alivio. Servialas cariñoſa; conſolavalas

compaſſi-

compassiva; y quando le faltavan palabras, tenia prevenidos algunos libritos à proposito, y les leía algunos Capitulos, que podián aliviarlas; como: à las que estavan tristes, les leìa algunas cosas alegres; à las afligidas: los premios de la paciencia; y con estas, y semejantes liciones las alentava, y consolava; buscando por todos caminos su alivio.

Esta assistencia tan continua no le impedia el trabajo de sus manos, à que era aplicada: haziẽdo varias labores para adorno de la Iglesia, ni el cõtinuo, y riguroso exercicio de sus penitencias, que la debilitaron, y pusieron en extrema flaqueza. Cayó enferma; y aviendole dado la extrema-vncion el P. M. Salvàt, le dixo, no moriria de aquella enfermedad; ni la assistiria èl en su muerte; ni el P. Trullàs, Superior, que era de la Compañia: sino otro, que no conocia. Cumpliòse todo, como queda referido en el Capitulo 27.

Tuvo aviso, por dicho Padre Maestro, de su muerte; y sin este, aviendo pidido à S. Joseph no le negasse la gracia, q̃ Dios concede à las demàs religiosas de prevenirles con alguna señal su fallecimiẽto; estando vn dia delante de su capilla; donde dizen missa à las enfermas, oyó tres golpes. Con estos avisos, se dispuso con varios exercicios, y actos fervorosos; y llena de tantos merecimientos; assistida de èl P. Bernardo Rey, que era recien venido à Tortosa, dió su espiritu al Señor à 25. de Abril de 1667.

Tres años despues de admitida sor Elena, que fuè el de 1657. en 2. de Junio, recibierõ à Doña Catarina Abaria, de la noble casa de los Abarias de Tortosa; niña de solos dos años: queriẽdo sus Padres, diesse los primeros passos en la casa de la Virgen. Despues, siendo

do

do de edad; antes de entrar à hazer ſu probacion; ſabiendo el Prelado la avian admitido tan niña, mandó la ſacaſſen de la clauſura, y la bolvieſſen à caſa de ſus Padres, para que deliberaſſe cõ toda libertad el eſtado. Eſtuvo fuera algunos dias; en que, viendola conſtante en querer proſeguir el de religioſa de la Concepcion, fuè admitida. Profeſſó à 11. de Enero de 1671.

C A P. LIX.

VIDA DE SOR GERONIMA de la Santiſſima Trinidad.

FVè eſta ſeñora, hija de Guillermo Bru, Cavallero, y de Engracia Nebot, de igual ſangre, vezinos de la villa de Mora, y en eſte meſmo lugar naciò à la luz del mundo por los años de 1640. Criaronla ſus Padres con notable cuidado. No pudieron tenerla mucho tiempo cerca de ſi; porque ſobreviniendo las guerras, y allandoſe nueſtra Geronima en tiernos años: por aſſegurarſe ſu educacion, reſolvierõ depoſitarla en el Convento de la Madre ſanta Clara de eſta Ciudad, donde eſtuvo dos años; haſta que mejorados los tiempos, la reſtituyeron à ſu caſa.

En eſte religioſo retiro con el trato de aquellas ſeñoras ſe le eſtampó en ſu coraçon el amor à la virtud, y el deſſeo de ofrecerſe à Dios en las aras de la religion. Eligiò el Convẽto de la Concepciõ Victoria; donde entrò à 14. de Octubre de 1657. aviendo cumplido los 17. de ſu edad.

El dia, que entrò, tuvo, al verla, vna religioſa de todo credito, vn como conocimiento interior claro, è individual de q̃ aquella donzella la traía Dios à ſu caſa; donde la avia de exercitar en muchos trabajos. Expreſſóſele eſte conocimiẽto cõ tanta viveza, q̃ movida à compaſſion, ſe huvo de retirar à vna

celda

celda (siendo assi que con dificultad le sucede) à llorar amargamente. Oyòla sor Madalena de S. Pedro, de quien emos hablado en el Cap. 57. y desseandola consolar, se introduxo à pregũtar la causa de su llanto; y sabida, le dixo: avia tenido el mesmo sentimiento en su interior.

Apenas huvo entrado, quando le sobrevino vn trabajo espiritual, que toda su vida martirizó su alma: con tan crecido tormento, que le huviera ocasionado la muerte, à no assistirla Dios, dandole alientos para tolerarle con paciencia: fabricando assi la corona de la immortalidad. Concluído su Noviciado cõ entera satisfaccion de su religioso modo de proceder, le dieron la profession, q̃ hizo en dos de Febrero dia de la Purificacion del año 1657. Fuè enemiga capital de èl ocio; aplicandose à quanto podia conseguir su genio, que le tuvo habil para muchas cosas de curiosidad, en q̃ estava siempre bien ocupada. De aquî nacia no estrañarse, ni escusar empleo, ò diligencia, que la pedian las Monjas; haziendo con gusto, aplicacion, y agrado quãto le significavan: con que tuvo siempre grangeadas las voluntades.

Admirables fueron los quilates de su humildad. Nunca en su modo, en su porte, trato, ni vestido, que era siempre de lo mas desechado, y pobre, se le advirtió cosa, que oliesse à presumpcion. Tomava siempre assiento en el suelo, y en el lugar mas infimo; su cama, alajas, y comida eran conforme à su espiritu humilde, pobre, y mortificado. Llorava amargamente sus defectos: trayendolos muy presentes. Estos eran muy de ordinario la materia de su meditacion, con que se movia à dolor, y sentimiento.

Fuè pũtualissima en la obediencia:

diencia: acudiendo la primera à los actos de comunidad, previniēdolos con tiempo: ſingularmēte en las acciones del coro, ya era ſabido, que la allariā en el, vn quarto antes de tocar, arrodillada delāte del Santiſſimo, previniendoſe con devocion para rezar el officio divino; en que eſtava tan atenta, y advertida, que era ſiempre la primera en reparar ſi ſe cometia alguna falta. Era indiſpēſable; ſino por enfermedad, acudir de noche à Maytines; y quādo por algun accidente, la ordenavan quedaſſe en la enfermeria, ſino hazia cama, no era poſſible detenerla; acudiendo à vezes al coro tan debilitada, que era forçoſo ir arrimada à las paredes.

Mientras le dió lugar la ſalud, llevò caſi de continuo vn ſilicio à raiz de ſus carnes. Caſtigó ſu cuerpo con ſangriētas diciplinas, y otras mortificaciones, que le dictava ſu fervor; ſiendo de mayor ponderacion la igualdad de animo, y conformidad, con que toleró muchas penas, y trabajos interiores, y exteriores, con q̄ Dios exercitó ſu paciencia.

En la caridad fuè extremada, moſtrando en lo vivo de ſu affecto vn grāde amor de Dios; de dōde nacia afligirſe mucho al conocer ſus faltas, è *imper*fecciones. Quādo en la recreaciō ſe ponia platica de las ofenſas, que los hombres hazen à Dios, no podia diſſimular el ſentimiento; y era forçoſo retirarſe al coro, ò à ſu celda à deſahogarle en repetidos ſollozos.

Nunca ſe negò à diligēcia, ni trabajo, en que le pidieſſen ayuda ſus hermanas, por arduo que fueſſe: reſpondiendo con blādura, ſuavidad, y agrado. Quando alguna enfermava, era la primera en viſitarla; y ſi era neceſſario aſſiſtirla, ofreciaſe à quedar de noche, para

ra

ra aliviar el trabajo de las enfermeras. Aplicóse vn dia con tanto ahinco à vna ocupacion trabajosa, para ayudar à las Hermanas de la obediencia, que, de la fatiga, contrajo vna penosa enfermedad, que la llevó à la sepultura.

En medio de sus ocupaciones, nunca dexò los exercicios espirituales. Oìa cada dia dos missas; por ocupada que estuviesse. Fuè muy devota de las onze mil Virgines, implorando su patrocinio con grande confianza, y devocion. Conservó vn tierno, y filial affecto à la V. Madre Maria de Jesus de Agreda, de quien hablava con gusto, y procurava imitar.

Allandose vn dia en el coro, sintiò vn grande estruẽdo; dióse por avisada, y mas; quando rezando delante de la Imagen de san Antonio de Padua, de quien fuè muy devota, se le repitiò en tres distintos golpes, que percibieron otras. Dispusose con vna confession general, y otros exercicios santos. En su enfermedad, que fuè molestissima, mostró su grande paciencia: siendole intolerable à su humildad el trabajo, que tomavã las otras religiosas en su assistencia, y que se huviessen de aplicar tantas diligencias, y medicamentos, que tenia por mal empleados en su persona: tan bajamente sintió de si.

Recibiò muy con tiempo los santos sacramentos; y dandole la extrema-vncion al anochecer, no huvo religiosa, que se ausentasse de la enfermeria en toda la noche; ni la dexasse hasta la mañana, que muriò: pagandole Dios en este tranze el zelo, con que avia vivido de acudir al coro, y à los demàs actos de comunidad.

Pocas oras, antes de espirar, le sobrevino vn trastorno, que tuvieron por delirio; pero sus effectos nos dã à entẽder aver sido juicioso; porque todo era

en èl alabar al Señor, repitiendo varios versos de los Salmos, santiguandose, y dando golpes en los pechos, y executar otras acciones piadosas. La que menos acertada pareciò, fuè pedir la almoadilla para hazer labor; lo que tenia tan vsado toda su vida. A la fuerza de èl affecto, con que repetia los fervorosos coloquios, que con devocion, y espiritu le dictava el P. Jayme Mas, religioso Professo de nuestra Compañia, que la assistiò en este trance, se le encendiò el rostro como vna llama; y con vn extraordinario jubilo de su espiritu repitiò: veìa muchas religiosas. Preguntòle la Madre Abadessa; si eran de èl Orden? respōdió que si, nōbrando tres, ò quatro ya difuntas; y que entre ellas descubria à la V. Madre Maria de Jesvs de Agreda, y las onze mil Virgines. Entre estas palabras, llena de celestial regozijo, con gran quietud, y sossiego de su espiritu le rindiò à su Criador: dichoso delirio (si lo fuè) que hizo à esta sierva de Dios tan suave, y dulce, passo tan cruel, y amargo, y que tanto temen los mas entronizados en lo alto de la perfeccion. Fuè su muerte Martes à 17. de Setiembre de 1684.

El mesmo año de 1657. en que entrò sor Geronima, fuè admitida para Monja de obediencia, en dos de Deziembre Vicenta Bonet, hija de Jayme Bonet, y de Angela Gavaldana de la villa de Ontiniente, Reyno de Valencia; viuda de Marco Colomer. Tomò por nombre Vicenta de los Angeles; hizo al Convento heredero de todos sus bienes, que excedian en cantidad al dote, que suelen traer las religiosas de su estado. Vive ocupada en los ministerios de su obediencia.

CAP.

CAP. LX.

VIDA DE OTRA SOR *Margarita de la Corona de Christo.*

LA humilde sierva de Dios sor Margarita de la corona de Christo, nació en la villa de Arnes, en el Principado de Cataluña, de Padres muy honrados, y virtuosos. Llamóse su Padre Francisco Valls, de casa antigua, y solariega, de professsion labrador, y su Madre Madrona Foz, en todo igual à su consorte. Dióles nuestro Señor por fruto de su Matrimonio, entre otros, esta hija, que en su primera regeneracion por el bautismo llamaron Candida Valls. Procuraron sus Padres criarla con el recogimiento, y decencia, que à personas tan acreditadas convenia. No les costò trabajo su educació: porque en su natural docil, è inclinado à las cosas de virtud, se lo imprimian como en blanda cera los dictamenes de quien la dirigia à Dios.

Afligia en aquel tiempo à este Principado el infortunio de las guerras, cuyos lamentables effectos padecen oy sus moradores en la desolacion de sus casas, y destruccion de sus haziendas; y con mayor, y mas sẽsible daño los lugares abiertos: dõde amigos, y enemigos executavan sin estorvo las dissoluciones, que suele la licencia militar.

Procuró Francisco Valls sacar de estos riesgos à su hija; amparóse de ella su Tio Vrbano Foz, de quien fuè hijo vn Sacerdote del mesmo nombre, bien conocido en estos Reynos, por el fervor, con que corrió sus districtos, convirtiendo muchas almas à Dios con el exercicio de las Missiones. Llevóla à Valencia, donde tenia su casa. Aquí, donde parecia estàr segura, le dió assalto el enemigo por medio de vn hombre, que desenfrenadamẽte fu-

rioso con la passiõ, quiso mancillar su pureza. Burló siempre sus astucias, huyendo quanto pudo las ocasiones. Hasta que; entrandosele vn dia, que estava sola, en el retiro, donde hazia labor la incauta, arrancò la daga, y endereçando su punta al pecho, amenaçó cõ veras atravesarla, sino condescendia con su voluntad.

Advirtió el peligro; pero armada de valor Christiano, le dixo: executasse el golpe, q̃ mas queria morir à violencias del acero, que vivir manchada con tan fea culpa en offensa de su Dios, y daño de su reputaciõ. Alçó, sin temor de su riesgo, las voces, y mas aterrado el atrevido con ellas, que la donzella de sus amenaças, y fieros, buscò por donde bolverse, antes de ser cogido de quien acudiesse à los gritos.

Desseosa pues de evitar las ocasiones, y peligros; y de hazer de si olocausto à Dios, pidiò à los suyos, la hiziessen religiosa: avivandosele el desseo con la noticia, que tuvo de èl recogimiento, virtud, y buen olor de santidad, con que vivian las Monjas de èl Convento de la Concepcion de Tortosa. No le pesó al Tio la resolucion de su Sobrina; animóla, y la detuvo para examinar sus designios; y entre tanto convino con el P. Piquer, que se allò en aquella Ciudad, y agenciò su entrada; porque con su informe la admitieron luego en la Concepcion.

Dispusose el viage, en el qual vino en cõpañia de vnas religiosas, que ivan à fundar vn nuevo Convento à Barcelona. Descubrieron estas en el discurso de èl camino su modestia, recogimiento, y buena disposicion, è intentaron persuadirla las siguiesse. Pero, siẽpre constante en su primera resolucion, llegó à Tortosa, y entró en el Convento con grande

de jubilo de su alma, Martes à 19. de Março, dia de èl Patriarcha S. Joseph, de èl año 1658. aviendo cumplido los veinte, y quatro de su edad.

Empezò su Noviciado dando muestras de èl grande aprecio, que hizo de su vocacion en lo alegre, y contenta, que estava en tan estrecha clausura. Era muy dada à los exercicios espirituales, al retiro, à la mortificacion de sus sentidos; caritativa, devota, y enemiga capital de èl ocio: puerta mal segura, por donde el Demonio se introduce para hazer camino al vicio, y guerra declarada à la virtud. Teniala nuestra Novicia muy cerrada: siendo su continuo alimento, sossiego, y descanso el trabajo, en que vivia ocupada noche, y dia.

El exercicio de la presencia de Dios, que era muy continuo en su memoria, la afervorizava de suerte, que era de admirar las veras, con que, sin reparo, ni dificultad, se entregava à qualquier empleo, que la ordenavan; y con mas gusto al de mas trabajo.

Pusso todo su conato en solicitar, y pretender la dexassen professar en el estado humilde de Freyla: embidiãdo à las que, constituidas en este grado, vivian dedicadas à servir en los oficios domesticos à las siervas de Dios, esposas de Jesu Christo, y hijas de la Virgen Santissima. Instavala à esta pretension el bajo conocimiento, que de si tenia, y la indignidad, que avia concebido de su persona. Pero no lo pudo conseguir, por mas esfuerços que hizo su humildad; y assi llegado el tiempo, professò para Corista Jueves à 6. de Mayo de 1659.

Ya que no pudo alcançar lo que con tanto anelo solicitò, hizo, en quanto pudo, que sus empleos fuessen conformes à su pretension. Aviasse empleado en el siglo en labores de curiosidad,

riosidad, y primor; como en hazer flores de manos, y otras, habilidades, que trajo al Convento, y enseñò à las religiosas: à quien sacò tan diestras, como se vè en las que con tanto primor, curiosidad, y asseo salen fabricadas por sus manos. Pero en el Convento, su inclinacion la llevava à assistir en los officios humildes à las Monjas de Obediencia; con ellas se allava al tiempo de estar empleadas en lavar la ropa, barrer las oficinas; ayudava à las de èl amasijo, y cozina; assistia à las demàs oficialas de empleos humildes, y trabajos; apeteciendo, y ocupandose voluntaria en los mas despreciados.

Honroso le pareciò el de la roperia; pero por ser officio de mucha Caridad, trabajo, y retiro, le admitiò, y se conservò en el muchos años; en que fuè incansable su aplicacion, trabajando incessantemente, por llevar à las Monjas bien tratadas, y assistidas de ropa; y aun passava su cuidado à proveher la enfermeria. Vestiase, la despreciada en sus ojos, de los habitos remendados, ò por mejor dezir, de los andrajos, que por viejos, è inutiles eran desecho de las demàs. Este estilo, y affècto de santa pobreza, guardò en su comida; recogiendo para si los mendrugos, y troços de pan, que las otras dexavan: pidiendo à las que serviã, le diessen por caridad algo de lo que à las siervas de Dios avia sobrado: allandose con jubilo su mortificacion, quando à instancias lo conseguia, ò le faltava algo, dexandola con menos que las demàs.

Con la autoridad, y poder que concibiò en el Dotor Juan Valls su Hermano: hombre de suposiciõ, y credito, que ha quarenta años, que regenta el curato de la Parroquial de la Villa de Arbeca, con fruto de aquellas almas, y aumento de su

Iglesia,

Iglesia, que allò muy pobre, gastando en adelantarla la mayor parte de sus rentas: se le ofreciò pedirle con instancia, se sirviesse conseguir la exempcion por decreto de su Santidad, ò por lo menos de èl Nuncio, à fin de eximirse, y no admitir ningun officio autorizado: tales liciones aprendia su perpetuo estudio en el libro de la humildad, y proprio conocimiento, en que de continuo leía.

Era notable su caridad con las enfermas; acudialas con amor, y cariño; visitavalas con frequencia; y las assistia con tãta aplicacion, y cuidado, que siendo Novicia; en aviendo de señalar otras Monjas, por ser tantas las que estavan en cama, que no podian assistirlas las enfermeras: encomendavan à Sor Margarita la que concebian estar mas peligrosa; con la seguridad de que assi tendria mas puntual assistencia.

Estando alguna desauciada, era mas su cuidado; no la dexava, ni de dia, ni de noche, hasta aver rendido la vida; y entonces, deponiendo su ocupacion, era la primera que se aplicava à amortajarla, y componerla en el feretro: haziendo entre tanto memoria de las acciones, y virtudes de la difunta; de donde inferia para su consuelo, y de las demàs que la lloravan, la seguridad, que podrian tener de que estava ya logrando el premio de sus trabajos, y merecimientos.

Sobrevinole para exercicio de su mucha paciencia vna penosa Hydropesia, que la tenia tal, que las puertas de las celdas le eran estrechas, y con dificultad entrava por ellas. Assi como estava, era infatigable su aplicacion à la labor. Eximieronla por su enfermedad de acudir à Maytines. Pero, la que vivia en su trabajo, y huìa tanto la ociosidad, se levantava; y avien-

aviendo gastado rato en oracion, se ponia à trabajar: guardando para aquella ora el debanar, ù, otro empleo, que pudiesse hazerse à escuras, por no ser descubierta, ni faltar à la pobreza con el gasto del poco aceite, que en aquel tiempo podria consumir.

Poniale la fatiga, y pesadumbre de su dolencia en los vltimos estremos; y la consideracion de èl riesgo, que proximamente amenazava su vida, la tenia en aquel cuidado, y vigilancia, con que quiere Christo vivan los siervos fieles, que aguardan la venida de su Señor. Confessavase con frequencia, con mucho dolor, y lagrimas de arrepentimiento de sus culpas. Exercitavase muchos ratos en la consideracion de la muerte: cuya memoria es el mas seguro efficaz medio para assegurarla feliz. En aviendo comulgado, se retirava à vn rincon de èl coro, donde recogida en su interior, lo passava toda la mañana en dulces coloquios con su Dios, derramando copiosas lagrimas de devocion, y ternura.

De allî salia fervorosa, y animada, llena de vna mas que natural alegria. Mostrava la conformidad, con que llevava su trabajo, que era molestissimo, en la paz, y tranquilidad, que gozava su espiritu, sin percibirsele la menor señal de impaciencia; antes alegre, y risueña divertia con graciosidad modesta, y con algunos dichos religiosamente salados, à las que veìa andar tristes; y con particularidad à las enfermas dezia con donaire: que como tardavan tanto à morirse? Que penavan en esta vida, pudiendo irse presto à la Gloria? Porque cansavan à Medicos, Confessores, y religiosas? Que ya verian, como ella despacharia cō presteza; pues en vn dia de cama, en que pudiesse recibir los Santos

tos

tos Sacramentos, y hazer vn buen acto de contricion, se iria luego à la otra vida.

Por chanza passò, y se riyò mucho entonces; pero sucediò como lo dixo; porque assaltandole con furia la vehemencia de la enfermedad la mañana de el Domingo à 22. de Noviembre, de èl año de 1682. llamado el Medico, y conocido el peligro, mandò le diessen el Viatico, que recibiò con notable devocion, y tranquilidad de animo, à las dos de la tarde, y à las siete la santa vncion, y à poco tiempo rindiò el alma en manos de su Criador.

Quiso Dios premiar la humildad de esta religiosa, disponiendo, que por vn accidente inopinado huviesse de entrar aquel dia dentro de la clausura el Illustrissimo Señor Don Fray Joseph Faxeda, Dignissimo Obispo de esta Diocesi, que con el Señor Arcidiano Mayor, y el Señor Thesorero assistieron al Viatico; teniendo con esto lugar la rendida subdita, de pidir la vltima bendicion à su Prelado, que recibiò con muestras de agradecimiento, y gozo.

Sirviò de mucha edificacion à los que se allaron ver la pobreza evangelica, en que moria àquella religiosa; en cuya celdilla, fuera de su humilde cama, solo se allava vn bāquillo de madera, vna estampa de papel, vna cruz de palo, y los instrumentos de penitencia; permitiendo Dios, que la que en vida tenia su consuelo en huir las conveniencias, y descansos, le tuviesse en su muerte, careciendo de las que tendria en la enfermeria: donde lo repentino, y prompto de èl accidente no permitió la trasladassen.

Mostrò en este passo su mucha observācia, y recato; pues vsando estas señoras; estando alguna para morir, dispēsar en

que le quiten el velo de encima de èl rostro, sor Margarita instó en tenerle siẽpre cubierto, hasta que por orden de la Prelada se le quitarõ; y no pudiendo ya hablar, insistia, pidiendo con señas, la permitiessen morir guardãdo esta regla, que su Religion con exaccion indispensable guarda, y ella avia observado desde que entrò, con tanta puntualidad, y diligencia.

C A P. LXI.

SON ADMITIDAS VArias para religiosas de este santo Instituto.

TAn buen olor de santidad diò de si este insigne santuario, y tanto se extendiò la fama de la mucha edificacion, con que vivian sus Religiosas, que en pocos años se allò muy numerosa su comunidad, viniẽdo de varias partes à pretender el santo habito. Al ingresso de sor Margarita, de quien hablamos en el Capitulo passado, sucedió el de Francisca Pallarès, donzella de 13. años, hija de Francisco Pallarès, y de Paula Balaguer, vezinos de Tortosa. Entrò para Monja de obediencia à 8. de Setiembre de 1659. y professó à 21. de Enero de 1662. Llamase Francisca de èl Santissimo Sacramento. Vive, aunque afligida de continuas enfermedades, que por muchos años la tienen postrada en vna cama.

Al tiempo, que abrieron la puerta, para entrar en el Convento la Hermana Francisca, se les introduxo, sin poderlo prevenir, dẽtro de la clausura Doña Jusepa Garcia, donzella de edad de 11. años. Fuè esta señorita hija de èl muy noble D. Pedro Garcia de la villa de Queretes, en el Reyno de Aragòn, y de Doña Francisca Alberny de la Ciudad de Tortosa; que, aviendo su Padre D. Pedro expendido la mayor parte de su pingue patrimonio, en susten-

tar

tar mucho tiẽpo à ſu coſta vna Compañia de 120. ſoldados; gaſtando en eſte, y otros relevantes ſervicios, en obſequio de ſu Rey, mas de 30. mil ducados: allandoſe con notable menoſcabo ſu hazienda, vna Tia ſuya ſe la prohijó, y trajo à eſta Ciudad, con deſignio de no deſampararla, haſta ponerla en eſtado igual à ſu calidad. Inclinada al de Religioſa, y admitida ya en el Convẽto de S. Juan: pareciendole ſer vida de mas perfeccion, y mas eſtrecha clauſura, ſe afficionò à ſer Mõja de la Concepcion; Donde, para romper de vna todas las dificultades, que podriã retardar eſta nueva reſolucion, ſin dar cuenta à nadie, ſe introduxo por ſi. Fuè admitida, y tomò por nombre Eulalia de ſan Franciſco: profeſsò à 9. de Octubre de 1664: vive, aviendo obtenido, entre otros cargos, el ſupremo de Abadeſſa de eſte religioſo Convento.

A 29. de Setiembre del ſiguiente año, fuè admitida Methilde Fuſter, donzella de edad de 12. años: hija de Luis Fuſter, Dotor en drecho, y de la ſeñora Eufraſia Guimerà, Ciudadanos de Tortoſa; llamòſe en ſu admiſſion, Euphraſia de los pies de Chriſto; profeſsò à 4. de Mayo de 1664; vive al tiempo, que eſto ſe eſcrive; à ocupado varios cargos en ſu comunidad, y entre ellos el de Maeſtra de Novicias.

En el año de 1661. à 15. de Setiembre, fuè admitida Luiſa Roig, donzella de edad de 14. años, hija de Pedro Roig mercader, y de la ſeñora Luiſa Benet, perſonas calificadas de la villa de Garcia. Profeſsò en 17. de Setiembre de 1663; tomò por apellido Tereſa de Jesvs: vive, y es bienhechora de eſta ſanta comunidad en vn legado de cinco mil reales de plata, en que, amàs de ſu dote, beneficiò al Convento.

Cecilia Navas, donzella de edad de 20. años, hija de Jaime Navas, y de Isabel Pujol, labradores honrados de la Villa de Cabaçes. Fuè admitida para Monja de obediencia à 2. de Febrero de 1664. professò à 2. de Febrero de 1666; vive empleada en los exercicios de su estado, con nombre de Cecilia de S. Joseph.

La Hermana Esperança de S. Pablo, hija de Francisco Mani, y Madalena Ferrando, labradores honrados de la Villa de Mora, fuè recibida para religiosa de obediencia en 12. de Março de 1664. à los 22. de su edad; aviendo cumplido sus dos años de Probacion, y dado en ellos mucho exemplo en el exercicio de las virtudes, y aprecio de su vocacion, professò à 7. de Março de 1666.

Fuè alma dotada de rara senzillez: tal que à vezes parecia simplicidad; si bien mostrò siẽpre ser muy avisada en las cosas del cumplimiento de sus reglas, que guardò con exaccion, y puntualidad. Jamàs la vieron entrar en aposento, ni oficina agena, por vrgencia, que huviesse, sin pedir antes licencia, y assi de otras cosas, por menudas que fuessen: en q̃ era exactissima. Llorava mucho sus descuidos, que nunca le parecian leves. Davasse golpes en los pechos, y se imponia rigorosas penitencias; y en vna *ocasion*, que se jusgò culpada, en aver deslizado en vnas palabras impacientes, se lastimo los labios dãdose fuertes golpes con vna piedra.

Rezava de rodillas con gran devocion las oraciones, que las impone su Regla. Fuè devotissima de èl Santissimo Sacramẽto; en sus octavas iba llena de devocion, y fervor, entregada toda à la meditacion de aquel Dios Sacramentado. Componia à su modo en estos dias algunos, como versos, con alguna

na cadencia, en que exprimia los ſentimientos interiores, y fervoroſos, de que eſtava informada ſu alma; y con la meſma ingenuidad, en tiempo de Navidades, ſe ocupava en los recreos en dezir algunas coſas gracioſas al niño Jeſus, con que divertia devotamente à las religioſas.

Encendiòſele vn cancer en el pecho, que la afligiò tiempo; llevando eſte trabajo con admirable paciencia, y conformidad cō la voluntad de Dios. Por cauſa de eſte contagioſo accidente, puſo orden la Prelada à las Monjas de que no ſe acercaſſen ſobrado, fuera de las deſtinadas para ſu aſſiſtencia; y ſaliendo vn dia la Hermana Eſperança de la Capilla de èl Santo Chriſto, dixo, con gran ſencillez, que nueſtro Señor la avia dicho, no ſe pegaria à nadie ſu mal; que no tuvieſſen cuidado; y, que ya que en la cozina no la querian, la empleaſſen en las mas humildes ocupaciones de caſa, que pudieſſe hazer.

Viendoſe en eſte tiempo privada de hazer penitencias, (exercitò muchas teniendo ſalud) ſe iba à la celda de otra religioſa à rezar con ella, y pactar quantos actos de amor de Dios, y otras virtudes avian de hazer las dos cada ora: paſſando deſpues las quentas, para averiguar como lo avian cumplido.

Viendo en vna ocaſion vn gato, al parecer ocioſo, le dixo, à lo que juſgaron muchas, que eſtavan preſentes, por entretenimiento, ſe fueſſe à tal pueſto, y cogieſſe vn raton, riyeronſe mucho de tal orden; pero lo que ſucediò fuè, que el animal la mirò, y partiò à executar el mandato, y dentro de poco, vino con la preſſa en la boca: maravillaronſe las que lo vieron; y la ſierva de Dios ſe compungiò: culpando ſu negligencia

cia en obedecer à ſus Preladas; allando tanta puntualidad en vn bruto en obedecer à vna criatura.

Pocos dias antes, que murieſſe, percibieron las religioſas vna noche, diziendo Maytines, vn ruido tan grande, que creyendo ſe venia el coro al bajo, ſe retiraron algunas; pero no viẽdo ſeñal de ruina, proſiguieron; diſcurriendo ſer aviſo. Apretòle la enfermedad, y recibidos los Sacramentos con mucha devocion, dió ſu eſpiritu en manos del Señor, que la avia criado. Fuè ſu muerte en 25. de Febrero de èl año de 1689.

En el de 1664. recibieron para Monja de obediencia à Thereſa S. Juan, donzella de 18. años, hija de Andres S. Juã, y de Candida Beneta, vezinos de Tortoſa. Tomò por nombre Gertrudis de S. Antonio de Padua. Profeſsò en 19. de Deziembre de 1666; vive ſirviendo à nueſtro Señor en los empleos de ſu eſtado.

CAP. LXII.

VIDA DE LA INSIGNE ſierva de Dios Sor Victoria de Ieſus Maria, y Ioſeph. Su nacimiento, y niñez haſta tomar eſtado.

EN la admirable vida, y hechos heroycos de la muy noble Señora Doña Victoria de Corbera, Religioſa que fuè de eſte edificativo Convento, tienen mucho, que imitar las donzellas, caſadas, viudas, y religioſas, por averſe allado en eſta dichoſa alma vn exemplar, vivo, y efficaz de aquellas ſingulares virtudes, que requiere para ſu cabal perfeccion cada vno de eſtos eſtados, en que viviò. Su Hiſtoria pedia mas extenſiva narracion. Contentareme, refiriendo, con la brevedad que acoſtumbrò, algunas noticias de ſus muchas, y eſclarecidas virtudes.

Naciò eſta Señora en la Ciudad

Ciudad de Barcelona, cabeça de este Illustre Principado, Viernes noche de èl Nacimiẽto de nuestro Redemptor, de èl año de 1625: feliz presagio de lo que en mayores años avia de ser. Fuè su Padre Don Luis de Corbera, Varon de Llinàs: vna de las Casas mas calificadas, y antiguas de Cataluña; y su Madre, igual en todo à su consorte, Doña Ana Guardiola, no menos illustre, que virtuosa.

De tan calificados Padres nació Doña Victoria, que ya, en los primeros años de su niñez, dió bien à entender la tenia Dios destinada para tẽplo suyo; pues apenas resplandeció en su vivo, y dispierto ingenio el rayo de la divina luz: quando, con conocimiento mas que natural, hurtó à su inclinacion todos aquellos entretenimientos pueriles, que inventa el cariño para diversion de aquella edad.

Repararon todos los que estavan destinados à su criança, no la divertian, antes la davan fastidio aquellos juegos, y dijes, proprios de niños, con que se embeleza, y recrea la simplicidad de la infancia; y, à caso, la pusieron delante vna sacra Imagen, ò simulacro de vn niño Jesvs, à que, llevada de su propria inclinacion, se arrojó: desalada palomita al resplandor de sus reflexos, ò sedienta cerbatilla à la corriente de las aguas.

Esta Imagen tomó en sus manos; admitia con ternura, y frequencia entre sus braços, y era su continuo entretenimiẽto; con que se sossegavan sus enojos; no queriendo dexarla hasta acostarse, y llevarla à la cama, donde se dormia la piadosa niña: abraçada tan estrechamente con su Jesvs, que ni el descuido de èl sueño podia desprẽderle de su regazo. Y tal vez succedió, que resvalando de la cama, la allaron avia prevenido

nido mas la defensa de èl niño, que la de su propria persona: dando à entender, no avia de admitir otra compañia en su lecho, que la de tan dulce, y querido esposo, que es el que con verdaderos cariños recrea las almas, que con fidelidad, y veras se entregan à ser sus esposas.

No tenia mucha edad, quãdo la ofreció Dios, que la queria perfecta, ocasion de merecer visitandola con muchas, y continuas enfermedades, que admitió con tanta conformidad, que nunca se le oyó la menor señal de impaciencia. Servianle estas casi continuas indisposiciones para escusar la assistencia à los festines, y saraos, q̃ son celebres en aquella Ciudad; dõde acude lo mas calificado de la Nobleza. Ni solo evitava estos, à que tenia aversion su natural recogimiẽto; pareciendole eran divertimientos para mera ostentaciõ de fausto, y vanidad; sino aun las visitas, que eran de solo cumplimiento.

Apretaronle los accidentes: cuya intẽsion no dava à conocer su tolerancia. Sobrevinòle vna total inapetencia, en tiempo, que avia en casa otros enfermos; y aunque las criadas, que cuidavan de su assistencia, advertian lo passava sin tomar alimento: como suelen estas, à las vezes, assistir mas por interès, que por motivo de compassion, ò caridad, passaron sin lastimarse de la paciente, ni dezir nada en quatro dias, que estuvo sin tomar bocado: hasta, que el sumo descaecimiento, flaqueza, y desmayo lo descubrió, y dió à conocer, con grãde admiracion de los que advirtieron en tan tẽpranos años tanta madurez de paciencia, y sufrimiento.

Aviendo Dios acrisolado cõ el fuego de estos trabajos, fatigas, y molestias, en los primeros

ros

ros años de su vida, à esta noble donzella; y aviendose buscado todos los medios, y remedios humanos para su alivio: escondiendose este à la diligẽcia, y estudio de los mas eruditos, y experimẽtados Medicos de todo el Principado; resolvieron, que solo mudar de clima podria conducir para mejorar; sino recuperar de èl todo la salud perdida. Con estos atẽdiendo al favorable cielo, salubre temperamẽto, assi en la pureza de los ayres, como buena calidad de las aguas, de que goza Tortosa, la trajeron à esta Ciudad; donde tenia esta señora vna hermana llamada Doña Emetenciana Monsuar, y Corbera, casada con D. Luis de Monsuar, y Ariño, Cavallero de èl Habito de Calatrava, y Bayle General de Cataluña; tan Noble como leal à su Rey. Por lo qual en tiempo de las turbaciones de este Principado, para librarle de la furia de los inquietos, fuè necessario, q̃ el P. Jacinto Piquer le sacasse bajo de la custodia de èl Santissimo Sacramento, y le llevasse assi, hasta ponerle en salvo.

En Tortosa mejorò en la salud de èl cuerpo, y perficionó su alma con el exercicio santo de admirables virtudes, cõ que era exemplo à toda la Ciudad. Miravanla como vn dechado de perfeccion; admirãdo su rara compostura, modestia, apacibilidad, frequencia de sacramentos, devocion, y assistencia puntual à todas las cosas de èl servicio de nuestro Señor: dotes todos, por los quales, junto con sus relevãtes prendas, y calificada Nobleza, puso en ella los ojos vn Cavallero llamado D. Geronimo Jordan, de las casas mas antiguas, y Nobles de Tortosa: con fin, à lo que sucedió, de que en la rara, y singular virtud de aquella devota donzella podria este Cavallero, que era muy exemplar, allar

espoſa, que cooperaſſe à ſus deſignios, y caſtos intentos. Huvo mucho, que vencer en Doña Victoria, que no tenia intẽto de abraçar eſtado de Matrimonio. Pero Dios, que quiſo dexar vn raro exemplar à Tortoſa, y à toda Cataluña en eſtos dos Nobles caſados, facilitò las coſas deſuerte, que convenidos ſe dieron mutuamente palabra de caſamiento.

CAP. LXIII.

CONTRAE MATRIMOnio Doña Victoria, y virtudes que en eſte eſtado exercitò.

AViendoſe cumplido los plaços ſeñalados, llegò el dia de èl deſpoſorio, en que eſtuvo convidado à la cena todo lo mas lucido de eſta fidelisſima Ciudad. Y mientras los demàs celebravan con demoſtraciones de alegria el ſuceſſo de aquel dia, advirtieron eſtàr los dos deſpoſados en cuidadoſa, ſecreta, y profunda converſacion, bien diſtincta de lo que en las circunſtancias preſentes, podian diſcurrir.

Era la materia de aquella platica tan atenta, diſponer como aquella noche, eſtando en ſu retiro, avian, lo primero, deponer en execucion el conſejo, que el Angel S. Rafael diò à Tobias, al tiempo de admitir ſu eſpoſa Sara: eſto es, gaſtarla en oracion delante de èl Señor, para que ſu divina *Mageſtad* dieſſe complemento à lo que tenian yà tratado, aunque no reſuelto.

Deſpedido el cortejo, y viſitas, recogida la familia, ſe retiraron los Novios à ſu retrete; y pueſtos de rodillas, apartados de ſitio, emplearon larguisſimo eſpacio en devota, humilde, y fervoroſa oracion. De la qual ſe levantaron con mutua reſolucion firme de renunciar de ſu voluntad las licencias de èl Matrimonio, y ſacrificar à Dios ſus cuerpos, y almas, y vivir

vir como Hermanos en perpetua virginidad. Convenidos entre si, obtenida por cada vno la permission de su consorte, se bolvieron à arrodillar; y con raro exẽplo, pocas vezes en nuestras edades visto, hizieron vniformemente voto absoluto, y perpetuo de Castidad, que guardaron exactissimamente, y tuvieron secreto hasta la muerte de Don Geronimo.

Hecho este admirable sacrificio de si mismos, deshizierõ la cama, y entresacaron vno de los colchones; que no quiso admitir mas Doña Victoria, y de èl formò la suya. Y à la mañana, antes de abrir, ni entrar las criadas, le bolviò para dissimular. Y en esta conformidad perseveraron, sin poderse traslucir, ni saber en los años, que estuvieron cassados: guardando estrechamente el voto, con que se avian cõsagrado à Dios: siendo assi, que en cada vno resplandecieron tales gracias, y dotes, que parece, se avia esmerado la naturaleza en formar su talle, y pintar su exterior belleza, y extraordinaria hermosura; viviendo juntos; comiendo en vna mesa; viendose con la frequencia de Hermanos; tratandose entre dia con la familiaridad de esposos; durmiendo de noche en vna mesma estancia, con separacion solo de èl talamo conjugal. Lo que con pocas, si bien notables palabras de admiracion ponderò ingeniosamẽte N. insigne General el R. P. Juan Pablo Oliva celebrando los subidos quilates de la Castidad de èl Patriarcha S. Joseph: *Quodque mirère virginitatem coluit in Nuptijs.. vixitque, sponsus, & virgo.*

Esto con toda propriedad sucediò à estos dichosos cassados, que para vivir al modo religioso, estrecharse mas con Dios; assegurar la permanencia, y tener mas propicias las assisten-

assistencias divinas, formaron coro en su retrete, donde à las oras destinadas por la Iglesia, rezavan con devociõ atenta el officio mayor; levantandose à media noche; sirviendoles de despertador el toque de las cãpanas de la Cathedral, donde indispẽsablemente se dizẽ todas las noches en aquella ora los Maytines. Estos dos casados coristas comenzavan entonces los suyos, precediendo à ellos el repique de vna dilatada diciplina. Dezian las demàs oras à sus tiempos; interviniendo negocio peremptorio, se dilatava; pero nunca se omitia pagar à Dios este tributo de su devocion.

El Gozo, que recibiò el alma castissima de Doña Victoria, no es explicable. Pareciòle aver hecho de si misma sacrificio à Dios, à quien en adelante devia, con nuevo drecho, todas sus operaciones. Era todo su cuidado aplicarse con las mayores veras à las cosas de èl divino servicio, sin faltar à las obligaciones de acudir à las de èl govierno de su casa, y assistencia de su consorte: à quien amava mas, mientras mas la ayudava à entregarse à la virtud. Sugetavasele como à esposo; reverenciavale con veneracion; oìale con rendimiento; le obedecia sin replica: viviendo entre tan castos amores con paz, sossiego, caridad, y santo temor de Dios; embidiados de quantos veìan en aquella casa vn vivo retrato de èl Cielo.

Era en su porte modestissima; su conversacion suave, y edificativa; continuò el retiro: pues no salia de casa, sino para la Iglesia, ò para algun oficio de Caridad: à que la allavan siempre prompta. Llevava siẽpre cubierto el rostro con el manto; y si tal vez, avia de mudar el traje en gala, era por orden de su confessor, ò su marido,

do; y era menester expresassen lo que avia de hazer; porque, aviendole ordenado, vn dia de gran solemnidad, saliesse con vestido de mas lucimiento, lo executo: pero no passo de ahì; dexando el pelo sin mas compostura, que la ordinaria. Advirtieronlo, y la dieron orden de que bolviesse desde la Iglesia, donde ya estava, à su casa à tocarse, que executo la verdadera Obediente, viniendo despues con el tocado correspondiente al vestido.

En estas, y otras ocasiones semejātes, era vivissimo su sentimiento; pero no sabia resistirse à la voluntad de Dios, interpretada por sus Ministros. Y no desahogava su afliccion, hasta que, retirandose, desechava con vltrage aquel instrumēto de su mas viva mortificaciō, y se bolvia à su porte humilde, y llano.

Era en este tiempo admirable su mortificaciō. Comia cō notable templança; y era tal su arte, que, pareciendo à los que estavā en la mesa, comia de todos los platos, salia de ella con solo aquel leve sustento, que apenas podia ser bastante para conservar la vida. Tomava frequētes, y rigorosas diciplinas. Llevava casi de continuo vn silicio sobre sus carnes. Su dormir era en el suelo, como dixe, y con vn solo colchō sencillo. Tomando para el sueño el tiēpo escaso, que pedia la necessidad, se levantava muy de mañana à su oracion; disponiēdo su alma para ir al Templo: y esto con mas cuidado los dias destinados para recibir à Christo sacramentado. En la Iglesia era ordinario passar dos, y tres oras de rodillas; y fueran mas, à no impedirlo vna donzella compañera suya, à quien en esto, y otras cosas tenia orden de sugetarse, y obedecer.

Aviendose restituido à su casa, y dado los ordenes necessa-

rios

rios al govierno, se retirava à vn aposento. Allì à sus solas proseguian los coloquios tiernos con su Dios: en cuya meditacion vivia absorta, y dulcemẽte entretenida. Si por alguna obligacion forçosa se veìa necessitada à salir, dava cuenta à su confessor: sin cuya licencia no dexava su amable retiro.

Sus mas frequentes salidas eran, de su casa al Hospital à visitar los pobres enfermos: à los quales animava à la paciẽcia, y resignacion con la divina volũtad. Davales de comer por sus manos; sin querer fiar esta diligencia de otro: con lo qual se grãgeò el renombre de santa en toda la Ciudad, dõde era venerada, y admirada de todos, porque todos la teniã por vn vivo exemplar de virtudes exquisitas.

Hasta siete años, con poca diferẽcia, la dexò Dios lograr la compañia de D. Geronimo; y al fin de ellos quiso la divina Magestad remunerar à este Cavallero sus relevantes virtudes, llevãdosele à mejor patria; como nos lo assegura su inculpable vida, llena de heroycos merecimientos.

Quedò viuda Doña Victoria; aviendo llevado este golpe, como venido de la mano de Dios, con suma paciencia, y cõformidad. Aquì se descubrió la causa de no aver dexado D. Geronimo succession; è intentaron los parientes, llevados de èl interès, negarle el aumento de èl dote; fundados en que este le conceden las leyes solo por el vso del Matrimonio; pero les desengañaron en que en la ocasion presente se sentẽciaria à favor de la Virtud, y se cõcederia à Doña Victoria por la loable virginidad: con que no se prosiguiò el litigio.

CAP. LXIV.

ENTRA RELIGIOSA, Y vive con grande exemplo.

En

EN el estado de viuda, en q̃ quedò Doña Victoria, fuè admirable su retiro, modestia, devocion, y en las demàs virtudes. Y discurriendo la llamava Dios para vida mas perfecta, resolviò dexar el mundo, y retirarse al puerto seguro de la religion, à que la convidava el grande credito de santidad, cõ que florecia el Convento de la Concepcion Francisca de esta Ciudad; à cuyo santo instituto parece la llamava el Señor, para coronar su vida con gloriosos merecimientos.

Entrò en la pretẽsion: à que luego se interpusierõ notables contradicciones: que siempre las à de padecer la Virtud. Pero su constancia, y firme resolucion venciò todas las dificultades; y con vniversal jubilo de toda aquella santa Comunidad, que concibieron recibir vn Angel, fuè admitida Viernes à 20. de Março de 1665: siẽdo de edad de 33. años; y tomò el nombre de sor Victoria de Jesvs Maria Joseph. Fuè este dia de su admission tan alegre para esta sierva de èl Señor, que solia dezir, que no avia tenido dia mas regozijado, ni de mayores consuelos en su vida.

La que tan religiosamente vivia en el siglo, no le pareciò aver mudado de estado en la clausura. Ya à los primeros dias la allavan tan rendida, observante, obediente, y hecha à las cosas de la religiõ, como si toda su vida se huviesse criado en ellas: teniendo en esto tanto, que vencer las que entran de mayor edad, acostumbradas al mãdo despotico del govierno de su casa, y familia.

En el Noviciado bolviò à sentir notable menoscabo en la salud; lo qual obligò à los Superiores â moderar sus exercicios, con grande sentimiento de la que entrava ansiosa de padecer, y passar por lo mas estrecho de la regular observancia, y

cia, y exercitarse en los oficios mas humildes. Pero en medio de esta pena, sentidissima à su buen desseo, se rẽdia con estraña sugecion à la disposicion, y orden de la santa obediencia; conformando su querer con el dictamẽ de la Prelada, que cõcebia ser de Dios. Concluyó su año de probacion; y, admitida de todas las religiosas, hizo su professìon à 25. de Março de 1666.

Quiso la divina Providencia recobrasse la salud; y allandose cõ mas robustez, pudo alcançar la concediessen algunas licencias de especiales mortificaciones, sobre las muchas de rigor, y aspereza, que por su instituto abraçan estas santas religiosas: executando los designios, que traía desde el siglo, y no avia podido executar hasta entonces.

Viòse aqui cumplido lo que èl Señor la avia antes dado à entender; allandose vn dia en lo mas fervoroso de su oraciõ; representando su penas; rogando à la divina clemencia, moviesse el animo de la Prelada; para que le concediesse lo que en esta parte la avia pedido; sintió en lo interior de su alma estas vozes: Ten constancia en pedirlo à tus Superiores, que lo alcançaràs. Como en efecto sucedió.

Avida esta licencia, se entregó totalmente à la *mortificacion* de sus sentidos: haziendo continua guerra à su cuerpo, à quien hurtava quãto apetecia; concediendole quanto pudiesse darle pena. Aquî salieron los instrumẽtos de que vino prevenida à la religion, que fuerõ; amàs de vnas diciplinas horrorosas; tres distinctos silicios: vno de rallo sembrado de agudas puntas; otro de cerdas bien aspero, que à modo de escapulario la ceñia pecho, y espaldas; el tercero vnas tenacillas, ò gatillos açerados: con *su*

muelle

muelle apremiador, que en breve espacio hazian saltar la sangre, donde prendian sus dientecillos.

Tan deveras, y con tanta continuacion se diò à maltratar su cuerpo, que: temiẽdo no lo pudiesse tolerar, la huvieron presto de moderar, y revocar algunas de las licencias. Aquì era quando se veìa el confessor obligado à hecharla de si, no pudiendo de otra suerte verse libre de la importunidad, con que instava, para conseguir, ya que no otra cosa, que la permitiessen rezar todo el rosario entero de nuestra Señora puestos en cruz los brazos. Y finalmẽte era forçoso concederla, dixesse buen numero de oraciones vocales, en tan penosa, como devota postura.

Floreciò en esta dichosa alma en grado superior la virtud de la humildad. Vivia en continuo desprecio de si misma. Pretendia con efficacia las ocupaciones, y oficios mas humildes, bajos, y trabajosos. Rara vez se le oyò hablar de la calidad de su sangre: memorias indignas de vna alma religiosa, y dedicada à Dios, que demuestran estar aun apegada à las cosas vanas de èl siglo. Si alguna vez la hablavan, ò se mencionava por algun acaecimiento su Nobleza, le dava pena, y lo disininuia quanto podia, procurando mudar de conversacion; y dava gracias à Dios de averla criado con aquellas calidades, con las quales pudo ser hija de tan edificativa familia. Quando le hazian mencion del acto heroico, con que se sacrificò à Dios la noche del desposorio, trabajava en persuadir que Don Geronimo la avia instado, y exortado, y que à el se le devia todo.

En la Obediencia fuè exactissima: sugetandose con rendimiento de Juizio: cerrando los ojos à lo que encontra se le po

dia ofrecer. Tan puntual à lo que ſe le dezia; que era neceſſario, que la Prelada atendieſſe al como; porque no ſalia vn punto de lo que ſonavan las vozes, con que la mandavan.

Avian de ſangrar à vna religioſa, y conducido el cirujano à la enfermeria, llamada para otra funcion la Madre Abadeſſa, la dixo: Hermana Victoria ſienteſſe aquî, y no ſe mueva. En medio de la ſangria ſe deſmayava la religioſa, que ſangravan; exclamò la enfermera: Hermana Victoria trayga agua; lo meſmo dixo el cirujano; pero ella acordandoſe de lo que ſe le avia mandado, dixo: que no ſe podia mover de allî: que eſſe orden tenia; y aſſi lo executò; y huvieron de llamar otra, que ſocorrieſſe aquella neceſſidad.

Mandòle en otra ocaſion la Superiora, trajeſſe vn poco de arrayan. Partió inſtantaneamẽte; y caminando diez, ò doze paſſos con la promptitud de executar lo mandado, reparó, y huvo de bolver à pregũtar dõde le avia de coger? Porque en algunos años, que eſtava en el Convẽto: ſiendo el jardin biẽ pequeño, y eſtando el arrayan bien patente, no lo avia notado: Tan deſcuidada como eſto vivia de lo que paſſava en caſa; como cuidadoſa de la compoſtura interior de ſu alma, y de atẽder ſolo à lo *que le man*davan ſus Superioras.

Todas eſtas, y otras inſignes virtudes afianzava, y fomẽtava en ſu alma vn continuo exercicio de oracion mental, y preſencia de Dios; tan exacta, y ſin interrupcion, que la tenia ſiempre dentro de ſi miſma; atendiendo aſſi; ſin ſaber, ni advertir lo que ſucedia en el Convento. Eſtando enferma, no podia dar razon de lo que delante ſus ojos paſſava en la pieza de la enfermeria: porque todo ſu cuidado era atender à ſu

Dios: en cuya meditacion se encendia en su coraçon el fuego de la Caridad, que la tenia dulcemente embelesada; sin darla lugar à advertir otras cosas.

Ocupava, amàs desto, gran parte de èl dia en buen numero de oraciones vocales. Eran las principales; las muchas que rezava en honra de la Virgen Santissima: à quien amó toda su vida como tierna Madre, y con mas affectuosos cariños despues, que suelta de los lazos de èl siglo, se dedicò à ser su hija, dando su nombre à la esclarecida familia dedicada à los cultos de su pureza.

En cada ora de èl dia, y de la noche saludava con ciertas oraciones algun atributo de esta celestial señora; teniendo repartidos los de su mayor veneracion en las 24. oras del dia natural. Al principio procurava anticipar las salutaciones, que, ocupada con el sueño, recelava, no podria cumplir. Pero diò à entender despues la Santissima Virgen, quan de su agrado era la diligencia de su devota hija; permitiendo se despertasse todas las oras de la noche, para admitir las deprecaciones, y salutaciones al tiempo que las tenia destinadas. Por este camino la hizo la Virgen muchos favores; experimentãdo muchos sentimientos, y cõsuelos espirituales; los quales comunicò à vna confidente, exortandola à esta devocion, que despues se à propagado en muchas de aquellas santas religiosas, hijas de la pureza virginal de Maria. El modo, que esta sierva del Señor tenia, es largo de referir, y se alla en el libro intitulado Devocion à Maria; Passaporte, que dà salvo cõducto para vna buena muerte, que escriviò el devoto, y espiritual Padre Christoval de Vega de nuestra Compañia en el lib. 2. Cap. 10. §. 2. fol.

353. numero marginal 208.

Rezava, amàs de esto, cada dia el rosario entero de 15. decenas; la corona de 73. ave marias, y 7. padre nuestros, y doze ave marias, para adornar con ellas las doze estrellas de la Corona de la Virgen.

Por la quaresma repartia en los sabados, rezando en cada vno mil ave marias, comenzando de èl de la Septuagessima: eran estas por las lagrimas, que la Virgen derramó en la dolorosa passion de su hijo Santissimo. Añadia despues otra devocion de las angustias, con ciertos psalmos los mas aproposito à este intento. En los Viernes dezia otra devociõ à Christo crucificado; y eran muy cõtinuas en su fervoroso affecto vnas Jaculatorias, y oraciones petitorias, con que impetrava los divinos auxilios, para obrar con rectitud: que era lo que permanentemente pedia à su divina Mageſtad. Rezava tambien las oraciones, que llaman de S. Gregorio, y se componen de siete padre nuestros, y otras tantas ave marias; cada vno con su antifona, verso, y oracion. Otras muchas eran sus devociones, sin las que aplicava por las particulares necessidades, que la encomendavan.

CAP. LXV.

SV DICHOSA MVERTE, y espiritu de Profecia, con que Dios la dotò.

ESte tenor de vida, preciosa delãte de los ojos de Dios, llena de vna santa edificacion, con tantos argumentos de Santidad, conservò esta sierva de èl Señor, creciendo cada dia en nuevas, y heroicas acciones de excelentes virtudes; con que edificava, y movia à imitacion con sus raros exemplos: enfervorizando à las que se conocian tibias en el servicio de èl Señor: siendo vn claro espejo, en quien se miravan todas. No

quiso

quiso su divina Magestad, lograssen mucho tiempo tã amable compañia, queriẽdola trasladar donde gozasse el premio devido à vna vida tan adornada de santas obras.

Sobrevinieronle à su fatigada salud algunos accidentes: que siendo en su persona tan habituales, no davan mas cuidado, que otras vezes. No obstante la sierva de Dios persistiò siempre en que seria la vltima enfermedad de su vida; y esto con tantas veras, que diò bien à entender, le avia Dios declarado el dia, singularizandole con toda individuacion.

Quando la sacaron de la celda, para llevarla à la enfermeria, asegurò, no bolveria mas à ella. Aviendo de hazer jornada su confessor, que era entonces el P. Bernardo Rey, le dixo: que Dios avia de disponer presto de su vida; mas, por no privarla de su assistencia en aquella ora, la avia hecho gracia de dilatar el dia de su muerte hasta que bolviesse de su viaje: como sucediò.

Avia comulgado vn dia por devocion, sinque por entonces diesse muestras de maligna la enfermedad; y aviendo dado gracias, asseguró delante de algunas religiosas, que la otra vez que el Sacerdote entraria, seria para darla el Viatico. Agravandosele la enfermedad, la rogava vna Monja, impetrasse de nuestro Señor la vida à cierta religiosa muy necessaria para aquella comunidad, à que respondiò llena de confiança: que el Señor las consolaria; y que en aquel trienio solo ella moriria; y que esto sucederia en Viernes, y antes de la semana Santa; y que no daria mucho, que hazer à las enfermeras, ni à los confessores; que recibidos los santos Sacramentos, moriria luego. Todo quanto dixo, lo vieron cumplido puntualissimamente.

Porque

Porque agravandoſele los accidentes, la dieron de allí à ocho dias el Viatico: que recibiò con grande jubilo de ſu alma: como quien ſabia, ſe le acercava el tiempo de gozar el deſcanſo perpetuo de la gloria. Enramaron las religioſas, como ſuelen, con variedad de flores la cama; y les dixo agradecida: que antes de èl Domingo, lo harian con ſu difunto cuerpo. Recibiò con la miſma paz, y alegria la ſanta vncion; y entretenida en dulces coloquios con ſu Dios; allandoſe preſentes todas las religioſas, la diò vn como paracíſmo, que la dexò ſin movimiento alguno. Creyeron ſer ya difunta, y quedavā con el deſconſuelo de no averſe allado la Madre Abadeſſa, ni hechado ſu bendicion, que aprecian mucho eſtas ſeñoras en aquella ora.

Llamaronla à toda priſſa; y entrando por la enfermeria, abrió los ojos la humilde ſubdita, y miró con tierno ſemblante à ſu Prelada, como quiē pedia, por ſeñas, como ſe le permitia, la bendicion, y licencia para emprender la jornada à la eternidad, y partirſe à gozar los dulces abraços del celeſtial eſpoſo. Levantó la Madre la mano para darſela, y al meſmo tiempo la humilde hija inclinó la cabeza, quanto pudo, para recibirla; y con eſta inclinacion, llena de vna paz, tranquilidad, y alegria eſtraña, rindió el eſpiritu à ſu Criador Viernes à 9. de Março de 1674. ſiendo de edad de quarēta, y vn años, y ſolos ocho de religion, en que avia grangeado tantos de merecimientos.

No fuè facil allar conſuelo el dolor, que ocupó los coraçones tiernos de aquellas religioſas: viendo les faltava aquel eſpejo vivo de toda perfecciō, y obſervancia; en quien todas tenian pueſtos ſus ojos, y era el iman de ſus voluntades.

Sintiò

Sintióse mucho su muerte, sin que en algunos dias se pudiessen enjugar las lagrimas de todas; y el dia siguiente, que fuè Sabado, se renovó la pena, acordandose, al tiẽpo de adornar el feretro con flores, como acostũbran, de quã cierto avia salido el que antes de èl Domingo avian de hazer con su difunto cuerpo, lo que antes avian hecho con su persona: siendo viva.

En muchas otras ocasiones demostró averla comunicado el Señor cosas muy secretas antes de suceder: referirè solas dos las mas notables. La davã, en cierta ocasion, las norabuenas de vna merced, que su Magestad avia hecho à vno de sus dos Sobrinos, destinãdole para vn puesto muy acreditado en la milicia; y, quando parecia avia de recibir esta nueva con jubilo, exclamò diziendo: A desdichada Madre (hablava de su cuñada) que dos solos hijos, que tiene, les à de ver dẽtro de poco tiempo difuntos, vno natural, y otro violentamente de vn golpe en la cabeça. Dentro de vn año sucedió todo. Porque el mayor, que era el Baron de Llinàs, feneciò de vna grave dolẽcia, allandose en la Corte. Y el segundo, à quien el Rey avia honrado, en vn reencuentro con el enemigo, empeñado de su valor, recibió entre otras eridas, vna en la cabeça; de que murió.

Entró vna novicia en la Cõcepcion, y luego dió à entender, no la queria Dios para esta casa. Lo mas admirable, que estando para morir, acercandosele à su cama dicha Novicia, acompañada de otra de la mesma edad; pidiẽdole las dos las encomendasse al Señor, rogandole las dexasse professar; dixo à la segunda: que professaria, y seria muy santa. Y bolviendose à la primera, la dixo, con formales palabras en su

idioma

idioma catalan: Hija Dios te quiere à ti para otra cruz.

Lo que despues à sucedido es: q̃ professando aquella, èsta, por ciertas indisposiciones, y falta de salud, la fuè forçoso salir: y entrò despues Monja en el religioso Convento de San Juan de la Rapita; donde tuvo salud, professò, y donde oy vive con mucha virtud, y exemplo; vistiẽdo la cruz blanca de aquel santo habito: para la qual diò à entẽder la sierva de èl Señor, la tenia Dios destinada. Cõserva oy esta señora vn grãde aprecio de la virtud de sor Victoria, à quien venera como à santa, è implora su patrocinio. Y no solo esta religiosa, sino quantos entendieron la vida prodigiosa de esta sierva de èl Señor, de quiẽ tenemos por cierto, logra en la tierra de los vivientes el descanço eterno de los bienaventurados, con glorias correspondientes à tantas, y tan admirables virtudes, y esclarecidos merecimientos.

El mesmo año de 66. en que Professò sor Victoria, fuerõ admitidas dos donzellitas Hermanas, hijas de èl señor Francisco Gil de Federic, Ciudadano honrado de Barcelona, de antiguo solar, assistido de bienes de fortuna, y no menos dichoso en su decendencia; pues de ocho hijos, que llegaron à edad adulta, los siete se dedicaron à Dios. Estos fueron; de èl primer matrimonio con la señora Luisa Bonamic, sor Luisa Gil, que muriò religiosa de èl edificativo Convento de San Juan. La Madre sor Mariana Gil, que oy vive ocupando en dicho Convento el cargo de Maestra de Novicias.

De èl segundo con la señora Maria de Roses: Joseph Gil de Federic Presbytero, oy Canonigo, Pabordre, y Arcidiano de Borriol: Dignidad de la santa Iglesia de Tortosa. Jusepa Gil, que siendo de ocho años;

estando

estãdo ya admitida para Monja de la Concepcion, muriò el año 1662: y fuè enterrada, por orden de èl Señor Obispo, con el habito de èl Orden, en el sepulchro interior; donde solo se entierran las religiosas, con quien se aviá dedicado vivir.

Buenaventura Gil de Federic, que de edad de ocho vistiò el santo habito de la Concepcion; y, aviendo entrado por el torno vna Hermana suya de cinco años, llamada Maria Teresa Gil de Federic, à fin solo de ver à su Hermana; allandose dẽtro, nunca quiso salir, ni por ruegos, ni por amenazas. Y queriendola tomar en braços à la puerta su Padre, le messó los cabellos, con tales llantos, que, pareciendo oponerse à la voluntad de Dios, se resolvieron dexarla. Fuè admitida de las religiosas, donde oy persevera.

Professò sor Buenaventura, tomando por apellido: de San Antonio de Padua, à 28. de Enero de 1674. Y la menor, sor Maria Teresa de S. Joachin, à 21. de Octubre de 1676. viven las dos. La vltima hija, sor Maria Gil de Federic, es oy religiosa de S. Juan; y el menor de todos Antonio Gil de Federic, queda en estado secular, y lleva el nombre de la casa.

Vn año despues, que fuè el de 67, entrò para religiosa de coro Mariana Colomer, donzella de edad de diez años, natural de la villa de Pens, en el Obispado de Barcelona. Fuè hija de Juan Colomer, y de la señora Lucrecia Faxeda, y Sobrina de èl Illustrissimo Señor Don Joseph Faxeda, dignissimo Obispo de esta Diocesi: que, desseoso de dar estado de perfeccion à esta donzellita, la dotò, y colocó en este Convento: donde fuè admitida à 24. de Março. Professò à 6. de Enero de 1673. Vive con renombre de sor Mariana de la Encarnacion.

CAP. LXVI.

VIDA DE SOR IUSEPA de la Presentacion.

MAriana Sancho, sugeto de quiẽ aquî hablamos, fuè hija de Miguel Sancho, labrador, vezino de Tortosa, y de Maria Grañena, natural de èl puerto de Santa Maria; la qual, aviendo cautivado los moros à su Padre, vino buscando limosna para el rescate en compañia de su Madre; y llegãdo las dos peregrinas à Tortosa, se compadeciò de ellas vn hombre muy honrado, q̃ tomò en su casa à dicha Maria Grañena; y à su tiempo la casò honradamente con dicho Miguel Sancho.

Diòles Dios por fruto de su matrimonio à nuestra Mariana. Saliò dotada de singulares prẽdas de hermosura: correspondiendo à lo exterior las interiores prendas de èl alma. Era de natural docil, è inclinado à todo lo que era piedad. Propusole sencillamente su Madre, siendo de poca edad, se consolaria de que las dos ayunassen vna quaresma à pan, y agua. Lo tomò tan de veras, que la passò toda, ayunando con sumo gusto, y alegria.

Viendo la Madre tan buenos principios, ya se prometiò gloriosos fines. Cuydò mas de la educacion de la hija; y à tiẽpo de tomar estado, le propuso el de religiosa. Resistióse con donayre, y gracia diziẽdo: que no todas las queria Dios para Monjas. Frustrandose sus desseos por este camino, la aconsejò, que entre los muchos, que por sus raros dotes la pretendian; dexando otros de mas calidad, hiziesse eleccion de vn labrador honrado, llamado Joseph Sabater, igual en todo à su hija; teniendo por maxima, q̃ la desigualdad en los que cõtraen matrimonio suele ser ocasiõ de muchos incõvenientes, y semilla de grãdes disturbios.

Vn

Vn ſolo año eſtuvo caſſada: y en eſte tiempo tuvo vn hijo, que en breve mejorò de vida, bolando de la cuna al cielo; y eſtando el niño en lo vltimo, le pidiò de rodillas ſu Madre, que en viendoſe delante de Dios, la alcançaſſe aquellos conocimiẽtos neceſſarios para el acierto en la eleccion de èl nuevo eſtado, que, allandoſe libre, y en tan temprana edad, le parecia forçoſo hazer. El ſuceſſo moſtró aver oìdo el hijo los ruegos de la Madre; porque eſtando ya diſponiendo ſu caſa: reſuelta à dar palabra de caſſamiento à vna perſona de calidad, que entre otras la pretendia: caminando en ſeguimiento de la proceſſion de la Virgen de la Cinta, de quien era devotiſſima: paſſando por delante del Convento, ſe ſintiò repentinamente trocada; atraìda con fuerza interior, y llamamiento efficaz à ſer religioſa de la Concepcion.

Conſultò ſus intentos con el P. Bernardo Rey, que era entõces ſu confeſſor; y examinadas las circunſtancias, no dudo en que era vocacion de lo alto, y llamamiento de Dios. Con eſto deſpidió luego à todos ſus pretendientes, cerrãdo la puerta à todo trató: poniendo por obra ſu nueva, y bien diſtinta pretenſion.

Valióſe el enemigo en eſte tiempo de los meſmos, que con honeſto titulo la buſcavan; incitandoles à que, por medios illicitos eſtorvaſſẽ ſus deſignios, y derribaſſen ſu conſtancia, aſſaltando ſu Caſtidad. Acometiòle vn dia vno, y con traza infernal llegò, ſin percebirlo, à deſatarle las cintas de la ropa; pero fueron tales los gritos, con que le aterrò, que huvo luego de huìr. Otro ſe cerrò eſcõdidamente en el apoſento de ſu retiro; pero allandole dentro, le ſupo dezir tales, y tan eficaces razones, que no ſolo

mudò de intento, ſino que ſalió bien corregido, y enmendado para en adelante. Otro Cavallero la penſo vencer con coſtoſos, y repetidos donativos, y regalos de diverſos generos; todo lo deſpreció con valor chriſtiano. A otro, que cō mas tenacidad la perſeguia, le affeó tal intento, le reprehendió, y obró tanto con ſus palabras, que à perſuaſion ſuya ſe hizo Sacerdote: eſtado en que vivió con mucha edificacion.

No avia paſſado vn año deſpues de la muerte de ſu marido; quando, viniendo en buſca de mejor eſpoſo, pidió à las Monjas con inſtantes veras, le dieſſen el ſanto habito, y admitieſſen en ſu comunidad en el eſtado humilde de Freyla. Hizieron con ella varias pruevas, repreſentandole muchas dificultades. Hazianla aguardar al Torno mucho tiempo, antes de darla audiencia; y allãdo, aſſi en eſtas, como en otras pruevas, ſiempre immoble ſu conſtancia, fuè admitida à 21. de Noviẽbre de 1667. dia de la preſentacion de Nueſtra Señora; y tomando de eſta feſtividad el apellido, ſe llamò: Maria Juſepa de la Preſentacion.

No es ponderable el gozo, que ocupò ſu coraçon con la buena fortuna, que la avia cabido; llamava dichoſa ſu ſuerte, y bien afortunada ſu dicha. Comẽçò ſu noviciado con extraordinario fervor: ſeñalandoſe en aquellas virtudes, q̃ mas adornan ſu eſtado humilde; oficioſa, ſilenciaria, y recogida. Concluyò ſus dos años de probacion; y con vniverſal cõſentimiento de toda la comunidad, la dieron la profeſſion, que hizo en 21. de Noviembre de 1669.

Allandoſe Profeſſa, y dedicada de èl todo à Dios, ſe entregò mas de veras al exercicio de las virtudes, y al alivio, y aſſiſtencia de las religioſas.

Era

Era incansable en el trabajo: sin que el empleo de su obediencia, que fuè ordinariamẽte la enfermeria; por la mucha caridad, que allavan en su trato, la estorvasse el cuidado de otros empleos trabajosos, como: el cultivo de èl huerto; amasava, y cocia el pan; y sin esto, tenia provehida la enfermeria, y roperia de lienzo, de lo que por sus manos hilava; y en este exercicio llevava su devoto cuidado en la consideraciõ los hilos de sangre, que destilavan las llagas de Christo en la cruz; con que se movia à devocion, y à trabajar, y padecer por su amor.

Era con todas apacible, y amorosa; solo consigo severa, y rigida. Maltratava à su cuerpo cõ asperezas; llamavale: el traidor, infame, enemigo de su alma; y tratandole como à tal, le afligia con terribles penitencias. Era muy ordinario allarla postrada en el suelo. Estava reducida à emplearle en officios, à que le veía mas repugnante. Nunca le cõcediò lo que apetecia. En lo mas fuerte de èl sol de èl verano se bañava cara, y manos, y se ponia à recibir sus ardores, para tostarse, y denegrirse, à fin de atezar en su rostro, y manos la extraordinaria blancura, que adornava su exterior apariencia.

Fuè tanto lo que se mortificò, que, junto con las penas interiores, ocasionadas: assi de las tentaciones, con que el enemigo la afligia; como de las sequedades, y desamparo, con q̃ Dios la exercitava, se vino à debilitar, y enflaquezer desuerte, q̃ à las mesmas religiosas causava lastima: y, movidas de vna natural compassion, la reñian con palabras sentidas, à fin de moderarla. Tuvo por este camino mucho, que padecer: y mas de las que mas la queriã. Tolerò este genero de piadosa persecucion con indecible paciẽ-

cia;

cia; oyendo con igual, y alegre ſemblante las reprehenſiones; y tolerando las aſechanzas, con que la ſeguian à los pueſtos retirados, donde iva à exercitarſe: para impedirle à vezes ſus penitencias.

Avia muerto Sor Margarita de la Corona de Chriſto, de quien hablamos en el Capitulo 42. grande amiga ſuya, y compañera en ſus exercicios de piedad; y amortajandola, la pidió con lagrimas, alcanzaſſe de Dios, la ſacaſſe de los rieſgos de eſta vida: y que fueſſe la primera, como menos neceſſaria en aquella comunidad. Tuvo prendas de aver ſido oída; empezó à diſponerſe; y paſſados ſeys meſes, cayó enferma otra religioſa, y eſtuvo ya con la extrema-vncion. Deſconſolóſe la Hermana Maria, pareciendóle, no ſe cumplia ſu deſſeo, ni avian ſido ciertas las ſeñas de aver ſido oìda ſu oració. Luchando con eſte penſamiento, ſe entrava con las demàs al Refitorio; quando oyó cerca de ſi vna voz, que clara, y diſtintamente le dixo: No te deſconſueles, que tu ſeràs la primera.

Turbóſe creyendo lo aurian oído las otras; pero no advirtiendo novedad en el ſemblante de las Monjas, ni mencion alguna de tal ſuceſſo, conoció ſer ella ſola la favorecida. Comiò ſoſſegada, y partió deſpues à la enferma dandóle ſeguridad de ſu mejora, ó por lo menos, de que veria antes morir à otra. Proſiguiò en ſus exercicios, enfervorizandoſe mas cada dia; gaſtando el tiempo en continua oracion. Rezava el roſario entero, ciertas devociones de la V. Madre Maria de Jeſus, à quien amava tiernamente. Repartió vnos andrajos, pobres alajas, de que ſe valia para el trabajo en las oficinas: aſſegurando, no las auria meneſter.

Sobre-

Sobrevino la enfermedad, q̃ fuè larga; llevola quanto pudo en pie; se le agravò implicandose variedad de accidentes, q̃ la ocasionarõ excessivos dolores. Hizole en este tiempo terrible guerra el enemigo, apareciẽdola con horrendas figuras; viole vna vez como lobo: amenazando, entre aullidos, quererla tragar; apartóle de si con la señal de la cruz: de cuya arma se valia cõtra sus acometimientos. Otras vezes la quitava la ropa; otras le maltratava los pies. Entre estas batallas, siempre firme su fe, y vencedora su esperanza, llegò su vltima ora; y aviendo recibido con devocion, y acuerdo los santos Sacramentos, repitiò aquellas palabras: *In manus tuas Domine comendo spiritum meum*, y espirò Sabado à 4. de Março de 1684. siendo de edad de 47. años.

Fuè singular testimonio de la gloria, que possee, averla rogado poco antes de morir vna religiosa, de pocos años entõces, ocasionada de vn vehemẽte fluxo de sangre, se acordasse de interceder cõ nuestro Señor, le diesse salud, para poder servir à la religion; ofreciòselo; y lo cumplió tan puntualmente, que nũca mas se à visto molestada de tan peligroso accidente: y oy vive, siendo la religiosa de mas robusta salud, que ay en todo aquel religioso Convento.

CAP. LXVII.

PROGRESSOS DE EL Convento por los años de 1670.

EN este año à los 20. de Noviembre fuè admitida Leonarda Dezi, donzella de edad de 15. años, hija de Vicẽte Dezi, y de la señora Candida Fos, vezinos de Tortosa. Llamòse en su ingresso sor Phelipa de Santo Domingo; professò en 22. de Noviembre de 1671: vive, aviendo sido bienhechora de

esta

esta casa en vn legado de ocho mil reales de plata, que amàs de la dote, aplicò al Convento.

En el de 1672. por el mes de Abril, fuè admitida Luisa Poll, donzella de edad de 20. años; hija de Thomas Poll, y de la señora Theresa Benet, de la villa de Ginestar. Tomò por nõbre Maria Luisa de S. Joseph; vive, aviendo hecho su profession en 14. de Abril de 1673.

En este mesmo año fuè admitida, por el mes de Junio Candida Rocamora, donzella de edad de 25. años; hija de Antonio Rocamora, y de la señora Ana Benet, de la villa de Falset; oy se llama sor Candida de la Concepcion; professò en 30. de Junio de 1673.

A 30. de Octubre de dicho año entrò Lucrecia Colell, donzella de edad de 14. años, hija de Gerardo Colell, y de la señora Mariana Igosa, de la villa de Pens, Obispado de Barcelona, Sobrina de èl Illustrissimo Señor D. F. Joseph de Faxeda Obispo de Tortosa; llamase oy sor Lucrecia de todos los Santos: aviendo professado en 30. de Noviembre de 1673.

Maria Sabater, hija de Juan Sabater, y de la señora Maria Domenech, viuda de Nadal Pujol de la villa de Minebre, Obispado de Tortosa, de edad de 20. años, fuè admitida en el Convento à 10. de Enero de 1674; se llama sor Maria Rosa de S. Juan Bautista. *Professò en* 23. de Enero de 1675.

En el mesmo año de 74. à 22. de Deziẽbre, vistiò el santo habito vna señora llamada Laura Segarra, viuda de Gaspar de Roses Cavallero de calidad, que entrò de edad de 40. años; professò à 21. de Enero de 1676. tomando por nombre sor Laura de San Francisco Xavier.

Fuè esta señora, hija de Lorenzo Segarra, y de Catarina Beuso, personas de cuenta: vezinos de la villa de Castellon,

en

en el Reyno de Valencia. Criòse cō mucha comodidad, abundancia, y regalo. Contrajo matrimonio à los veinte años; en que viviò diez; y otros diez en el estado de viuda; en todos procediò siempre con mucho exemplo; solo le notaron ser sobradamente ambiciosa de ser assistida, y de que no le faltasse lo que conducia à su descanso, conveniencia, quietud, y regalo.

En medio de vida tan descansada, y assistida le vino interior impulso de renunciar sus comodidades, y haveres, y hazerse pobre religiosa en el Cōvento de la Concepcion; pareciendole, no son compatibles dos glorias, y que era necessario carecer en esta vida de cōtentos temporales, por lograrles en la eterna. Comunicò sus intentos con el P. Bernardo Rey, su confessor; que, conociēdo lo que esta Señora, aunque en lo demàs exemplar, se avia dado à proprias conveniēcias, y quan distante, y opuesta à su genio, y gusto era la vida, que queria emprender, y en edad tan crecida, la entretuvo mas de vn año; representandole la aspereza de la religion, y las dificultades, que en ella se le ofrecerian; lo mucho à que se empeñava; lo que avia de sentir las incomodidades de dentro de la clausura; y la sugecion, en quien estava tan enseñada à mandar, y ser señora de sus acciones.

Nada de esto la entibiò; antes prosiguiendo en su intēto, se ensayava en su casa à estar retirada; à salir lo precisso; à tener oracion; à exercitar algunas penitencias. Quitòse de vno en vno los colchones de la cama; hasta quedarse con vno solo, y el menos lleno. No se quexava, como antes, si estava la comida con desaçon, y mal guisada: quando la menor falta no passava en otro tiem-

po sin reprehension, y pleytos con las criadas.

Vistas estas, y otras experiencias; y vencidas algunas dificultades, que tuvieron las Monjas acerca de salud, edad, y otras, que se ofrecieron, y en que por devidos respetos dispensaron los Prelados, fuè admitida; y la que en toda la vida no pudo sufrir sino delicadas olandas, la mesma noche se vistiò la tunica aspera de lana, y empeçò à seguir con fervor quantos exercicios hazen las religiosas; en quanto le fuè permitido.

Duròle poco este consuelo; porque entrando ya con la salud quebrada; añadiendose vna tan total mudança de vida rigorosa, y de tantas asperezas, se le agravaron de suerte los accidentes, que no le fuè possible seguirla. Fuè con todo exactissima en la observancia de los votos de su Professión. Castigava en su persona las mas leves faltas, que cometia; assi en su guarda, como en la de sus reglas, y constituciones. La diciplina de comunidad, nunca, sino por enfermedad, que la detuviesse en cama, la dexava. Era devotissima de la Santissima Trinidad; alboroçavase su alma en bendecirla, y hablar de sus perfecciones. Levantavase de la cama, aunque con trabajo, los dias de comunion, para no carecer de este alimento espiritual. Rezava, entre *muchas* devociones, el rosario de la passion, de rodillas, passando varios ratos en cruz, y otros postrada. Oìa cada dia, lo que menos, dos missas. Baxava à la sepultura de las religiosas; y postrandose en cruz encima de la losa, passava largos ratos en la consideració de èl polvo, en que, cerrada en aquel lugar, se avia de convertir, y de la cuenta estrecha, que auria dado al supremo Juez, quando encerrassen allí su cuerpo difunto.

Con

Con cuyas consideraciones piadosas se alentava à padecer.

Agravaronsele los accidentes: y conociò estar no lexos su transito desta vida. Dispusose, haziendo vna confession general: para la qual tomò tiempo; ajustando, como dezia, sus cuẽtas; como quien las avia de dar à Dios. Sobrevinieronle dolores tan fuertes, que no bastandole el sufrimiento, la hazia prorrumpir en vozes. Su intension vehemente le ocasionò alferecia; en que padeciendo sacudidos temblores: con lastimosa compassion de quantas la veían, tã sin remedio, padecer. Aviendo recibido con tiempo, y acuerdo los Santos Sacramentos, diò el espiritu al Señor Viernes, segun varias vezes lo avia dicho, à 23. de Abil de 1688.

Quedò su cuerpo hermosissimo, resplandeciẽdo en su rostro vna belleza estraña, qual nunca le avian notado, siendo viva. Vna persona religiosa supo, estando ausente, su muerte, y feliz estado de su alma. Vna religiosa de este Convẽto, postrada sobre la sepultura, no dudo encomendarse à esta sierva de Dios; esperando conseguir remedio en vna grave afliccion. No fueron vanas sus esperanças; pues dentro de pocos días alló total alivio, y remedio en su necessidad.

Lo mas señalado fuè, que cierta persona muy intelligente en el arte de Medicina, avia formado menos concepto de Sor Laura. Vióla difunta; y al mirar aquel rostro de Angel dotado de tales prendas de hermosura, prorrumpiò diziendo: que aquella religiosa estava en el cielo: porque amàs de las calidades, que reparava en el semblante, contrarias à las que en vn frio cadaver enseñava su arte, sentia en su alma vn impulso interior, persuassivo, y effi-

caz, que le impelia à creerlo; diziendo à las enfermeras, tuviessen por bien empleado el trabajo, que avian tenido en la enfermedad, y assistencia de religiosa, que tenia por seguro, estar ya gozando de Dios.

En el año de 1675. à primeros de Setiembre entrò Mariana Cabazès, donzella de 18. años, hija de Joseph Cabazès architecto, y de la señora Francisca Villafranca, vezinos de Tortosa; llamase sor Ana Vicenta del coraçon de Christo; hizo su profession en 13. de Setiembre de 1676. siguiòla en tan buena eleccion su Hermana Francisca Cabazès, donzella de 13. años, en el de 1681, que entró à los ocho de Deziẽbre; oy se apellida sor Francisca Ignès de la Concepcion, aviendo professado à 26. de Julio de 1684.

Mariana Cortès, donzella de edad de 12. años; hija de Francisco Cortès mercader, y de la señora Eulalia Gomis, vezinos de Barcelona; inclinada al estado de religiosa, abraçó este santo instituto. Cooperó à su admission, è ingresso su Tio el Dotor Vicente Gomis, Canonigo de la santa Iglesia de Tortosa, que la dotó. Fuè admitida à 23. de Octubre de 1678. Oy se llama sor Maria Madalena de San Geronimo. Professó à 3. de Noviembre de 1682.

En el año de 1681. fuè admitida Engracia Bru, oy *sor Engracia* de la Concepcion, Hermana de sor Geronima de la Santissima Trinidad, de quien hablamos en el Capitulo 59. donzella de edad de 36. años; y professò à 6. de Octubre de 1682.

Doña Josepha Pagès, y de S. Just, donzella de la Noble casa de los Pageses, y S. Just de Cataluña: siendo de edad de seys años, fuè admitida por el Abril de 1682. Professò en 20. de Mayo de 1691. es oy su apellido:

llido: sor Felicia de S. Joseph. En 25. de Abril de 85. entrò en la religion su Hermana Doña Teresa Pagès, y de S. Just donzella: oy sor Teresa Maria de Santo Domingo: professò à 14. de Noviembre de 1694.

CAP. LXVIII.

PROSIGUE LA MATERIA de èl Passado.

DOña Maria Piñeyro, donzella de edad de 13. años, hija de Don Ambrosio Piñeyro, y de Doña Beatriz Francès, de la villa de Ita, Arçobispado de Toledo, siendo muy niña; passò contingentemente por Tortosa, y se aficionò à este religioso Convento; y perseverãdo en este impulso, dispuso su Tio el R. P. Manuel Piñeyro de la Compañia de Jesus Retor, que es oy, del Colegio de Zaragoça, la traxessen desde Madrid donde vivia. Entrò à dos de Agosto de 1683; professò à 18. de Febrero de 1686. tomó por nombre sor Maria de Jesvs.

A 10. de Febrero de 1684. fuè admitida Doña Manuela de la Cerda, y Granada, donzella de diez años de edad: oy, sor Manuela de la Madre de Dios, hija de Don Juan de la Cerda, y Granada, de la Ciudad de Calatayud, en el Reyno de Aragón, fuè admitida à 10. de Febrero de 84. y professó à 21. de Agosto de 1689.

Francisca Lledós, viuda de èl Dotor Francisco Jordà, è hija de èl Dotor Raymundo Lledós, letrados, y de la señora Francisca Rey; sugetos de suposicion; vezinos todos de la villa de Salàs, en el Obispado de Vrgel, siẽdo de treynta años de edad, atraìda de èl buen nõbre de este Convẽto, vino à ser admitida en 26. de Octubre de 84. oy se llama sor Maria Francisca de èl Santissimo Sacramento. Professó à 8. de Octubre de 1685.

A 28. de Agosto de 1686. tomaron el santo habito para religiosas Freylas dos donzellas, hijas de Guillermo Sancho, y de Candida Reverter, labradores honrados de la villa de Alcanàr. La mayor de 20. años, llamada Ana Maria, la menor de 14. Francisca. Vive esta, aviẽdo professado con su Hermana à 3. de Noviembre de 1688, cõ nombre de Francisca Clara de Santa Monica. A la mayor, que se llamó en la religion Agustina de èl Archangel S. Miguel, parece quiso Dios sacar de èl siglo, y traerla à esta santa clausura, para disponerla à la muerte, que sucedió à dos años despues de professa.

Luego que estuvo admitida de las religiosas; disponiendo su Padre el viage para traerla con su Hermana à Tortosa; detenida de ciertas esperanças de èl mundo, se arrepintió: y al tiempo de partirse, dixo con resolucion absoluta à su Padre: que se viniesse con su Hermana, que ella avia mudado de intento, y de proposito.

No quiso el buen Padre violentarla, ni obligarlã à que tomasse este estado contra su voluntad; y sin hazer caso de èl reparo, que se haria en el Convento, que, aviendo admitido dos, solo se venia con vna, y la que por mas niña recibiriã las Monjas menos gustosas, partió con ella. No bien se avian ausentado, quãdo, dando Dios aldavadas à su coraçon, arrepẽtida de su primer arrepentimiẽto, se le anegó el coraçõ en vivas ansias, y sus ojos en frequẽtes lagrimas. Ya queria salir en seguimiento de su Padre. Ya le parecia se avrian adelantado, y no les podria alcançar; y en esta batalla apeló à Dios; pidiẽdole, que, pues le avia dado los desseos, le diesse el cumplimiẽto de ellos; y que dispusiesse, que su Padre bolviesse por ella; ofreciendose à seguir la primera

ra

ra inspiracion, y sacrificarse à ser deveras religiosa. En este cuidado, y afliccio estuvo, hasta que su Padre, viendo el descõsuelo de las Monjas, que necessitavã mas de la mayor, por ser ya de edad, que podiã apliçarla à los oficios domesticos; permitiendolo assi Dios, se resolvió à bolver, y significarle quan abierta tenia la puerta à su felicidad, y buena dicha.

No fuè menester instarla; porque luego llena de alborozo, declaró su voluntad, y la afliccion, en que avia quedado. Entró, y professó muy confirmada en su vocacion: y como alma, à quien Dios queria disponer para remunerar en breve sus servicios, la exercitó desde luego en vn mar de penas interiores, que à fuerça de su intension, salian à lo de afuera, y se le conocia su interior congoja en lo exterior. Affligiase la humilde religiosa, y le dava mucha pena, que no se persuadiessen las demàs era effecto de no estar contenta en su estado, y en tan buena compañia, de que se jusgava indigna, y donde se allava gustosa.

Padeció casi vn año la enfermedad, de que murió. Comenςando por vn tumor, que se le enconò debajo de vn braço, y la hizo padecer, y exercitar mucho la paciencia con los intensos dolores, que la ocasionava. Mejoró algo; pero, sintiẽdo siempre la avisavan se previniesse para morir, se alentava, allandose mal convalecida, y con pocas fuerças, à acudir à las acciones de comunidad, à la oracion, y diciplina los dias que la avia. Fuè devotissima del Santissimo Sacramento; y lograva, quãtas vezes podia, recibirle; concibiendo tendria poco tiempo de gozar este pasto soberano: y mas despues, que estando en su recogimiento, sintió, que con voz clara la llamavã diziendo, ven, ven. Saliò

liò luego, pero no alló nadie.

Premiòle este Señor su mucha devocion, permitiẽdo, que despues de desauciada, le durasse cerca de vn mes la vida, en que pudo comulgar casi cada dia. Gastò todo este tiempo en disponerse para la jornada, cõ frequẽtes actos de virtudes, invocando tiernamente à la Virgen Santissima, y al Archangel San Miguel; à quien tuvo especial devocion; y con grande quietud, y sosiego de su alma la rindiò à su Criador, Sabado à 16. de Deziembre de 1690. Quedò su rostro tan hermoso, que solo mirarle templava el sentimiento, que ocasionò su temprana muerte: dexãdo à muchas embidiosas de aver sido esta tan prevenida, y tan acordada. Podemos piadosamente creer, supo en breves dias de religion ganar eternidades de gloria en la eterna bienaventuranza.

CAP. LXIX.

ADMISSIONES QVE SE an hecho estos vltimos años.

EN el año de 1688. à los 6. de Setiembre vistiò el santo habito Doña Francisca Garcia, dõzella de edad de 12. años; Hija de Don Geronimo Feliz Garcia, y Alberny, Cavallero Aragonès, natural de la Villa de Caretes; de donde vino à contraer matrimonio con la señora Doña Ana *Cosida*, de calificada familia, à la Villa de Jana, Reyno de Valencia; y de quien huvo, entre otros *hijos*, à esta señorita, que de su voluntad se consagró à Dios, siguiẽdo los passos de su Tia la Madre Sor Eulalia de S. Francisco, Abadessa entonces de este Convento; en cuyas manos professó à 27. de Julio de 1692. oy se llama sor Francisca Maria de San Jacinto: conservando en este renombre las piadosas memorias de su Tio, por *li-*

nea

ne a materna, el V. P. F. Jacinto Orfanel de èl orden de èl P. S. Domingo, que dió su vida en testimonio de su fe en manos de Sarracenos: cuya declaracion està para salir.

En el año 89. fueron admitidas quatro: Teresa Marida, donzella de siete años, hija de Pedro Marida, Notario publico, y de la señora Frãcisca Bosc, vezinos de Tortosa. Entró à 12. de Febrero. Vive con nombre de Maria Ignes de la Corona de Christo.

Sabina Navarro, donzella de edad de 18. años, hija de Andres Navarro Tiniente de Corazas, y de la señora Barbara Gil de la Villa de Alcanàr entrò à 22. de Abril, y Professò para Monja de Obediencia à 20 de èl mesmo, año de 1691. oy se llama Maria Crecencia de la Santissima Trinidad.

Mariana Vidal de edad de 21 años, Hija de Joseph Vidal mercader, y de la señora Isabel Pujol, viuda de Antonio Espuny, entrò para corista à 14. de Mayo. Professò en 6. de Junio de 1690. tomando el nombre de Maria Josepha de S. Francisco Xavier.

La vltima admitida en este año fuè Emerẽciana Mas, donzella de edad de 9. años, Hija de èl Dotor Francisco Lleo, y Mas, y de la señora Jusepa Guitarra de la Villa de Rialp Obispado de Vrgel. A la qual, su buen Padre, queriendo assegurar la buena fortuna de su hija, dispuso en testamento, que llegando el tiempo de poder explorar su voluntad; viniendo libremente en ello, la traxessen à Tortosa, à fin de que se educasse en esta santa clausura, al lado, y en compañia de sor Maria Francisca de èl santissimo Sacramento, de quien emos hablado en el Capitulo passado, por el buen concepto, que avia formado en su idea de las muchas prendas de esta señora; y

mucho mas despues que se consagró à Dios: solicitando con ansias ser admitida entre las que Professan este santo instituto, y con quien intervenia alguna relacion de parentesco.

Traìda à Tortosa entró en el Convento el dia dos de Junio, tomando por nombre Maria Emerenciana de San Ignacio. Desde luego fuè notable, y singular el cõtento, que mostró de vivir en tan santa reclusion. Llevóse la volũtad de todas; porque era muy graciosa en su trato, y modo de hablar.

Fuè dotada de vn caudal avisado, y dispierto, y de vna sinceridad tan rara, que, sin reserva alguna, prorrumpia en las vozes con ingenuidad, y llaneza, lo que tenia en el coraçon. Aviala tenido en su casa algunos dias, miẽtras se disponiàn las cosas de su ingresso, vna señora de mucha calidad; y, viniendo despues à visitarla à la rexa, la preguntó si la encomendava à Dios? Y prompta, sin dar oìdos à lo que la dictavan las escuchas, respõdió: no señora. Y como las Religiosas increpassen la respuesta, dixo con sinceridad: pues sino lo hago, como lo tengo de dezir? Como olvidas, la arguyeron, persona, à quien deves tanto cariño? Respondió: tenia arto que hazer en encomendar à Dios à su señor Tio.

Es èste el Dotor Ambrosio Mas, Tiò de esta niña, *cuyo* nombre es bien notorio en este illustre Principado por los repetidos testimonios de su innata fidelidad, con que à mostrado su ardiente zelo en adelantar quanto à sido de èl mayor servicio de nuestro Catolico Monarca, concurriendo con gruessas cantidades, y personales diligencias à la fabrica de èl fuerte de Castell Ciutat: obra tan insigne, y que es de tanto resguardo à toda aquella montaña, que, perdida *la* Seu

de

de Vrgel, y arrasados sus muros, estava toda abierta à los insultos violentos de èl enemigo.

Mostró esta niña quan contenta se allava en este dichoso estado, quando; aviendo venido contingentemente su Hermano Francisco Xavier Mas este año, que parece quiso Dios traerle à despedirse de su Hermana, le habló con tal aprecio de la Religion; de lo mucho que se allava contenta; de quã poco avia sentido la ausencia, y cariño de los suyos; pues en cada religiosa avia allado los desvelos de vna cuidadosa madre. Y por fin que ella no pẽsava, sino en quando se veria Professa. Edificò notablemẽtè las religiosas, que coligieron quan de veras desseava dedicarse à Dios.

En las platicas domesticas todo era tratar de su profession; contar con impaciencia los dias, que la faltavan para entrar en el año de èl noviciado, que ya eran pocos, y parecian largos siglos à sus ansias.

Era muy caritativa, y oficiosa para con todas. Quando veía à alguna con algun trabajo de peso, luego se aplicava à ayudarla; y si se avia de detener, prevenia pidiessen licencia à su Maestra para poder proseguir. Alcançava en sus pocos años mucha robustez, y fuerças corporales; con que era de notable alivio à las que se valian de su aplicacion.

Quando sabia, que las Torneras despedian sin limosna à algun pobre, por ser muchos los que acuden, y corta la possibilidad de èl Convento, se le enternecia el coraçon, y deziandaria de buena gana su comida. Asseguravà cõ veras, que en viniendo su Tio, le avia de persuadir, fundasse alguna renta, cuyos reditos estuviessen à discrecion de las Torneras, para que los repartiessen entre

pobres; moſtrando mucho contento en aprehender, eſtaria ya fundada aquella obra pia, quãdo ella llegaſſe à ocupar aquel oficio, y no deſpidiria pobre alguno ſin limoſna.

En caſa era de admiracion verla, movida de Caridad, llevar ſu almuerzo à la que conocia eſtàr neceſſitada: creyendo, que por encogimiento, ò mortificacion no iva à pedirlo à la Deſpenſera. Deſcõſolavaſe mucho, ſino admitia, ſi quiera, buena parte de lo que la ofrecia.

Acudia guſtoſa al coro; avia aprendido à leer con deſtreza; con lo qual la encomendavan en los Maytines dezir muchas vezes las liciones; cantar las de èl Martyrologio: que lo hazia con gracia. En la meſſa ſe dava priſſa à concluir ſu comida: y luego pedia licencia para ſalir à deſcanſar à la que leìa, para que eſta ſe pudieſſe ſentar à comer, y proſeguia la licion haſta que acabada la refeccion, ſe levantavan las Religioſas à la accion de gracias.

La vltima vez, que la Comunidad entrò al retiro de los ſantos exercicios de nueſtro Santo Padre Ignacio, pidiò à ſu Maeſtra, ſe los dexaſſe tener. Valiòſe de la interpoſicion de ſu cõfeſſor; à quien pareciò no eſtorvar aquellos ſantos deſeos. Conſiguiòlo guſtoſa: y era de vèr como imitava à las otras; aſſiſtiendo con puntualidad à las platicas de los pũtos; guardando mucho recogimiento; entrando en oracion las oras ſeñaladas, que ſon quatro cada dia; leyendo licion eſpiritual en el libro, que le ſeñalò la Maeſtra.

Con el meſmo cuydado pretendiò adelantar el cumplimiento de ſus obligaciones; conſiguiendo la quitaſſen el colchon: en que ſe permite duerman las que no an entrado en el tiempo de la provacion; y

avia

avia dos años, que su cama era vn gergoncillo, con savanas de lana, como lo vsan las demàs Religiosas Professas. Supo, que vna religiosa por mortificar el sentido de èl gusto, llevava algun grano de acibar en la boca. El deseo de imitarla la hizo ser diligēte en buscar el escondrijo, donde la tal tenia muy celado el instrumento de su mortificacion: que allado en sus manos le quitaron: no se si antes de aver gustado su desazon.

Tan buenos principios asseguravan muy felices progressos; y al tiempo, que parece estavan las Monjas mas contentas de esta niña; por tenerlas obligadas su buen modo de proceder, la assaltó vna rezia calentura, que no diò mucho cuydado; por parecer la cogia muy robusta, y en edad de poder resistir sus acometimientos.

Fuè la primera enfermedad, que en su vida avia tenido; pero tan aguda, pertinaz, y rebelde à quantos remedios la aplicaron dos peritos medicos, que despues de algunos dias de permanencia, huvieron de declarar su gravedad, y disponer, la diessen el santo viatico. Resonó esta nueva por el Convento casi de repente; por no estar persuadidas las religiosas ser tan de cuydado la dolencia; y temiendo lo que sucediò, no fuè possible enjugar las lagrimas, ni reprimir los sollozos, con que el sentimiento prorrumpio à lo exterior. Parece la arrancava Dios de èl coraçon de cada vna; porque estava este Angel muy en lo intimo de èl coraçon de todas.

Por fin recibidos todos los santos Sacramentos, y assistida, desde el dia antes, de dos Religiosos de la Compañia de Jesus, Jueves à 5. de Agosto, dia de la festividad de la Virgen de las Nieves, à las 8. de la ma-

ñana de este año de 1694. rindió su espiritu al Señor: siendo de edad de 14. años; aviendo estado poco mas de 5. en este edificativo Convento.

Asseguró su confessor, que la oyó generalmente, y dirigió el tiempo, que estuvo en Tortosa, no avia perdido la gracia Bautismal. Esta quiso el Señor remunerar desde luego; disponiendo, que libre de los peligros de esta miserable vida, lograsse sus desseos en la patria de los vivientes; passandola al coro triunfante de las Virgines, que siguẽ con palmas al Cordero. Y en tan tierna edad quiso assegurar su mayor fortuna, donde, sin riesgo de perderla, cantasse eternamente las divinas alabanças.

CAP. LXX.

ADMISSIONES HECHAS hasta èl año 1692. y estado presente de èl Convento.

EN este año 1691. abraçaron este santo instituto para Monjas de obediencia dos donzellas Hermanas. La mayor llamada Madalena Martinez, de edad de 16. años; la menor Ana Maria Martinez de 14. hijas de Francisco Martinez, y de Ana Cassanova; naturales todos de Tortosa. Professaron à 27. de Mayo de 1692. llamase la mayor: Madalena Maria de los pies de Christo, y la menor Maria Isabel del Archangel S. Gabriel.

A 7. de Octubre de 1691. entrò Francisca Puig, donzella de edad de 16. años, Hija de Miguel Puig, y de Antonia Leonardo, labradores honrados de Tortosa. Professò en el estado de Freyla à 18. de Octubre de 1693. tomando por nombre: Maria Antonia de èl niño Jesus.

Fuè vltimamente admitida para corista, à 8. de Deziembre de 1692. Maria Madalena Orthoneda, donzella de edad de 23. años, Hija de èl Dotor Pablo

blo Orthoneda de antiguo solar, Ciudadano hõrado de Barcelona, y de la señora Maria Mañer, vezinos todos de la Ciudad de Tarragona; de donde, atraìda del buen nombre de este religioso Convento, pretendiò; fuè admitida, y Professò à 20. de Deziembre de 1693. Tomò el apellido de Maria Ignacia de Jesus.

Estos son los mas notables sucessos de esta fundacion desde sus principios. Estas las Religiosas, que hasta oy se an recibido en esta santa comunidad: que en estos años se à cõpuesto de quarenta y quatro: quantas no à visto, en vna, despues que està fundado el Convento: aviẽdo sido forçoso admitir algunas mas de obediẽcia; por allarse otras enfermas, y menos habiles, por sus muchos años, para los oficios domesticos.

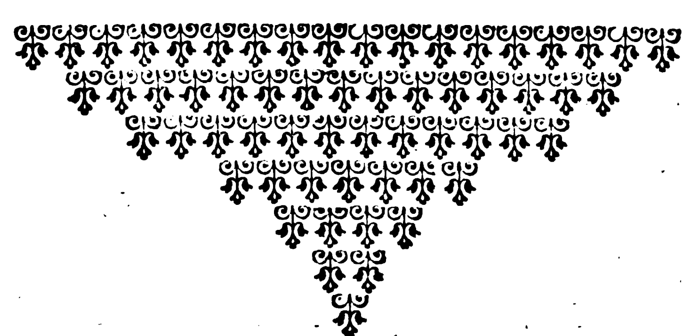
Conservãse estas señoras en aquella santa reclusion, que pide su instituto: permaneciendo en todas el zelo de la observãcia; bien que su caridad compassiva haze muy llevadero el rigor: zelando se dè todo alivio à la q̃ conocen estàr indispuesta; avisando à la Prelada, para q̃ la dispense en lo que conocen conduce à su salud, y alivio; y en caso de duda siempre se resuelve à favor de la religiosa, eximiẽdola de Maytines, y demàs exercicios de penitencia, el tiempo que se jusga necessario; ordenandola, vista lino; se le ponga colchon en la cama; y si passa adelãte la indisposiciõ, la bajan à la enfermeria comũ.

Tienen ya algunas Heredades, y rentas, de que se sustentã: si biẽ cortas para la total assistẽcia de tantas, y respeto de los muchos dotes, que an entrado; porque hasta agora an avido de emplear muchos de ellos en pagar el retablo de èl altar mayor, que dexò solo concertado en Genova su fundador, como

se

ſe dixo, y de donde le an traìdo à proprias expenſas; en formar vn ſumptuoſo ſepulchro, y traer el cuerpo del Señor Obiſpo deſde Italia; en comprar habitacion para los oficiales de la caſa, y varios ſitios cercanos al Convento, para dilatarle: de los quales vnos ſe an incorporado, y otros eſtàn para ello.

Allanſe al preſente con baſtante aſſiſtēcia de todo lo mas neceſſario: ſolo padecen alguna incomodidad en el poco numero de celdas; por lo qual ſe ven obligadas à habitar algunas de dos en dos. En lo demàs ſe ayudā de la labor de ſus manos: entregandoſe à ella todo el tiempo, que les ſobra de èl coro, y demàs exercicios eſpirituales, que no es mucho, trabajando todas para el comun, ſin que en eſto perciban ningun emolumento las particulares; aplicando todo ſu cuidado, vigilancia, y diligencia en la conſervacion, y acrecentamiento de eſta ſanta caſa: en q̄ congregò, y eligiò Maria Santiſſima, para hijas ſuyas, matronas tā inſignes, como avemos viſto en el diſcurſo de aqueſta Hiſtoria, ſin otras muchas de las que al preſente viven ocupadas en celebrar la pureza en ſu primer inſtante de eſta gran Reyna, y Señora: à quien ſea la honra, y gloria para ſiempre Amen.



TABLA

TABLA DE LOS CAPITVLOS DE ESTA OBRA.

Cap.

Cap.

quietud de su domicilio, pe
gne mal; y à Maria el mal d
lles, y los bienes son artific
Christo, es el desterrad
destierro.
til advertencia de Agust
el delito infeliz de Adan
, notificarle la transforr
spiritu, l. segunda perr
uerte se represento, d

10. *Sensa est mors vna*
bscondenti homini d
bi esset, in quo pot

e lo justo
en, por-
Herodes,

dente causa.

33 Creo que
genes. Las espigas pr
dichosas, que se auian
estatua vaticinaua à Nabu
as toda su gr
que aui
vertir
vic
à
ra
e
d
ar